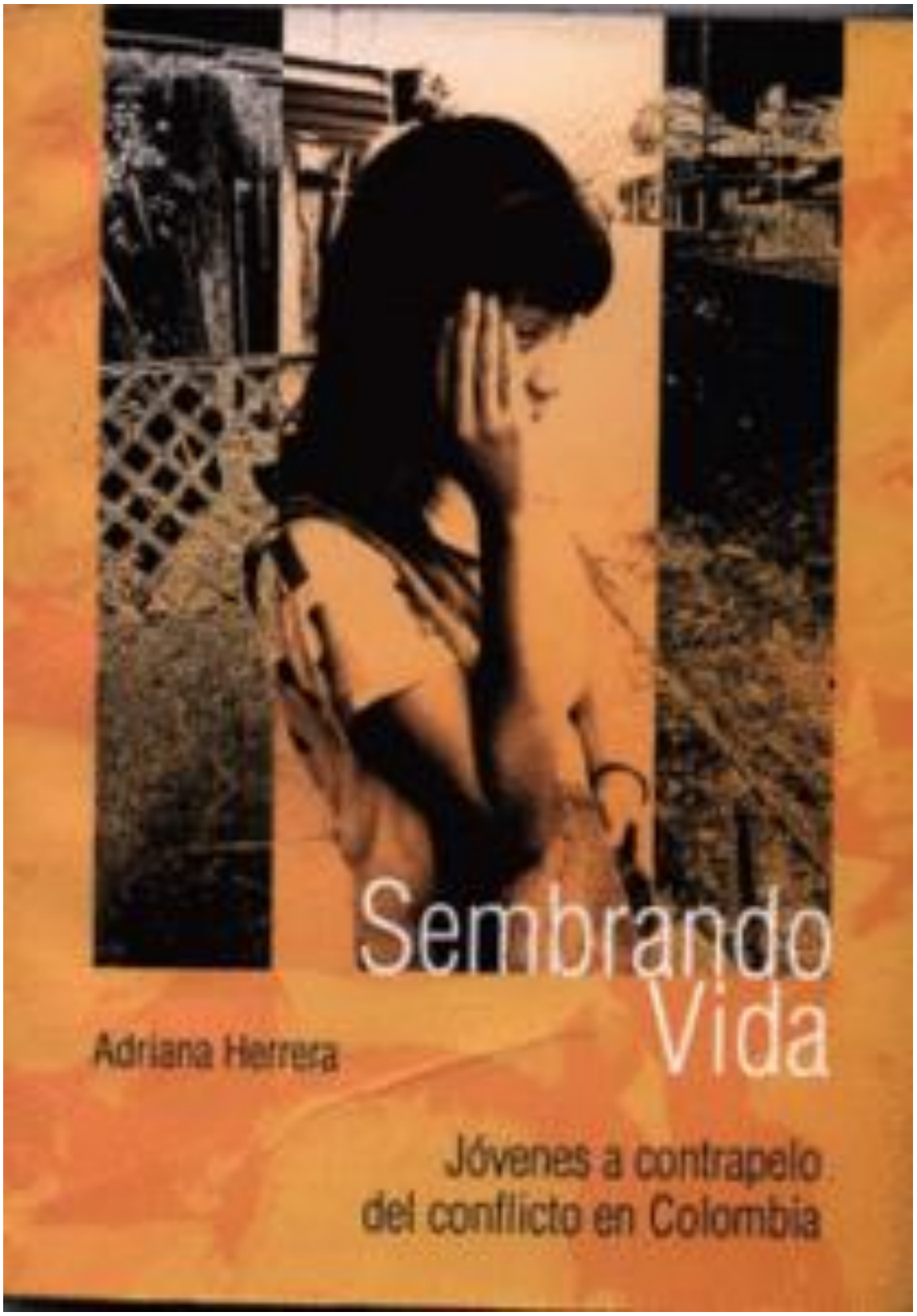
Sembrando
Vida
Adriana Herrera
Jóvenes a contrapelo
del conflicto en Colombia

INDICE

NUNCA VIMOS ENTERRAR A MI PADRE 7

ME LA JUGUÉ TODA PARA VIVIR SIN MIEDO 16

YA CASI TODO EL MUNDO SE FUE DE MI PUEBLO 28

ES UN MILAGRO QUE HAYAMOS SOBREVIVIDO 32

ME OCUPAN LOS OTROS..... 41

EL AMOR ES UN NOMBRE DE LA VIDA 58

UN RETRATO DE MUJER 58

ESTE MUNDO LO CONSTRUIMOS LAS MUJERES 63

YO NACÍ CON EL CUERPO SUELTO..... 91

UNA MANERA DE VIVIR..... 100

A FLOR DE PIEL 109

LOS DÍAS DE ELIANA 122

CAMBIO UNA CAMISA NUEVA POR UNA VIEJA 134

LOS GATOS" DEL TEATRO 139

QUIÉN DIJO QUE TODO ESTÁ PERDID 160

Agradecimientos

A cada uno de los hombres y mujeres que "extendieron" ante mí sus vidas, como dijo uno de ellos, con la generosidad de los que se plantan en los días sin miedo al yerro, a resguardo de nada, dispuestos a sentir, sustentados por esa suerte de entrega interior que al final nos salva. De ellos aprendí que la vida se defiende por lo hermoso que puede surgir aun en medio de lo más doloroso, e incluso de lo violento, y a veces, en respuesta a esto...

A la gente de Terres des Hommes, quienes, desde el otro lado del mar, imprimieron fuerza a este trabajo y son solidarios con el destino de los hombres y mujeres de otras tierras, aunque no conozcan sus nombres ni sus rostros.

Al equipo de gestión de Benposta en Villavicencio, Montería y Bogotá, por su apoyo y por la confianza depositada al entregarme la tarea de volver escritura la memoria oral de dos décadas de ese trabajo que adelantan, como un enclave de paz, en regiones desgarradas por la guerra, la pobreza o la falta de oportunidades, para restituir la fuerza a cada uno de esos niños y niñas, "menores que un grano de avena".

A Mario Ernesto García, quien fue el gestor del sueño de verter sobre el papel estos relatos que dan cuenta de la "vida viva", de ese país que aquí se escribe con las voces de los verdaderos sujetos de sus procesos y que a menudo contribuyen a construirlo desde las tareas más anónimas y sencillas.

A Ana Lucía Martínez, filósofa, maestra, hermana en el descubrimiento y la invención de la existencia, quien habitó cada una de estas historias desde el comienzo de su escritura y me dio su incondicional apoyo en todo el proceso de redacción, corrección y estructuración del libro. A Marcela Villamizar y María Patricia Castañeda, que llevan en el alma el sueño de un mundo más humano para todos, pero especialmente, para los más pequeños, por su incondicional apoyo

PRESENTACIÓN

Los relatos de los hombres y mujeres protagonistas de este libro recogen la memoria de su infancia en los territorios de un país donde no es fácil sobrevivir. La mirada que se refleja aquí -y que de algún modo nos mira- es exactamente eso: la de los sobrevivientes. Pero no de quienes lo son a secas, sino de los que, por el modo en que logran afirmar la vida, dejan una estela que ilumina el sendero de quienes los rodean.

Su testimonio de lo cruento se traza sobre las condiciones de vida que marcan los días de tantos niños y niñas en las cada vez más extendidas áreas rurales signadas por la guerra y por esa otra forma de violencia que es la carencia de oportunidades. Aquí están presentes las voces de los pequeños o adolescentes que han sentido cómo "la boca se les llena de tierra" en las masacres de sus pueblos, sus recuerdos de un confuso trasegar en busca de "modos", las memorias de los asentamientos, de las migraciones, y también las imágenes del abandono, del hambre, o del miedo frente al maltrato en los lugares marginales de la urbe.

Adentrarse en esta memoria viva, tejida con hechos que son lo que son y que se cuentan llanamente, con la fluidez de esa oralidad que es la lengua que llena el cuerpo de la historia común, equivale a recorrer una Colombia que suele escaparse de los medios de información; a entrar en contacto con una forma de observación directa, no mediada por los intereses del poder, ni por el filtro de ese simulacro que suele distorsionar la presentación de los acontecimientos, y ni siquiera por los presupuestos del análisis político que se cumple desde la academia... Lo que encontramos es revelador sencillamente porque es el país que habitan, viven y sufren, las gentes comunes. Es la experiencia de los niños y niñas que crecen en medio de ese complejo entrecruzamiento de las circunstancias nacionales, y cuyo valor finalmente los convierte en constructores de esperanza.

Se recrea aquí también su paso por un modelo pedagógico de formación comunitaria y la huella de esta experiencia que de alguna manera los salva de los destinos difíciles en que desemboca la ausencia de una formación para la vida en los contextos de la violencia familiar, política y social. La pregunta acerca de lo que ha pasado con los niños, niñas y adolescentes que por distintas circunstancias -que reflejan la vida nacional- crecieron en Benposta, una vez salen, dio paso al encuentro con la narración de sus vidas y al descubrimiento de que toda historia -la del ama de casa, el policía, el bailarín, la muchacha que trabaja con la comunidad, el desertor, el joven que se abre paso en el mundo de la política, el que trabaja en la tramoya de un teatro, la profesora, la vendedora de comida, la estudiante- es valiosa y significativa, y sobre todo, permite reconstruir la trama profunda de la vida del país: esa que se cuenta desde los acontecimientos cotidianos, desde lo que podría parecer anodino, desde la suerte de los habitantes...

La recolección de estos relatos que nos dan un conocimiento cercano y distinto de las realidades de las gentes anónimas, comunes, que hacen la verdad histórica del país, ha sido resultado de la solidaridad de un organismo de cooperación internacional, Terres de Hommes, y su punto de llegada aspira a ser así mismo el despertar de un compromiso solidario frente a ese presente nuestro que no admite dilaciones, que podemos no entender en su inabarcable complejidad, pero que no podemos dejar de enfrentar. La lectura de Colombia que ofrece cada relato nos sacude del letargo, nos arroja de la indiferencia y nos lleva a ese tipo de conocimiento que sólo se cumple cuando lo que sucede en los territorios distantes de la casa en que vivimos nos es tan próximo como lo que vivimos de puertas para adentro.

PROLOGO

Hay lugares, tiempos, circunstancias, en las cuales el ser humano se enfrenta a riesgos en los cuales se pone en juego su propia dignidad. En Colombia, los niños, niñas y jóvenes afrontan cada día el desafío de la muerte contra la vida, del miedo contra la libertad, del desarraigo contra las raíces, de la violencia contra la paz. Y a menudo escriben el presente con una valentía que estremece a los adultos.

Aunque las estadísticas son frías y no reflejan la dinámica de una sociedad que se construye en lo cotidiano, ayudan a constatar la dimensión de la tragedia humana que ellos y ellas afrontan. De los 40 millones de habitantes del país, 17 no han cumplido los 18 años, y de ellos, 7 millones afrontan condiciones de pobreza y miseria; más de 2 millones no acceden a centros educativos, casi 3 millones son identificados como "trabajadores", y más de 10 mil están vinculados a grupos armados. De los cerca de 3 millones de desplazados que deambulan de un lugar a otro en nuestro territorio, más de la mitad no han alcanzado la mayoría de edad.

Es por ello que las vivencias recogidas en este libro tienen una significación histórica. Cada una de ellas refleja una parte de Colombia, un país que seguimos construyendo con una reciedumbre a prueba de todo. En esta tierra hemos mantenido la sonrisa aun en medio de las lágrimas, la esperanza por encima de tantas amarguras, y afirmamos la vida, aun bajo el acoso continuo de la violencia. También es cierto que, en este tiempo, frente a este inmenso desafío, adquieren especial sentido experiencias como Benposta, que sostienen verdaderos procesos de desarrollo humano.

Más que dar refugio a los niños y niñas del país, en Benposta se les ofrece la posibilidad de descubrir y construir proyectos de vida, y de hacerlo en el presente, integrando su pasado, y proyectándose hacia el futuro. Sin ese espacio no somos sino sobrevivientes a secas. El trabajo de "restauración de los sueños" es lo que permite que en sus pensamientos y deseos, la imagen del mañana tenga sentido.

"El amor es el nombre de la vida", "Me la jugué toda para vivir sin miedo", "Nunca vimos enterrar a mi padre", "Este mundo lo construimos las mujeres", "Es un milagro que hayamos sobrevivido" .... no son simples títulos de algunas de las quince historias incluidas en el libro. De por sí recogen el sentido de un proceso de construcción de vida donde los niños y niñas son actores fundamentales. Son quince historias que podrían muy bien multiplicarse en los más de diez mil niños y niñas colombianos que en Benposta Nación de Muchach@s han encontrado un espacio para soñar y construir sus sueños, no evadiendo sino asumiendo la realidad de su vida.

BENPOSTA NACIÓN DE MUCHACH@S se inicia en Orense-España en el año de 1957. Su fundador, el sacerdote Jesús Cesar Silva Méndez inicia, da impulso y mantiene esta experiencia que recoge en su propuesta la angustia de millones de niños y niñas víctimas directas de situaciones de explotación y exclusión social, y la transforma en esperanza de un mundo más justo, construido con y desde los niños y niñas. Reunirlos en un proyecto de vida compartido, apoyar en cada uno el descubrimiento de su fuerza interior, formarlos en el reconocimiento de su liderazgo como hombres y mujeres dispuestos a impulsar dinámicas de restitución y vigencia de sus derechos fundamentales, no son sólo los objetivos que definen la misión institucional de BENPOSTA en distintos países del mundo: son vivencias reales con rostro y nombre propio que han cambiado para siempre centenares de destinos individuales y que nos permiten imaginar otro curso para el destino común que tenemos como seres humanos.

En el año 1974, Benposta se hace presente en Colombia a través del espectáculo del Circo de los Muchach@s. Es a través de este mundo de fantasía, sostenidos más de 130 niños, niñas y jóvenes vestidos de arlequines, que Benposta comparte y proyecta su mensaje de angustia y esperanza, y que confronta la realidad colombiana, invitando a la vez a su transformación. En abril de ese año se creó la primera sede de Benposta en Colombia. Hoy día estamos presente en tres regiones del país: Bogotá, Meta y Córdoba. En cada sede se adelantan distintos programas que promueven el derecho de los niños y niñas a una vida digna, el respeto a esa dignidad que les pertenece y su reconocimiento como sujetos sociales.

Cada una de las historias incluidas en este libro surge en este contexto y de algún modo muestra -sobre la vida misma- la práctica pedagógica que en Benposta se viene construyendo desde hace tres décadas. No es posible educar a partir de los "estigmas" que clasifican negativamente a los niños y niñas como pobres, abandonados, desplazados... Solamente a partir del reconocimiento de la inmensa valía de cada niño y niña como un sujeto social que puede tener la capacidad de transformar su entorno es posible generar procesos de educación y desarrollo.

Desde un punto de vista educativo Benposta es mucho más que una experiencia pedagógica con connotaciones puramente académicas. Escuela y educación no tiene una relación directa con nuestro concepto formativo. Creemos que sólo educa el ambiente y que el ambiente educador sólo puede ser fruto de una "comunidad educativa". Es esa comunidad educativa la que apoya un proceso de crecimiento que permite a los niños y niñas convertirse en protagonistas de su propia historia, elegir metas y sueños, e incluir en éstos no sólo su propia individualidad, sino la construcción social de Colombia.

Los relatos que aparecen en este libro reflejan cómo, a partir de lo adverso, cada muchacho o muchacha construye a su manera una historia que entrelaza los procesos propios de su crecimiento personal, con la proyección social en la porción de país que "tocan" con su propia vida. El proceso educativo enmarcado en el contexto de una "comunidad educativa" permite que cada uno experimente el poder como servicio, descubra la dignidad del más pequeño trabajo, perciba que la utilidad social está en función de la generosidad y se entregue a un proyecto de vida que no cierra su horizonte en la historia individual, sino que se abre en, desde y para el país compartido.

.....Nunca vimos enterrar a mi padre

"Temprano levantó la muerte el vuelo,
Temprano madrugó la madrugada,
Temprano está rodando por el suelo."

"Yo perdono a la vida desatenta,
Yo perdono a la muerte enamorada,
Yo perdono a la tierra y a la nada."
(Miguel Hernández, versión libre)

Cuando Yadira llegó a Benposta tenía poco más de siete años y era tan delgadita que a Camilo y Carmen Eugenia,[1] les parecía que estaba a punto de partirse.[2] No se "partió" tal vez porque de alguna forma, a esa edad, ya había pasado lo peor: el crimen que había dividido su vida en dos; el deambular de una a otra parte, en un mundo que de repente se tornó ajeno; la opresión de no entender, de tener que aceptar que nunca sabría la verdad de muchas cosas; y el miedo a ser separada de su hermana, el único ser verdaderamente cercano que seguía siendo próximo para ella...

Por eso, a sus 17 años, cuando aun tiene una figura delgada y facciones muy finas, quizá sólo sus pómulos permiten adivinar la fuerza que hay en ella. La suavidad de su voz —que cae con el murmullo de una cascada serena— no menoscaba la decisión de las palabras con que orienta como mantenedora a las jóvenes de 12 a 15 años a su cargo, ni la firmeza con que está decidida a lograr lo que quiere. También en sus grandes ojos castaños, que podrían parecer sólo soñadores, asoma la mirada avizora del que tiene claro el blanco y calcula exactamente cómo llegar a él.

Nosotras nunca vimos enterrar a mi papá. Milena[3] y yo sólo lo miramos cuando lo trajeron, lo pusieron sobre una mesa y lo abrazábamos llorando. Nos parecía que estaba vivo. Yo tenía seis años y ella ocho. Vivíamos en Puerto López, Antioquia, y habíamos estado solas con él desde antes de que yo empezara a tener recuerdos.

Nunca supe qué fue lo que en realidad pasó con mi mamá. Es que yo tenía apenas un año cuando mi papá nos llevó con él y nosotras crecimos sin verla más. Fuimos de una a otra parte, no parábamos en ningún lado. Al fin él puso un restaurante allá en Puerto López y levantó el negocio por nosotras. Mi papá era una belleza, daba la vida por cada una. Me acuerdo que sólo una vez nos pegó: estaban vendiendo una vajilla y nosotras, de curiosas, la rompimos y como nos dio una palmada nos fuimos a llorar toda la tarde al río. Ya como a las seis, cuando oímos que pasaban unos soldados gritando, nos devolvimos. Estábamos muy sentidas porque él nos consentía muchísimo. Él era..., mejor dicho, ¡no hay ni palabras para decirlo!

Trabajaba día y noche en el restaurante y nosotras ahí, todo el tiempo con él. Éramos tan apegadas que mi papá intentó mandar a Milena varias veces a la escuela, pero ella no se quedaba más de un par de horas, no quería estar sin él. Desde que nos levantábamos hasta cuando nos acostábamos nos la pasábamos juntos. De pronto nos acostumbró mal, porque a donde fuera nos llevaba. Él nos

[1] Actual representante y delegada de estudio de la comunidad en Benposta, Nación de muchach@s, Villavicencio.
[2] "Pensamos que no se iba ni a criar. Luego sacó la cabeza y dijo: —Aquí estoy. ", cuenta Camilo.
[3] Nombre ficticio.

decía que teníamos mamá, pero que ella vivía en otra parte, y nosotras sabíamos que él tenía niños de otra señora porque estuvimos un tiempo con ellos, pero luego se fueron al Bagre, Antioquia, aunque seguíamos en contacto con algunos de los mayores, sobre todo con Arlex.

Mi papá era muy creyente de las ánimas y todos los lunes, a las siete y media, se iba detrás del restaurante y rezaba y nos decía: "Pórtense bien, niñas porque si no, las ánimas...". Nosotros le pedíamos que nos enseñara las cosas que él sabía: rezar la sangre, los dolores, conjurar todas esas cosas. Él nos decía que todavía no podíamos aprender porque estábamos muy pequeñas. Era capaz de hacer que la sangre parara. Cuando había una cortada muy grande y la herida no dejaba de sangrar, él la rezaba y se cerraba. Así pasó conmigo una vez y como yo era flaquita y enferma de todo, mi papá me hacía unos tratamientos que conocía. También para eso la gente lo buscaba.

El día que mataron a mi papá nos íbamos a ir a Medellín, Antioquia. Ahora veo que él lo presentía. Teníamos todo listo y llegábamos del centro y a él lo estaban esperando en el restaurante dos hombres: un señor canosito que se llamaba Aníbal, y otro, al que le decían "Piña". Ellos iban todos los días a que mi papá les diera comida. Tenía que hacerlo por obligación. Nosotras entramos con él, muy tranquilas.

Ellos dijeron: —Don Manolo, ¿nos podrá hacer el favor y nos acompaña hasta allí y nos alumbra porque el camino está muy oscuro?
Y él les contestó: —No se preocupen, yo les presto la linterna y después me la traen.
—No, gracias, de pronto usted la necesita —le respondieron—: es mejor que nos acompañe.

Entonces nosotras comenzamos a decirle que no nos dejara solas, que queríamos ir con él y mi hermana Milena se puso a llorar para que la llevara. Él nos miró, y antes de salir nos besó y nos dijo:
—No niñas, este será el único lugar al que no las puedo llevar conmigo.

Se fue con ellos y como a la cuadra había un montecito, y ¡pa!, sonaron cuatro tiros. A mi papá le ayudaba en el restaurante un niño mayor que nosotras, que no tenía familia ni nada. Lo había levantado y él lo quería mucho. El niño fue a ver y se dio cuenta que lo habían matado. Lo que pasaba era que ellos eran guerrilleros y decían que mi papá era colaborador del Ejército y que tenía comunicación con los soldados por el hecho de que también les vendía comida, y ese fue el motivo por el que lo mataron. A mí me parece que el niño alcanzó a llamar a unos amigos de mi papá. No sé muy bien qué pasó, porque nunca lo volvimos a ver. En tal caso, ellos lo alzaron y lo trajeron al restaurante. Fue cuando lo pusieron encima de una mesa y nosotras nos tiramos a abrazarlo, pero no nos dejaron quedarnos con él. Nosotras nunca vimos enterrar a mi padre.

Después supe que él tenía muchas cosas especiales, que había desarrollado como un sexto sentido... Un tío que vivía en Medellín un día fue a visitar a mi papá y él le dijo: "Tenga en cuenta cómo es el camino a la casa, quien quita que de aquí a unos meses yo me muera y usted tenga que venir por las niñas". Eso le dijo y así pasó. Cuando la guerrilla lo mató al otro día le avisaron a mi tío y él vino y nos llevaron a mí y a mi hermana Milena, por allá, a Medellín.

Orfandad

Mi tío vivía con la mujer y tenían una tiendita. Nos trataron bien, nos pusieron en la escuela, aprendimos algunas cosas. Entonces apareció allá mi hermano Arlex y nos dijo que nos viniéramos a Villavicencio, que si no nos gustaba nos podíamos devolver después. Y mentiras. Nos convenció de venirnos, mi tío le dio el teléfono, pero cuando nosotras le preguntábamos el número después nunca nos lo daba. Nos trajo a donde el suegro de él.

El señor se encariñó mucho con nosotras. Nos puso en el colegio y todo, pero había un hijo suyo que no nos quería nada y nos mandaba hasta a lavarle las pecuecas[4] y de todas maneras era el propio hijo, por más que el señor sufría de ver su comportamiento con las dos. Arlex vivía con su esposa y trabajaba en la plaza. Nosotras nos preguntábamos con mi hermana por qué nos había traído y nunca entendimos. Mi cuñada una vez comentó que mi tío había mandado decir que nos llevaran, que no podía tenernos con él, pero después, cuando hablamos con él, dijo que no era así. Al fin, no supimos bien.

El problema que había era que dos niñas más eran mucho para el señor, pues él no tenía tantos medios; entonces a mi hermana mayor la mandaron para Neiva, donde vivía otro de los hijos de mi papá, pero no pudo estar allá ni una semana porque yo me enfermé: no quería perderla. Me eché a morir. Sólo cuando la trajeron me mejoré y estuve bien. Éramos muy unidas. Pero la situación seguía siendo que aunque el señor tenía una panadería, no podía mantenernos a las dos, porque ya veía de sus propias nietas... Al fin nos tuvo con él dos años, aunque a mi hermana la llevaban por tiempos donde otras personas. A ella se le había olvidado todo, como si con la muerte de mi papá no recordara ya muchas cosas. Él le había enseñado a cocinar, y después no se acordaba ni de cómo se hacía la pasta.

Cuando supimos que nos iban a meter en un hogar como Benposta nos pusimos contentas, sobre todo de saber que éramos las dos y que íbamos a poder estar siempre juntas. Eso era una dicha para nosotras. El señor nos trajo una tarde, nos dejó y nos dijo: "Chao". Nos dieron como ganas de llorar, pero las otras niñas: "Hola, ¿cómo están? Bienvenidas". Nos recibieron muy bien, y al principio nos pusieron a dormir en la misma cama y en el mismo distrito. Creo que les explicaron que no queríamos separarnos nunca.

Yo era pequeña, y había vivencias muy lindas: por ejemplo, a uno le enseñaban a doblar muy bien la ropa, después íbamos adquiriendo responsabilidades primero con la cama, luego una se encargaba del papel, otra de la crema, cosas así, hasta que me dieron un cargo más importante: entonces solucionaba los problemitas de limpieza, dirigía las reuniones por la noche y hacía el ofrecimiento en las mañanas orando para entregar el día. A mí me encantaba hacerlo y después estar pendiente de que cada grupo se fuera a su trabajo. Yo debía haber entrado a un grupo de niñas más pequeñas, pero como estaba con mi hermana entré al de las Aldeanas y por eso siempre fui avanzando rápido en cada una de las etapas. Llegué muy pronto a diputada, a alcalde del Pueblo Joven y después pasé a Mayores.

Acepté lo de mi papá porque sabía que ya no podía hacer nada. Y lo mismo, entendía que era como si mi mamá se hubiera muerto. Cuando llegaban las madres de familia a visitar a las niñas yo miraba y todo, pero no me daba tan duro como a mi hermana. Ella lloraba harto y entonces yo me iba hablar con ella y se le pasaba. Milena odiaba a mi mamá, la detestaba porque la gente nos hablaba cosas horribles de ella. Mi hermano Arlex nos dijo un día que la habían matado, y después nos contaba que la habían visto, pero era como amenazándonos para que nos portáramos bien porque nos habían vendido la imagen de que ella era malísima, nos decían que tomaba, que no les daba comida a los hijos, que nos dejaba encerradas, que no nos cambiaba. Hasta oí que ella había tratado de asfixiarme, pero que mi papá me había salvado. Él nunca nos decía nada así, sino que se habían separado porque no se entendían, porque ella ya estaba como en tratos con otro hombre, pero nunca dijo que fuera mala.

[4] Las medias malolientes.

Fragmentos de la Historia

Yadira se sumergió en el mundo de Benposta, y pareció olvidarse del recuerdo del pasado que podía guardar una cabecita de niña, habitada sobre todo por imágenes cargadas de sentimientos —ella brincando sobre el estómago acolchonado de su padre, él inclinado sobre su pierna herida, mandando a la sangre que parara; ellos, de la mano, por todos los caminos, y luego las otras casas donde también había cariño, pero nunca de un modo tan próximo, nunca hasta la sensación de poder abandonarse por completo en una presencia como la de él—, imágenes que después se fundieron con preguntas que se deslizaban en el fondo de los días, como corrientes subterráneas llenas de derivaciones y de puntos ciegos, de saltos, de piezas que faltaban al rompecabezas y sobre las que tal vez nunca tendría una respuesta absoluta.

¿Por qué las había criado solo su papá?, ¿a dónde se había ido su mamá con sus otros hermanos?, ¿qué habría pasado con ellos?, ¿era ella tan mala como les contaban?, ¿cuál era la verdad de la historia de su papá y su mamá?, ¿las habría buscado?, ¿estaría al fin viva o muerta?, ¿por qué las trajeron a Villavicencio? Un sinfín de preguntas que estaban ahí agazapadas, pero que se quedaron como suspendidas porque no había tiempo para ellas, y no había tampoco quién las respondiera desde que la muerte había impuesto su silencio. No las dejaron ir al entierro de su padre y eso era otra forma de vacío. Ahora sólo había espacio para ese nuevo aprendizaje que tenía el nombre de Benposta y que la entusiasmaba como si, sin darse cuenta, se hubiera impuesto un avanzar tan rápido que no dejaba lugar a esos porqués.

Ella, que era tan débil de contextura, se fue haciendo fuerte, aprendía a tal velocidad que le bastaron seis meses para ser diputada de un grupo de veinticuatro niñas, se saltaba etapas porque se adaptaba con una flexibilidad sorprendente. Pero entonces, cuando ya quizá no le importaba nada más que el presente, la convivencia llena de tareas y desafíos a los que siempre respondía, incluso con más gana de lo previsible; los hilos sueltos de ese pasado, los fragmentos de su historia familiar, comenzaron a desenvolverse, a permitirle hallar unas veces el rastro de los suyos, y otras, las razones desconocidas, o, por lo menos, la confrontación con el lado de su vida que se había refundido entre tiempos y lugares. Aceptar que en ese tejido de las relaciones quizá nadie es dueño de las verdades absolutas y que ya nunca sabría de qué lado se hallaban fue uno de los aprendizajes más necesarios que cumplió.

Un día, cualquier día, Arlex, el hermano, llegó a visitarlas con una mujer que parecía llevarles por lo menos unos diez años. Sin ningún preámbulo les dijo que ella era Sandra, una de sus hermanas por parte de la mamá. No le creyeron hasta que Arlex las dejó solas y comenzó a contarles partes de su vida. Les dijo que antes de que ellas nacieran eran cuatro los hijos que María del Carmen —así se llamaba la mamá— criaba sola en San José del Guaviare, una zona muy peligrosa. Allá se había conocido con el papá de ellas, que también tenía cinco hijos con una señora con la que ya no vivía, pero que en cuanto se enteró de que él se había ido con María del Carmen, se los mandó y entonces ellos se quedaron con los nueve niños. Supieron que por ese tiempo, el papá trabajaba en los cultivos de coca y que habían comprado un terreno y un hato grande, y que convivían entre las peleas de los niños que no se resistían entre sí.

En cambio, todos quisieron mucho a Milena, porque ella nació después de una bebé que tenía su mismo nombre y que sólo alcanzó a vivir tres meses, y de otro embarazo que no llegó a término porque la mamá tuvo una caída y sufrió un aborto espontáneo. Cuando nació la nueva niña, el papá se aferró a ella de una forma tan especial, que “no la soltaba para nada” y la quería tanto, que hasta la mamá le tenía celos. Luego vino Yadira y era claro que ambas eran sus preferidas. Sandra guardaba la imagen de ella misma cargando en los brazos a la pequeña de meses. Les dijo que las había dejado de ver cuando apenas iban a cumplir uno y tres años, y que también tenían unas hermanas de padre y madre que eran gemelas y habían nacido después.

A esas últimas niñas, María del Carmen las dejó —según le había contado a sus otros hijos— porque cuando de nuevo quedó en embarazo se vino a Villavicencio a dar a luz y el papá de ellas le prometió que vendría a recogerla al hospital y nunca llegó. Cuando nacieron las gemelas ella no había tenido cómo regresarse con ellas y entonces se las dio a una señora. Ella le había dicho a Sandra que se devolvió sola a San José del Guaviare y que cuando llegó, encontró que el papá de Yadira y Milena ya había vendido el terreno por ochenta mi pesos y se las había llevado con él. "Lo único que sé —les contaba Sandra ahora— es que la señora entregó las gemelas al Bienestar Familiar y que luego una tía se quedó con una, y otra mujer, que se llama Josefina, con la otra. Después, por casualidad, ellas entraron en el mismo colegio y se hicieron muy buenas amigas, sin tener ni idea de que eran hermanas porque eran muy distintas".

Supieron que así como su mamá dejó a las gemelas, había ido separándose de casi todos sus hijos. Sandra recordaba que cuando estaba viviendo con un hermano y su mamá en una casita alquilada, un día ella salió y les dijo: "Ya vuelvo", y los dejó ahí, sin un centavo, esperando un regreso que jamás cumplió. Entonces eran un par de adolescentes que primero fiaron lo que pudieron en la tienda, luego decidieron empeñar lo que tenían —una licuadora y una grabadora— y se fueron a buscar qué hacer, cada uno por su lado. Sandra había llegado, andando como pudo, hasta Santa Marta, y allá un señora de edad le dio trabajo, se encariñó con ella y la ayudó. Le permitió que estudiara y así completó el bachillerato. Luego se casó y, ya organizada, se propuso encontrar a todos sus hermanos y a sus medias hermanas. De eso hacía tres años. Ya había localizado a las gemelas y ahora acababa de encontrarlas a ellas.

Para lograrlo había acudido a una madrina de su infancia de la que guardaba recuerdo y ella la había contactado con Arlex, el hermano por parte del padre que las había llevado a Villavicencio. Fue hasta la plaza donde trabajaba y él le hizo prometer que no le diría a su mamá dónde estaban ellas. No lo hizo, ni siquiera cuando la visitó en el hospital, y le dejó una plata para que pagara parte de los gastos de la enfermedad que tenía en ese momento, porque pensó: "Así como yo las busqué, que ella también las busque". Sin embargo, no resistió la tentación de contarle a unos tíos...

Después de ese encuentro, una tarde en Benposta, Milena estaba de "aduanera" recibiendo a las personas en la entrada. Una señora llegó a preguntarle por un par de hermanas, diciéndole que ella sabía que estaban juntas allí, que una era morenita y la otra más blanca, pero que ellas no la conocían aunque era su mamá. Milena, muy amable, llamó a unas niñas pensando que eran ellas. Después de charlar un rato, la señora dijo que eran otras las que buscaba, que no sabía si conservaban los nombre de Milena y Yadira, pero que eran de apellido Vázquez. Entonces, la niña, con una rabia sorda como el dolor, le dijo que se fuera, que no la necesitaba, que la dejara tranquila y que sin ella estaba bien. Cuando la mamá le preguntó por Yadira, le gritó: "¿Ahora sí viene a preguntarla? Pues para que sepa, ella ya no está aquí. Se murió". "Ella no se ha muerto", respondió la mujer tranquila. Se trenzaron en una discusión y Milena, que deseaba ese encuentro más de lo que atreviera a reconocer, empezó a escuchar, a ceder un poco, sin dejar el tono ofensivo. Aceptó ir con ella a una cafetería del Centro y le contó que Yadira estaba de vacaciones en Puerto Esperanza, pero le reafirmó que ella no tenía ningún deseo de verla. La mamá se despidió diciendo que igual iba a regresar el próximo 15 del mes, y le dejó un vestido que había traído de regalo para Yadira.

Cuando Yadira volvió de las vacaciones Milena le contó el encuentro. Desdobló con el corazón latiendo ese vestido amarillo que era lo primero que ella recordaba haber recibido de su mamá y lo miró una y otra vez, incrédula, porque no obstante su contextura menuda, hacía muchos años que había dejado de servirle una talla tan pequeña. "¿Será que mi mamá se imagina que yo soy así de grande?", se preguntó cada una de las mil veces que lo sacaba del mueble de la ropa, sólo para mirarlo. El sábado siguiente se lavó el pelo, se arregló y se sentó a esperarla. Pasaron uno y otro fin

de semana y tantos meses que ella perdió la cuenta y terminó diciendo, en broma, que su mamá había dicho que volvería un día 15, pero que no aclaró de cuál año sería. Jamás volvió a buscarla. Si Yadira había podido encontrar una mediana explicación al porqué las había dejado ir solas con su padre, nunca entendió que bastara el rechazo de su hermana, para que desistiera de regresar, para que ya no quisiera saber cómo era su rostro de adolescente, ni le permitiera hacer las preguntas que sólo ella habría podido responderle. Después del encuentro con Sandra, lo que tenía más claro era que a todos los hijos los había ido dejando por el camino de su vida.

Un par de años más tarde vino a buscarlas otro hermano. Había llegado de Arauca, en un tiempo de permiso del ejército y la mamá le contó que sabía dónde estaban sus dos hijas. A él le daba miedo enfrentar su rabia, pero con todo y el temor de verse insultado, fue a conocerlas. Camilo[5] las llamó a las dos y les dijo: "Les presento este personaje, ¿no se acuerdan de él?", entonces ellas se presentaron: "Mucho gusto, Yadira", "Mucho gusto Milena", pero no se les ocurrió que fuera Héctor, otro de sus hermanos, hasta que él empezó a hablarles. Les relató que él estaba soñando a la abuelita y que le había pedido que le mostrara cuál era la mujer que iba a ser más importante en su vida. En el sueño él miró el rostro de Milena... Se rieron juntos y a lo largo del encuentro, se emocionaron tanto, le preguntaron tanto, que no sólo escucharon tranquilas la versión de que el papá de ellas golpeaba al resto de los niños y a la mamá, sino que aceptaron pasar el fin de semana con él en la casa de ella. Para ambas fue un paso muy difícil que iba a desembocar en una bifurcación de caminos.

Aprendí a darle gracias por la vida

Cuando llegamos "ella" estaba sirviendo el almuerzo y su compañero estaba sentado comiendo. Mi hermano Héctor dijo: "Hola mami, ¿qué hubo?" y nosotras: "Buenas tardes" y mi mamá levantó los ojos, nos miró y se quedó como una estatua: no se movía ni decía nada, y mi padrastro fue el que dijo: "Sigan y se sientan". Ella nos sirvió almuerzo, pero yo no le hablaba. No sabía dónde estaban las cucharas y como no estaba segura de cómo llamarla, si señora o mamá, le dije: "Me hace un favor, ¿dónde están las cucharas?". Ese fin de semana no hablamos casi, nos la pasamos con mi hermano. No hubo ni un abrazo. No le dimos pie.

Al final de esa visita nos preguntó que cuándo volvíamos y le dijimos: "Después", y es raro, pero llegó el día en que mi hermana —que era la que la odiaba— se pudo sentar en las piernas de mi mamá, mientras yo no puedo. Un día ella sí comentó que yo nunca me hacía al pie suyo. Yo he intentado dejarme consentir, pero no, me siento mal. A mi mamá la respeto, y aunque no puedo decir que la quiero, le agradezco que me hubiera traído al mundo. Ella dice que en el momento en que estaba en el embarazo tenía problemas con mi papá, y sé que sufrió harto para tenerme... Acá aprendí a tratar el rencor. Para mí, mi mamá era un espanto y en Benposta comprendí que de todas formas mamá es mamá, pues ella habría podido decir: "No, esa china yo no la quiero tener", y abortarme, pero me tuvo.

Después supimos que a una hermana, que se llama Yamile, se la dejó a una tía y que dizque consiguió marido y fue desdichada... por ahí cuentan que está en la guerrilla; de mi hermano Jorge supe que vivía con mi mamá en Villanueva, y un día alistó maletas y se fue. Con el que ella vive es con el pequeñito que tiene 12 años, y con el papá, que es su compañero. Con él nos la llevamos bien porque nos respeta.

Yo nunca le he preguntado a mi mamá nada de ella, ni de por qué iba dejando a sus hijos. De su vida no hablamos nada. Lo único que le he preguntado es por mis abuelitos. Supe que a él no lo quería, que a ella sí, pero se había muerto. Una vez me dijo que había amado a mi papá y me contó

[5] La historia del actual representante legal de Benposta-Villavicencio aparece en el relato "Aquí todos somos desplazados".

cómo se conocieron. Me dijo que allá en San José tenía una casetica donde vendía comida y que mi papá estaba en la zona y se hizo cliente de ella. Él le dio la idea de que vendiera tamales, pero ella no los sabía preparar, y entonces él se ofreció a enseñarle y por los tamales empezaron a estar juntos y después se fueron a vivir. Me contó que estando en la casa hubo tres ocasiones en que lo buscaron para matarlo —porque en esa zona la vida es así— y que él presentía y le decía: "Negra, esté pendiente, vaya y mire", y preciso: lo estaban esperando, pero él se escapaba.

Hay algo que yo no entiendo: que mi mamá dice que él tomaba y le pegaba a ella y a los niños, un cosa horrible, pero de lo que yo recuerdo de vivir con él no era así. Si lo que mi mamá dice de él era verdad, que era alcohólico y violento, no sé cómo podría haber hecho un cambio tan repentino y dejar ese comportamiento de un momento a otro, porque él jamás nos maltrató. Todo lo contrario. Nunca sabré cuál fue el motivo de la separación de ellos porque mi papá me decía una cosa cuando era niña y mi mamá ahora me dice otra.

Ella vive allá en Villanueva. La economía de la casa gira alrededor de las palmeras. Recuerdo que una vez hubo un problema con un tortolito porque yo le di comida y ella dijo que no le diéramos. Al otro día ella se fue y no le dimos nada y cuando llegó se puso toda brava y nos dijo: "Ustedes no sirven para nada, deberían largarse. Esperen y verán". Y nosotras no teníamos plata para largarnos, pero yo creo que ella no se arrepintió.

De todas formas, Milena se retiró de Benposta porque entre una y otra ida había sentido que necesitaba vivir con mi mamá y lo hizo así. Cuando supe lo que había decidido me llené de dudas porque me costaba separarme de ella. En ese septiembre estaba resuelta a irme de Benposta pues Milena me halaba a hacerlo: yo le hacía falta y ella a mí. Cuando estaba en medio de esa crisis le dije a Carmen Eugenia que me iba a ir y ella me aconsejó que no lo hiciera, porque tenía mucho que aprender y aportar aquí, y Oscar, un fundador de Benposta, también me habló. Me contó que él había pasado ya una crisis y que ahora pensaba en lo que sería de él si se hubiera ido por capricho. Pensé que tenían razón y que no iba a tomar una decisión así, de una forma tan apresurada. Y al fin me quedé. De todos modos, Milena se fue luego de la casa porque mi mamá la echó. Ahora tiene 19 años y vive con un compañero. Aunque estamos separadas, mi hermana ya entiende que lo mejor para mí es Benposta.

Es mi turno

Para mí es claro que yo llegué y encontré como ese amor, ese apego que la misma gente de aquí va enseñando. El apoyo de los mantenedores[6] ayuda mucho. En ese tiempo mi mantenedora era Maru. Tenía 19 años y era muy especial. A ella le debo bastante: vivía con nosotras, nos contaba sus cosas, nos acompañaba. Nosotras la sentíamos como una mamá, y le teníamos bastante confianza. Frente a cualquier problema ella nos enseñaba algo. A mí me decía que yo no debía odiar a mi mamá, me enseñó a perdonar, a sacar ese rencor.

Antes de estar en Benposta yo sabía que había un Dios en el cielo, pero de ahí no pasaba. Aquí aprendí que realmente existía un Dios que era como el papá. Eso fue cuando empezamos a profundizar en la oración y Maru nos hablaba de la vida, y yo iba entendiendo que no estaba sola y que era alguien útil. Con ella sentí que uno no sólo es para uno, sino también para los demás. Maru se fue hace cuatro años y nosotras lloramos. No la vemos muy seguido, porque ella trabaja todo el día en un almacén de zapatos, pero cuando la vemos nos emocionamos mucho.

---

[6] En Benposta los mantenedores son muchachos o muchachas de la misma comunidad que están más adelantados en el proceso de formación y se hacen cargo de acompañar, guiar y aconsejar a otros más pequeños. A veces las diferencias de edad son mínimas, pues una niña o niño pueden ser mantenedores de los de su mismo grupo, ya que el trabajo que desempeñan es apoyar al encargado que sí es una persona mayor.

También encontré afecto en Camilo y Carmen Eugenia[7]. Ella me dio muchos consejos. Aquí hay algo que es como el ambiente, que hace que uno sienta que existe gente que realmente lo quiere, y así le crean una buena autoestima y la responsabilidad. Cuando fui alcaldesa estaba en Pueblo Joven. Cuando uno entra a esa etapa adquiere más conocimiento de Benposta y cada vez se enamora más de lo que es. Yo escogí mi Junta de Gobierno. El manejo de grupo del gobierno es algo tan lindo que no tiene que estar una persona de afuera, sino que entre nosotros mismos nos coordinamos y no es que tengan que enseñarnos cómo es que se hace para gobernar sino que la responsabilidad y el conocimiento los va uno adquiriendo con lo que va viviendo. Yo duré un año en la Alcaldía, me fue bien y me pasaron a Mayores.

Aceptación Menor es la primera etapa de los Mayores, donde uno ya empieza a ver que ya ha dejado de ser niño, acepta más claramente a Benposta y si quiere comienza el proceso que va hacia la Gran Aventura[8]. Ahí no alcancé a durar el año y pasé a Aspirante. Es decir que me salté la etapa de Aceptación Mayor porque era muy responsable. Después hubo algo especial: los once días que estuve en la Capilla[9] en la Central de Juventudes. Allá vivimos una experiencia muy linda en un horario apretadísimo. Fui porque a Benposta le llegó la invitación. Carmen Eugenia ya sabía de qué se trataba, nos contó a las aspirantes y todas dijimos: "Sí, vamos". Fuimos las cinco que ahora somos mantenedoras. Allá había gente de todas partes, las niñas eran universitarias, y nosotras éramos las únicas colegialas.

Durante ese retiro vivimos de una manera muy fuerte la espiritualidad: todos los días misa y oración en la mañana y en la tarde. También vimos temas de autoestima, liderazgo, la formación de la persona integral y técnicas para trabajar con los grupos. Yo salí de ahí con toda una visión al mundo porque la espiritualidad estaba en el trabajo con el grupo, en ver la realidad. Había un político que había sido el secretario de una campaña en Cachipay y reconocía que ellos prometían cosas que sabían que no se podían hacer y que cuando llegaba el momento simplemente le decían a la gente que no había plata... Es una forma de política basada en la mentira. El trabajo de Benposta es distinto. Le da a uno muchas ilusiones. Yo siento que aquí puedo trabajar con lo que yo quiero que es con los niños y siento que de irme dejaría a la familia que encontré. Es algo así: a mí me dieron la mano una vez, ahora es mi turno.

Por eso fui cuando Benposta estuvo prestando apoyo en la zona del terremoto de Armenia. De Villavicencio me mandaron a mí y de Montería fueron tres personas. Al comienzo se fue Camilo y fundó dos guarderías en Calarcá. Los niños pasaban todo el día ahí y nosotros íbamos a hacerles recreación cada día durante un par de meses. Fue una experiencia bonita y tres de las mujeres que fuimos estábamos en el proceso de Preaventura. Luisa, que ya es aventurera, nos ayudaba a darnos cuenta de si dentro de nosotras estaba la posibilidad de quedarnos trabajando por los ideales de Benposta, o a pensar en lo que iba a seguir en nuestro proyecto de vida. Todos los días íbamos a misa porque escoger este camino es vivir en Dios, en la fraternidad y en la reflexión. Para mí el centro de mi vida es Dios y no sé cómo sería sin Él.

El año pasado comencé como mantenedora. Es un trabajo que implica acompañar el proceso de vida de cada niño o niña, estar ahí en los momentos de alegría o de tristeza, vivir con ellos cada instante dándoles la mano: ser mantenedor es ser como esa segunda mamá que está siempre presente; es estar pendiente, dándose cuenta de que no debe haber una ovejita que se pierda, y

---

[7] Actual delegada de estudio de la comunidad.

[8] Etapa de máximo compromiso en Benposta que implica la disposición de fundar otras comunidades de niños, donde quiera que se necesiten. La preparación se realiza a partir de un trabajo muy ligado a la historia personal y al proyecto de vida.

[9] Un pueblo del municipio de Zipacón.

mirar que vayan teniendo un crecimiento en todo. Entre las niñas que acompaño hay una a la que la mamá maltrataba mucho y ella había pensado en irse a la guerrilla y llegó a Benposta sin querer estar aquí. Antes de ayer yo hablaba con ella: "¿Se acuerda de lo que decía cuando llegó?" le pregunté, y me dijo: "Sí, me acuerdo que yo lloraba y decía que me quería ir", y yo: "¿Todavía se quiere ir?". Me contestó: "Ya no, porque aquí he encontrado afecto y cosas que no había visto en otra parte". Y como ahora ella va ir a la Macarena, que es donde queda su casa, yo le preguntaba: "¿Va a volver?" Y me dijo que sí, que seguro, que a la guerrilla ya no se iba. Uno en esos momentos se siente como alegre.

Ahorita tengo que terminar el bachillerato y luego estudiar Nutrición y Salud, pero yo no me imagino que voy a fundar una Benposta: yo tengo que fundar una Benposta. No sé dónde, donde se necesite, aunque eso me implique dejar a las personas que quiero.

Nunca jamás

En Benposta hay muchachos que han huido de todos los frentes, una chica que tiene un hermano en el ejército y la guerrilla los sacó por eso; otro, lo contrario, sus parientes tenían algún trato con la guerrilla, entonces los paras, "Váyanse"; y todo el tiempo, acá o en el pueblo, uno conoce historias: un muchacho al que los paras confundieron y lo iban a matar. Lo llevaron y empezaron a meterle espinas, lo golpearon y ya cuando llegó el punto de matarlo y se dieron cuenta de que no era el que creían, le dijeron: "Disculpe, hermano, nos confundimos", y él: "No, tranquilos, ningún problema".

Yo pienso que la paz es bien difícil porque es más que sentarse en una mesa: es dar empleo para que se acabe la pobreza; no sólo es hablar sino saber que hay gente que pasa muchos momento de angustia y que también la paz empieza desde cada quien. Ahora al frente de Benposta hay unas familias de desplazados y yo los escucho hablar de la tristeza por lo que tuvieron que dejar.

Contra los que mataron a mi papá no guardo ningún rencor, sé que si de pronto los llegara a ver algún día no tendría deseos de venganza. Ni contra ellos ni contra la guerrilla. Lo que sí es que me gusta decirle a las niñas que están a mi cargo que vivimos en una sociedad y tenemos que convivir con lo que pasa en ella. No creo que se trate de hacernos los locos y evadir la realidad. A veces, en la reuniones de Distrito nos ponemos a ver los noticieros, a reflexionar, y a darnos cuenta de que la cosa no es pensar que a nosotros nunca nos va a afectar lo que pasa en el país. Pero frente al camino de las armas yo siempre diría: nunca jamás.

….Me la jugué toda para vivir sin miedo

"Empieza a vivir y empieza a morir de punta a punta,
Levantando la corteza de su madre con la yunta,
Empieza a sentir y siente la vida
Como una guerra"
Miguel Hernández

El día de la entrevista de Bryan[10] fue un 14 de noviembre. Estaba cumpliendo 18 años y llevaba 20 días en Benposta. Pedirle que contara su historia no fue sencillo porque era remover en él la sensación de que "en cualquier lugar donde uno está hay alguien averiguando cosas", pero consintió en hacerlo por lo que pudiera servir para otros, no sin advertir que le preocupaba "que de pronto la cambiaran", y sin dejar de pedir que en ella le pusieran otro nombre "por cualquier cosa", aunque acababa de hallar un lugar donde podía decir sin aprensión cómo se llamaba en realidad.

Sólo un par de semanas antes de cumplir la mayoría de edad pudo comenzar a vivir como corresponde a un adolescente y empezar a olvidar el tiempo del miedo constante, la sensación de que siempre habría "alguien dispuesto a joderlo", y de que sobrevivir era cuestión de no confiarse nunca. Ahora que han quedado atrás las experiencias que vivió en la guerrilla, en la cercanía del paramilitarismo, atenazado por el ejército, en la correccional y en la cárcel, al fin puede descansar y hacer lo que un muchacho de su edad, en cualquier otra parte del mundo, habría hecho: estudiar tranquilamente.

"Me deserté"

A las diez de la mañana, un segundo antes de que Bryan se sentara a la orilla del camino, no tenía ni idea de lo que se iba atrever a hacer. Llevaba cuatro largas horas andando en un desplazamiento entre Mesetas y el Castillo. En el instante en que se sentó, fue como si al cansancio que traía de la marcha, se le sumara de un solo golpe todo el peso de sus dos años de vida en la guerrilla. Entonces se dijo: "Estoy aburrido", como si por primera vez reconociera plenamente lo que no podía haberle demostrado nunca a nadie allá, para no convertirse en sospechoso.

Levantó los ojos y vio cómo la gente pasaba y pasaba y mientras los miraba alejarse le pareció que una voz interior le decía: "Tiene que salirse de aquí" y entonces, algo en él, irrefutable, instintivo, detonó: "Me maten o no me maten, me la juego", se juró. Sin pensarlo más se dirigió al grupo de diez guerrilleros que conformaban su responsabilidad de milicia y les dijo que siguieran, que él iba a descansar un poco. Cuando pasaron los últimos muchachos del frente le pidieron: "Esté pendiente de la retaguardia", y él, con el radio a su cargo en las manos, respondió: "Listo, después yo los alcanzo donde hagan la parada". En el instante en que los perdió de vista, se dijo, todavía incrédulo, pero con una convicción que brotaba desde la médula de los huesos: "Me deserté".

Entonces bajó el equipo, puso encima el fusil y dejó todo a la orilla del camino. Echó a andar pensando que no había cogido nada de "ellos" salvo la pistola y el radio que le servía para irse reportando: "La retaguardia está bien, estamos bien" decía de tanto en tanto mientras andaba a toda la velocidad que sus piernas soportaban. Descendía la ladera atisbando el filo de la montaña por

[10] Nombre que se dio a sí mismo durante la entrevista.

donde pasaban. Era más fácil mantener la comunicación porque ellos estaban en lo alto y él en lo bajo. En medio de la huida tenía claro que sólo iba a llevar con él la pistola hasta que llegara a un lugar seguro y que entonces la dejaría. Pensó que retendría con él la correa y un "flash"[11] que probablemente nadie recordaría que estaba en su poder. Hacer ambas cosas: devolver el alma y guardar un objeto de prueba consigo era la única manera de proteger su vida en caso de que algo llegara a suceder.

Un par de horas después se comunicó por radio con el grupo a su cargo y de un sopetón les dijo que se devolvieran "por las cosas" porque había desertado. El muchacho que lo escuchaba sólo atinó a balbucear: "Espere habla con el comandante". Entonces él pasó y le preguntó: "¿Qué es lo que está diciendo?" "Es que me aburrí —le explicó—. Fue una experiencia, pero yo no quiero seguir en esto". "No cometa esa locura, usted va bien acá y no ha tenido problemas", insistió el comandante. Bryan replicó: "Pues problemas no he tenido, pero lo que quiero es irme a estudiar y a trabajar, hacer mi propia vida". Insistió en que había dejado el equipo porque no quería perjudicarlos y que podían recogerlo. Entonces el comandante le respondió: "Qué se le va a hacer: usted ya desertó", y entonces Bryan se atrevió a pedirle que por favor no se metieran con su familia. El comandante respondió, seco: "Usted es el del problema". Bryan sabía entender el "piérdase" y le reafirmó que ya estaba muy lejos. Acababa de entrar en San Juan de Arama.

Buscó una casa donde sabía que podía dejar la pistola para que se la entregaran a la guerrilla, sin decir nada más que era un encargo; fue a donde alguien que conocía y se cambió por ropa de civil. No despertó sospechas porque en el último año vestía así para su trabajo de guerrillero urbano: era "financiero" en Medellín del Ariari, encargado de recoger cada mes dinero entre la población y de "mantenerse pendiente de la gente". Ya lo distinguían y le tenían respeto como representante de la guerrilla. Algunas personas acudían a él para arreglar "asuntos": un sueldo no pagado, una deuda pendiente...

Ya de civil, sin perder un segundo se puso en contacto con un conductor de buseta y le pidió que les llevara el radio a Mesetas. Era cuestión de hacer las cosas de tal modo que se "fregara" lo menos posible. Algo que significaba actuar velozmente y no descuidar ninguna precaución para aumentar al máximo sus posibilidades de supervivencia. Escaparse equivalía a declararse condenado a muerte, pero tenía presente que si el comportamiento anterior había sido ejemplar y la disciplina no había dejado nada que desear —como era su caso— había al menos alguna lejana posibilidad de que le perdonaran la vida en caso de que lo agarraran. Desertar llevándose un arma, por el contrario era prueba de que se huía con intención de comprometerse a colaborar con el Gobierno y en ese caso ningún atenuante podía impedir el fusilamiento si por desgracia el desertor se dejaba coger.

En el trayecto de San Juan de Arama a la terminal de buses de Villavicencio vivió lo que dicen que sucede a los ahogados antes del último estertor: vio la película de sus 17 años de vida. De atrás para adelante, de adelante para atrás, mientras en su mente se confundían las voces de las explicaciones que habría podido darles a los comandantes, con el diálogo interno de que estaba ahí, sin plata y sin saber qué hacer. En ese instante se tocó la correa militar como quien palpa una prueba de la que todo depende y descansó. Pensó: "Me voy a presentar a la Policía para que ellos me ayuden con alguna cosa, cualquier cosa", y entonces comenzó a hilvanar las palabras con las que contaría su historia una vez se entregara. Luego, se distrajo con el traqueteo del bus sobre la carretera y volvió a recordar las razones por las cuales había terminado en la guerrilla.

[11] Un detonador de minas.

“Quería cobrar venganza”

Tiempo atrás, cuando iba andando hacia los territorios de la guerrilla, Bryan pensaba en una sola cosa: el rencor que sentía contra el ejército. “Quería cobrar venganza y desquitarme de ellos”, admite.

En el bus se acordó de ese 14 de noviembre en que cumplía catorce años y había salido huyendo de Arauca, a donde a su vez había llegado en busca de posibilidades un año atrás. En el trayecto entre esa población y El Castillo sólo pensaba en estar lo más pronto posible en el refugio de su casa. No quería saber nada más de conflictos, pero cuando llegó a la finca donde había nacido, lo primero que oyó fue que uno de sus hermanos se había ido al monte con la guerrilla. El hecho era ése y le produjo la sensación de que no había a dónde ir porque la guerra se adentraba en todas partes.

Encontró a su madre lamentándose del camino que había cogido ese hijo que era el segundo que se le iba, vociferando contra las malas lenguas que decían que el primero —de quien ni ella misma tenía noticia— también se había ido con la guerrilla, y confesándole al fin a Bryan que el problema había empezado cuando la gente de la comunidad lo había acusado de robar ganado porque andaba con unos muchachos que ya eran reconocidos por “ese vicio”. “Como nadie quería darle trabajo, mijo —le dijo— él, por desesperado, se enganchó con esa gente”. Bryan decidió que lo mejor era marcharse a otra parte de la región a trabajar: limpió potros, arregló cercas, arrió ganado y al cabo, cuando pensó que todo estaba más calmado, se arriesgó a volver a la finca de su mamá.

Allá cumplió quince años, pero “no encontraba modo de vivir, para salir era un problema por la vaina del ejército, de los paramilitares, de todos”. Sentía que sobre ellos pendía una amenaza por el asunto de su hermano, hasta que finalmente, el día menos pensado ocurrió lo temido: el ejército llegó a la finca y lo cogieron a él y a otro hermano.

Había ocurrido un enfrentamiento por ahí cerquita y nosotros estábamos trabajando limpiando una cerca y andábamos embarrados. Acabábamos de llegar a la casa cuando ellos —los soldados— entraron y empezaron a interrogarnos, que a dónde estábamos, que qué estábamos haciendo, que por qué estábamos así de sucios, y a decir: “Ustedes son guerrilleros”. Nos cogieron, nos amarraron las manos atrás y nos sacaron de la casa. Mi mamá lloraba y les pedía que no nos llevaran, pero igual nos subieron a la montaña. Allá nos pegaron culatazos y nos dieron pata y todo. Nos hicieron tortura psicológica. Yo les decía que si nos iban a matar que nos mataran de una vez, pero que no nos hicieran esa tortura de amenazarnos y les advertíamos: “Si morimos, morimos sabiendo que nosotros no estábamos con la guerrilla, si a ustedes les hicieron algo que les dolió desquítense con la gente que se los hizo y no con nosotros, con los campesinos que estamos trabajando”. Ellos decían que teníamos pinta de guerrilleros y que por qué estábamos mojados. Nosotros les explicábamos que estábamos cargando alambres, que habíamos sudado y que ellos sabían que en los bosques uno se empuerca[12], pero no nos creían.

Mi mamá no se quedó llorando. Se alistó y se fue para Medellín del Ariari y de allá llamó a la Cruz Roja y a la Defensoría del Pueblo y empezó a decir que se le habían llevado dos hijos de ella de 15 y 17 años y que creía que nos estaban maltratando. Mientras tanto nosotros seguíamos en el monte. Ellos nos sometieron a esa tortura de decirnos que nos iban a matar, a volver pedazos, y nos tuvieron dos días amarrados. Nos botaban la comida como si fuéramos marranos. Luego nos subieron atados a un helicóptero y en el aire seguían amenazándonos: “Ustedes se van a morir”. Nos decían que confesáramos, que dijéramos lo que sabíamos, dónde teníamos las armas, y nosotros: “¿Cuáles armas si lo único que tenemos son por ahí las peinillas[13] con que trabajamos?”.

[12] Se ensucia.

[13] Machetes.

Menos mal al otro día llegó la Cruz Roja y ellos ya dijeron que nos tenía una cuadrilla del Tino Vargas y los de la Defensoría pusieron una demanda y les decían que por qué no nos entregaban sabiendo que éramos civiles. Entonces el ejército nos entregó, pero nosotros ya quedamos muy aburridos como para volver a la casa. Ahí fue que empecé a tomar la decisión de irme para la guerrilla, ahora sí de verdad.

Lo que los soldados que los torturaron desconocían era que si Bryan había regresado de Arauca ese 14 de noviembre no había sido para colaborar con la guerrilla, sino justo huyendo de la persecución que ella había desatado contra los amigos con los que había "empezado a distinguirse"[14], sin saber en qué andaban metidos. A esa población había llegado porque la hermana, que era secretaria de la Alcaldía, le ofreció darle un estudio que acabó desaprovechando para terminar medio involucrado —no supo nunca a qué horas— en un asunto de "venganzas callejeras".

Todo comenzó cuando los amigos comenzaron a convidarlo: "Oiga, Bryan, vamos a una fiesta, fresco que nosotros pagamos todo" y él iba, entre admirado y curioso, preguntándose de dónde sacaban tanta plata. A veces les preguntaba y le decían: "Camine, que eso no interesa", o una historia que no se comía del todo, pero que le tranquilizaba: "Es que los papás de nosotros nos dan plata". Él aceptaba la cosa así no más, y se decía que al fin y al cabo, pasaban buenos ratos y que todo era para su bien. En el grupo había muchachos de 13 a 17 años.

No pasó mucho tiempo antes de que descubriera que andaban armados. Alguna vez trató de averiguarles, pero ellos evadían la respuesta. A "lo último", uno de los del grupo lo llamó aparte y le contó que antes habían estado metidos en el consumo de droga, pero que después los paramilitares los habían llamado y habían dejado de consumir, para que los contrataran como ayudantes. "De pronto —le advirtió el amigo— la guerrilla lo ve con ellos y lo jode[15]. Mejor trate a ver si puede retirárseles, antes de que lo involucren más". El trabajo que hacían era espiar en el pueblo quiénes eran auxiliares de la guerrilla.

En esos días la situación se complicó en Arauca: *Uno no sabe quién es quién. Está hablando por ahí con cualquier persona y realmente no sabe con quién está hablando, porque hay guerrilla urbana y civil, y los muertos corren por cuenta de la guerrilla, de los paramilitares, y no faltan las bandas atracadoras. Allá si alguien le debe plata a una persona, ella va y contrata a los "paras" para que le hagan el trabajo de cobrar y el que debe, sabe que si no paga, lo matan.*

En el año en que estuvo en esa población las masacres se multiplicaron: por venganzas políticas, por plata, por rabia... Aburrido de eso y con miedo de acabar tirado por ahí en cualquier lado, el día en que se fue del pueblo salió porque sabía que no había otra forma de alejarse de los amigos con los que se había metido, aunque nunca participara con ellos en sus "trabajos". La guerrilla empezó a matar a los muchachos: un día bajaron[16] a dos, al otro día amenazaron a otros que eran compañeros del colegio donde estudiaba y que estaban vinculados "a eso de los paramilitares".

A la primera muerte de los amigos de mi grupo sentí mucho miedo. La noche en que mataron al muchacho amigo mío, en la troncal que sale de Arauquita a otro pueblo, me habían convidado. Yo les dije que no podía ir porque mi hermana me había prohibido salir, pero que si necesitaban algo pasaran por la casa. Ellos me dijeron que no fuera gallina, que cómo me iba a dejar mandar de una hermana, y se fueron. Al otro día llegó la razón de que en tal parte habían matado a fulano. Le dispararon sólo a él y a algunos de los otros los cogieron vivos, los amenazaron y los dejaron ir.

[14] "Distinguir" a alguien es una expresión muy utilizada en el campo para referirse al entablar una relación de conocidos con alguien.
[15] Lo mata.
[16] Mataron.

Cuando supe le dije a mi hermana que me devolvía para la casa. Era el día que cumplía catorce años.

Así, se había venido huyendo de la guerrilla, para terminar pensando que necesitaba “cobrar venganza y desquitarse de los soldados”. Un mes después del incidente con ellos, se fue a un frente guerrillero, impulsado por ésta y otras “razones”. Ahora, pasados dos años, ya no tenía ganas de hacerle daño a nadie, sino urgencia de salvarse a sí mismo.

De las razones al cerco de la muerte

Antes de irse al monte, Bryan había pensado que andando por ahí solo no estaba seguro y que además, en la guerrilla podía confiar más que en el ejército, “porque así es en el campo”. Quiso asegurarse en medio de la violencia, y se acordó de un muchacho de la vereda que le había contado que se iba a enrrolar allá, y le dijo que lo contactara. Durante treinta días le dio vueltas a su decisión en medio de un cúmulo de sensaciones que entremezclaban la nostalgia, la venganza, y la confusión de una guerra en la que, quisiera o no, estaba metido. Al fin, le dijo al muchacho que se entraran juntos a la guerrilla. Unas semanas después de haberse marchado supo que la mamá se había ido a trabajar lejos, a otro lado, aburrida de vivir ahí, desesperada de ir perdiendo los hijos, uno a uno. El hermano mayor también se iba a marchar, pero no se decidió porque tenía mujer y niños y le dijo a Bryan: “Aunque me maten acá en la casa, yo no me salgo”.

Mucho después, cuando recordara las razones por las cuales tomó ese camino admitiría sin ambages que los jóvenes de ambos sexos también se iban porque se enamoraban de otros que se decidían por la guerrilla, y entonces buscaban la forma de estar juntos.

A mí también me pasó por eso: yo me enamoré de una chica y ella se fue para allá antes que yo. No es que se hubiera ido por respeto a la guerrilla, sino porque en el campo, donde hay conflictos armados, uno está entre todos los fuegos y entonces, por el trato que la guerrilla tiene con la gente, uno se siente como respaldado y comienza a cogerles confianza y se va. Yo pensaba mucho en ella, y me imaginaba la cara que pondría cuando me viera allá.

Es mentira lo que dicen de que ellos se llevan obligados a los jóvenes: uno se va porque quiere; si estuvieran obligados no habría nadie allá porque todos se volarían, por cualquier cosa desertarían y a la guerrilla eso no le sirve, pues entonces ya se miraría como un ejército como el que hay en el país, donde muchos entran a la fuerza y eso les crearía problemas con las familias de los muchachos.

Yo me fui por el amor de ella, y por el rencor hacia el Gobierno por lo que nos habían hecho. Allá me encontré con la china que yo quería. Manteníamos juntos, pedimos permiso y nos dejaron acostar. En un campamento cada uno tiene su pareja desde que lo autoricen. Eso depende del comportamiento de uno con ella y del trato con todos, de la disciplina, y la responsabilidad, eso miran. Porque si uno comienza a andar con una y con otra, entonces le ponen problema y le dicen que con una o con la otra y que respete, y también le advierten que si se llega el día en que toca separarse — por razones de la guerra—, pues listo, se separa sin rencores y nada más. Pero primero están viendo a ver cuál es la responsabilidad que uno tiene de vivir en grupo o con una pareja. Ellos le llevan una hoja de vida y hacen una evaluación semanal.

A mí me dieron el permiso porque yo estaba muy pendiente de ella y de todo. Semanalmente nos hacían una revisión personal para controlar enfermedades o embarazos. Algunos meses les cambian de dispositivos a las mujeres o las llevan a tratamiento... Con ella llevábamos un año y yo había sido destinado a un cargo en la población civil, y la tenía bien, porque cuando uno está en los pueblos le dan sus cosas: que una grabadora, que lo del aseo, y entonces le llevaba lo que necesitaba.

Al año de estar allá la trasladaron. Ellos hacen esos cambios porque hay frentes que tienen poquito personal y entonces lo sacan de los que tienen más gente. Con ella salieron diez más y yo seguí trabajando. A ella le dio duro separarse de mí y estaba aburrida, aunque como era una norma aguantar la separación no tenía más remedio que aceptarla, y además manteníamos comunicación porque ella manejaba el radio y por eso nos hablábamos así a distancia. Pero pasaba el tiempo sin verla y eso me aburrió también. Luego empecé a sentirme cansado y enfermo, pero uno sabe que no puede mostrarle a nadie el aburrimiento. No lo hice hasta que me deserté.

Eso no es vida para uno

El primer año fue así: yo llegué allá y duré quince días con trato bueno, y a los quince días comencé a recibir entrenamiento militar. Había hartos muchachos y muchachas de mi edad. Entonces ya nos metieron al manejo de armas y a la formación de cosas ideológicas. Ellos todos los días reúnen al personal y le dan charlas a las ocho de la noche. Hablan de qué es lo que hay que hacer, de cuál es el trato con la población civil o con un prisionero, y dan lo que llaman capacitación política. Esa capacitación es de pronto para manejar bastante lo que es la política y no dejarse del enemigo. Enseñan que si uno se viste de civil y sale al pueblo y se encuentra con un policía que comienza a interrogarlo, tiene que saber salirse de esa trampa. Entonces se aprende el modo de responder todas las preguntas y más que todo, eso es la política. Nos dicen que si a uno lo cogen con hechos tiene que aceptarlos tratando de involucrarse lo menos posible y que si, por ejemplo, lo agarran con armas, debe pedir que le respeten la vida; pero que si no le encuentran armas lo que tiene que decir es que sólo es un campesino.

Yo vi las ejecuciones de los infiltrados. Ellos mismos confiesan. Un muchacho que entró conmigo se dejó caer porque hizo intento de homicidio. Iba a cumplir el trabajo que le habían impuesto, que era matar a un comandante y desertar de allá. Es que uno tiene un cargo y debe ser muy cuidadoso en eso porque aunque no lo crea hay mucha gente infiltrada tanto en la guerrilla como en el ejército. El comandante se mantenía despierto, y decía: "Yo me cuido porque hay infiltrados; no sabemos quiénes son, pero sí los hay". Él no se quedaba en la cama en que se acostaba: a lo que se dormía la gente, se pasaba a dormir a otra parte y esa noche el muchacho se levantó y levantarse está prohibido porque los guardias están pendientes de que nadie lo haga. Un relevante lo vio, pero no lo llamó, ni nada; se puso a ponerle cuidado. Él llegó a la sombra de un palo, y sacó la pistola y metió el tiro donde creía que estaba el comandante. Pensó que estaba ahí, pero no era así. Entonces le hicieron la investigación y él después confesó que era de la Fuerza Aérea. Le hicieron Consejo de Guerra y lo mataron. Esos fusilamientos son públicos, están todos formados ahí. Es así: alguien comete una falla, y lo sacan al frente y ahí decide el personal de acuerdo al delito en que haya caído, porque antes de entrar uno a la guerrilla le leen un reglamento para que sepa a qué atenerse. Los delitos que son para pena de muerte son: intento de homicidio, ser infiltrado, escaparse...

Yo participé en varias campañas: en la toma de Miraflores y en la toma de la Uribe. En la primera más que todo estuve fue en el cordón de seguridad, afuera, esperando que no llegara el ejército; en la segunda sí entré en el grupo de asalto. Me asusté, sentía miedo, pero cuando empezaron a sonar tiros de lado y lado tuve que controlar los nervios, no ponerle casi cuidado a las balas y ubicarme adelante. Los comandantes sí tienen la idea de que un día se van a tomar el poder, pero esas tomas las hacen para quitarle fuerza al Gobierno porque mueren soldados, o cogen prisioneros de guerra y eso es pérdida para el Gobierno y ganancia para la guerrilla.

De todas formas creo que el manejo que le está dando la guerrilla a los prisioneros es mejor que el del ejército, porque cuando los soldados cogen a un guerrillero lo primero que hacen es molerlo a pata, a culata y todo eso; mientras que un guerrillero no puede hacer lo mismo. Yo estuve cuidando a un prisionero en el frente. Uno tiene que darles lo mejor, la comida es primero para ellos, no

importa que no haya para uno. Eso por la opinión internacional y porque es una manera política de ganar espacio y de hacer entender que la guerrilla no es lo que dicen. Aunque sí hay ocasiones en que ella coge y patea y mata, pero eso ya es diferente porque lo hace sólo con los paramilitares. Nos enseñan que a ellos sí es a darles duro porque ellos no respetan a nadie, no respetan ni siquiera a la Cruz Roja, ni a la Defensoría del Pueblo. No les importa sino matar y cobrar su plata; en cambio la guerrilla respeta su código y el ejército está haciendo lo mismo.

Después del asalto a Miraflores éramos 15 guerrilleros cuidando 55 de los soldados. Eso a lo último ellos se adaptan a uno y uno a ellos, según cómo se manejen. A veces uno los suelta y pueden andar por el campamento haciendo actividades con uno. Ellos duran un tiempo ahí... Las zonas de distensión se han ganado por los prisioneros de guerra. Ellos eran los soldados que las madres estaban reclamando. A mí me daba duro verlas por televisión, pero sabía que yo no podía tomar determinaciones, que estaba cumpliendo órdenes y que si dejaba que alguno se volara tenía que responder hasta con la propia vida. Esas son las cosas. A mí me dijeron varios que los dejara volar, pero eso no lo podía hacer.

A la guerrilla no le interesa persuadir a los soldados porque eso es un riesgo pues nunca va a saber si la intención es desquitarse. Yo creo que la paz está difícil así hagan acuerdos el Gobierno y la guerrilla, porque no se ponen a ver todos esos niños por las calles aguantando hambre, por ahí, sin trabajo, sin estudio, sin familia, y porque ahorita en el país lo único que da plata es estar con los paramilitares, entonces todo se va cundiendo de guerra y no hay paz. Tal vez si en lugar de tanto diálogo buscaran darle trabajo a todas esas personas para que pudieran tener un sustento de vida y ganársela honestamente sería diferente...

De todos modos, cuando cumplí los dos años allá no aguantaba más. Es que uno vive esa experiencia y cree que porque tiene un arma no se le puede acercar ninguno o se cree superior, pero a la vez uno mantiene mal: todos los días privado de la libertad, todos los días con miedo de que lo maten, y sin poder visitar a la familia, y sin derecho a decir nunca: "Me voy", porque lo joden. Entonces, empecé a pensar que yo quería tener como un futuro y eso fue lo que me fue llevando a la decisión de desertarme. Todavía yo siento algo por la novia que tenía, pero me toca olvidarme, porque ella está allá y yo no sé si va a tener la misma decisión que yo tuve, o de golpe tenga el coraje, pero sí me gustaría que encontrara un mejor modo de vida porque estar allá es algo que no se lo desea a ninguno, es peor que estar en la cárcel: uno tiene que vivir cuidándose de todo el mundo, y tiene que olvidarse de todo. Tomar esa decisión es meterse en algo que no es vida para uno. Es que es muy berraco[17] estar entre las armas.

Yo miraba cómo morían compañeros de parte de nosotros y del ejército. La primera vez que uno dispara ve que caen personas y eso es un fuerte impacto para uno. Pero gústele o no le guste hay que tener un control de manejo del arma, recordar que tiene al frente al enemigo y que si uno no le dispara, él sí va a matarlo. Es berraco disparar... pero después yo lo olvidaba. A uno le hacen la terapia de decirle: "Ellos le mataron a un compañero y usted les mató a alguien. Haga de cuenta que no pasó nada". Eso es una forma para que uno no se amargue.

Yo me decidí también por eso, porque a mí no me gusta ver morir a otro sin poder hacer nada más que matarlo sin ninguna meta. Eso no lo lleva a nada a uno: matar por matar porque el país está en guerra. Claro que allá muy poco se entiende eso y el que entiende de pronto lleva algo de ventaja —aunque el otro esté ganando— porque ya uno se pone a mirar que si uno mató a un muchacho del ejército, también le pueden matar a alguien de la familia o a uno mismo y que así como siente la

[17] En el contexto "berraco" significa duro, difícil. Cuando se usa como calificativo de una persona y no de una situación, su sentido es "valiente", "arrojado", capaz de enfrentar cualquier cosa.

familia del soldado, la de uno igual. A mi hermano lo mataron a los ocho meses de combate y claro, me dio duro, sentí mucha angustia. A él lo bajaron en un pueblo que se llama Los Alpes. Entonces uno se pone a mirar y reacciona. No quiere saber más de eso.

Sin refugio

Ahora Bryan estaba al fin en la terminal de Villavo y era como si ese futuro que quería tener dependiera de la correa militar y de un "flash" que se había guardado pensando que podía ser una prueba porque servía justamente para reventar minas. Calculaba lo que iba a pasar, con la esperanza de que al entregarse a las autoridades iba a encontrar el refugio que había estando buscando de una a otra parte, en medio de un mundo desarticulado. Sentado en una banca de la terminal, sin una muda de ropa, sin un centavo, sin nadie a quien acudir, tuvo conciencia de que ese andar dando tumbos había comenzado para él el día en que a su padre se le había acabado la vida. Tenía menos de tres años y entonces no entendió nada distinto a su ausencia.

Había crecido bajo el sino de una violencia que no acababa de entender y que sin embargo, definía la vida, la muerte y el curso de los días. Su papá subsistía cultivando una finquita cafetera con una familia de siete niños que iban saliendo adelante hasta que la guerrilla organizó unos paros en las veredas de los alrededores de El Castillo y todos se vieron obligados a salir. El ejército contraatacó haciendo retenes para impedir el paso de la gente. Justo ese día llovió tanto que los ríos se crecieron, y como su padre sabía que los niños y la mujer se habían quedado solos en la casa estaba angustiado por lo que pudiera sucederles. Entonces, se devolvió por su cuenta y cuando intentó cruzar el río, la corriente lo arrastró y lo golpeó hasta dejarlo sin sentido y en la mitad de la vida se ahogó.

No obstante la siembra de café, quedaron desamparados porque un hombre de la región engañó a la mamá con la producción y no les dejó nada. Entonces algunos de los hermanos mayores enfrentaron la "obligación de salirse a buscar modos" para ayudar a levantar a los tres menores que se quedaron en la casa. Se fueron a Puerto Rico. A esa población era que emigraba la gente de los alrededores cuando no tenía nada, cuando la urgencia de desvararse sólo llevaba a una salida: vender coca. "El movimiento" —la guerrilla— controlaba las operaciones. Les tocó quedarse allá un tiempo trabajando en cultivos, y durante el lapso en que todavía no conseguían nada para mandar a la finca, los pequeños pasaban hambre. Se mantenían a punta de panela, platanitos y arroz, y a veces, sólo de agua de panela. Con el primer giro que enviaron los hermanos hicieron "una remesa" y la mamá tasaba los alimentos para que les duraran.

Sólo meses después, cuando levantaron el dinero suficiente para pagar los impuestos que se debían y la parte de la finca que estaba pendiente de cancelar, los hermanos regresaron a sacar adelante la parcela[18], que de nuevo comenzó a producir y fue cuando empezaron a sembrar pasto. Pero tampoco entonces la guerra los dejaba tranquilos: uno de ellos, de apenas 10 años, se había ido y nunca lo volvieron a ver, salvo Bryan, quien, no obstante que no recordaba su imagen, supo que andaba al fin en los frentes guerrilleros y lo buscó cuando él mismo se enrroló. En un par de encuentros fugaces y escasos pudo familiarizarse con el rostro de un hermano que durante muchos años fue sólo un nombre en labios de su madre.

Desde la terminal Bryan llamó a la Cruz Roja, les dijo que venía de la guerrilla, que tenía 17 años y se iba a entregar a la Policía y que por favor estuvieran pendientes de su caso. Esperó hasta el anochecer para presentarse. Era un gesto de precaución que revelaba cómo había aprendido a "asegurarse" antes de actuar. Se repetía las palabras que le habían dicho: "Nosotros le cumplimos y no le faltamos" y respiró aliviado cuando los vio; no se imaginaba que pasarían meses antes de que

[18] Pequeña porción de tierra.

pudiera sentir que la muerte no lo acechaba en cualquier parte, antes de que dejara de creer que del lado menos pensado podía provenir el golpe y de que encontrara algún lugar donde el miedo no fuera un latido persistente. Cuando llegó al cuartel de la Policía y dijo que venía desertado y necesitaba ayuda, no le creyeron. El insistía en que los dos objetos que llevaba eran la prueba. Le preguntaban que por qué "no se había sacado el fusil ni nada más" y él sólo acertaba a responder que había guerrilla a la salida y que sólo venía a entregarse para que le ayudaran. Al fin lo llevaron a la SIJÍN, donde comenzaron a investigarlo.

No dio la información que le pedían. No tenía intención de ir a "sapear cosas de allá" porque no quería poner en peligro a su familia. La Cruz Roja presenció la investigación y no lo obligaron a "hablar ni nada". Como no tenía papeles —se le habían perdido en el paso de un río—, lo mandaron para un examen a medicina legal, y a partir de ese momento "empezó el viacrucis" porque lo notificaron como mayor de edad. Entonces, para su sorpresa le dijeron: "Listo, pues si usted dice que es guerrillero, camine a dónde tiene que ir" y lo encalabozaron: "Me echaron para la cárcel de Casa Blanca aquí en Villavo porque pensaron que yo tenía 19 años. Entonces yo me puse aburrido, porque yo había ido era a entregarme y a pedir ayuda".

La cárcel: el destino es raro

El guardia que lo llevó a su celda tuvo la consciencia suficiente de buscarle el compañero menos peligroso que se le ocurrió. Era un hombre de 32 años que estaba preso hace cinco y todavía le quedaba una condena de diez por pagar, pero lo reconocían porque permanecía ajeno a la delincuencia que adentro bullía. Le dijo: "Aquí le traigo este muchacho que viene de la guerrilla" y él se quedó mirando su rostro de adolescente, sus ojos oscuros marcados por el estado de sostenida desconfianza, el gesto de quien sabe que el acecho no da tregua y dijo: "Es un chino. Déjemelo aquí que yo sé cómo manejarlo". Ni esa noche, ni las siguientes, le preguntó mayor cosa. Se limitaba a compartir con él sus objetos, estaba pendiente de él porque "le daba vaina que fuera menor de edad" y le advertía que debía tener cuidado allá porque "si uno no le cae bien a alguien, lo joden".

Como a la semana comenzaron a hablar. Fue él quien empezó. Le dijo que lo había recibido en la celda para protegerlo y le contó su historia y le pidió que no desconfiara de él. Bryan supo entonces que "por la pobreza y para salir de ella" a los veinte años se había metido con los paramilitares porque le ofrecieron seiscientos mil pesos mensuales aparte de los "trabajos individuales". Era de Urabá, pero cayó en Villavo pues durante un operativo lo hirieron, lo cogieron y lo metieron a la cárcel.

En él confió, le contó que era desertado. Fue él quien le advirtió que no se le ocurriera decirle eso a nadie más porque era peligroso hacerlo; le recomendó que cuando no tuviera claro con quién estaba hablando dijera que venía por hurto, por homicidio, secuestro, por cualquier cosa, menos asuntos políticos, y le señalaba quiénes eran confiables en la cárcel. De todos modos, ya Bryan "se había soltado" hasta cierto punto con algunos compañeros que venían de la guerrilla.

"Vivía pendiente de lo que hablaba con todos esos muchachos, de no dejarme caer con ninguna palabra porque sentía que muchos me estaban poniendo cuidado a lo que hablaba, y no me atrevía a decir que me había aburrido con la guerrilla, que había desertado. No confiaba: durante ese tiempo, pues yo me negué, cuando me preguntaban ¿Usted por qué viene?, entonces yo les decía que por rebelión y que me habían cogido. Me daba miedo porque había mucha guerrilla y si decía me mataban. Entonces me dijeron: "Ah, listo. Aquí cualquier cosa que necesite, de aseo o lo que sea, nos dice a nosotros y nosotros le ayudamos". Yo pensaba que en el momento en que me descubrieran me mataban y le pedía al fiscal y a los de la Cruz Roja que por favor no dijeran, que no fueran a pasar por televisión ni por ningún medio de comunicación los interrogatorios. Entonces yo me cambié el nombre allá, no di el nombre mío a los compañeros de la cárcel. Ellos me llamaban por

ese nombre. No Bryan, sino otro. Allá, cada vez que llega una persona nueva, si viene por la guerrilla o por los paramilitares, ambos le dicen: "Aquí estamos nosotros y acá nos toca luchar unidos contra la delincuencia".

La verdad de su situación no la supo irónicamente sino un paramilitar, porque frente a él, Bryan sintió que tenía idea de "quién era", y se le olvidó que "había aprendido a odiar a los paramilitares". Él y su compañero se ponían a pensar que los dos venían de una guerra que los había envuelto sin que nadie entendiera ni cuándo ni por qué había comenzado y menos a dónde iba a parar: se ponían a "ver" a donde habían ido a caer y hablaban de que tanta rabia que se habían tenido allá, para venir "los dos a mirarse las caras" y decían que así era el destino de raro que ahora les tocaba convivir juntos.

En el día los sacaban por ratos de las celdas. Cada vez que había una pelea el miedo le revolvía el estómago. Ocurrió una insurrección entre los internos y los guardias la contuvieron a bala. Vio matar a dos muchachos a los que éstos les dispararon. De nuevo tenía la angustia de estar privado de la libertad, de que lo estuvieran vigilando y una carga que no había sentido en la guerrilla: la compañía de delincuentes comunes, de ladrones, de la gente enviciada con la droga. En los frentes esto último era algo tan prohibido "que daba para fusilación[19], si es mucho y si el que está en eso no pone cuidado". En la cárcel vivió también el miedo a ser violado, aunque había muchachos muy buena gente que le decían "cómo era la vida allá", y que debía evitar estar solo.

Llevaba muy poco tiempo preso cuando el fiscal le dijo que por lo menos iba a estar cinco años por sedición, pero que no iba a pasar de ese tiempo, que eso era lo máximo que iba a estar allá y que después saldría... Aterrado, apenas lo dejaron llamar avisó a una amiga de su casa para que le hicieran las vueltas de los papeles. Nunca imaginó que podría sentir tanto descanso mirando un simple documento de identidad como el que sintió el día en que al fin le llevaron el registro. Presentarlo bastó para borrar de un solo trazo la extensión de la pena impuesta. Duró dos días más después de escuchar que decían: "No, este chino es menor de edad", antes de que lo remitieran a la correccional. Había estado 20 días de 24 incontables horas en la cárcel.

"Al fin me gané la confianza"

En la correccional algunos se dieron cuenta de que había desertado, porque oyeron un comentario de las directivas, pero ya no le daba tanto miedo porque "eran pelados de la misma edad que no tenían mucha experiencia y no manejaban casi lo que es". Se defendía: "Yo les expliqué a los directivos que venía desertado, pero en realidad yo fui cogido, sino que dije eso para que no me tuvieran tanto tiempo". La desconfianza de Bryan era tanta que aunque se hizo un amigo que estaba allí en su misma situación y le contó la verdad, nunca llegó a decirle su nombre verdadero.

En la correccional duró cinco meses. Sin importar que también estuviera privado de la libertad, o tuviera que vivir en medio de drogadictos y eso lo hiciera sentir mal, no tenía tiempo para lamentarse: era pensar en unos meses de prisión en lugar de cinco años. Empezó a estudiar como nunca lo había hecho en toda su vida, día y noche, incesantemente, con una constancia que llamó la atención de la directora de la correccional, quien había atendido el pedido de que le dejara hacerlo.

A veces, cuando se daba un descanso, Bryan se acordaba de su infancia, cuando lo que menos le interesaba era estudiar. Vivía en los ríos, pescando con anzuelos. La vida —sin importar los días de hambre, la muerte incomprensible del padre, el éxodo de los hermanos buscando "modos" para que todos pudieran sobrevivir, el paso de ejércitos de uno y otro lado— era juntarse con otros, olvidarse del mundo entero pescando en las orillas del Acalá, o bañarse hasta el cansancio en sus aguas

[19] Fusilamiento.

tumultuosas. A veces se escapaban de la escuela para irse al río, aunque casi siempre Bryan se sujetaba a su horario: de ocho a doce estudiando —sin mucha gana—, a medio día andar al cultivo a llevar el almuerzo a los hermanos, caminando bajo el sol media hora de ida y otra media de regreso. Cuando estaba ya de ocho o nueve años, seguía yendo a la escuela en las mañanas, sin poner mucha atención y en las tardes trabajaba en la agricultura. Descerezaba el café: lo echaba en la máquina para quitarle la cáscara y lo ponía en los tanques para fermentarlo y sacarle la baba.

Cuando terminó quinto no volvió a la escuela, como muchos otros de sus amigos, entre otras cosas porque los profesores les pegaban con regla, y se "pasaban" con los que molestaban o no eran aplicados. Desde los doce años se dedicó completamente a trabajar en las fincas. Su familia, para poder salir adelante, le ayudaba a los vecinos y ellos les pagaban, cuando se podía, o les devolvían a su turno el trabajo. En esa época Bryan se ganaba de cuatro a cinco mil pesos por jornal. Guardaba una parte, pero a los pocos meses, tal vez cansado de una vida que era sólo trabajo de sol a sol, comenzó a salir con otros muchachos que ya bebían cerveza, a gastarse el dinero jugando billar y desde los trece años se mantenía "calle arriba y calle abajo" cuando no estaba trabajando en el campo. Al año de andar en ésas, mientras oía que la gente le recordaba que él era de buena familia, tuvo que hacer un alto. Fue cuando se marchó a Arauquita. Nunca más después de haber salido huyendo de esa población volvió a una escuela.

Ahora, durante las tediosas horas de la correccional, sentía que le pesaba todo ese tiempo desperdiciado y, como si quisiera compensar el descuido de entonces, se volcó en el estudio con un interés redoblado. En menos de lo que canta un gallo hizo sexto y séptimo, con tal entusiasmo, que la gente que estaba a su lado lo tomó como un asunto propio, no le dejaron "dar un paso atrás" y en seis meses aprobó esos dos años escolares. Un logro que de alguna forma otros muchachos presos y las mismas directivas de la institución compartieron como propio.

Cuando pasó los exámenes la gente comenzó a apoyarlo a tal punto que hablaron con el Bienestar Familiar[20]. *Ellos dijeron: "El chino es juicioso y quiere estudiar. Ya cumplió el tiempo que tiene que estar aquí y quisiéramos que lo llevaran a una parte donde pueda estudiar mejor, donde tenga un buen ambiente. Él no tiene ningún problema de droga, él quiere estudiar". Entonces Bienestar Familiar me mandó llamar y yo fui y me dijeron: "Hay dos opciones. Le damos libertad asistida en un hogar sustituto o se va para Benposta". Yo escogí venirme aquí porque ya me habían dicho cómo eran las cosas, y todo lo que me brindaban. Es algo que le agradezco a la directora de la correccional. Ella creyó en mi, me apoyó, me recomendó mucho, me ayudó a conseguir lo que yo necesitaba: libros, cosas así. Estudiar fue la forma de ganarme no sólo la confianza sino este cupo en Benposta.*

Una manera de vivir bien

En Benposta entré a octavo y el primer día me encontré con unos amigos que yo distinguía desde muy pequeño porque son de mi vereda. Ellos se habían formado acá y ya están haciendo carreras universitarias. Hay una muchacha que está estudiando enfermería y la hermana ya se casó, pero también creció aquí. Ellas son como familia para mi, y me recibieron, me dijeron: "Pa´qué, usted es afortunado porque aquí va a estar bien". Ellas y los demás me brindaron mucho apoyo.

En Benposta Bryan ha encontrado al fin un lugar donde puede decir su nombre verdadero, donde no tiene miedo de no saber "quién es quién", ni de ser asesinado por sus propios compañeros; donde justo ahora, que es mayor de edad, empieza a vivir como el joven que nunca pudo ser y, donde estar interno equivale a vivir protegido sin sentirse aprisionado. Lo que le interesa es estudiar y se ha

[20] Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF. Esta entidad tiene convenios con Benposta y gira recursos para la manutención de los niños. En este sentido constituye un importante apoyo estatal.

dedicado tanto que lo han felicitado. “A pesar de que soy nuevo —afirma con una tranquilidad reciente en él— ya me adapté a la comunidad, al personal”.

Le llama la atención el manejo de la gente, la disciplina, la experiencia de ver cómo se distribuyen responsabilidades y se aplican sanciones, sin que sobre nadie penda la amenaza de un tiro... Consecuencias como hacerse cargo de la limpieza o perder la salida del fin de semana son suficientes para decidirse a cumplir. Tal vez el mayor alivio sea la ausencia de un ojo vigilante, la posibilidad de llevar la vida entre los mismos chicos y chicas, de dirigir sus propias Asambleas, “sin que haya alguien detrás de cada uno”. Le gusta participar en las reuniones, poder expresar los problemas que ve y hacer propuestas para cambiar lo que es necesario cambiar. Valora ese espacio donde se habla de las cosas en las que cada uno falla, cuando entre todos buscan corregir los errores. Todavía no le han dicho nada de los que él comete, quizá porque habiendo pasado lo que ha pasado le es mucho más fácil estar atento.

Para Bryan, el cambio es claro*: “Aquí no se manejan armas, mientras que en la guerrilla sí; aquí no permanece uno amenazado ni mantiene con esa psicología de que toca estar preparado porque en cualquier momento llega el Ejército... Aquí hay que estar atento es a las evaluaciones del estudio, y al comportamiento en la comunidad; uno no vive en la subversión ni rechazado por el país. Aquí hay protección para todos. Me gustaría que la muchacha que yo quería pudiera tener una oportunidad así... Benposta también es muy distinto de la correccional: no hay nada de droga, no se mira tanta pelea; hay disgustos, pero eso es normal, y en los veinte días el cambio ha sido tan total que me he amañado. Lo único que pienso es en terminar el bachillerato y ver cómo puedo entrar a la universidad. Me gustaría estudiar Derecho.*

En la correccional estaba “perdido” de la guerrilla, pero ahora estoy aquí y ellos ya lo saben. Sé que podrían buscarme, aunque a mi familia le dijeron que no tuvieran miedo de que de pronto a ellos les pasara algo, pero que yo sí no podía volver a la región por protección mía. Es que a uno no lo van a dejar regresar sin hacerle nada, porque tienen que mandar ese informe de que se voló. Todavía siento algo de temor, pero a la vez, pienso que en cualquier parte donde uno esté si se ha de morir se muere. Yo creo que le perdí el miedo a la muerte desde la mañana en que me deserté. Yo dije: “Me toca dejar el miedo, disfrutar los días que tenga para vivir y sacar algo, y ojalá que el día que me maten se den cuenta que no estaba haciendo nada malo”. Ya no quiero dejarme llevar por el rencor contra el Gobierno, ni por las ideas de la guerrilla, ni por los paramilitares, sino buscar una manera de vivir bien. Para eso fue que me la jugué toda.

Ya casi todo el mundo se fue de mi pueblo

"Y a un grito todas las casas
se asaltan y se despueblan"

Miguel Hernández.

Hay hartas personas de Mapiripán que se vinieron después de que pasó todo eso que pasó en julio de 1997. Nosotros fuimos desplazados por la violencia, yo vivía allá con mi mamá y papá y mis hermanos. Mi hermana la mayor es de 17, el que le sigue es de 14, yo de 13, y el pequeño es de 17 mesesitos.

Yo me acuerdo de mi pueblo y de la casa que tenía y quisiera volver, pero no puedo por las brigadas que se han metido allá por la guerrilla. Mi papá me dice que los que matan la gente son como lo mismo: para nosotros es igual. Los que mandan ahora en Mapiripán son los paramilitares. Eso dice la gente, aunque yo no sé, porque allá también se escucha que son los mismos que la guerrilla.[21]

Antes estar en Mapiripán era muy bueno, vivíamos muy sabroso, era muy sano, jugábamos. Era tranquilo el pueblo y la pasábamos contentos. Cuando yo estaba allá — que fue hasta mis once años— me gustaba jugar fútbol, baloncesto, al papá y a la mamá con Cristian, y mirar televisión. También jugábamos escondidas por la noche. Siempre jugábamos, sino que después nos entró susto y todavía nos escondíamos, pero sólo hasta cuando oscurecía.

Los de la guerrilla se entraron. Había una parte de arriba que llamaban la Loma. Ellos llegaron por ahí y se entraron al pueblo. Se tomaron el puesto de Policía y nosotros éramos allá, debajo de los colchones. Estábamos jugando y entonces escuchamos puros tiros y mi papá nos echó para adentro y sonaban más y fue cuando tumbaron el puesto y se estaban adueñando del pueblo. En mi casa cayó una bomba, pero estalló en el patio, que era grande. Como mi mamá le lavaba la ropa a unos señores, y la colgaba en cuerdas, quedó toda trozada cuando estalló y como a mí me gustan harto las flores y yo enterraba las maticas en unas canecas allá en el patio, fueron las que nos protegieron de más daños. Se nos entró la tierra en la boca y mi papá todo miedoso, ahí como a salirse, y eso botaban como luces de bengala desde una avioneta y se veía todo clarito.

El puesto de policía estaba incendiado, les quemaron todo y nosotros fuimos con mi papá y mi mamá y ellos estaban regalando las cosas de los policías: neveras y de todo. Y después los paramilitares miraban quiénes tenían esas cosas. Nosotros no cogimos nada, nosotros simplemente fuimos a ver y ya era la madrugada. Luego fue cuando empezaron a disparar y sacaban a la gente y la asesinaban; pero ellos no permanecían ahí, sino que se iban de día y por la noche volvían a matar. A los que mataban ya los tenían fichados. Eso es porque si a uno alguien le tiene envidia o les cae mal le inventan algo a ellos y llegan y lo matan.

---

[21] Una tendencia reciente en la guerra que se vive se relaciona con el cambio de bandos. Es creciente el fenómeno de los jefes guerrilleros que se integran a las escuadras de las Autodefensas. De acuerdo con las declaraciones de Carlos Castaño, jefe de los paramilitares, algunas de las masacres están encabezadas por ex guerrilleros que se han integrado a sus filas. Bajo el argumento de que conocen a sus antiguos compañeros, justifican el señalamiento a dedo que precede a los asesinatos.

Fue como a los días después de que tumbaron la Policía que volvieron y cuando menos pensábamos vinieron a sacar la gente de la casa y saquen y saquen gente y en las mañanas amanecía gente muerta y uno veía amigos y a mi papá le dio miedo. Por ejemplo si uno se hablaba con la gente que ya tenían fichada, le decían a los paras que tal persona se había hablado con los guerrilleros y que "tenía cosas" con ellos y así. Yo tenía una amiga que se llamaba Lina Palencia[22] *y a ella le mataron el papá. A él le inventaron así y entraron a la casa, le esculcaron —él daba cosas para los aviones porque él era de la pista—, lo hicieron revolver todo, le escarbaron, y después se lo llevaron los paramilitares y le dijeron a la esposa que ya le traían al señor. En la pista lo cogieron, lo mataron y le quitaron el pescuezo y la cabeza y se pusieron a jugar fútbol con la cabeza. Después la mamá de Lina lo enterró.*

Eso fue un sábado tal vez o un viernes y se encontraba gente muerta y si uno se arrimaba entonces también lo mataban... Bueno, el domingo más muertos y ya después a mi papá le dio más miedo porque de pronto venían por él. Entonces llamó a un amigo de él que tenía una camioneta para tres pasajeros, y le pagó mitad acá y mitad allá, para que nos llevara a cuatro niños, a mi papá y a mi mamá. Nosotros nos vinimos. La mamá de Lina y ella se vinieron con nosotros. A los niños no los mataban. Sólo se metían con la gente adulta. A unos los tiraban en el río y a otros los mataban en el matadero. A veces para salir de las casa había que ir con una bandera blanca.

Esas muertes habían empezado antes. Nosotros los niños no hablábamos con nadie de lo que estaba pasando. Pero yo me acuerdo que con Lina nosotras decíamos que por qué se habría metido esa gente y que por qué tenían que haberle matado al papá. Ella pensaba que había algunos que le decían a los paramilitares cosas que no eran ciertas de la gente y nosotros hablábamos de eso. Nos daba duro que ellos fueran al pueblo a matar gente, pero nosotras no sentíamos odio, porque con eso qué íbamos a sacar. Después de que pasó esa matanza, yo me acordaba de cómo fue todo. Cuando me acostaba pensaba en eso.

A otra niña que también vino de Mapiripán le pasó que los paras le dijeron a algunas personas de su familia: "Tú eres informante de la guerrilla y te vamos a matar por eso". El problema fue que como su mamá era enfermera, la amenazaron porque se atrevió a alzar a un muchacho que habían matado. Es que se muera quien se muera uno no puede ir al entierro, ni llorar, ni nada. Solamente si es pariente permiten que uno haga algo así. Si es sólo amigo no puede porque lo matan. A algunas personas las "matan vivas", cogen y las cortan con una sierra de aserrar madera. Si uno tiene reses les tiene que dar unas a los "masetos"[23] *para que no lo asesinen. En otros casos lo que pasa es que los papás tienen que entregarles los hijos a ellos o a la guerrilla, y si no, los matan. El papá de mi amiga era el presidente de la vereda y nosotras nos poníamos a ver que ya casi todo el mundo se fue del pueblo*.

En Villavo nos prestaron un apartamento que era de otros amigos y nos tocó estar ahí un tiempo; después nos fuimos a otro sitio por el aeropuerto, ahí donde mis papás estaban hasta ahorita, donde un señor. Mi papá consiguió trabajo de celador en el aeropuerto. Ellos son de la Pastoral y se ponen de acuerdo con otras gentes y como a veces hay invasiones, o saben de lotes así —yo no sé bien—, pues decidieron venirse a invadir para acá[24]*. Ya con el tiempito mi mamá bajó al pueblo a ver cómo estaba la casa y eso y se estuvo unos días por allá; entonces ahí pudo traer algunas cosas y ahorita estamos acá y todavía nos faltan otras cosas que teníamos allá. Un señor que es amigo de*

[22] Nombre ficticio.
[23] En algunas regiones así les dicen a los paramilitares.
[24] En el terreno que queda al frente de Benposta.

nosotros está viendo la casa y se mantiene echando ojo, y mi papá, el año pasado para noviembre, fue y encontró que la casa ya se estaba cayendo y tocó volverle a echar arreglo.

Mi papá y mi mamá no son casados. Cuando ella tenía 13 y él 15 empezaron a ser novios y tuvieron a July, mi hermana mayor y ahí empezaron. Llevan juntos como 16 años por ahí. Se entienden bien, pero a veces, cuando mi papá toma —que es muy raro— se pone a pelear con mi mamá. Ella no estudió y a mi papá sí le daban estudio, pero él no iba a la escuela sino que iba a donde un amigo a jugar. Ahora ellos dicen que no quieren que nos quedemos brutos por no darnos el estudio. A mí me gustaría ser secretaria, pero a veces también pienso ser profesora, o piloto, todavía no sé bien.

A veces leo, pero me da pereza. Me gustan varias canciones, me gusta escucharlas, pero menos la música de borrachos porque es muy fea. Yo tengo amigas en Benposta, pero mi mejor amiga era Lina y con ella llegamos acá. Las vacaciones las paso con mi mamá y con el bebecito de ella que se llama Julián Andrés. Yo deseo que nosotros podamos tener una casa pronto. Eso sería lo que más contenta me haría sentir: que nosotros podamos conseguir una casa rápido acá en Villavo. Hay un señor que le dijo a mi papá que se fuera para una casa de él, después de que le contó cómo era la historia. Mi mamá dice que está con miedo porque de pronto esa gente vuelva y se meta al pueblo y que por eso no podemos regresar.

A Benposta llegamos porque una iglesia, que es la Santa María Reina, fue la que les brindó apoyo a todos los que salieron del pueblo y ahí fue cuando ellos iban a reuniones y a cada familia nos daban una remesa con panela, aceite, arroz, frijoles, pasta, azúcar y platanitos, pero poquitos.[25] *Nosotros nos manteníamos con eso, aunque a veces se nos acababa la panela, o el arroz, y cuando ya no nos quedaba casi nada alcanzábamos a aguantar hambre. No nos pudimos seguir manteniendo así porque había que asistir a las reuniones para coger la remesa y mi papá no podía venir siempre. Creo que la plata de eso la daba un alcalde y gente que nos apoyaba y la Cruz Roja también nos dio comida y colchonetas y vasos desechables. Después fue cuando mi papá oyó lo de Benposta y averiguó dónde quedaba.*

La primera vez que llegué a Benposta nos trajeron en un carrito que nos hacía el recorrido a nosotros. Ese día nos pasamos y tuvimos que preguntar dónde quedaba Benposta y nos dijeron que más atrás. Llegué a acabar aquí cuarto y mi hermanito y yo comenzamos a estudiar otra vez. Éramos externos y después mi papá habló con los señores que eran responsables de esto, a ver si era posible que nos quedáramos aquí. Nos trajo en noviembre y yo quise pasar la Navidad. Es que ya me había hecho amigas y yo le dije a papá que me gustaba y que acá nos daban el apoyo. A mí me siguió gustando Benposta porque es donde me han brindado el ánimo de seguir y donde podemos contar con una familia más. En Benposta yo he aprendido la pintura, gimnasia, y el estar compartiendo en familia. Eso ha sido bonito.

Aquí en Benposta es donde nos han ayudado a nosotros. Mi mantenedora es Adira. Con ella me llevo bien. En Mapiripán era ir a estudiar y luego nos íbamos para la casa; en cambio aquí nosotros vivimos. Allá nos daban clase y acá nos dan la guía y nosotros copiamos lo más importante. En Benposta estamos mi hermano Eduardo, que tiene 14 años, y yo. Él quedó como un poquito cojo porque una señora lo mandó a darle una razón a otra de la vereda y cuando iba bajando venía un carro y lo cogió.

[25] Aunque el término es sinónimo de envío de un paquete, aquí lo utiliza para referirse a los alimentos y objetos de primera necesidad que les proveían.

Mis compañeras dicen que soy cariñosa, que soy "super mega play"[26]*. Yo veo que a veces soy un poco grosera, que contesto que yo no quiero hacer tal cosa, pero soy muy amigable, me gusta compartir con ellas y soy respetuosa de los mayores. De acá a mí me gusta casi todo. Cuando yo estaba en Mapiripán iba a misa todas las tardes. A mí me parece muy bonito lo de los ofrecimientos en Benposta. Cuando los hacemos yo le digo a Jesús que se acuerde de mi familia y la proteja, que yo casi siempre me acuerdo de Él.*

[26] Expresión juvenil de aprobación que puede traducirse como "llena de cualidades".

…….. Es un milagro que hayamos sobrevivido

¡Aquí echaremos raíces
antes que nadie nos eche!
Miguel Hernández

Ana Paola Álvarez Niño, una vivaz muchachita de 14 años, llegó hace más de una década al terreno despoblado donde iba a crecer “Cantaclaro”, el barrio en que está ubicada la sede principal de Benposta en Montería. Ella vio cómo se acercaba el grupo de jóvenes fundadoras a las gentes que fueron llegando allá con la obcecada decisión de quienes no tienen otra alternativa que invadir. A medida que “Cantaclaro” se ensanchaba, fue testigo de cómo la misma sede se iba levantando de la nada, mientras en su interior ella aprendía canciones, deletreaba los nombres que eran nuevos para ella, y descubría de un modo vivo el significado de palabras como "diálogo", "perdón", "gratitud", "esfuerzo", "respeto": las respiró en el ambiente de la escuela y hoy le permiten actuar como vicepresidenta de la Asamblea de los Niños por la Paz en su departamento.

Esa mañana de sábado en que visitamos la sede de Benposta en Montería Ana Paola se suma al círculo de quienes rodean a los niños y niñas percusionistas y antes de que empiece a contar su historia, su inmensa risa blanca relampaguea mientras observa la escena, se ata con un moño el pelo lacio y castaño, y aplaude con la misma alegría que siente cuando es ella la que recibe aplausos. Hace años sus padres se aferraron a la tierra de Cantaclaro como si no quedara más en el mundo, con el mismo tesón con que hoy ella defiende el territorio de paz de sus sueños, por encima de todo acecho, contra toda la evidencia de una zona donde la miseria alcanza a un inmenso porcentaje de la población, y también quizá por ello, tras la fragilidad de su silueta delgada se advierte una firmeza que evoca las palabras del teólogo Eugen Drewenbarg: "Solamente los valientes sostendrán la esperanza y en ellos descansará la bendición de Dios".

La Fundación

No sé porqué le decían a estas tierras "La Isla de la Fantasía". Mis papás se enteraron de que estaban desocupadas, y pensando que había mucho por fundar dijeron: "Vamos a invadir un lote[27]" y echaron a andar. Yo estaba chiquitica, ellos me trajeron, me cargaban. Luego me contaban todo eso y que es un milagro que viviéramos.

Mi papá no es mi papá porque él dejó a mi mamá cuando yo tenía un mes de nacida. Entonces ella vivía con mi abuelita, allá en Morindó, que queda por la vía al Arboleto, Puerto Escondido, y por casualidad el papá que me crió, el que me cuidó y educó fue por la vereda y entonces se conocieron y fue amor a primera vista. En Morindó había mucha violencia y él se la trajo para la ciudad al barrio Policarpa, pero no tenían nada suyo, sino que estaban arrimados donde una tía. Entonces fue cuando decidieron venirse acá.

Cuando llegaron eran los primeros. No había nadie todavía, sólo había monte, puro monte, nada más: ni casas, ni gente. Sólo serpientes y mosquitos, aunque a veces pasaban vacas, caballos, burros. Lo único que se escuchaba eran animales y cada vez que "llovían" esas tempestades tan

[27] Pedazo de tierra.

tremendas era horrible. En la casa, cuando me daba tristeza, me acordaba de cuando eso pasó, pero ahora puedo reírme porque ya pasó. Gracias a Dios hemos superado casi todo.

En ese tiempo mis papás formaron el primer sitio para vivir. Era de cartón y le pusieron un techo de plástico, y cuando llovía se tumbaba. Fue muy duro porque ellos dormían en una colchoneta y con la lluvia se mojaba todito y se tenían que parar. Yo estaba como de dos años y todavía recuerdo el primer día que mis papás me trajeron aquí a Cantaclaro. Mi mamá me tenía en los brazos, me abrasaba con fuerza, y cogía la colchoneta que chorreaba agua, era impresionante. Ella estaba embarazada de mi hermanita y se desesperaba porque llovía tanto. Yo me acuerdo y me pongo a pensar cómo uno pudo sobrevivir así, pero al fin sobrevivimos y nos quedamos.

Ellos me contaron que cuando iban a comer, usaban una tapa de caldero, y aunque estaban con hambre, cada uno tenía que esperar el turno hasta que el otro comiera. Ellos se esmeraban para que yo no pasara hambre, mi papá, para que mi mamá y yo nos alimentáramos —porque a mi hermanito lo dejaron donde la tía en el Policarpa—, pues mi mamá estaba embarazada y así se había venido a invadir. Sufrimos mucho al principio, pero fue pasando el tiempo y mi papá empezó a "sacar" la casita, yo no sé ni cómo, pero ya era de tabla, ya ellos iban medio ganando plata, medio sobreviviendo. Luego, cuando unas gentes nos querían quitar el lote, ella decía que tanto había sufrido para quedarse aquí, que nunca se iba a ir.

La familia de un niño que se llama Leopoldo también había llegado y después lo hicieron las de otros niños que habían oído contar de este lugar. Cuando iban al barrio del frente, a la Pradera —que ya era un barrio de verdad— a buscar algo, no los querían porque pensaban que eran guerrilleros, paramilitares, o algo así; nos tenían como apartados a los de Cantaclaro, nos sentían desconfianza, no nos ayudaban. La mayoría de los adultos pasaba a buscar el agua allá y se la vendían carísima; ellos en cambio tenían luz, tenían qué tomar, con qué bañarse, lavar y cocinar... A veces se formaban peleas por un tanque.

Cuando a mi mamá la atacaron los dolores de parto lloraba mucho, todavía recuerdo; ya medio existían habitantes, había como seis casas y los vecinos eran solidarios: recolectaron dinero y se la llevaron para la Pradera; cogieron un carro y de ahí se fueron para la clínica de Montería y allá la atendieron. A mi hermana le dicen Cantaclarito, porque nació el mismo día que cumple años nuestro barrio: el 26 de Septiembre, fecha del primer año en que se iba formando la comunidad. Entonces ya habíamos fundado Cantaclaro.

Nosotros, los de la misma comunidad, tuvimos que cooperarnos y así formamos el barrio, aunque a veces no teníamos ni un poquito de agua. Mis papás me contaban todo eso. En este momento estamos viviendo en la gloria para lo que éramos antes, como será que ahora algunos habitantes de la Pradera están comprando cosas aquí en Cantaclaro, porque todo ha cambiado mucho y ellos ven que no somos como pensaban. Nosotros no éramos paramilitares, ni guerrilleros y tampoco pasó que esa gente se metiera aquí como nos hacían creer los mismos líderes, los políticos, para que nos fuéramos y dejáramos todo esto solo acá. Menos mal que nadie les creyó, mi mamá les dijo que ella ni muerta iba a dejar esto, porque había luchado mucho para que no le quitaran el lote, para levantar la casa y aquí seguimos viviendo, y todavía es la hora que no llegan.

A veces pasa que uno sueña y algo se cumple. Cuando yo tenía cuatro añitos y estaba en preescolar llovía y yo ya me iba sola y tenía que caminar con los pies llenos de barro al colegio que quedaba lejísimos. Yo iba solitica, casi una hora andando y me iba pensando en fantasías, como que Cantaclaro fuera lo que es ahora, que tuviera casas lindas, que tuviera parque, que se acabaran todos esos mosquitos, pues entonces uno no podía abrir la boca, porque se le entraban; quería que se acabara todo eso y que hubiera como un campo enorme, con flores. Ahora la gente ha sembrado

flores y las casas son pintadas, de colores, mucho mejores que las de antes y yo pienso que todo fue porque mis papás y todos ellos, los primeros, no se dejaron vencer.

Benposta nos dio la música

Yo he vivido experiencias bonitas y desagradables, pero recuerdo más las bonitas; si no hubiera existido Benposta tal vez esto hubiera sido un desastre completo. La primera vez que yo fui allá ya habían venido unas jóvenes a jugar con nosotros, pero algunos adultos de Cantaclaro desconfiaban. Al principio muchos papás se pusieron en contra, no querían que ocuparan terrenos. Pero después comprendieron y ahora dicen que ellos nunca se hubieran perdonado si Benposta no estuviera, y participan en un grupo de padres de familia, hacen reuniones como nosotros y reciben charlas que los ayudan.

Cuando yo tenía cuatro años ya me gustaba estar con las muchachas de Benposta... Ellas, para quedarse, también tuvieron que no dejarse vencer porque había quienes querían ponerles problema. Entonces fue cuando dijeron: "Sólo queremos ayudarlos en esta comunidad" y formaron una casita de palma donde empezamos a reunirnos y así fundaron a Benposta. Ellas nos daban recreación y también nos instruían, yo pienso que fue así la primera vez que oí hablar de la paz. Pasábamos tiempos jugando, comíamos y hacíamos actividades. Después fueron llegando más y como éramos más se creó el restaurante, y desde que nació el restaurante vinieron los profesores, por ejemplo el de música que se llama Tobías Garcés. Él nos enseñaba a tocar clarinete y flauta y la música nos trajo mucha alegría y se fueron integrando más y más niños y jóvenes hasta que llegamos a ser como ahora que Benposta es grande y ayuda a los que están desamparados por la violencia.

A nosotros, Benposta nos enseñó la música. Uno de mis sueños es ser una buena clarinetista y saxofonista, ¡me encanta tocar! Me gustan todos los instrumentos, ojalá los pudiera tener todos: batería, clarinete, saxofón, trompeta, guitarra... y desde pequeñita me gusta cantar. A veces invento canciones, las escribo casi siempre por las mañanas cuando estoy en triste o feliz, o cuando estoy sola y pienso sobre la paz, el amor, los sufrimientos, y lo que se ve en la vida diaria. Entonces hago las letras.

Como mis cuatro hermanos y yo estamos en Benposta, aprendimos la música. Desde cuando estábamos pequeños nos gustaba mucho oír lo que estaba tocando allá... Mi hermano mayor se llama Jorge David y tiene 12 años, se muere por el fútbol y toca trompeta y tambora; a la que le dicen "Cantaclarito" se llama Karen y también le encanta la música, pintar, y de todo. A mi otro hermanito le gusta el saxofón y el tambor alegre y todo lo que sea música. Jessica es la menor, tiene 8 años, y es la que canta y hace sonar las maracas. Yo toco flauta, tambor y saxofón. A veces formamos una algarabía tremenda, grabamos y parece que fuera de verdad, como si lo hiciéramos con todos los instrumentos: cogemos unos baldes que se parecen a una especie de tambores, cogemos las ollas y formamos como baterías, cogemos las tapas, los calderos, usamos los rayadores como guacharaca, cogemos la flauta y también un tamborcito y unas maracas que tenemos, y hacemos una orquesta, empezamos a tocar y hacemos ¡un alboroto! Entonces ponemos los casetes y no importa que no tengamos tantos instrumentos: hemos hecho grabaciones buenísimas, tocamos mapalé, cumbia, sones de todas partes y ya tenemos un casete... Cantaclaro es un nombre que le queda bien a nuestro barrio.

Los problemas del barrio

Ahora aquí a Benposta vienen niños de la Granja, vienen de la Coquera, vienen de la Pradera, del barrio 6 de Marzo, de Cereté, del Centro, y quedan encantados con nosotros. En el barrio ya casi no se ven peleas, pero lo que sí se ve es que hay muchos jóvenes drogadictos fumando en las esquinas; y a veces hay niñas de 11 años embarazadas que después abortan. Eso es horrible. Al lado de la casa hay una vecina que tiene 14 años, ella andaba con el uno, con el otro, hasta que al

fin quedó embarazada y abortó. Yo la invité a Benposta, le dije que buscara ayuda con los psicólogos, que podíamos apoyarla, pero no quiso integrarse, aunque ella sabe que muchas niñas y niños con problemas como esos han cambiado después de que empiezan a venir y se han curado. Yo pienso que hacen falta más charlas con los jóvenes, motivarlos más para que puedan entender que hay algo mejor que vivir.

Hay muchas cosas que en nuestra comunidad necesitamos cambiar. Uno cambia cuando entiende que puede ser un líder, porque para serlo se necesita tener mucha motivación, mucho empeño por superarse, por sacar adelante a la comunidad. Es por eso es que trabajamos para volvernos responsables, amigables, compañeristas, honestos. Nosotros en Benposta elegimos un alcalde, y el alcalde escoge unos delegados que se hacen responsables de las partes de la vida de la comunidad, y cuando nos eligen tenemos que luchar por cumplir cada propósito. Esa es como la fuerza que nos hace querernos a nosotros mismos y lo mismo pasa cuando nos metemos en las actividades deportivas o encontramos la música. Así es que los jóvenes se olvidan de la droga porque se mantienen ocupados y en lugar de estar pensando en ella se pueden volver mantenedores y ayudar a los más pequeñitos. Es algo que ayuda mucho, porque hay muchachos que van por el camino del vicio y cuando se integran a Benposta cambian, aunque hay otros que se quedan en él. Hay un joven que tiene dos hermanos que consumen droga y él andaba por lo mismo, y ahora se la pasa practicando baloncesto y voleibol. Un día yo escuché que él decía que si Benposta no hubiera existido él simplemente sería como sus hermanos, un drogadicto.

En Cantaclaro no se ven guerrilleros ni paramilitares. Lo que más habita aquí son las pandillas, que salen del mismo descuido de los papás que no les brindan atención a los hijos y a veces, por problemas familiares, económicos, o en el estudio, ellos se decepcionan y en vez de estar ahí firmes, piensan que el mejor camino para salirse de los problemas es la droga o el alcohol y lo que hacen es perderse más, dañar su cuerpo. Hay algunos más grandes que yo y he hablado con ellos de valorarse uno a sí mismo y valorar a los demás, de tener autoestima, responsabilidad, respeto por nuestro cuerpo y por el cuerpo de las demás personas. Mi madre me dijo un día que porqué me metía con ellos, pero yo lo hago por ayudar, porque detesto esas cosas que dañan el cuerpo y hacen perder los valores.

Las dos cosas que yo más agradezco son el empeño de mis papás, el sacrificio que ellos hicieron por sacarnos adelante y darnos ese afecto, y a Benposta, porque si no hubiera existido sería como imaginar a la gente sin ningún amparo. Algunos no tienen quién les dé amor, ni siquiera sus familias y se vienen para acá porque piensan que nosotros les brindaremos eso: afecto, ayuda, recreación y también la música. Yo ya sé entretener a los pequeñitos. Aquí hay un grupo, "Retorno a la Alegría" que trabaja con niñas y niños desplazados, de dos, tres, cinco años: les hacemos dinámicas. Aunque yo no participo tanto en eso, porque estoy en el grupo de "Constructores de Paz" de Benposta. Nosotros reunimos a los pequeños y empezamos a preguntarnos cómo conseguirla y les hablamos sobre los derechos humanos, los deberes, y esos temas, y lo hacemos entreteniéndolos.

En septiembre les dimos charlas a los mismos padres de familia sobre los derechos de los niños y las niñas, les hablamos sobre lo que aprendemos en las clases y también en los folletos que nos mandan de Bogotá. A mí me encanta trabajar con los niños, ayudar a las personas nuevas dándoles charlas... Algunos pequeños son supermalísimos cuando llegan, se portan mal, tiran las sillas por ahí, cogen las matas, las orinan, son terribles —como era mi hermano—, pero luego se integran, aprenden otras cosas y así van cambiando y también el barrio.

La espiritualidad sembrada

En Benposta yo soy la delegada de espiritualidad, y es algo que siempre quise ser. Ahora me encargo de hacer las lecturas bíblicas con toda la comunidad, y los ofrecimientos, porque para nosotros Jesús es el centro y tenemos que mantener ese carisma. Es algo como el empeño de ser solidarios y también ser responsables, amigables, tener muchos amigos. Yo me hice amiguísima de un padre que también ayudó a fundar Benposta, era mi mano derecha porque yo le contaba todo, él me daba consejos importantísimos que no se me olvidan.

Cuando me alejo o me olvido de Jesús me siento mal, entonces voy a la Iglesia, hablo con el padre, me confieso, o hablo con las hermanas para que me den consejos y eso me ayuda mucho. A veces me pasa que me porto mal con mi papá, mi mamá o mis hermanos, y después me pongo a pensar por qué lo hice. Yo siento como un llamado, porque cuando hago algo que no está bien, algo dentro de mí me dice: "No, no haga eso", entonces, luego yo despierto y no lo hago; de pronto hablo de verdad sola y yo misma me digo: "Oye Paola, ¿por qué vas a hacer eso?" y en mi casa se ponen a reír porque me oyen, pero a mí me sirve. Sé que es algo imaginario, pero es como si fuera Jesús el que me habla. A él le digo que quiero lograr mis sueños, mis metas, y le pido que nunca me deje vencer por los obstáculos que se me atraviesan, sino que luche.

Desde que era pequeñita tenía la idea de que cuando fuera grande iba ayudar a otros niños; ahí está que me gusta ser monja, y también la percusión, la trompeta, el saxofón, la tambora. Me pongo a imaginar que tal vez podría seguir con la música y estar cerca de Dios y entregarme a él y ayudar a las otras personas, porque cuando las veo felices, yo estoy feliz, y entonces mis papás se ríen de imaginarme de monja saxofonista. O si no lo logro, también estaría encantada de ser doctora, me gustaría especializarme en pediatría más que todo por los niños, porque podría ayudarlos gratuitamente, sin esperar nada a cambio. Es que hay gente que hace favores, pero pensando "qué me vas a dar, qué me vas a pagar", y a mi me gusta hacer favores sin cobrarlos. Y si no soy doctora ni monja, pues entonces podría ser una buena maestra de saxofón, de música y canto o poesía, porque todo lo que es el arte me fascina...

El derecho a la vida con palabras que no hieran

Cuando era muy pequeñita mi papá me ofendía con sus palabras, me dolían, él no había aprendido; pero después, cuando tenía como seis años empecé a enseñarle, empecé a decirle que eso no se hacía, porque ni él ni mi mamá se daban cuenta de que así nos maltrataban y entonces, a veces se ponían a llorar cuando yo les hablaba, de ver que les decía eso, y yo también lloraba. Yo soy pacífica porque me duelen las peleas, y lo que más me hiere a mí son las palabras duras, las palabras malas, y aunque ahora estoy grande yo digo que prefiero que me peguen a que me maltraten con palabras.

Antes peleaban entre ellos, pero ya no lo hacen igual, discuten, claro, pero de un modo más calmado. Cuando yo creo que van a pelear, les digo: "Oigan, ¿qué van a hacer?" y entonces ellos se echan a reír y no pelean; otras veces, cuando no se hablan, mis hermanos y yo los hacemos hablar. Y desde que mi mamá se hizo madre comunitaria, decidió llevar a mi papá a Bienestar y él habló con el psicólogo, le daban charlas, como lo que hacemos aquí en Benposta, y él fue cambiando y tomó conciencia. Ahora todo es más fácil y mi mamá le da charlas a otras mujeres para ayudarlas.

Todos hemos cambiado mucho, más que todo mi papá. Y pienso que si pudo aprender a no ser tan agresivo fue porque todos lo apoyábamos, le dimos consejos, le dijimos que lo que hacía después nos afectaba a nosotros y que ése no era el ejemplo que debía darnos porque más adelante, íbamos a ser lo que él era, y él tomó conciencia, y ahora a esta edad, es el que me da consejos: que no me porte mal, que ojo con mis amistades, que no ande en tanto compinche, y me apoya en todo.

A mí me parece que lo más importante es el derecho de la vida. Aquí hablamos mucho del respeto, tal vez porque en Cantaclaro todavía se ve maltrato físico y psicológico contra los niños y las niñas. Yo pienso que a veces los papás son tan agresivos por la desesperación que viven, por la situación económica, por la angustia de tanta cosa. Me acuerdo que cuando mi papá me maltrataba, era el tiempo en que tenía que ir a la Rivera donde la mamá —yo no recuerdo ni qué tan lejos queda— para poder traer la comida que ella le tenía aquí a la casa. Ya después fue trabajando como radiotécnico, arreglaba lavadoras, y ahora está en un momento más avanzado porque se capacitó, hizo cursos, y aunque hace lo mismo ya sabe más y le va mejor.

En este momento mi mamá está en una universidad, ya acaba el otro año, termina conmigo porque yo estoy en décimo y el otro año voy para once, así que terminamos juntas y vamos a tener doble grado: yo de bachiller y ella en licenciatura infantil. Y así es que se puede vivir el derecho a la vida, que también es el que tenemos los niños a que no nos maltraten, a que no nos digan palabras malas, a educarnos, y el que tienen los papás a capacitarse, a trabajar, porque todos esos derechos están unidos. Eso es lo que he aprendido.

La paz cuesta, pero vale la pena

A veces se han burlado de mí en el colegio, que se llama Colegio Nacional José María Córdoba, porque yo soy consultora de paz. Al principio, cuando se formaban peleas yo les decía: "Oigan, por qué pelean?, ¿por qué mejor no arreglan las cosas pacíficamente", y me contestaban: "!Ay! Quítate de ahí sapa"[28]; y cuando eso pasaba, me sentía mal. Pero después me dije: "Bueno, si soy sapa, me quedo como sapa, pero que entre tanto consigo la paz con mis compañeros", y muchas veces la consigo. Una vez todos se fueron contra mí, pero luego tomaron conciencia y me pidieron perdón. Ahora nos la llevamos bien casi siempre, y conseguimos que al colegio lo nombraran territorio de paz.

Para mí todo esto empezó cuando entré a ese colegio el año pasado porque diariamente, sobre todo los varones, se peleaban y a veces las niñas también lo hacían. En eso, llegaba yo, que había aprendido otras cosas en Benposta, y cuando me veían decían: "Ya viene la sapa, la zanahoria", me decían de todo, entonces yo les decía que a las patadas no iban a lograr nada, y ellos: "No, no", como si no les importara. Me acuerdo de un día, que fue cuando se me vino la idea de formar un territorio de paz. Yo ya era del grupo de "Consultores de Paz", pero todavía no era la vicepresidenta de la Asamblea, y me esmeraba mucho por trabajar.

Ese día un compañero le había tirado el cuaderno a otro en el ventilador y se le había roto y ahí empezó el cuento. Yo estaba en cafetería cuando oí la bulla y me fui a ver: era una pelea terrible, se golpeaban durísimo. Yo no le tuve miedo a nada y me metí, pensé: "Si me pegan, me pegan, pero me meto"; entonces, me puse en medio y les dije: "Cálmense, ¿por qué pelean así?", y las otras compañeras que estaban mirando dijeron: "Uy, tan sapa". Uno de ellos sí tomó conciencia. Después que terminaron de pelear, yo me esperé y aunque me seguían mandando indirectas me estaba callada y me fui a hablar con uno de los que estaba peleando, le dije que teníamos que solucionar las cosas calmadamente, que así podíamos sacar más provecho, y él me entendió. Pero después, en el salón, los otros compañeros y las compañeras se pusieron en contra mía y empezaron a decir que no me prestaran atención, me trataron horrible, me ofendieron con palabras, como "boba, estúpida", me dijeron de todo.

Yo no les dije nada y empecé a llorar en el salón, algunos me tenían rabia porque nunca había llegado nadie así como a querer mandar, o a querer hacer un bien que ellos no querían. Cuando me

[28] Expresión que en lenguaje popular quiere decir "soplona", la que acusa.

vieron llorando unas compañeras se conmovieron, me dijeron: "No, ya no llore más", y los compañeros que me pelearon se dieron cuenta y me pidieron disculpas, pero no, no me bastó, seguí llorando, y hasta me tocó pedir permiso a la Señorita porque teníamos Español, y cuando salí del salón, me fui llorando por todo el camino, y fue entonces que pensé: "Esta es la hora en que le voy a decir al rector que por qué no formamos un grupo de constructores de paz aquí para hacer del colegio un territorio de paz". Bueno, entonces me decidí y fui allá a Rectoría.

Allá hablé con el rector, le conté todo y le dije que por qué nos teníamos que seguir tratando así, y empecé a hablarle de lo que significaba Benposta, y de cómo podíamos hacer un grupo de paz. A él le quedó gustando la idea y me dejó invitar al psicólogo y a otros encargados para que les explicara más qué significaba lo de territorio de paz. Entonces yo le pedí a Luz Elena[29], que está a cargo de Benposta, todo lo que tuviera sobre la paz y empecé a llevarles carteleras, les llevaba los afiches que mandaban de Bogotá a Benposta para repartir por las casas, les daba mis cartillas y así se empaparon del tema y comenzaron a ir a las reuniones que nosotros hacíamos, a las teleconferencias que recibíamos y en la semana de la paz que fue en septiembre hicimos periódicos murales y hubo muchas cosas bonitas, y ellos quedaron encantados con lo que es territorio de paz y se dijeron: "Sí, es buena la idea de formar gente para la paz", y así comenzamos. Las directivas también fueron a la Universidad de Córdoba y hablaron con los otros niños representantes que venían de Cali y Bogotá; y al fin, desde mayo de este año, nos nombramos como territorio de paz y estamos trabajando en el colegio con los grupos y yo estoy al tanto con el rector.

A veces me paseo por los novenos que es el curso donde están varios de los niños y las niñas que me tenían rabia, pero yo les digo "hola, hola", y entonces ellos ven que no me he vuelto antipática y me saludan y me parece que ya no me tienen ese recelo. Aunque a veces me dicen que soy orgullosa, creída, gomela[30], de todo, pero, a mí me da risa; seguro que por no dañar mi reputación, por no pelear, yo me río, y yo sé que a veces algunas compañeras me buscan la pelea, porque quieren que yo dé mal ejemplo, pero yo me digo: "No lo he hecho desde pequeña, mucho menos cuando estoy grande". Y me gusta la experiencia que he vivido.

En este momento somos diez representantes por la paz en el colegio, uno de cada grado. Hacemos reuniones, hablamos de cuestiones como la disciplina, y cada uno le habla a los de su curso. El colegio ha cambiado mucho, antes había mucha falta de respeto, aunque todavía queda algo, pero no en abundancia; ya no se ven esas revoluciones que por nada se hacían con protestas en las que rompían los vidrios y rayaban las paredes. Ahora no faltamos tanto a clase, cada uno está más dispuesto a cooperar y en septiembre todos los grupos pintaron las paredes de su curso, decoramos el colegio, arreglamos cada lugar lo mejor que pudimos y nos sentimos diferente. En todos los colegios se deberían dictar más charlas, empapar más del tema de la paz a los estudiantes y más que todo a los rectores, a los profesores para que en cada uno se alcance un Territorio de Paz que funcione.

Representar a Montería como niña

La historia de la Asamblea de los Niños por la Paz aquí en Montería nace de adultos de muchas partes, de colegios, de instituciones como Benposta y Visión Mundial y de cuando nosotros los niños y las niñas votamos en 1996 por el derecho a la vida y el derecho de la Paz. Al principio millones y millones de personas votaron, había una mesa de adultos allá en Bogotá, pero no había una de los niños, entonces, nosotros nos reunimos y Luz Elena me dijo que si quería ir a Bogotá para trabajar con otros niños de diferentes ciudades, entonces respondí que me encantaría porque uno conoce

[29] Luz Elena fue la primera encargada de las niñas en la sede de Villavicencio desde 1982 y dirige desde su fundación, en 1989, la sede de Benposta en Montería. Su historia de vida aparece en el capítulo: "Este mundo lo construimos las mujeres".

[30] Término del lenguaje juvenil que se refiere al tipo de niñas creídas, sedientas de lucirse y de aparentar.

más y puede explicarle a los demás qué le está pasando a los municipios de Córdoba.

Nosotros les hablamos de eso, hicimos una teleconferencia y le propusimos al presidente y a los otros ministros —ya que estaban ahí, en la Mesa directiva— que por que no hacían con los niños lo mismo que ellos hacen: reuniones, integraciones, para que nosotros también pudiéramos aportar. Y ellos dijeron que era buena idea. De Montería también fueron dos jóvenes a representarnos en las Redes por la Paz, y después nos trajeron los conocimientos, las propuestas. Aquí en Benposta, hicimos como una reunión de la Asamblea Permanente por la Paz, sobre cómo formar las Redes allá en la Universidad de Córdoba, y asistieron jóvenes de diferentes partes y grupos. Y también vino el Defensor del Pueblo. Los de la Junta de Gobierno de Benposta expusimos lo que hacemos aquí para convivir en paz. Después de las reuniones a veces nos llamamos o nos escribimos cartas con los otros chicos de otras partes del país y nos contamos cómo vamos. Yo creo que no hay que ser pesimistas frente a la paz, hay que luchar por lo que queremos.

Después que todo eso pasó nos reunimos todos los niños, todos los grupos de Puerto Libertador, de Visión Mundial, Grupo Jiménez, Benposta, y entonces se eligieron los candidatos para escoger cuatro niños que fueran a representar al departamento de Córdoba y cada uno hablaba sobre sus propuestas, y de ahí nos elegían, según cómo habláramos y ahí yo quedé de vicepresidenta.

Me acuerdo que cuando me iba a ir a Bogotá a la reunión del año pasado yo tenía pánico del viaje por la altura. Es que mi colegio queda después del puente, y un día se cayó justo cuando mi hermanito y yo íbamos a pasar, y después tenía tanto miedo por la altura, que él me decía: "Tú eres boba, ven, pasa" y era más pequeñito que yo lo cruzaba, y yo me paraba, llorando. Muchas veces me pasaba gateando y me empapaba de barro, pero al fin lo cruzaba. Entonces, cuando iba en el camino al aeropuerto pensaba: "Bueno, este será mi primer sueño que se está cumpliendo: ir a Bogotá a hablar sobre la Paz", ¿qué iba a hacer? ¡Pues montar en avión! Eso fue en 1998, el 25 de octubre, nunca se me olvida. Nos reunimos por grupo, divididos según cada Derecho, e hicimos un himno por los derechos, por la Paz; sí, cada uno de nosotros mezcló cada idea, cada frase, y ese día televisaron lo que compusimos. Mi otro sueño sería estudiar en Bogotá, como en la universidad Nacional, pero no sé todavía si se pueda o no, por la situación económica.

Ahora que soy la vicepresidenta de los niños de Córdoba que participan en la Asamblea de los Niños por la Paz hacemos reuniones con diferentes grupos, hablamos sobre lo que está pasando, hacemos propuestas; cuando nos toca la Asamblea las presentamos en Bogotá, en Cali, o en otras ciudades. La última vez que nos reunimos los niños de diferentes ciudades planeamos lo que debía ser un territorio de paz. Proponiendo ideas nos integramos más, conocemos los problemas de otras ciudades y eso es algo muy interesante.

La primera vez que nos reunimos para hablar de paz aquí en Córdoba con los niños de distintas partes fue como una manifestación, sentimos que la gente nos apoyaba y nosotros también y hablamos de por qué no nos motivaban más, que aquí a nosotros los niños y las niñas nos tenían como un cero a la izquierda, íbamos al parque a hacer bulla por la paz, a estar como en un desfile, pero no nos prestaban atención, no pensaban que tuviéramos nada qué decir, así que nos rebelamos, hicimos ver que nosotros podíamos imaginar "salidas"[31]. Entonces la gente de Tatasúa, Malafrenta y de otros lugares y los mismos alcaldes dijeron que sí era cierto que también teníamos ese derecho a opinar.

Ahora mis amigos me dicen: "Oye, pero tú si eres", y me siento consentida, ellos admiran cómo yo voy a Bogotá y me pongo a hablar en público. Yo no tengo miedo cuando voy a hablarle a los

[31] Soluciones.

adultos, porque estoy consciente que les voy a transmitir una idea que tengo y a hacer que ellos reflexionen, y entonces, ¿por qué les voy a tener miedo?. Claro que cuando estoy en público y voy a hablar me pongo a pensar también que son como unas estatuas que están ahí y que no me van a hacer nada, y me digo: "Yo voy a hablar lo que voy a hablar y listo".

Es horrible lo que estamos viviendo en el país en estos momentos, es como un sueño malo. Si los que están creando esa pesadilla despiertan y se concientizan, podremos despertar todos. Si pudiera les diría a las personas que le hacen mal a las que están en paz que todos somos hermanos, que si todos cooperamos y nos damos cuenta de lo que podemos hacer juntos, formaremos muchos granitos de amor, muchos corazones de amor, de alegría, de tranquilidad y podremos vivir en comunidad sin muerte, sin sangre, sin llanto, sin sufrimientos, sin secuestros. El último poema que hice se llama "Por qué", lo hice ese día cuando me discriminaron, me hirieron allá en el colegio, pero este año lo arreglé pensando en la paz. Dice: "¿Por qué tanta violencia?, ¿Por qué tanto dolor?, ¿Por qué tanta matanza, si debiera reinar el amor? ¿Por qué no acabar esa horrible pesadilla y empezar a vivir un sueño hermoso, una nueva vida?"

Es que yo a veces me desespero de verdad cuando prendo el televisor y veo matanzas, secuestros, terremotos, y quisiera que ojalá yo fuera... no sé... que pudiera acabar todo eso. Entonces sueño que puedo hablar con los paramilitares, con la guerrilla. A mí no me da miedo y a veces digo que si yo voy a perder la vida, la pierdo con gusto porque me da como coraje ver que el presidente habla con ellos y por qué no puede un niño, o una niña hablar lo que es con los paramilitares, con la guerrilla, y hacerles ver la realidad, despertarlos, pellizcarlos de ese mal sueño que viven. Uno nunca sabe, tal vez un día pueda estar hablando una mesa con todos ellos juntos.

Yo sé que son personas como nosotros, pero imagino que actúan así porque los papás no le dieron ese amor que necesitaban desde niños, o porque lo que veían era sólo violencia, matanza y así iban por ahí agresivamente, con odio y rencor, y entonces otro sueño que pienso alcanzar un día también es hablarles, hacer que vean. Aunque parezca imposible yo creo que sí es posible, desde que todos hagamos nuestra parte y no nos desanimemos, no nos dejemos vencer. Yo por mi parte, nunca me desanimaré, nunca dejaré de hacer lo que pueda para conseguir la paz y el derecho de todos a soñar un sueño feliz, a que todos tengamos una vida hermosa.

…….. El amor es el nombre de la vida..

"Escribí en el arenal
Los tres nombres de la vida:
Vida, muerte, amor."
Miguel Hernández

El 11 de noviembre en que Rosa Y William se casaron, él de jean y una camisa blanca recién planchada, y ella de sudadera, no hubo fotos ni orquesta. Sin embargo, era una celebración plena, no sólo porque los casaba el mismo cura que años atrás, en distintos lugares cerca del mar, los convirtió en soñadores; sino porque casi desde que eran niños y compartían la experiencia comunitaria de Benposta, sentían que estar juntos era una felicidad que no hallaban en nadie más.

Desde esa celebración han pasado cinco años y si cada día compartido sigue estando lleno de sentido, de alguna manera es también porque no obstante ser tan distintos y haber vivido infancias casi opuestas —ella corriendo libre en el campo, prendida a su padre que le ponía ropa de trabajador para llevarla con él; William encerrado en un lugar de la urbe, sin ningún afecto del suyo, pero obligado a trabajar en su taller—, desde que llegaron a Benposta recorrieron un camino paralelo de crecimiento y tienen el legado de aprendizajes que no los abandonarán.

Ser niña ante la guerra

Rosa nació en Medellín del Ariari, un sitio "muy hermoso para vivir, en el que todo era lindo hasta que llegó la guerra". Entonces se volvió una zona roja, y empezó el miedo porque ya no podían ni dormir en la casa. La mamá comenzó a desesperarse. Cuando eso pasó ella tenía 10 años.

Rosa tenía un nombre suave y un rostro bello, de anchas cejas, ojos intensos y labios que en su adolescencia se tornarían sensuales, pero no era ni mucho menos la niña delicada que quería estar en su casa cocinando o haciendo labores domésticas. Se enfundaba unos pantalones y se iba, con su papá y con los trabajadores, y disfrutaba sembrando yuca, aprendiendo cómo se sacaban las plantas y almorzando con los hombres campesinos. No sólo le gustaba que su padre le enseñara todo lo del cultivo, sino que, como era pequeña, tenía después permiso para irse a jugar y a correr libremente por el campo. Se bañaba hasta el cansancio en el río y regresaba con su padre a la casa en el ocaso, después del agotamiento feliz del contacto con el agua y la tierra sembrada.

Eran once hermanos y ella era la mayor de las tres últimas niñas. El papá había quedado viudo con siete niños, cuando conoció a la mamá de ella, que tenía uno, y se fueron a vivir juntos. Ella terminó de criarlos a todos. Rosa era la única de las niñas que no aguantaba quedarse arreglando la casa. Se moría de tedio. Si no estaba cultivando, entonces se iba a pescar, o a encerrar los cerdos; andaba "como un chino[32]", con ropa de trabajador, montando caballo y haciendo todo lo de la finca con su padre.

Así vivía día tras día, hasta cuando a él le dio paludismo, y empezó a quejarse de mucho dolor, mientras ella sufría intensamente viendo cómo se le iba sin que pudiera hacer nada. Él no era un hombre muy cariñoso, tomaba los fines de semana y trabajaba sumido en su mutismo, pero Rosa lo

[32] Muchacho joven.

amaba porque siempre estaba a su lado. A veces ella iba a la tienda donde él bebía para llevarlo a la casa y se sentaba a tomar gaseosa, a comer dulces, y a esperar que él se decidiera a irse. Se aprendió toda la música de cantina y los tangos que tanto le gustaban a su padre. El día que murió no pudo llorar como los demás: era como si todavía él estuviera a su lado y su presencia —cercana aunque invisible— la cobijara con una dulce tranquilidad.

En esa época la guerrilla controlaba ya la zona. Sus hombres se confundían con los campesinos comunes, y era normal que en ocasiones grupos de guerrilleros se reunieran en la casa de cualquiera de los habitantes y que incluso tocaran música y organizaran fiestas. Entonces fue cuando se formó la Unión Patriótica, U.P.[33], y poco después empezaron a matar a todos sus dirigentes.

Por allá había mucha gente de esa y todo el mundo se llenó de angustia, y no había quién no sintiera temor. Mi papá nunca, nunca se metió en ninguna de esas organizaciones, ni con nadie de ellos y dizque a él lo tenían en la lista negra. Por eso a mi mamá le dio mucho miedo después de que mi papá se murió, porque ahora estaba sola y como ella sí pertenecía a la U.P., todos estábamos en peligro, aunque tampoco se hubiera involucrada en luchas ni cosas así. Ya todos mis hermanos habían salido de la región. No quedábamos sino mi hermano Alvaro y las tres mujeres menores no más.

Ella siempre había trabajado porque era la que administraba la finca, la plata, la que hacía mercado, la que todo, todo. Sabía contratar, sabía quién servía para cada cosa y por eso no le fue tan difícil seguir afrontando la vida cuando se quedó sola. Pero ya tenía amenazas de la guerrilla en el sentido de que cuando creciéramos íbamos a hacer parte de ella y yo, por esa época, decía que de adulta iba a ser guerrillera. Entonces mi mamá empezó a ver qué hacer porque pensaba que esa vida no era para nosotras y quería que yo tomara cursos de modistería, de culinaria, o algo así y decía que en todo caso, como fuera, nos iba a dar el estudio.

Al fin se vino con nosotras para Villavo y nos dejó aquí mientras trabajaba cocinando para los trabajadores de las fincas. Nos matriculó en la escuela y nos pagaba la comida. Primero vivimos con unos abuelitos que nos querían harto. Ellos sólo tenían una hija y ella tenía muchas muñecas, muchos vestidos, entonces yo decía, ¿Por qué ella tiene eso y yo no tengo nada?, Yo nunca le reclamaba nada a mi mamá, pues si no tuve una muñeca fue porque nosotros hacíamos los juguetes y creábamos todo y era bonito ir al aserradero de leña que era grandísimo y armar castillos, carros, o paisajes con los pedazos que dejaban los trabajadores. Pero cuando entré en el cuarto de esa niña, lleno de tantas cosas, empecé a ver las diferencias que nunca había visto y en la escuela lo mismo. Estaba sin mi papá, sin mi mamá y por primera vez pensé que yo era pobre.

Ahí fue cuando mi mamá comenzó a hacer los trámites para entrarnos a Benposta, porque la plata no le alcanzaba y porque los hijos del primer matrimonio de mi papá le pidieron la finca y a ella le tocó ir por ahí, a mirar qué hacía para mandarnos lo que pudiera. Entonces nos recibieron en Benposta como externas y al cabo, cuando quedaron libres unos cuartos, nos dejaron estar internas.

Ser niño y pobre en la urbe

Cuando Pedro Ignacio, el papá de William, se fue al Llano a prestar el servicio militar, conoció a Silvia, la mamá, que trabajaba como auxiliar de odontología en el consultorio de un pariente. El encuentro le cambió el destino: ella dejó su tierra y su empleo para seguirlo a Bogotá con la firmeza de quien va tras el amor. Los primeros años transcurrieron tranquilos, ella en la casa, él trabajando en una electrificadora. Construyeron su casa en un lotecito en el barrio Veinte de Julio y entre tanto

[33] Movimiento Político de Izquierda

nacieron los dos niños, él y Pedro Alfredo. Pero apenas un par de años después, el amor le volvió la espalda y, “como en todas las historias de la vida” —dice William—, su padre se consiguió otra mujer.

A partir del día en que él se fue, la lucha cotidiana se volvió mucho más dura para la mamá: tuvo que empezar a rebuscarse cómo darles de comer a los niños y no encontró otro modo que emplearse en casas de familia. Ella no tenía cartón de auxiliar, había aprendido “así no más” y eso de nada valía en la ciudad. Ni siquiera contaba con un puesto fijo: un día estaba en una casa, otro en otra, mientras William y su hermano se quedaban solos, aunque tenían cinco y tres años. Ella les “dejaba hecho lo que pudiera”, los recomendaba con la vecina y salía a trabajar hasta el anochecer.

Nunca les explicaron por qué se habían separado. Sólo vieron que de mañana en mañana el papá llegaba, no a visitarlos, sino a trabajar en el taller de ornamentación que había montado en la casa. Tampoco le preguntaron nunca por qué ni a dónde se iba cada día. A medida que William crecía unos cuantos palmos le iba enseñando algunas cosas del oficio y le ordenaba que lo ayudara. Así, antes de entrar a la escuela comenzó a trabajar como un adulto.

Cuando empezó la primaria fue consciente de que necesitaba cosas y de que nunca que se las pedía al papá obtenía una respuesta, aunque cada vez aumentaban sus exigencias de ayuda en el taller. Así sintió por primera vez la sensación de lo injusto, una opresión que empezó a guardar en su interior de niño y que iba a explotar un día rompiendo su vínculo familiar. Por ahora, cuando el papá estaba en la casa permanecía a su lado trabajando en silencio, con una mezcla de impotencia y resignación; y cuando no, buscaba la forma de escaparse. Él los dejaba encerrados cada vez que se marchaba porque, según decía "la calle es peligrosa”, y, como no tenían televisor, William se aburría después de barrer, trapear y arreglar la casa y se las ingeniaba para escabullirse por una teja del techo. Por ahí sacaba también la bicicleta, y luego las vecinas los acusaban con la mamá, que los reprendía, pero no arreglaba la teja, como si, de cierta manera, creara una tácita complicidad con las vías de escape que ellos daban a su encierro. A ella le dolía saberlos solos entre esas cuatro paredes.

En la escuela William era vivaz, pero absolutamente desordenado. Nunca llevaba cuadernos, y si llegó a izar bandera fue por su entusiasmo con el deporte, no obstante su difícil indisciplina. Cuando llevaron al barrio las máquinas de Atari empezó un tiempo vertiginoso de faltas a la escuela, grupos de amigos callejeros, y de nada servía que la mamá le dijera que esas eran “malas amistades, sólo para el vicio y la vagancia”. Se le volvió una obsesión jugar cada centavo en los traganíqueles.

William y su hermano eran los más pequeños de la cuadra en el barrio Libertadores y la mayoría del grupo trabajaban ya como “rusos[34]” a sus 13 o 15 años y fumaban marihuana, pero no se les ocurría ofrecerles. Algunos eran ladrones y les contaban que asaltaban las casas. Ellos se limitaban a ser los pequeños espías del barrio: sólo les “cuidaban” las novias, contándoles a qué horas llegaban o con quién se veían. A cambio, los grandes los protegían.

De todos modos, en las tardes, William tenía que estar con su padre cortando varilla y aunque nunca recibió de él ni un par de tenis, reconoce que le enseñó a trabajar. Tampoco proveía a la mamá y lo que ella recibía no alcanzaba ni para comer. A veces, cuando él se emborrachaba llegaba a “cascarle” a la mamá y creía que tenía derecho porque les había dejado la casa sin que le pagaran arriendo... Hubo una época en que ella se quedó sin trabajo y fue mucha el hambre que aguantó para que ellos “pudieran medio alimentarse”. Un día, viendo que sólo tenían una panela, les dijo que no iban a consumirla, sino a hacer melcochas para vender. Las llevaron a la escuela y con lo que

[34] Obreros de construcción.

recibieron de las ventas les alcanzó para comprar arroz y otra panela y así pasaron varias semanas. Ocasionalmente la vecina les regalaba sopa, mientras el papá tenía su taller ahí y eso era todo lo que le importaba. Alguna que otra vez, en el curso de los años les dio para un mercado, o les regaló un almuerzo o una comida. Nada más, aunque ya había salido de la electrificadora, tenía moto, una tiendita, y una casa donde vivía con su nueva mujer y sus otras tres hijas.

A los nueve años William sentía que cada vez era más difícil soportar la presencia de su padre, porque se cortaba los dedos trabajando, le aguantaba los correazos que le daba por cualquier motivo y no recibía nada de él. Desde que se había ido de la casa jamás volvió a sentir una caricia suya. Para la Primera Comunión había prometido comprarle a él y a su hermano unas botas y unas camisetas y el día de la víspera William comprendió que no se las iba a dar. Entonces, con el indefinible alivio de una retaliación sintió que no se había equivocado al empezar a hacer lo que se había ingeniado desde hacía unos meses: sustraerle puntillas, cables, churruscos y pequeñas cosas del taller para comprar onces en la escuela, aunque también para irse a jugar maquinitas... Aunque hacerlo no le daba ningún remordimiento, se llenó de pánico esa tarde en que el papá se dio cuenta de que habían desaparecido cosas y le dijo: “William, necesito que me devuelva todo lo que falta aquí, y si no me consigue todo, va a saber quién soy yo.”

Él estaba acostumbrado a que le pegara con lo que tuviera en la mano si rompía un plato, molestaba a su hermano, dejaba de lavar la loza, o cuando al llegar lo encontraba en la calle. William pensaba que si por eso era capaz de "entrarlo a palo", qué le haría ahora cuando al regresar no encontrara las cosas que le faltaban. El día de la amenaza le dijo al salir: “Yo vengo por la tarde y entonces veremos, porque yo medio lo mato donde no me tenga eso”. Fue suficiente: con toda la calma, William cogió varios discos de pulidora y una grabadora grande, los guardó en un maletín con un poco de ropa y le dijo a su hermano que se iban aunque la Primera Comunión quedara para después. Bajó a una casa de empeño, dejó la grabadora, vendió los discos y con el dinero que les dieron compró las botas y las camisas prometidas. Se cambiaron de ropa y cogieron un bus para Villavo. Él tenía una idea del bus que debía coger para llegar a la finca de los abuelos, en la que a veces pasaban las vacaciones. Antes de salir, le escribieron una nota a la mamá.

Lo único que se acuerda de ese día es que su hermano lloraba mucho por el camino y que él estaba afanando pensando cuándo iba a llegar y cómo salir bien librado de esa. Al fin dio con la finca de los abuelos, pero no se decidió a entrar. Se le ocurrió que lo mejor era pedir trabajo en una finca que quedaba enseguida. El dueño los conocía y William se ofreció a limpiarle la piscina a cambio de la comida. Aunque el señor le dijo que aceptaba el trato, le llevó de inmediato la razón a los vecinos. Cuando los abuelos fueron a buscarlos él mintió diciendo que los habían mandado de vacaciones. A la media noche llegó la mamá, sola y dando gracias a Dios de que no les hubiera pasado nada. Entonces todos tenían claro que él no podía volver.

William se quedó en Villavo mientras ella se devolvía con su hermanito y empezó a estudiar en una escuela militar, ayudado por un padrino que vivía allá y que al poco tiempo lo llevó a Benposta. La verdad es que aunque no había cumplido los diez años, ni la mamá ni los demás parientes sabían cómo orientarlo: andaba en malas compañías, no estudiaba, se escapaba cada que podía a jugar maquinitas y el régimen de la escuela no sirvió para cambiarlo.

La Benposta de Rosa

Los primeros meses fueron durísimos para Rosa. Lloraba mucho. Cuando en la entrevista le preguntaron por qué quería entrar, ella sólo dijo: “Porque mi mamá me trae aquí”. Y la verdad, estando externa había oído decir a los muchachos que allá robaban la ropa y siempre le quitaban el lapicero que llevaba y ella pensaba, “¿Cómo puede ser una maravilla un lugar donde a uno le roban

todo?" Pero no pasó mucho tiempo antes de que empezara "a coger alitas"[35] y a buscar sus cosas y a recuperarlas. Cuando sintió que tenía el control de la situación poco a poco fue cambiando su idea de Benposta. Un par de meses después la eligieron como encargada de un grupo. Eso fue definitivo porque recuperó esa sensación de sentirse importante que no había vuelto a experimentar desde cuando le llevaban el almuerzo al campo con el de los demás hombres trabajadores. Se sintió orgullosa y a partir de ahí siempre fue lo suficientemente responsable como para mantener un cargo así.

Benposta se volvió una experiencia valiosa, y aunque todavía no conocía de un modo profundo su filosofía, la vida que llevaba con los demás fue suficiente para convencerla. Formó un grupo de tres amigas con Sofía y Estela. Les decían "los ángeles de Charlie" o "Las tres mosqueteras" y su visión de la vida cambió tanto que cuando en las vacaciones regresaba a su tierra y la guerrilla le "caía" para sondear si se quería ir, ella se defendía: "¿Quién les dijo? Yo ya no me voy a ir para allá: yo quiero estudiar, yo quiero salir adelante, yo ya cambié de pensamiento". La primera vez que les dijo: "Mi vida no está por allá, sino en otro lado", cayó en cuenta de lo que significaba Benposta. La guerrilla no la forzó.

Mi mamá estaba contenta y ya descansaba. Ella hablaba de Benposta, toda orgullosa y decía que los esfuerzos que ella estaba haciendo por nosotras no eran en vano. Estaba convencida de eso y yo, de ver a mi mamá como le tocaba luchar y sufrir para podernos llevar cualquier cosa, me puse a estudiar mucho. Ella tenía que irse a las fincas a cocinar de madrugada, a las tres de la mañana, y yo pensaba en eso y decía: "Tengo que estudiar juiciosa".

No era difícil porque la vida en Benposta era muy alegre. Había respeto y cariño, tanto que para mí, todavía hoy, todos ellos son como mis hermanos, y cuando me encuentro con alguno nos saludamos de beso, nos abrazamos, y mi mamá se extraña, me dice, Y usted, ¿por qué se deja abrazar? ¿y su marido no le dice nada? entonces yo le digo que no, porque ellos son tan hermanos de él como hermanos míos.

Cuando Luz Elena se fue a la Gran Aventura dejó a una muchacha, Nubia, como encargada y ella no nos dejaba ni un segundo solas y como ahí vivíamos con niños y con hombres, pues le daba mucho miedo que algo pasara y nos mantenía cantando, todo el tiempo encerradas cantando, y era muy autoritaria y las otras niñas peleaban con ella y le hacían la guerra. Pero como yo estaba en la Junta de Gobierno trataba de apoyarla y ella me tenía a mí como una líder. Le colaboraba en lo que podía, y les decía que no pelearan.

Cuando ya nos fuimos para Montería en el grupito de las niñas elegidas estaban mis amigas. Yo no tuve una relación cercana con Luz Elena[36], pero como todas, le agradezco la formación que nos dio. Prácticamente ella fue la que terminó de educarnos. Ella nos hacía cineforos, dinámicas, talleres, nos ponía a escuchar canciones y analizarlas, nos enseñó a leer de verdad, a reflexionar a partir de los libros, sabía mucho de noticias porque ella es periodista, hablábamos de lo político y también de la vivencia de Dios en Benposta. Aprendimos a profundizar y después, cuando después en la Normal me decían, "Analice esto", pues era la mejor porque ya sabía cómo se hacía. Esas cosas no se olvidan, es como cuando a uno le enseñan que no debe robar, son principios que duran para toda la vida; por eso yo digo que llevo la formación que me dieron a donde quiera que vaya.

Por ejemplo, el trabajo social siempre me ha gustado y tengo las bases y las pautas para hacerlo; la formación humana también fue algo que quedó sembrada en nosotros con todos sus valores, y que

[35] Despabilarse.

[36] Luz Elena fue la fundadora de la sede de Benposta en Montería.

enseña a tratar a la gente porque nosotros íbamos a barrios muy pobres y compartíamos la vida con las gentes; y algo muy importante fue el reconocer el valor de las mujeres y la necesidad de defender nuestros derechos, el hacernos respetar en la sociedad, el apreciarnos a nosotras mismas. Todo eso lo aprendí con Luz Elena.

A veces yo les hablo hoy en día a mis amigos de Benposta y se sorprenden, me piden que les cuente toda mi vida. Hace poco hicimos una reunión en el salón y yo les hablé de lo que había vivido y quedaron impresionados con todo lo que yo les conté y me decían: "Qué rico poder tener esa experiencia", Y los profesores y la gente se interesan y dicen: "¡Qué valioso lo de Benposta!". Yo me pongo a ver por ejemplo a mis compañeras de trabajo y de estudio y digo que soy afortunada de haber crecido aquí y que Dios me ha premiado a mí con muchas cosas. Y claro, si uno habla en representación de algo, sabe que tiene que demostrarlo con hechos. La gente piensa que Benposta es una institución de gamines, que es un reformatorio y cuando escuchan lo que es, se sorprenden, y dicen: "¡Uy! Qué trabajo tan bien hecho", y querrían saber más.

La Benposta de William

A Benposta William se la había imaginado como un lugar tedioso con camas de cemento, y régimen carcelario, y cuando lo llevaban hacia allá iba decidido a escaparse para Granada, donde estaban sus otros abuelos, o para cualquier parte. A medida que avanzaba en el camino las casas escaseaban y veía sólo monte alrededor, y entonces, angustiado, se daba cuenta de que ya no sabía dónde estaba, ni cómo haría para huir ahora que se sentía perdido.

Cuando entraron a Benposta le sorprendió encontrar a un niño y no a un adulto haciendo “aduana” en la portería. Le preguntó que quién era y a qué venía, con toda la propiedad del caso, y de ahí en adelante todo fue un remolino de impresiones extrañas, como entrar en un mundo que estaba lleno de muchachos, comandado por niños que barrían un kiosco entre risas, que le enseñaban la casa e iban y venían en un ambiente distinto a todo lo que hubiera conocido. Se acuerda que alcanzó a sentir que estaba entrando a algo que no era lo que había pensado y que a partir de ahí se le olvidó que había decidido escaparse. Cuando el padrino que lo trajo preguntó si debían regresar después, ya con la ropa, para dejarlo definitivamente, él dijo: “No, yo me quedo aquí de una vez”.

Lo llevaron a almorzar y vio que en el comedor estaban todas las comidas servidas con pollo y con sopa; entonces, como no le gustaba la sopa dijo que la cambiaba por dos platos de seco y tuvieron que explicarle que así no eran las reglas de juego y que tenía que pensar en el compañero que se quedaría sin pollo. La siguiente sorpresa fue encontrar al representante legal de Benposta —que en ese tiempo era Josué— encaramado lavando los tanques del agua con un grupo de niños. Se había imaginado que sería el mandamás y verlo ahí le causó toda una sensación. Se puso a ayudarles y en la tarde se fueron a jugar fútbol, también con él. Los dos años que pasaron entre ese instante en que golpeaba la pelota antes de que el sol se ocultara y el día en que acabó quinto primaria fueron como un feliz abrir y cerrar de ojos en el que acaso hubo la nube de unos vidrios rotos, un par de puños con un amigo, un perder los zapatos, y nunca faltó la perfecta alegría de incontables partidos de fútbol entre un enjambre de aliados.

Yo no me acuerdo de haber terminado tercero de primaria, ni cuarto, ni quinto; yo me acuerdo que me hice amigo de todo el mundo; que no nos ponían tareas y que había un banco donde nos pagaban por estudiar. Por cada cinco días de colegio nos daban cinco coronas[37] *en un billete estampado y por las horas de trabajo nos daban cuatro coronas y yo decía que así sí valía la pena hacer cosas. Nos pagaban por hacer limpieza, por hacer gimnasia y reuníamos no sé cuántas coronas. Entonces llegaba el fin de semana y nos decían: "Bueno, como aquí no es todo gratis,*

[37] La moneda interna de Benposta.

tienen que pagar su comida, su dormida, tienen que pagar la entrada al club a ver televisión". Lo cierto es que nos quedaban como veinte coronas y las podíamos ahorrar en el banco o si íbamos a salir a la casa descambiábamos diez. Si uno quería conseguir lo que necesitaba había un almacén donde vendían zapatos y otras cosas. Las comprábamos con nuestras ganancias. Eso me daba mucha alegría a mí. Me sentía en un país distinto, en el que ya era grande, responsable de mí mismo y en el que nos pagaban por todo lo que hacíamos.

Yo estudiaba más para que me pagaran más y también era amigo de la profesora. Ella me consentía y me daba chocolaticos. Me sentía querido y además tenía amigos, hartos amigos. A mí se me borró todo el pasado. Hasta se me olvidó jugar Atari. Yo no llamaba a la casa ni mandaba razón, no me preocupaba nada y vivía muy feliz, aunque siempre descalzo. La pasaba tan bien que a mí se me olvidaba que había vacaciones y prefería quedarme acá. No quería que me mandaran para la casa. Empecé a desear estar más y más en Benposta y a asumir responsabilidades cada vez más concretas. Mi primer cargo dentro del distrito fue repartir la crema dental y pasarle a cada uno los cepillos de dientes. Me causaba una emoción que me dijeran: "Japonés —que fue el apodo que me pusieron por los ojos rasgados— mi cepillo", y que yo se los entregara y se los guardara de nuevo.

En esa época también condecoraban por mejor comportamiento y como mi papá a mí me enseñó a trabajar desde muy niño, —yo le tenia tanto odio al "man" por haberme hecho trabajar tanto, pero a la final vi que de pronto quería que aprendiéramos para enfrentar la vida más adelante— me desempeñaba aquí muy bien. Me metía con la mecánica, me dejaban lavar los carros, y estaba en el taller de ornamentación, mientras ninguno de los niños sabía soldar aquí. Sólo después Bermúdez hizo un curso, pero el que estaba más al frente era yo, y también participaba en la construcción. Hice varios módulos. Entonces me emulaban —así le decían al reconocimiento— por trabajar y en frente de toda la Asamblea le daban a uno un cartoncito laminado que decía "El mejor de Benposta" en tal mes.

Si yo había ido a cine alguna vez en mi vida no me acuerdo, pero sí recuerdo la primera vez que fui aquí. Creo que era "King Kong"; no tengo muy presente la película, sino que me llevaron por haber trabajado bien y que yo me destacaba por eso. Luego me dieron más responsabilidad: fui municipado, diputado y cada día me gustaba más estar aquí. Así fueron pasando los años y fui subiendo en carguitos.

La vida mía en Benposta era rosa —como el nombre de ella—. Me gustaba mucho ser encargado de la tromba que era la que bombeaba agua para la cocina y los baños. Todo el mundo me decía: "William, agua", y yo venía a poner la bomba; entonces salía en horas de clase y como todos sabían que yo era el encargado, no me podían decir nada, y como yo manejaba tan bien ese cargo me quedé mucho tiempo. Me hice amigo de la cocinera y a cualquier hora que aparecía por la cocina —mientras salía de clase para bombear— me tenían cafecito y tal. Después de que participé en la Junta de Gobierno me encargué de toda la zona de alimentación. Yo estaba completamente integrado.

Vino una temporada en que no quería estudiar más y me fui como seis meses a Bogotá pensando en trabajar en el taller de ornamentación de mi papá, pero me encontré que él se lo había llevado. Eso fue un "bajón" muy tenaz. Me acuerdo que cuando volví, con la disculpa de que venía a recoger mis papeles, estaba con ansias que me dijeran: "Vuelva a Benposta". Y por fortuna al poquito tiempo ya estaba aquí otra vez, encargado del trabajo. Fue la época en que llegó la escuela de circo y entonces esas ganas de vivir todo el día haciendo gimnasia, ensayando pirámides, parándonos de manos, cada vez con más entusiasmo. Había un profesor de Bogotá que venía sólo a enseñarnos a nosotros. Entonces todo era estudiar, sacar adelante el taller de ornamentación y hacer la gimnasia.

Me acuerdo cuando nos anunciaron que venía el fundador de Benposta y todos con ese anhelo de conocer al fundador, de estar en el circo y de ir a España. Cuando él entró a la Aduana y todo el mundo corrió a saludarlo, yo estaba mirándolo así de lejos y de pronto me vi corriendo también para darle la mano. Le teníamos preparada una fiesta de bienvenida y él se enamoró de Benposta, Villavicencio y éramos como sus consentidos. Empezó a venir de seguido y yo procuraba sentarme donde él estaba. Un día me hizo la charla, me preguntó cómo me llamaba y si me gustaría ir a España y yo le dije: "Claro, ¿verdad que usted allá tiene una moto grandísima?", —yo vivía loco por las motos y los carros— y cuando le conté que yo quería ir a manejarla, me dijo: "Un día va a ir a eso". Me ilusioné todavía más con la gimnasia, para poder ir a España.

Como a los dos años volví a la casa porque ya Josué me dijo: "Bueno, hermano, y su mamá, ¿qué? Vaya a verla". Claro que a los tres o cuatro meses ya me había llevado donde mi tía y ella se encargó de decir que yo estaba bien y por ese lado me sentía contento de que mi mamá lo supiera. Yo vivía tranquilo. Y para encontrarme con mi papá de nuevo fue porque él ya sabía dónde estaba y como los abuelos viven en Granada él pasó un día, casi tres años después de que me había venido y no me dijo nada. Mi hermano había hecho la primera comunión y yo la hice en Benposta. En Bogotá yo duraba poquito, como diez días y me devolvía rápido. No me amañaba. Lo que hacía era irme para la sede de Benposta a encontrarme con los amigos y jugar partidos de fútbol y cuando llegábamos también nos daban el almuerzo. Estar allá era como si estuviéramos acá.

Cuando llegué al barrio Libertadores vi a algunos de mis viejos amigos. Unos me reconocieron y otros no. Unos se habían degenerado, a otros ya los habían "pasado al papayo"[38] y algunos estaban en la cárcel. Los que se acordaban de mí me preguntaban que dónde estaba y yo les decía que en una finca en Villavicencio y les contaba que me pagaban por estudiar y ellos: "Qué chévere"; pero nunca me llamó la atención decirles: "Camine". Yo sólo veía a mi hermano en vacaciones y a veces él venía. Él era muy apegado a mi mamá. Me acuerdo que cuando yo llegué a Bogotá, encontré toda una comitiva de amigos y parientes que decían: "¡Ay! pobrecito William, debe estar sufriendo...". Y yo, de fregado, no decía que no, me quedaba callado y es más, todavía es la hora en que creen que yo sufrí mucho en Benposta y no se dan cuenta de que allá cambié, terminé mi bachillerato y me escapé de terminar como mis amigos...

Recién ahorita yo empecé a aclararles que agradezco mucho a Benposta el haberme brindado su mano; pues si no hubiera sido así yo sería un vicioso, estaría por ahí por la calle, y ahí sí que podrían decir "pobrecito" y eso es lo que yo le digo a mi mamá. Si no más a ella le tocaba muy duro para darle estudio a mi hermano, ¿cómo hubiera sido si yo me hubiera quedado? Por eso siempre pienso con alivio en el momento en que yo cogí esa grabadora que era más grande que yo.

El amor desde niños

Cuando tenía trece años yo le sentía fastidio a William porque él era brusco, pero no sé cómo, desde fines de ese año me empezó a gustar. Fue raro porque nosotros no podíamos vernos y de un momento a otro comenzamos a ser amigos. Él me contaba de su vida y era todo muy inocente porque nosotros no podíamos tener novio ni nada. En ese tiempo yo manejaba un cuarto de cachivaches. Entonces un día él entró y ahí me cogió la mano y me dijo que él se iba a ir a Riohacha, pero que me quería mucho. Y entonces me dio un beso en los labios y se fue. Eso fue todo, pero yo quedé arrobada.

Yo no tengo esos pases de "cari—bonito", como Omar[39] —dice William— que era de los de mi grupo, pero como yo estaba al lado suyo, alguna que otra niña se fijaba en mí. Claro que no hablábamos de

[38] Asesinado.

[39] La historia de Omar aparece en el libro en "Los gatos del teatro".

enamorarnos, porque eso es una palabra grande. Sólo jugábamos, nos cogíamos de la mano, no más, porque aquí era prohibido tener una relación en serio con una muchacha. Éramos una comunidad muy joven y no teníamos más de quince años, no éramos maduros, ni responsables y no se podía aceptar algo así dentro de Benposta; entonces tocaba a escondidas.

Rosa estaba estudiando acá, pero simplemente era una compañera más. Yo iba como en segundo de bachillerato cuando ella estaba en quinto. Pero cuando nosotros ya íbamos a irnos de aquí, yo ya estaba más encariñado con ella y me acuerdo que mi despedida fue un beso. Yo ni siquiera sabía que ella iba a irse a Montería porque sólo un mes después de estar en Riohacha[40] fue un hecho que se fundaría otra Benposta allá. Omar también tenía una amistad cercana con Sofía, otra de las niñas que se fue allá y antes de partir también le había dado el primer beso. En el camino hicimos una estación en Bogotá.

Cuando William se fue para Riohacha pasó por Bogotá y desde ahí me mandó una carta con un muñeco un peluche. Yo me preguntaba por qué había sido todo cuando ya nos íbamos a separar, pero ya estaba preparada para irme a Montería. Después nos seguimos comunicando, nos mandábamos letras y encomiendas. Peleábamos y nos reconciliábamos por carta, pero siempre como en clave. Una vez hubo un encuentro de aventureros en Riohacha y al fin pudimos hablar un día en que nos mandaron a traer unas hostias a donde un sacerdote. En el camino de regreso él me dio el segundo beso, Y ese remordimiento porque nosotros no podíamos tener novio en ese momento ya que estábamos en una etapa de formación y hacíamos el compromiso de no involucrarnos de esa forma con otros jóvenes durante un año...

Después William se fue para Venezuela y para España y una vez me mandó un libro, "La oración de la rana" con una tarjeta por dentro para que no se dieran cuenta y otra vez Luz Elena me regañó porque él me envió una postal. Mucho después, en unas vacaciones coincidimos en Villavicencio y nos besamos otra vez y una niña le dijo a Luz Elena que nos había visto. Yo ni me acuerdo qué fue lo que dijo, sólo que yo pensaba que un día ella sentiría algo como lo que nosotros sentíamos. Después no nos pudimos seguir escribiendo, aunque nos queríamos. Me acuerdo que yo me atrevía a decir que si me casaba sería con William porque no le encontraba gracia a ningún otro, aunque la imagen de él era de alguien muy brusco, pero yo decía que lo quería y que no podía mandar en mi corazón.

Con Rosa siempre hubo contacto porque ya después de que ellas fundaron la sede de Montería fueron a Riohacha ocho días y eso se puso como más en serio, ya nos encariñamos más los dos y nos comprometimos más. Cuando se devolvieron nos escribíamos cartas, pero cuando me fui para España se perdió la comunicación. Yo la seguía queriendo a pesar de que hubo otras amistades, pero yo me ubicaba era con Rosa.

Montería

Rosa estaba en la escuela del circo, entre el grupo de los que se iban a ir a España cuando Luz Elena la llamó y le dijo que había la posibilidad de irse a fundar una Benposta en Montería. Ella pensó que no tenía nada que ir a hacer a Europa y que por qué no iba a quedarse en su país si aquí podía dar algo a la gente: *Mis amigas no querían porque ellas sí tenían el deseo de irse para España, y yo les dije: "Ah, no, qué pena, pero yo no me voy a ir sola para allá, ustedes tienen que ir a acompañarme", y sí, nos fuimos con mucha expectativa...*

[40] En esa población se intentó fundar otra sede de Benposta con un grupo de muchachos, pero al cabo de un año consideraron que era un esfuerzo infructuoso por las características de la zona.

Yo siempre sobresalía en el estudio y me iba bien en todas las responsabilidades que me asignaban. Cuando llegamos a Montería sabíamos que ya no podíamos depender de nuestra familia y empezamos a hacer las pruebas de la Gran Aventura. De pronto éramos muy jóvenes para esa experiencia, porque teníamos entre 13 y 14 años, pero fue muy buena para mi vida y no me arrepiento. Es más, sé que eso no lo ha vivido cualquier persona.

Rosa recuerda que Cantaclaro ya estaba ahí cuando ellas llegaron, pero que en cierta forma llamarlo "barrio" era un decir, porque cuando entraban el barro les daba a veces a la rodilla. Empezaron a recorrerlo y a darse a conocer. Al principio iban todos los sábados y los domingos y las llamaban "las cachacas". Ya después empezaron a verlas como las muchachas de Benposta y eran populares por los partidos que hacían con bolas de caucho, y por todo lo que compartían con la gente. Entonces fue cuando hablaron de lo que Benposta quería hacer allá, que no era fundar una comunidad de internos, sino crear un lugar donde los muchachos y muchachas pudieran tener actividades todo el día y aprender a vivir mejor.

Nosotras sabíamos que cuando la vida de los niños es tenaz en su casa y llegan a vivir en Benposta no quieren volver más, no quieren estar con sus parientes y como que se desarraigan del núcleo familiar. A mí llegó a pasarme que después de entrar no quería ir en vacaciones a mi casa; entonces lo que queríamos era que ellos vivieran y compartieran con sus familias.

Con las demás jóvenes, Rosa participó también en la construcción de la planta física, echaban pica y pala, y lo hacían sin olvidar lo contentas que se habían sentido cuando les dieron el terreno. No les importó que fuera —como el que vieron los aztecas al llegar a Tenochitlán— un lugar lleno de charcas, malezas y serpientes. Dijeron: "Lo arreglamos" con toda la decisión que les cabía adentro y que hizo que en poco tiempo, "toda la gente conociera a Benposta". Hasta las entrevistaron en la radio.

La sede creció de verdad cuando empezaron con la percusión. Ninguna tocaba, pero contrataron un profesor y armaron un grupo y en un lapso veloz, no sólo estaban participando en él, sino que comenzaron a hacer presentaciones. Entonces y ahora la música era el fuerte en Benposta Montería. Rosa se acuerda de la sensación de oír a todos los niños aprendiendo a tocar mientras se iba levantando la sede. Era algo que las llenaba de valor, que calmaba el miedo que tenían de que la gente las rechazara o dijera que no habían salido con nada. Se prometían unas a otras: "Vamos a sacar esto adelante". Y al frente de ellas siempre tenían a Luz Elena, por eso, dice de ella: "Es una mujer berraca".

En Montería vivíamos un poco como si estuviéramos en la milicia, nos levantábamos muy temprano y teníamos un horario establecido desde las cuatro y media de la mañana. Salíamos a trotar, después nos bañábamos, hacíamos el ofrecimiento y varias veces en el día orábamos arrodilladas y cantábamos y recibíamos formación para empezar a conocer ya en sí los ideales de Benposta. Ahí empecé a ver el por qué de toda esa organización de la vida que compartíamos.

Yo me acuerdo que cuando hablábamos del ideal de transformar el mundo lo veía así como tan fácil, pero ya cuando estaba en Montería sentía que no era sencillo, aunque veía más claro el porqué necesitábamos construir hombres y mujeres nuevos, pues observábamos cómo estaba el mundo y analizábamos todo lo que pasaba a nuestro alrededor: la injusticia, el maltrato infantil, las condiciones de vida de los niños. Y eso daba sentido a lo que hacíamos por ellos.

Ese ideal de Benposta de crear hombres nuevos era lo que expresábamos con las pirámides del circo en las que los más fuertes sostienen a los menos fuertes y por arriba de todos están los niños, que son lo primordial. Aportarles a ellos algo era la tarea más importante y aprendíamos a hacerlo

desde cuando empezábamos a recibir formación pues nos decían cómo tratarlos, cómo estar con ellos y darles de nosotros mismos en las dinámicas, en los juegos, en los cantos y pensábamos sobre todo en los niños que habían sido desplazados por la violencia, que era lo que pasaba con muchos pequeños de Cantaclaro.

Muchos otros tenían papás sin trabajo que los maltrataban. Entonces nosotras íbamos y les dábamos un rato de alegría y les empezábamos a enseñar cosas. Era como dar algo de lo que nosotras ya teníamos... Y lo teníamos gracias al cura Silva que es el que prácticamente creó a Benposta y que lo hizo poniendo siempre a Dios por delante de todo. Él iba a cada rato a Montería. Yo lo había conocido en Villavo. Me acuerdo cuando llegó el primer día y todos haciendo coplas y carteleras porque él era el fundador. Yo lo veía como una persona importante, pero no entendía a fondo lo que él iba a ser para William y para mí. Aún después de que salí de Benposta ha sido un guía para mí, él ha estado cerca de nosotros dos dándonos consejo, ayudándonos y nos dice que todavía somos sus hijos.

En Montería la relación fue muy especial porque el cura estaba solo con nosotras que éramos un grupo muy pequeño de niñas. Él tiene muchas cualidades, siempre nos mantenía ocupadas, a veces confesándonos, otras dándonos formación de Benposta. Era nuestro guía espiritual, nos hacía renovar el compromiso y llegaba a darnos ánimo porque uno desfallece, y cuando nos hablaba volvíamos a pensar: "Hay que seguir". Él nos decía que nosotras teníamos que ser mitad monjas y mitad guerreras, es decir tener las cualidades de ambas, ser luchadoras, ser emprendedoras y nos admiraba porque nosotras, tan jóvenes, estábamos más comprometidas con ese ideal de transformar el mundo que muchas mujeres adultas. Allá también íbamos donde las clarisas, las seguidoras de santa Clara que fue la compañera de san Francisco de Asís. Él nos llamaba "las santa claras", pero éramos diferentes porque ellas viven encerradas y nosotras siempre estábamos en contacto con la gente.

Cuando estábamos cayendo en el desaliento, él nos levantaba, nos escribía y nos mandaba postales. Era algo muy bonito, aunque él confiaba en que nosotras íbamos a ser monjas y ninguna lo fue. Yo no conozco ningún cura como él, es tan excepcional que pienso que el día en que nos llegue a faltar va a ser tenaz para Benposta y para todos los que crecimos allá. Cuando yo era pequeña incluso llegaba a compararlo con Jesús, porque él acoge a todos los niños y es una persona que está desde las cuatro de la mañana trabajando por ellos, y desde que lo conozco no ha tenido descanso.

Como las otras niñas de Benposta Rosa lo dio todo, día a día, con una disciplina y una fuerza digna de las más aguerridas mujeres, pero llegó el momento en que la necesidad de algo otro, de una ruptura, de un poco de locura, comenzó a brotar. Se sintió aburrida y se dio permiso, en el colegio donde estudiaba, de ser como las demás muchachas, de hacer picardías como cuando era pequeña, de romper las reglas, de hacer pequeñas maldades como tirarle las tizas del tablero a las compañeras que le caían mal, entrar tarde y a escondidas al plantel después de convencer al portero, escaparse de clase, no pagar el planchón que tenía que tomar para cruzar el río Sinú y llegar al colegio, o robar mangos. La llamaban a rendir cuentas en rectoría y la encargada de la disciplina comenzó a perseguirla. No lograba entender que una niña de Benposta que hacía todo el trabajo que se llevaba a cabo en Cantaclaro, tuviera ese comportamiento.

La amenazaron con avisarle a las directivas de Benposta para que se pusieran en contacto con su mamá y ella se salía por la tangente, les decía que Luz Elena estaba a cargo de ellas y vivía muy ocupada y no podía venir. Al fin, convencía a rectora de que no diera quejas y le prometía que iba a cambiar, pero no lo hacía. Necesitaba probar lo que sentía siendo rebelde. Entonces, sencillamente, dejó de hacer también en la comunidad lo que le tocaba hacer y cuando le preguntaban por qué se

comportaba así respondía que se iba a ir ese año. No supo cuándo y quizá tampoco por qué, pero se prometió no echar atrás en esa decisión que había comenzado como un decir. Alistó su maleta y cuando Luz Elena le preguntó la razón por la cual se quería ir, sólo pudo decir de nuevo que se iba y no tuvo ninguna explicación que dar.

En el fondo se sentía desasosegada. Aunque siempre había vivido enamorada de William, la ininterrumpida separación —ella en Montería y él en Riohacha o en otros lugares— la había llenado de confusión afectiva y estaba llena de una agresividad que no lograba reconocer con claridad ni mucho menos dirigir. Lo único que deseaba era salir corriendo. Se dijo: “Yo no vuelvo por aquí a esta tierra” y sólo meses después, cuando tomara distancia, iba a preguntarse por qué se había tenido que ir de esa manera, por qué su obstinación en golpearse contra el mundo de Benposta que tanto le había significado.

Por ese tiempo William se había retirado. Sus compañeras decían que ella se devolvía a Villavicencio a buscarlo y Rosa aseguraba que no era así. Cuando llegó a la sede de los llanos, se encontró con el cura Silva: *Él me cogió y me dijo que si yo estaba aburrida allá, me mandaba para otra Benposta, que sin importar qué hubiera pasado, yo era una persona muy valiosa. Yo le dije: "No, cura, déjeme por lo menos uno o dos años, porque no quiero saber nada de Benposta. Necesito descansar y hacer mi vida". Camilo*[41] *me decía que me quedara en la sede y yo le respondía: "No, yo ya hice lo que tenía qué hacer. Benposta me aportó lo que me tenía que aportar y yo di lo que debía dar". Fueron cuatro años los que transcurrieron entre ese diciembre de 1989 en que llegamos a Montería con Luz Elena y el diciembre en que me retiré.*

Riohacha

Llegó ese año —cuenta William— en que el cura dijo que iba a fundar a Benposta en Riohacha y Montería y entonces, cuando preguntó quiénes querían ir se levantó Omar y yo me dije: "Si él va, yo voy". También Nelson y los gemelos se ofrecieron. Me acuerdo que yo levanté la mano sin saber ni nada. Entonces dijeron que los que nos íbamos entraríamos a hacer la Gran Aventura. Eso es una experiencia de vida que se lleva a cabo durante un año; aunque muchos pensaban que nosotros no teníamos la madurez para asumir esa experiencia, el cura nos apoyó y nos mandó a Riohacha. Yo estaba en cuarto bachillerato.

Al principio el cura estuvo con nosotros. Nos acompañó tres meses. De todas las generaciones de aventureros que ha habido sólo nosotros tuvimos el privilegio de estar con él un tiempo así y muchos nos envidian. De él aprendimos muchísimo: aprendimos lo que significa luchar por algo, y tener la capacidad de compartir; aprendimos esos valores que él carga y que nos transmitía como el sentido de vivir en comunidad y aunque mucha gente se aburriría de estar yendo a misa, a nosotros se nos pasó rápido el tiempo con él.

Ahí empezamos a saber lo que era disciplina de verdad, verdad. Él es una persona muy soñadora, entregada a su proyecto de vida; ve y desea un mundo con justicia y alegría donde todos podamos vivir en paz, como cogidos de la mano; él espera que llegue un momento en que no tengamos que herirnos unos a otros; él ve un mundo distinto, un mundo lleno de gente con capacidad de transformar la realidad. Su idea es que los fundadores de cada Benposta están encargados de cambiar el mundo, y en eso se aventuran.

Además es alguien sencillo, muy descomplicado, con gran sentido del humor y es un buen artista. En Riohacha hizo uno mural en la casa donde vivíamos de los doce Apóstoles y Jesucristo y cuando lo miraba, nos identificaba con cada uno. decía: "Éste es William, éste es tal". El cura tiene la

[41] El representante de Benposta, Villavicencio.

capacidad de hacer soñar a los demás: yo llegué a la gran aventura y ni siquiera sabía dónde me había metido, ni a qué le había dicho "sí"; pero él, con su manera de volvernos soñadores, con su convencimiento, me encaminó. Entre el momento en que levanté la mano y el día que salimos de Villavicencio sólo pasó una semana.

William se acuerda de la mañana en que ofrecieron una misa para contarle a la comunidad que iban a fundar una nueva Benposta, y llamaron al frente a los aventureros. En ese instante se le erizó la piel y sintió nervios. Pasó saliva y comenzó a darse cuenta de la dimensión de su elección. Luego fue como si, sin ninguna transición, se viera oyendo la oración que el cura hizo por todos cuando se subieron en el carro para recorrer el camino hasta la Guajira. A ese momento solemne le precedió una apuesta: les dijo que al primero que viera el mar le daría una plata, y William se imaginó, no supo por qué, que el mar siempre aparecía a la izquierda y como estaba en la ventana derecha del carro, se dio por vencido y se acostó a dormir hasta que llegaron a Bucaramanga. Después de la parada siguió durmiendo y cuando se despertó se puso a mirar a lo lejos. Fue de pronto que vio "una montaña azul que subía y bajaba" y sin entender qué era, dijo, por bromear: "Cura, el mar". Todos miraron por la ventanilla y vieron que sí, que así era el mar y él se ganó cinco mil pesos.

Entonces oraron porque había llegado bien a esta tierra, y se hospedaron en un hotel. Ahí comenzó la "Gran Aventura". Se empaparon de lo que iban a hacer, plantearon las normas, los "parámetros para seguir caminando". William estaba emocionado aunque ahora comprendía que era una experiencia muy dura y que necesitaba "encontrar la capacidad para cambiar en armonía". A veces sentía que no podía y sin embargo, empezó a profundizar en la filosofía de Benposta y a escuchar hablar de teología. Fue un tiempo de reflexión en el que se preguntaban quién era Dios para cada uno, qué lugar tenían los demás en sus vidas y qué esperaban del "yo" que eran y querían construir. Era una manera de parar el mundo y hacerse las preguntas del sentido, el para qué estaban vivos y ahí, en ese preciso lugar del mundo.

Se propusieron vivir a contracorriente del curso materialista de la sociedad y apostar a la construcción de valores. Tenían mucha expectativa de comenzar la prueba. Durante ese tiempo no debían tener una relación afectiva exclusiva con nadie, experimentaban el silencio y estaban sujetos a levantarse a las cinco y media de la mañana para ir a trotar por la playa varios kilómetros, quitarse la sal y disponerse a orar en la mañana, a medio día y en la noche, y asistir cada día a la Eucaristía. Llevaban un diario y al final de cada jornada hacían una corrección. Después de la comida leían la relación que cada uno había escrito sobre lo que habían hecho en el día, sus pensamientos y se corregían unos a otros.

William tuvo la sensación de que por primera vez veía cómo era él: *Cometía cosas que mis compañeros, que eran mis hermanos, me decían y ellos me ayudaron a ver que era una persona muy rencorosa aunque yo no me daba cuenta. Yo "tiraba mucho rayo", era un poco odioso con los demás, egoísta... Hubo correcciones que a mí me hicieron llorar porque era muy duro oír lo que me decían y darme cuenta de cómo era yo. Después teníamos más claro que uno debe sobresalir en algo frente a la sociedad y luchar, así sea en su casa, en su familia, o en su trabajo, para no ser así, común y corriente, y poder dejar los valores falsos de la sociedad para ser capaz de no irse por donde todos van. Eso es lo que me ha ayudado a ser consciente, a ver que lo más sencillo es hacer las cosas bien y eso significa hacerlas con amor.*

Un acueducto financiado con ayunos

Cuando llegaron a la ranchería la gente veía cinco muchachos andando para arriba y para abajo y su conducta parecía tanto más extraña por la diferencia que suponía para los Wayú, que habitaban la zona, acostumbrados a vivir en pareja desde la adolescencia. Los miraban con recelo, como si fueran un grupo de pandilleros o de homosexuales.

Así, se enfrentaron a la tarea de cambiar la imagen de lo que eran. Buscaron apoyo con los sacerdotes de la zona y comenzaron a hacer recreación en la ranchería, además de preparar a los niños para la primera comunión. Se encontraron convertidos en animadores y evangelizadores, mientras buscaban un camino nuevo para vincularse a la comunidad que — después lo entenderían— vivía en la precariedad material como parte de un camino elegido ancestralmente. Ellos llegaban, no sin cierta ingenuidad, a buscar crear una mejor calidad de vida y veían miseria donde los indígenas hallaban una forma natural de vida. De todos modos, ambas partes, el grupo de aventureros soñadores, y la ranchería Wayú, se verían beneficiadas con el encuentro. Hubo un aprendizaje que posiblemente rebasó las expectativas de cada cual.

En esa época entendimos que aprender a convivir de verdad no solamente era estar ahí, sino ayudarse uno con el otro y tener la capacidad de hacerlo, así no fuera amigo ni allegado. Por ejemplo, nosotros en Riohacha sacrificábamos la mensualidad que nos mandaban para alimentación porque había una ranchería que no tenía agua y decidimos construir un acueducto para hacerles llegar agua allá. La idea fue de todos. Como necesitábamos la plata para el acueducto entonces dijimos que sacrificábamos parte de la comida para poder hacerlo. Nosotros nos la pasábamos comiendo frijoles con cominos, porque lo del arroz y lo de la carne lo habíamos invertido en las motobombas para cargar agua y la manguera.

Fue entonces cuando empezaron a ver que ellos y los indígenas tenían pensamientos distintos, y a comprender su comportamiento. Con el tiempo se dieron cuenta que lo que habían hecho no había sido en vano. Trabajaron duro, y viéndolos trabajar en la construcción del acueducto, la misma gente que al principio los miraba desde las ventanas de sus ranchos con desconfianza, se les acercó amistosamente. A partir de ahí se ganaron su voluntad, aunque ésta no se tradujo nunca en un compromiso con el trabajo, sino en otros gestos de hospitalidad y apertura.

Nos cansábamos de trabajar porque a la final nos tocaba solos pues los Wayú están acostumbrados a vivir así, debe ser la cultura de ellos, no les importa vivir cómodamente ni ambicionan nada. No sé si nos equivocamos, pero tardamos en ver que a ellos les gustaba vivir así, y que ir nosotros a inculcarles nuestra forma de pensar y nuestra cultura, eso era muy fregado. Ellos nos veían trabajando y la verdad, fueron poquitos los que nos ayudaron a hacer el trabajo. Ellos dormían de día y pasaban la noche pescando en el mar.

De ellos aprendimos un poco de su lengua y de pronto a vivir sin complicarse. Ellos son gente muy amable una vez se rompe el hielo. Después en las rancherías a donde íbamos nos recibían muy bien. Desde que uno se identificara y dijera a qué iba ellos le abrían la puerta. Duramos un año conviviendo con ellos, aunque yo me vine a los diez meses. Me cansé, no di más con las normas. El segundo que abandonó fue Omar.

La prueba de Riohacha no llevó a consolidar una Benposta, pero sí cumplió un aprendizaje definitivo en términos del respeto a la diferencia, de la solidaridad en su sentido más puro —porque la gratitud de la comunidad por el acueducto nunca se tradujo en ninguna forma de retribución— y de crecimiento en común para todos. De nuevo en Villavo, William y Omar empezaron a trabajar en lo espiritual con una visión muy distinta de la que tenían los adolescentes que se habían ido un año atrás. Habían crecido, tenían otra forma de pensar y llegaron con una nueva responsabilidad. Cuando el cura Silva apareció de nuevo les propuso que fueran a apoyar el proceso de Benposta en Venezuela que acababa de arrancar. Fueron cuatro meses que para William prolongaban las pruebas de la Gran Aventura. Les faltaba todavía vivir el período monacal y para cumplirlo se fueron a San Pedro de Rocas en España.

Esos meses fueron de más austeridad, tocaba ir a traer el agua, dormíamos en las tablas, estudiábamos el sentido de los demás y de nosotros mismos y de verdad buscábamos caer en cuenta de una posición madura y comprometedora ante la sociedad. Era ver que lo que fuéramos a ejercer como padres de familia, sacerdotes, o laicos solteros, implicaba estar comprometidos con nuestra vida aventurera y que eso debíamos llevarlo hasta que termináramos nuestro días. Cuando pienso en esa época veo todo lo que uno tiene que pasar para poder mejorar ciertas actitudes y cómo ese vuelco en nuestra vida nos marcó definitivamente. Fue una experiencia muy grande.

Después de ocho meses William se devolvió de España. El proceso de crecimiento interno tuvo otra arista y fue la necesidad de construir una vida propia. En una temporada que pasaron en Barcelona conoció de cerca la experiencia de otros muchachos que estaban intentando sobrevivir por su cuenta como extranjeros y sintió que no quería experimentar algo similar. En cuanto pudo aprovechar la oportunidad de regresar, lo hizo. No se vio “con esa ropa de los que se habían quedado en España” y se vino para Venezuela, donde terminó bachillerato.

De allá salió también porque la mamá, que aun vivía en Bogotá, se enfermó y estuvo hospitalizada mucho tiempo. Entonces sintió que tenía que asumir la responsabilidad con ella y que desde allá no podía ayudarla. Eso lo decidió a buscar una alternativa económica distinta: comenzó a trabajar en Benposta por las mañanas dando educación física y por la tarde con el taller de ornamentación, mientras cumplía con otra experiencia necesaria: la de vivir solo.

El reencuentro

Cuando regresé a Villavo después de salirme de Benposta, como creía que William tenía novia, le advertí a mi hermana —que todavía estaba allá— que no le dijera dónde vivía. Él duró un tiempo rogándole y al fin le ablandó el corazón a ella y la convenció de que lo llevara a la casa. Él llegó a mediodía y yo estaba durmiendo la siesta cuando ella me despertó. Le dije que siguiera. Sentía un susto tremendo. Entonces William me dijo que él habría podido quedarse en todos esos sitios donde estuvo, pero que me quería y que se había devuelto para buscarme. Ahí fue cuando volvimos y empezamos a ser novios. Ambos estábamos por fuera de Benposta.

Después de que llegué de Venezuela me vine para acá y entonces Rosa también se había salido de Benposta. Yo la busqué y entonces sí pudimos vivir lo que sentíamos. Ella estaba haciendo quinto bachillerato y yo empecé a apoyarla. Primero nos fuimos a vivir juntos. El cura nos propuso que nos fuéramos para Venezuela, pero Rosa no quiso.

Él empezó a preocuparse por mí, a trabajar con la soldadura y a demostrar que era juicioso. Yo quedé en embarazo y eso fue duro porque nadie quería que me fuera a vivir con William, pero él me decía que nuestro hijo debía vivir con el papá y la mamá y que lo dejara responder por el niño y por mí. A los dos el cura nos dijo que nosotros no podíamos estar en concubinato porque ya nos habíamos ido a vivir juntos. Le dijimos: "Pero cura, es que no queremos casarnos todavía". Y él: "¿Es que no están seguros de su amor?", Y nosotros: "Sí, pero no queremos casarnos todavía". Peleamos con él por eso. Él molestó, molestó y molestó y entonces dijimos: "Hablemos juntos y decidamos". Y finalmente dijimos que sí. Se puso contento el cura y nos regaló las argollas.

Nos casó en una ceremonia muy sencilla. William tenía un jean y una camiseta y yo una sudadera, pero fue un momento muy bonito. Mis amigas a veces me preguntan: "¿Dónde tiene el velo?", y yo les digo: "¿Cuál velo?", y a veces no creen que nos hayamos casado porque no entienden que uno puede casarse con la ropa que trae. Entonces respondo que para nosotros lo importante no era la ropa, sino lo que estábamos haciendo. Yo conozco muchachas que han botado la casa por la ventana para casarse con un vestido lujoso, y vaya a ver si todavía están juntos. Nosotros vivimos como aprendimos: sin lujos, de un modo sencillo, trabajamos honradamente y seguimos unidos. Eso

es lo que a uno por lo menos lo llena de orgullo: saber que se quiere, que trabaja y estudia y hace lo que hace.

Él cura nos casó un 11 de Noviembre. Con lo que ganaba en las clases y en el taller empecé a comprar las cosas del niño y las nuestras, porque al principio solamente teníamos una grabadora. Entonces era comenzar a construir todo y a estar bien para darle una buena vida a Santiago. Con Rosa me ha ido muy bien, ella me apoya mucho. Es la única de los dos que pudo seguir estudiando. Cuando nos fuimos para Bogotá estudió inglés y yo comencé a trabajar. Ahora ella es secretaria y estudia sistemas de noche... Uno tiene sus tropiezos como en todos los matrimonios, pero el punto de vista de nosotros es llevarnos bien. Para mantener el amor nos ha servido todo nuestro recorrido en Benposta y las experiencias, todas las cosas nuevas que nos pasan por la ilusión de salir adelante y Santiago también. Él ha sido el amor de la casa y juntos estamos echando "pa´lante".

Nosotros estuvimos un tiempo aquí y a William le empezó a ir bien y pudo ir sacando todo lo del niño, lo de nosotros dos. Entonces él tenía su equipo de soldadura y le salían buenos contratos y empezamos a comprar las cositas para la casa. Pero le robaron el equipo, toda la herramienta, y no le salía ningún trabajo. A William se le bajó la moral. Entonces decidió irse para Bogotá y yo le dije: "Listo. Arranque". A los ocho días me llamó para que me fuera también.

Empecé a trabajar en una empresa y yo no sabía ni manejar un computador. William me dijo: "Aprenda todo, que eso le sirve para su vida". Me dejaron de secretaria y entré a estudiar inglés y duré un año tomando cursos. Vivíamos en un apartamento y conseguimos prácticamente todas las cosas de la casa. El problema fue que la empresa quebró y nos quedamos sin trabajo. Yo le dije que la única solución era venirnos a Villavo y lo hicimos. Aquí conseguí rápido un empleo, el mismo que tengo hace un año. William está trabajando en la repartición de paquetes con el servicio de entrega, mientras yo hago la contabilidad.

Así, Rosa estudia contabilidad y finanzas y trabaja en una empresa como contadora. A las seis de la mañana llega al trabajo y sale a las seis de la tarde. Entonces se va a estudiar hasta las diez de la noche y casi no puede ver a su hijo. Es un sacrificio para el mañana. Durante el día el niño está donde los abuelitos, y a veces le dice, "Mamá, yo a usted casi nunca la veo", y ella le responde que tiene que trabajar y estudiar para sacarlo adelante a él y poco a poco él ha entendido la situación.

Aunque el trabajo de Rosa es estresante porque debe estar resolviendo problemas todos los días, a ella le gusta lo que hoy en día hace, aunque antes tenía la ilusión de ser profesora y estudió en la Normal, pero al salir de Benposta sintió que ya había cumplido su papel de educadora. Salvo, claro está con sus hijos: "A Santiago le hablamos de todo lo de Dios, del amor a él, de como lo aprendimos, sin miedo".

Viven en una casa pequeña y cuidada, con la tía anciana que fue también la madrina de matrimonio. No tenían nada cuando se casaron, cada uno estaba "solo con su maletica" y ella tenía esa casa que le habían regalado después de veinticinco años de haber trabajado con un matrimonio mexicano. De ella dice Rosa, que "nunca se mete en la vida de ellos, a no ser para bien", y que salieron de la mamá Benposta para ser acogidos por la mamá Aurora: *En este hogar todo va por el camino de Dios y por eso nos hemos mantenido juntos aunque cuando nos casamos éramos demasiado jóvenes para tener familia, pues no pasábamos de los veinte años.*

Pensando en su pasado y en su presente, William dice: *esa experiencia que yo viví de pequeño con mi papá para mí fue muy dura y creo que nunca la repetiría. Yo jamás he pensado en abandonar a Rosa ni en abandonar a mi hijo por otra mujer. Yo quiero que mi casa sea como siempre la he querido y vivir ahí. Esa es mi ilusión, yo trabajo y sé que no todo lo puedo conseguir para ya y*

aunque hay tropiezos económicos todavía sigo luchando aquí con mi hogar. Yo desde el principio no estaba pensando en ser infiel sino en construir todos los bloquecitos para tener un buen hogar, para ubicarnos bien y poder darle a Rosa y al niño lo que necesitan. Pienso que los roces que hemos tenido pueden ser por lo jóvenes, pues yo sé que somos el uno para el otro y estamos comenzando a construir nuestra relación, no la tenemos construida porque sólo llevamos cinco años y no la vida entera...

UN RETRATO DE MUJER

"Hay dos modos de conciencia:
una luz, y otra paciencia"
Antonio Machado

Si Claudia pudo pasar sin dificultad de ser una pequeña caprichosa a una niña responsable, y poco después, dejar su casa venciendo la tristeza de hacerlo para entrar como interna a una comunidad de niños, donde en menos de un mes comenzó a liderar procesos, fue porque creció sintiéndose amada, porque tuvo un padre tierno, no obstante su adicción a la bebida, y una madre que supo darles oportunidades cuando se equivocaban, capaz de ser lo suficientemente valiente para mantener la unidad familiar aun cuando las circunstancias la forzaran a separarse de algunos de sus hijos. Claudia "construyó su carácter" y es hoy compañera de un hombre con quien aprendió a rescatar el amor de lo perdible, madre feliz de serlo, estudiante empecinada, trabajadora orgullosa de vender comida en un restaurante de la plaza de mercado y para "hacer país" le basta ser lo que es: una mujer plena de sí.

A los once años, un día cualquiera, Claudia llegó de la escuela y tuvo que enfrentar un hecho que cambió para siempre su manera de entender el mundo: en el lenguaje distinto, balbuceante, de su hermanito —que era retardado mental— ella alcanzó a comprender que su padre había muerto. Lo tenían en el hospital y allá fue corriendo a verlo. No se sintió capaz de mirarlo. Comprendió, asombrada, que alguien que uno amaba, se podía morir. Y, en medio de su dolor de niña se preguntaba qué iba a ser de ellos pues sabía que eran seis hermanos, y que su mamá no tenía puesto, ni había trabajado nunca en otra cosa que en casas de familia, o de camarera en los hoteles, y eso hacía mucho rato.

El día del entierro fue el día más frío de su vida. Le parecía que su mamá se sentía también helada, "como dentro de la tierra", y de repente la veía vieja, muy vieja, como si la existencia le pesara enormemente. Ella la miraba y comprendía que estaba sola con ellos, sin nadie a quién acudir, cuando el mayor apenas sobrepasaba los quince años y el menor no llegaba a los dos. La muerte de su padre le reveló el absurdo y el desconsuelo. Con todo, un par de días más tarde vio cómo su mamá se erguía desde la tristeza y sacaba la fuerza suficiente para reunirlos y decirles que aún tenían una casa, y que no debían dejar de darle gracias a Dios. Les pidió que confiaran en que de alguna manera ella los sacaría adelante. Comenzó a trabajar en un taller de modistería de una pariente, que no le podía pagar mucho, pero algo era algo, mientras tanto.

Hasta entonces, Claudia había sido la más consentida, la única capaz de convencer a su padre, cuando estaba tomando trago en la tienda, de que se fuera para la casa, y a ella —quizá por ser la primera mujer después de cuatro hombres— él le daba gusto en todo. Era "la niña de sus ojos" y se había acostumbrado a que siempre, entre sus hermanos, tenía "todas las de ganar". Le bastaba armar una pataleta para que en la casa —si él estaba— se hiciera lo que ella quería. Su madre nunca lo contradecía... Como durante ocho años fue la más pequeña, jamás le pidieron que colaborara en nada y así se la pasó sólo jugando hasta los diez, sin asumir prácticamente ninguna responsabilidad. Era una pequeña princesa protegida por su padre.

Esa pequeña que fue casi demasiado feliz, consentida hasta el exceso, despertó a la realidad a partir del día que siguió a la muerte del padre. Durante ese año tuvo que saltar de sus rodillas a la vida y aprender, casi, sin transición, la docilidad que desconocía. Por primera vez comprendió que el tiempo de ese reinado en que instauraba sus exigencias, bajo la noción de que la complacencia de todos le era debida, como un derecho propio, había terminado. La muerte la hizo crecer, y ella tuvo la sabiduría necesaria para no resistir su talladura: comprendió, con una percepción nueva, que de ahí en adelante debía hacerse responsable, debía dejar de pedir y ayudar a sustentar su mundo familiar.

Se sintió en la obligación de cooperar cuando vio que sus hermanos salían a trabajar aunque no habían terminado bachillerato, y se dio cuenta de cómo llegaban por la tarde cansados y le entregaban todo el dinero recibido a la mamá. Ella supo enseñar a todos la tolerancia, ese “saber llevar las cosas de una manera calmada, controlando las reacciones impulsivas”, para defender la armonía. Como ahora cosía el día entero fuera de su casa, Claudia era la que debía encargarse de cuidar a sus dos hermanos pequeñitos. En esas horas abrió los ojos a la vida. Un año y medio más tarde, cuando las condiciones económicas se volvieron insostenibles, entró a Benposta.

Tenía doce años el día en que llegó y seis meses después comenzó a ser la mantenedora de un grupo de 22 niñas que tenían su misma edad, aunque ella las sobrepasaba en estatura. Era alta, acuerpada, con el cabello largo, negrísimo, y un rostro de ojos inmensos y labios gruesos. Sabía hablar sin amedrentarse con su voz grave y era alegre, pero andaba despeinada, y con la ropa descuidada. Esa sonrisa suya, que tan fácilmente se soltaba bajo la protección del padre, se había vuelto escasa.

Yo no quería venir

Una profesora que trabajaba acá y era amiga de mi mamá le contó a Luz Elena la situación que vivíamos y entonces ella dijo que bueno, que sí me recibía. El día que me tocaba venirme, mi mamá me preguntó: "¿Usted quiere irse o no?", Y yo le dije: "No quiero, pero yo me voy a ir porque es lo mejor que puedo hacer para ayudarla". Y me acuerdo que me trajeron en una moto con un colchón atrás y un baúl con mi ropa. Tenía un vestido blanco a la rodilla, y el cabello largo y despeinado porque de pequeña no era muy vanidosa.

Dos niñas que habían entrado un par de días antes, se encargaron de hacer el inventario de lo que yo traía, y a mí me parecieron creídas. Mi mamá se fue y yo me quedé llorando. Una de esas niñas, Érica Aponte, se volvió mi mejor amiga, alguien que a lo largo de la vida me ha acompañado. Ella fue una de las que después se fue para España. Con ella conocí la verdadera amistad.

El mismo día en que llegué hicieron una reunión en el grupo y nos explicaron en qué consistía el autogobierno, y qué era una diputada: era alguien que ayudaba con los deberes del grupo a la encargada, que a su vez asumía el papel de mamá de las niñas. A mí no me llamaba la atención llegar a serlo. En ese momento yo estaba aburridísima, pensaba: “Ay, ¿por qué me metieron acá?” y quería irme. Algunas noches pegaba la cara a la ventana, y me quedaba mirando la oscuridad, viendo a lo lejos todo solo, y lloraba.

Luz Elena me daba consejos y yo no le ponía atención, yo decía: "Estoy aburrida y sólo quiero estar con mi mamá". Ella venía cada ocho días, pero eso para mí no era suficiente porque además estaba sin mis hermanos. Yo era desordenada, y cuando llegué me causó mucha curiosidad ver la ropa bien ordenadita. Además de peinarme, lo primero que aprendí fue a doblar la ropa así. Tal vez porque estaba triste y era como calmada, y no formaba problema, me nombraron diputada a los quince días. Y también, como en las noches se hacían reuniones, empecé a participar y yo siempre tuve facilidad

para el liderazgo y a mí nunca me dio pena salir a hacer una presentación. Entonces las niñas postularon a dos de nosotras y yo gané porque aunque estaba triste me llevaba muy bien con todas. Eso y la amistad que empecé a crear con Érica me ayudaron a integrarme.

Desde que vi las Asambleas Generales, me di cuenta de la importancia que tenían los miembros de la Junta de Gobierno y yo me decía: "Algún día tengo que ser alcaldesa". En ese tiempo había una alcaldesa de las niñas, otra del Pueblo Joven y un alcalde general. Entonces yo pensé: "Me imagino que aquí es igual que afuera: que uno va surgiendo, va ascendiendo y yo voy a llegar al cargo que quiero". A mí me gustaba colaborar y cuando hacíamos un plan de trabajo con la encargada, me aseguraba de que se realizara. Las niñas me hacían caso sin problema, y creo que era porque antes de reflejar una imagen de buena diputada, creaba una de amiga.

Cuando terminó ese año un grupo de niñas grandes se fueron para Córdoba, y entre ellas estaban mi mantenedora, y Luz Elena. Se sentía mucho vacío, y fue como si todo se desorganizara. Entonces nosotras pasamos a ser las más grandes del grupo y casi todas quedamos como encargadas de otras más pequeñas. A mí me asignaron las nuevas. Lo que hice fue acordarme de lo difíciles que habían sido para mí los primeros días y eso me ayudó mucho.

Nos servían las reuniones que hacíamos por la noche. A mí me criticaban más que todo el mal genio, pero no sólo era ver el carácter sino la manera en que habíamos actuado en el día. Así nos dábamos cuenta de nosotras mismas. Yo me sentí muy contenta, muy satisfecha con el trabajo de mantenedora, porque la relación con las niñas fue muy buena y gracias a eso hacíamos las actividades rápido y bien. Me gané dos veces con mis niñas el premio al "Mejor Distrito" y fue como una voz de aliento para seguir superándonos.

Al fin logré llegar a la Junta de Gobierno, que era lo que me había propuesto. Había dos candidatos para la Alcaldía: Agustín y Guerin. Con Agustín había tenido una buena amistad, pero habíamos peleado y yo le estaba haciendo campaña a Guerin. Cuando se hizo la primera ronda ellos quedaron empatados y en la segunda ganó Agustín... La noche en que él iba a elegir los miembros de su Junta de Gobierno una niña vino a decirme que él me había escogido como integrante y yo creía que eran mentiras, que era para hacerme sentir mal. Pensé que era una trampa. Entonces él mismo vino y me lo pidió. Yo no le contesté nada y él dijo: "Si decide aceptar mi propuesta vamos a hacer una reunión en la noche en la biblioteca". Al fin me decidí. Me acuerdo que el día en que se posesionó la Junta de Gobierno se hizo una fiesta. Yo tenía amigdalitis, pero ¡ay!, quería ir a bailar, y me tocó quedarme en la enfermería. Todo el tiempo estaba pendiente de oír a ver si me nombraban cuando presentaran a los integrantes de la Junta. Y sí: yo escuché mi nombre, lo dijeron aunque no podía estar allá. Se pasaron horas bailando y yo me moría de aburrimiento, pero a la vez estaba contenta por la elección. Quedé inicialmente como secretaria; luego fui la encargada de Recreación y Deporte y después ocupé el cargo de vigía de Salud.

Ya en esa época yo quería mucho a Benposta. Creo que a mí me empezó a gustar porque miraba el trabajo que hacíamos. Ese momento en que, al final de las Asambleas Generales, rezábamos la Oración de la Paz, era muy especial. No tanto por las palabras que decíamos, sino por la actitud que tomábamos al hacerla. El mensaje se volvía muy claro y sentíamos algo que no es fácil expresar, pero que nos hacía sentir el poder de cambiar. Los domingos eran un día muy especial porque el desayuno era rico y abundante y cuando la comunidad estaba en el comedor hacíamos el ofrecimiento y después se leían las parábolas y todo el mundo opinaba sobre ellas. En ese momento se sentía como una familia, porque los mensajes eran de hermandad, de amor con los demás, y nosotros estábamos ahí juntos, desayunando ensalada de frutas, torta, chocolate y queso.

Nosotros, más que asumir unas reglas, o estar sujetos a que siempre una persona superior nos ordenara, teníamos el derecho a hacer cosas libremente, y podíamos decidir qué actividades queríamos. Bastaba que avisáramos. A veces proponíamos un día de recreación, o nos íbamos para las montañas —nos gustaba mucho ir allá y a la quebrada— o hacíamos lecturas de integración, cosas así. Entonces esa libertad, cuando éramos niños o adolescentes nos llamaba la atención. Cada noche había un espacio para leer, o para ver videos y reflexionar sobre ellos. Aquí nos enseñaban que todas las cosas que nosotros leíamos o veíamos tenían algún valor, algún significado que podíamos descubrir.

El orgullo de ser lo que se es

Cuando la plaza del 7 de agosto de Villavicencio se estaba fundando alguien le aconsejó a la mamá de Claudia que cogiera un puesto, porque no había sino una venta de comida. Entonces el sector era prácticamente un potrero deshabitado y ella llegó con los dos niños más pequeños, armó una choza con palos y se fue a vivir allá porque era la única forma de cuidar los objetos que tenían. Fue más tarde cuando pusieron el acueducto, la electricidad y poco a poco la plaza se fue levantando, llenando de locales de comida con mesones, a punta de puro trabajo. Así fue que se hizo a un negocio que al fin le permitió sostener a todos sus hijos.

Empezó a vender desayunos y almuerzos y entonces Claudia decidió irse de la comunidad para poder ayudarle. El día en que salió de Benposta le prometió a Agustín que después de un tiempo regresaría. La joven que salió, tres años después del día en que llegó con su vestido blanco de encajes, era otra. Ahora valoraba más que nunca el hecho de tener una mamá, porque había convivido con muchos niños y niñas que no la tenían, y deseaba “hacerla sentir viva y acompañada”. También había logrado otros aprendizajes: era más consciente, se había dado cuenta realmente de que había personas que tenían mucho menos que ella y agradecía, todo el tiempo agradecía.

Además, Claudia había comprendido la importancia de saber convivir. *No era tanto que nos lo enseñaran —dice— sino que nos lo infundían de una manera muy indirecta: era el ambiente mismo. Lo que educa no son las palabras, sino la cotidianidad que se está viviendo, no importa lo que se diga. Nosotros descubrimos el valor de las amistades, la importancia de tener buena relación con la gente, un cariño de verdad, y nos formamos de tal forma que si un amigo nos necesitaba podía contar con nosotros, pues acá nunca estábamos juntos por interés, sencillamente porque todos teníamos lo mismo, estábamos en la misma posición y ninguno era más que nadie; entonces, dábamos cualquier cosa por nuestros amigos.*

La mayoría de nosotros decimos: “En Benposta a mí me enseñaron esto o aquello”, y entonces la personas piensan que a uno le daban todos los días una cartilla; y no: fue como la convivencia y la actitud de las otras personas para con uno. Por ejemplo, aprendimos la sencillez, a valorar lo teníamos. Me acuerdo que todos los días, en los ofrecimientos, orábamos mucho por los niños de la calle; y cuando nosotros íbamos a Villavo nos daba tristeza verlos durmiendo en los andenes...

Además, la experiencia de ver que la gente había confiado en ella y que había sido capaz de volverse un espejo en el que otras niñas más pequeñas que se miraban, la había vuelto capaz del compromiso y le había permitido sentir el deseo de construir algo. La niña que años atrás estaba acostumbrada a que sus hermanos se plegaran a sus deseos había llegado a concluir que “uno de grande, ya tiene que solo dar y poco recibir”.

Así, comenzó a trabajar con todo el empeño en el restaurante y, no obstante la pesada jornada —se levantaba a las cinco, salía a la plaza y trabajaba sin parar hasta las cuatro de la tarde— empezó a cursar de noche el Bachillerato académico. Durante seis años hizo tareas y estudió entre las 10:30 de la noche y las primeras horas de la madrugada. Vivía esa rutina contenta. “Quería —dice hoy—

mostrarle a mi mamá que yo era una persona distinta de la que había sido de pequeña, antes de salir de mi casa, y ella pudo ver en mí las cosas yo había aprendido y cómo había construido mi personalidad".

Algo que no olvida es el primer día de clase, cuando en la presentación de rigor, ella concluyó, diciendo: "Yo trabajo en la plaza, en un restaurante, ayudándole a mi mamá". Al terminar la hora algunos compañeros le preguntaron que si no le había dado pena decir eso y su tranquila respuesta fue: "No, a mí no me da pena ser lo que soy, ni hacer lo que hago". No faltaron quienes comenzaron a burlarse, a decirle: "Ay, cuidado te ven los amigos de la plaza", y ella, sin inmutarse, les contestaba: "Bueno, ¿qué pasa con mis amigos de la plaza?". Así, se hizo respetar y finalmente logró hacer muy buena amistad con sus compañeros, salía a fiestas con ellos y empezaron a valorarla.

Todo el mundo sabía dónde trabajaba yo, qué hacía, quién era, y ya mis compañeros iban a donde mi mamá y planeábamos paseos; a mí me daban la misión de comprar las cosas, porque yo sabía manejar la plata y me buscaban para que les hablara, muchas veces querían saber mi opinión. Creo que si he podido dar consejos a la gente es porque yo aprendí lo esencial: aprendí que la gente no vale por la ropa que lleve; en la calle, si una mujer no es bonita, si no es delgada, si no tiene buenos zapatos, si no..., entonces es poco, y de eso, yo sí me liberé.

Desde el primer año de bachillerato hasta décimo obtuvo el primer lugar en el colegio donde entró a estudiar y eso le permitió conservar el derecho a una beca. Siempre sobresalió: representó a su curso en el Consejo Académico, le asignaron la organización de los Juegos Intercolegiados y fue reconocida como una excelente jugadora de voleibol. Había aprendido a jugar en Benposta. Algo semejante ocurría cada vez que se planeaban representaciones para las semanas culturales porque Claudia había hecho parte del grupo de danzas: bailaba mapalé, bambucos, cumbias, y ella estaba en todas las presentaciones.

En el colegio conoció al padre de su hijo. Con él han logrado construir una buena convivencia. Hace dos años viven juntos. Hubo un tiempo en que la relación se volvió difícil, y con el mismo tesón de siempre, ella se propuso "rescatarla" y luchó para que él aceptara que todo se podía hablar. Hoy saben dialogar, saben encontrar el momento justo para hacerlo: "Así podemos arreglar las cosas. Eso nos ha caracterizado. Hay personas —sostiene— que terminan una relación aun queriéndose, sólo porque no se han dado la oportunidad de hablar y de escuchar las cosas". También sabe que "en el amor, al orgullo hay que vencerlo". Cuando logró que ese conocimiento se volviera una regla de juego para ambos empezaron a "contar el uno con el otro para cualquier cosa". Hoy, él la acompaña a bailar, y ella al fútbol...

Ahora Claudia estudia para ser técnico en sistemas aunque su horizonte está en la psicología, pero sabe que un día, cuando tenga una mejor condición económica, entrará a una universidad y mientras se convierte en profesional, aprende a ser una buena madre del pequeño Sebastián: le ilusiona pasar el tiempo con él porque está convencida de que ésa es la manera de crear una relación de comprensión y de entrega. Y en medio de la lucha cotidiana del amor, el estudio, el trabajo y la crianza sigue defendiendo con obstinación el derecho a ser lo que es: una mujer auténtica.

…….. Este mundo lo construimos las mujeres

"Hablemos del trabajo, del amor sobre todo
donde la telaraña y el alacrán no habitan".
Miguel Hernández

Luz Elena nunca habría deseado vivir una vida distinta, aunque habite en una casa austera, desnuda de objetos de adorno, después de veinte años de trabajar por y con los niños que en los llanos o en la costa son víctimas de la violencia intrafamiliar o política, o viven en condiciones de una miseria que a veces no sólo toca lo material, sino los vínculos de afecto. Es tejedora de vida, sabe urdir el aprendizaje, formar paz, despertar visiones. Y tiene la dureza necesaria para enfrentar las condiciones críticas de un país desarticulado por la guerra, para "frentear" el miedo, hacerse cargo de cuatro hijas de una mujer —su hermana de espíritu— que murió en medio de ésta, y seguir abriendo sedes para acoger desplazados, para llevar el juego a los territorios que se disputan la guerrilla y los paramilitares, para preparar a los niños y las niñas a escribir con sus vidas una paz, a la que ella ha dedicado la suya, con la certidumbre interior de quien sabe que no tiene más alternativa que ser fiel a su propia alma.

Decir que ella es una maestra de vida en un país donde el miedo se escribe en las pizarras, en las mesas, en las calles y las plazas, no es una suposición: lo dicen los niños a quienes ella les devolvió el amor por el aprendizaje, las niñas a las que les enseñó el significado de ser mujeres, los jóvenes a los que llevó y llevará una esperanza que —tal como lo vislumbró Gonzalo Arango— tiene que ser "salvaje" entre nosotros, porque sólo las almas inamansables pueden sostenerla.

Un encuentro con el destino

Era una vez un niño que se negaba a hacer la "o". No le gustaba. Había sido posible que aprendiera cada una de las otras letras, pero ante ésa era rotundo el "No". No quería y lloraba. La profesora intentó tomar su mano y guiar el trazo del círculo y él la retiraba. Lo dejaba descansar y luego, al otro día, se ingeniaba otra táctica: lo sentaba en sus rodillas y le hablaba de todas las palabras que se escribían con la "o" —mientras todo el salón esperaba— para que le pareciera bonito hacer esa letra. No servía. De pronto, en el techo de zinc del salón vio un orificio por donde un rayo del sol se colaba proyectando un pequeño círculo de luz sobre el suelo. Tomó una tiza y en silencio se lo mostró, bordeó la figura y el niño miró hacia arriba y hacia abajo y sonrió. Entonces le entregó la tiza y lo dejó sentado en el piso. Al rato, vio la primera "o" que sus manos pintaron. Desde ese día, cada vez que en algún lugar de Benposta el sol proyectaba una figura, el niño la llamaba y se la señalaba. Aprendió a escribir incluso más rápido que sus compañeros. Esa profesora era Luz Elena. Apenas sobrepasaba los veinte años, y ya enseñaba con la paciencia que impone la ternura, bajo la urgencia de saberse responsable de la fundación de un mundo, en un terreno lejano de su tierra, en un lugar enmarañado donde había avispas y serpientes y una casa semiderruida, pero donde todo ocurría por primera vez.

Había llegado a principios de 1982, comandando un grupo de niñas a crear la sede de Benposta en las cercanías de Villavicencio. La historia de ese viaje —que definió el curso entero de su vida— se remontaba a un año atrás, por esas vías del azar que para algunos es otro nombre de Dios... Ocurrió una tarde, cuando estaba en una oficina comentando que iba a adelantar una investigación como tesis para su carrera de Comunicación Social con énfasis en el área educativa. El tema era sobre los procesos formativos en los grupos. Alguien que la oía se interesó en la conversación y le

habló de la existencia de Benposta: “un sitio donde trabajan con niños”. Ella tenía una noción vaga de ese proyecto y le pareció interesante la idea de conocerlo.

Al otro día madrugó a la sede de Benposta en Bogotá, pasó la tarde entera hablando con los niños y decidió que allí iba a centrar su estudio. Aunque su director de tesis no consideró adecuada la propuesta, Luz Elena se sintió “tocada” por el lugar. Entonces ya sabía reconocer su voz interior y no dudó en que de todas maneras debía acudir de nuevo. No sabía que estaba cumpliendo una cita con su destino de maestra y formadora, ni imaginaba cuán larga iba a ser, pero le dijo a la compañera de investigación: “Creo que igual podemos hacer algo por los pelados”, y la entusiasmó con la idea de realizar por su cuenta un trabajo con ellos. Juntas hicieron una propuesta para crear un periódico con los niños y alrededor de éste organizaron toda una serie de actividades.

Durante esas dos visitas semanales que hizo a lo largo de seis meses, se fue involucrando más allá de lo planeado. Los muchachos también se metieron de lleno en la redacción de los artículos y era como si, a medida que ella iba descubriendo que “eran geniales”, y acrecentando su interés por la propuesta pedagógica de Benposta, paralelamente ellos vieran cómo surgía una parte de su ser que hasta entonces desconocían. En eso es una maga. Tal vez no pueda precisar exactamente qué parte de sí es la que logra despertar algo dormido en el alma de los niños, pero entonces lo hizo, y luego, lo ha repetido una y otra vez, a lo largo de toda su vida.

Se incorporó con pasión a la obra que allá se cumplía con los niños. La marcó profundamente el encuentro con Esneda, una mujer que cumplía el humilde oficio de cocinera en Benposta, y que más allá de su sencilla labor tenía un papel clave por su afectividad con cada pequeño y por la claridad de su compromiso humano y social. En un par de meses Luz Elena se vio elegida como secretaria de Benposta, aunque de cierta manera ella creía que era prematuro. Que no se equivocaron en lo que entonces fue una elección casi fortuita, pues la persona nombrada nunca llegó, fue algo que constataron de un modo casi inmediato; por su parte, ella siempre tuvo claro que su camino allá, —sin importar esos reductos de poder que se forman en todas las organizaciones humanas— sería siempre un camino con corazón, un recorrido hecho desde lo más claro de sí misma.

Entonces a Benposta le propusieron asumir la responsabilidad de una nueva sede en Villavicencio, en el mismo terreno donde había funcionado “Nuestra Casa”, una especie de correccional para niños que se había vuelto tan inmanejable que la habían cerrado. Era una oportunidad de comenzar a crear el territorio de un sueño... Luz Elena se fue con Lucho, un profesor, y con Josué, el encargado de los niños, seguida de un grupo de niñas que llegaban a un mundo desconocido tomadas de su mano. Advirtió que no se quedaría más de un año, a lo sumo dos.

Empezó su tarea con la libertad y la sed de explorar de los comienzos. Las clases de ciencia eran en el monte. Las de gramática transcurrían bajo un árbol. El cielo por encima de la cabeza, y la tierra donde se sentaban, formaban una pizarra más amplia que la del salón de clase. Sobre el suelo de la cancha de voleibol los pequeños se ocupaban en hacer mesetas, volcanes y llanuras, para aprender geografía, y en los descansos se entretenían pintando piedras. Los fines de semana armaban paseos en los que ellos disfrutaban locamente y ella también, pero con la mesura necesaria para estar atenta a que no fueran a hacerse daño en toda esa correría que incluía las trochas, los caños, y los ríos de la tierra que descubrían.

Desde el principio Luz Elena comenzó a llevar un diario donde registraba los aprendizajes cotidianos, la tarea de inventariar la creación de una propuesta para ese grupo de niños y niñas a los que seguía, con infinita atención, en cada progreso o dificultad, atenta a animarlos, a descubrir cómo llevarlos de la mano hacia el amor al conocimiento, hacia el asombro por cuanto los rodeaba, hacia el cuidado de cada otro y de sí mismos.

Era la única mujer adulta de la sede, la que hacía del amor un cuidado traducido en cada hora del día, la que estaba con las niñas en las noches. De todo cuanto ha vivido después recordaría siempre esa experiencia como la más intensa de su vida: “Nunca he logrado niveles de convivencia como los que tuve allí con las niñas y los niños más pequeños”. Una convivencia que incluyó incluso a los animales: había una gallina que no aceptaba dormir en otro lugar que en la cama de ella.

Desde el instante en que había pisado el terreno enmontado y la casa derruida que iba a dar lugar a la sede de Benposta, estuvo, estaba y estaría destinada a dar y dar, a traducir el amor en esa delicadeza que obliga a cuidar sin tregua de lo que se ama. Algunas veces “cuidar” ha sido un sinónimo de protección física como esa ocasión en que estando en “La hora del cuento” los pequeños vieron una sombra y en un segundo, ahí al frente de Benposta, un grupo de hombres acribilló a otro y los disparos volaron hacia la sede, mientras los niños observaban petrificados desde la biblioteca. Otros, que estaban en el patio jugando pelota, se encontraban prácticamente en medio del tiroteo. Con toda la velocidad de sus piernas, Luz Elena llegó hasta donde ellos y les dijo: “Corran detrás de mí”, y en cuestión de minutos los llevó hacia el guayabero. Cuando vio allá a los 150 niños de la sede reunidos y sin un rasguño, exclamó: “Esto es un milagro”. Quedó sin voz de tanto gritar llamándolos. Una pequeña tuvo tiempo de coger consigo unas botellas y cuando Luz la vio abrazada a ellas, la niña le explicó que eran para defenderse, porque pensaba que había empezado la guerra. Esa noche ninguna durmió en su camarote, se acostaron debajo de las camas. Un niño que se había metido en la alberca era el más asustado porque en la pared de cemento se había incrustado un tiro...

En alguna ocasión, cerca de Benposta el Ejército hizo pruebas de bombas y los vidrios se reventaron, los pelados se pusieron nerviosos. Sentían la guerra pisándoles los talones. Una vez estaban las niñas conmigo en la biblioteca, donde teníamos unos almohadones, leyendo cuentos, y me acuerdo que Tania, una de las más pequeñas, estaba medio adormilada, y en un momento estalló una vaina de esas y ella se paró y gritó:—¡Ay! Hijueputa me mataron...—. Yo sabía que tocaba cuidar a los muchachos porque ésta era una zona muy violenta.

Pero el cuidado cubría otros dominios. Así, esas ocasiones servían para una reflexión sobre cómo debían actuar en un momento de peligro inesperado, sobre la importancia de unirse casi por instinto. Entonces hablaban de cómo había vivido cada uno la experiencia. Cualquier hecho era una página abierta para aprender algo nuevo, y también una oportunidad para conocerse entre todos y apreciar sus dones y observar sus fragilidades. A lo largo de cada hora, había un modo de asegurar el afecto y nombrar, por aquello en lo que se destacaba, a cada niño o niña.

A veces Luz Elena se iba a acampar con las niñas. Se quedaban una o dos noches y cuando oscurecía se contaban las historias de sus vidas, lo que más les había dolido y lo que más las había llenado de alegría, o cómo eran sus mundos familiares y a partir de ese ejercicio se iban reconciliando con su pasado, iban aprendiendo a verse y a reconocer lo que eran o deseaban llegar a ser. A todas les enseñó a amar su ser de mujeres y talló dentro de ellas una fuerte imagen de lo femenino ligada a la valentía de defender la integridad de la vida para cada ser humano.

En las noches, a veces se le atragantaba la angustia de no planear lo suficiente, como si no se diera cuenta de que estaba inventándose cada día una vida para todos; la ocupaba la necesidad de encontrar puentes para llegar a tocar el corazón de los niños más difíciles y de ser lo suficientemente sabia para orientarlos. Los organizó por colores de acuerdo con sus avances en cada materia, para recordar que los ritmos de aprendizaje eran distintos. El tiempo era siempre un elemento difícil y a menudo sentía que la sobrepasaba, que se oponía a su deseo de abarcar infinitas tareas. Debía leer a Piaget, escribir una cartilla, desmenuzar una metodología extraída de los aprendizajes de cada día,

inventar cuentos para enseñar, repasar sus fallas para superarlas, preguntarse si estaba cumpliendo plenamente con el trabajo de animación, seguir guías de clase, armar campeonatos, jugar baloncesto, planear excursiones y paseos, analizar noticias con ellos, escuchar, siempre escuchar, y, en el fondo, ser una madre de un tamaño gigantesco con cien pares de brazos y un pecho capaz de abrigar a docenas de niños, dispuesta a amar a cada uno de esa forma única que sólo es posible cuando se aprende a leer en cada alma su escritura más íntima, para que cada quien llegue a ser justamente lo que es...

Al desafío de la invención de un modelo pedagógico, se sumó el de asumir las condiciones críticas del contexto político de la región. La sede comenzó a abrirse a los niños que provenían de las zonas de conflicto y se convirtió en un refugio de los que, por distintas razones, eran víctimas de la guerra. Hubo una época en que los pobladores de la vereda[42] de La Esperanza enviaban a sus hijos para que la guerrilla no los cogiera cuando llegaban a los 13 o 14 años. En algún momento se concentró un número altísimo de muchachos de la región y por ese entonces ya Luz Elena entendía la razón por la cual los mandaban. Decidió hacer una relación directa con la vereda, y un diciembre se fue para allá con un grupo de quince jóvenes de Benposta.

Se quedó una semana conviviendo con la gente de la Esperanza y yendo a las fincas de donde venían los muchachos. Vio la situación que vivían las familias, presionadas por los grupos paramilitares que los tildaban de ser guerrilleros. *Fueron siete días tenaces, con una tensión que se agudizaba en las noches —que era cuando los grupos armados incursionaban—. Tuvimos que tomar una cantidad de medidas estrictísimas para podernos quedar ahí. Empezaron a averiguar qué personas éramos. En medio de la situación nos integramos con un grupo de niños, y organizamos la Navidad de la vereda. Entre todos hicimos los pesebres.*

Fue un modo de afirmar la necesidad de celebrar lo que tenían en común, de acercarse para hacerlo, aun en medio de la desconfianza que pone en duda las alianzas, y que no entiende la solidaridad como un acto ajeno a la influencia de las ideologías. La noche de ese diciembre en que hombres y mujeres, niños, niñas y ancianos se olvidaron del acoso de la guerra para rezar juntos como si recordaran la infancia de la tierra fue uno de esos acontecimientos que Luz Elena propició entonces y que ha creado innumerables veces, casi a ciegas, como guiada por un instinto que le permite el rescate de lo más simple y esencial: de lo humano que está más allá de cualquier rótulo político, y se llama presencia, se llama estar ahí, en el lugar y el tiempo exacto, para compartir el presente pleno con los otros y las otras, en una ligazón que nos hace olvidar lo que nos separa. Algo así fue lo que hizo esa Navidad en La Esperanza, que para algunos niños de la vereda fue tan especial que les despertó el deseo de vivir en la comunidad que ella dirigía.

La verdad es que esa estadía en la vereda fue una experiencia muy bonita, muy sabrosa y todo, pero ahí me di cuenta de la realidad de la que ellos venían. Eran muchachos que tenían una marca especial, y algunos de sus padres eran militantes de la U.P. Luego empezamos a crear como un apoyo de voluntarios para esa zona, porque esos jóvenes vivían ahí entre dos fuegos, mientras sus padres eran perseguidos.[43] Muchos se metieron a la guerrilla. Niños. A Benposta llegaban sobre todo de lugares de conflicto, de zonas rojas como Vista Hermosa, Piñalito, o del Ariari. Los mandaban porque tenían miedo. En algunos casos, los padres estaban vinculados a esa lucha,[44] pero no querían que sus hijos se metieran en eso mismo. El trabajo no sólo era de protección, sino de mostrarles otro horizonte, pues no faltaban los adolescentes que "querían estar era como en acción". La constante era que muchos llegaban a la sede porque alejarlos de su casa era la única alternativa

[42] Agrupación de pobladores en las afueras de los municipios.
[43] La historia de Rosa refleja parte de esta situación en el relato de su infancia.
[44] Una vinculación que no necesariamente implicaba la lucha armada, sino la militancia política.

que sus padres tenían para evitar que la guerrilla se los llevara. Benposta representaba "un lugar de salvación".

En los últimos años que yo estuve allá mataron mucha gente de la U.P., y algunos eran familiares de los niños nuestros. Yo participé en las marchas de protesta, y a veces iba con los muchachos parientes o amigos que querían ir, pero era algo que hacía a título personal. Recuerdo que un Día Internacional de la Mujer se hizo un acto en el parque abierto y yo estaba en el grupo de invitados porque María Mercedes[45] me había invitado. Me senté al lado del tío de una niña que estaba en Benposta, y que venía de Vista Hermosa, una de las zonas más conflictivas. Estuvimos hablando todo el rato, porque varias veces antes había visitado la sede e incluso quería asesorarnos para que la Alcaldía nos reconociera la propiedad del terreno, pues hasta entonces no nos lo habían escriturado. Él nos estaba ayudando porque era concejal. En algún momento de la conversación me dijo: "¿Si ves esos dos tipos que están parados mirando para acá?". Yo le respondí que sí, que eran como raros. "Sí, andan por ahí cerca hace días", me dijo como nervioso, pero yo no entendí bien a qué se refería.

Al día siguiente lo mataron en la calle y la sensación que tuve fue algo tenaz. Es que a esa niña ya le habían asesinado los papás, después tenía un tutor y también lo habían matado, y ahora, acababan con el tío que era responsable de ella... Era una cadena de solo muerte. Además, yo no olvidaba que al dejarla en Benposta, la tía que la llevó me dijo:
—No, ¡eso es lo peor del mundo!. Usted viera, esa niña es un diablo. Yo de ella no me hago cargo.— Y yo la acepté, esperando lo peor. Resultó ser una ternura de niña. Llegó a parecerse mucho a mí, porque me imitaba en todo. Era alta y acuerpada como yo y la gente decía que era copia mía. Y cuando yo salí para Montería, me decían que aquí quedaba ella. Dio mucho de sí.

La opción de acoger a los niños y las niñas de la guerra, desembocó en situaciones que hicieron sentir a Luz Elena el deseo de huir y dejar todo atrás. A la presión de su familia, que no entendía que hubiera ido "a enterrarse en una institución de gamines", donde les parecía que se estaba desvalorizando como profesional, se sumó un obstáculo más difícil de sortear: en alguna época acusaron a la comunidad de ser formadora de guerrilleros, por la sensibilidad y el compromiso social que hacen parte de los principios de Benposta, porque allá se acogía a los niños que venían de las zonas "rojas".

Desvirtuar este tipo de imagen fue un trabajo largo y un inconveniente que retrasó el fortalecimiento de las relaciones con otras entidades. Cuando la gestión para la aprobación de la escuela de Benposta se había adelantado y ya contaban con una licencia legal, una persona, bajo la cual estaba su jurisdicción, se dispuso a torpedear su funcionamiento y a atacarla con ese tipo de acusaciones. La ocasión era el momento en que la Secretaría de Educación hiciera la supervisión.

Por fortuna en esa época el secretario de Educación del departamento del Meta, era "una de esa gente que uno encuentra en la vida, que es capaz de creer, de un modo abierto y sin prejuicio en la bondad y en el alcance de un programa y de defenderlo". Se tomó el trabajo de conocer de cerca la sede y no sólo autorizó la continuidad de su funcionamiento, sino que —convencido del carisma de Luz Elena— le propuso que se hiciera cargo de coordinar un programa educativo en la Sierra de la Macarena. Le insistió en que aquí manejaba apenas unas decenas de niños y allá estaría a cargo de centenares y que también en esa zona se necesitaba ese tipo de ayuda. Ella lo pensó, lo pensó y lo "repensó", y al final se quedó en Benposta, porque su compromiso ya estaba aquí.

[45] Una líder de la Unión Patriótica. Su relación con ella se explica más adelante.

Si ella resistió fue por la armadura del amor con que la cubrían los seres que la rodeaban: las niñas y los niños, el grupo de mujeres al que por esa época se fue acercando, María Mercedes, una líder que se convirtió en su hermana de alma, y Roberto, un profesor que llegó a Benposta a enseñar y a quien la unió —desde entonces y hasta ahora— la convicción de un horizonte de visión compartido.

El día en que al fin Luz Elena salió de Villavicencio, después de un ciclo de siete años, repasó cada uno de los recuerdos del tiempo que dejaba atrás. La memoria de todo cuanto había logrado en la comunidad se convertiría para ella en una fuente de fortaleza para seguir adelante en cada lugar a donde llegara. En el sueño largamente abrigado de fundar otra sede de Benposta en las fronteras de Córdoba, la acompañaría también el sentimiento de la hermandad de las mujeres que en ese tiempo había comenzado a tejer.

La hermandad de las mujeres

Cuando Luz Elena empezó a recibir las niñas en Villavicencio se propuso buscar pequeñas "que de verdad necesitaran el proyecto"; en su recorrido por aquellos barrios donde las condiciones de supervivencia eran más duras, alguien le habló de Las Américas, y le indicó que allá vivía una líder, una mujer que era muy solidaria y que seguramente sabía casos de niñas urgidas de recurrir a la protección de Benposta. Así conoció a María Mercedes.

Ella signó su vida. A través suyo descubrió el significado de la alegría esgrimida como arma en medio de la oscuridad del miedo, vio la dimensión de un compromiso político vivido de cara a la muerte y llegó a hacerse madre de cuatro hijas que no eran suyas. Ellas fueron, en sentido estricto, las primeras desplazadas que llegaron a Benposta.

En ese tiempo María Mercedes estaba embarazada, ya cercana a los días de dar a luz. La gente le sugirió que hablara con ella. Luz Elena recuerda que la recibió con esa sonrisa que nunca —ni en la antesala de la muerte— se desdibujó de su rostro. "Era dueña de una alegría que casi avasallaba. Tenía una sonrisa para todo mundo, una palabra cariñosa. Yo nunca la vi de mal genio." Después del encuentro, ella le prometió mandarle las niñas que estuvieran en las situaciones más difíciles. Fue así como llegó a la sede, Olga[46], una pequeña que después iba a hacer parte del grupo de las muchachas que se irían con ella a Montería. Luego, en la región del Ariari, María Mercedes extendió la noticia de la existencia de Benposta entre las familias que vivían condiciones críticas y éstas comenzaron a enviar sus hijos allá.

Por ese entonces María Mercedes trabajaba como auditora en la Alcaldía de El Castillo. En medio de la vinculación de las niñas, se fue acercando a Luz Elena y juntas crearon una amistad de almas construida sobre esa suerte de apuesta por la vida que cada una vivía, de un modo distinto, pero con el mismo coraje e integridad. Hicieron un trío de mujeres: eran ellas dos y María Inés, la madre de un periodista que después moriría asesinado.

Cuando yo conocí a María Mercedes ella era una mujer de paz, partidaria del desarme, y la guerrilla la fregaba por eso y los paramilitares la perseguían porque pertenecía a la izquierda. Había sido religiosa y dejó la vocación porque se enamoró. Luego se fue a Yopal a trabajar como maestra, y ella y su compañero entraron a la Unión Patriótica. Se hicieron líderes políticos.

El día en que la conoció no se le ocurrió pensar que se asemejaban. Fue después cuando se dio cuenta. Aunque María Mercedes era del Huila y Luz Elena de Córdoba, dos regiones con una idiosincrasia completamente distinta, llegaron a tener tanta empatía que les decían que se parecían mucho físicamente: *éramos idénticas en la altura y en el corte. Yo iba caminando y a veces me*

[46] Su historia de vida aparece en el libro bajo el título: "Aquí se celebra una manera de vivir".

decían "alcaldesa"; ella vivía siempre como nerviosa temiendo que a mí me hicieran algo, pensando que era ella... De la segunda de sus niñas todo el mundo dice que es hija mía. Se parece muchísimo a mí.

María Mercedes tenía 39 años y era muy consciente de que estaba en peligro. Vivía amenazada, en una permanente situación de inseguridad. Una noche estábamos en Villavicencio en una cafetería tomando tinto. De pronto, pasó una camioneta por el frente y ella se puso muy nerviosa y me dijo: "Esos que van ahí, me están buscando para matarme". Todavía no era alcaldesa. Fue una etapa en la que ya no vivía con el padre de las niñas y económicamente estaba muy mal; no tenía forma de sostenerse. Entonces comenzó a dejarlas por períodos en Benposta y cuando podía volvía y se las llevaba. Ella venía de noche a ver las niñas, a las carreras, y cada vez que se iba, quedaban vueltas nada.

Recuerdo que yo le dije que dejara toda la actividad política, pero ella era una mujer de mucho carisma y la gente la quería. Una vez estábamos en una reunión con ella y María Inés, cuando llegó una comitiva de El Castillo en un bus a pedirle que se lanzara para alcaldesa de allá. No pudo negarse. Era la segunda vez que asumía el cargo porque antes había habido un alcalde de la U.P. y a ella la nombraron en reemplazo suyo. Fue en ese período de gobierno cuando la gente le cobró aprecio y apenas vinieron las elecciones le pidieron que se postulara. María Mercedes vivía un dilema entre el compromiso con la gente y su papel de madre de cuatro niñas que entonces tenían tres, cinco, seis y siete años.

Las dejó de forma permanente en Benposta cuando la nombraron en la Alcaldía de El Castillo. Ya no era por la falta de medios, sino por el temor de que les pasara algo, si intentaban matarla. De cierta manera, yo acepté cuidar a las niñas para que ella pudiera cumplir su compromiso social. Claro que tuvo momentos muy críticos, pues vivía angustiada por el tiempo que les robaba a ellas...

Yo no estaba afiliada al grupo de mujeres de la U.P. que ella dirigía, pero era solidaria con los niños de esas mujeres que fueron las primeras desplazadas cuando en los Llanos se desató el exterminio masivo contra esa corriente política de izquierda.

Luz Elena se comprometió en un tácito pacto de afecto, de solidaridad con ellas, con su condición de viudas, porque la mayoría lo eran, y recibió los hijos e hijas de las madres que no podían sostenerlos. Ya antes, en una época en la que visitó la sede de Benposta en Managua, había trabajado con un grupo de madres de muchachos que cayeron en la revolución. De ellas recordaba que eran mujeres de mediana edad, muy fuertes, y que leían los poemas de Gioconda Belli.

Esta parte de sí misma era una tejedura fuerte de su propia alma que la comprometía con el ser de las mujeres, con los dolores y las luchas que cumplían en medio de la guerra, especialmente cuando estaban solas, cuando enfrentaban el cuidado de los hijos y sustentaban el mundo entre ellas aprendiendo nuevas maneras de supervivencia. Así vivió la experiencia de crear un "Día del Afecto" entre las madres y reunirse para escuchar mutuamente los caminos recorridos y darse soporte entre sí.

En todo caso, Luz Elena le hizo prometer a María Mercedes que al día siguiente después de entregar el cargo, iría por las niñas. Fue por esa época en que la idea de crear una comunidad en Montería se volvió una determinación inaplazable, una afirmación que cumplió en medio de una rabia sorda contra la muerte que cundía en su propia tierra. Se trajo consigo a las dos niñas mayores. Llevarlas fue parte de un compromiso personal, independiente del que tenía con Benposta. Las dos hijas pequeñas se quedaron un tiempo en la casa de unos amigos de María Mercedes, donde estaban protegidas de las amenazas que se multiplicaban.

Cuando Luz Elena se casó —en una ceremonia a la que asistió toda la comunidad de Benposta, Villavicencio— se fue a visitarla a El Castillo con Roberto, su esposo, que tenía mucho miedo de ir. Les aterraba lo desprevenida que ella era: la vieron dormir con la puerta abierta y andar por el pueblo muy tranquila, diciendo que era el último sitio donde a ella le harían algo. Se reía del guardaespaldas que le habían asignado, que era un policía. Tenía el chaleco antibalas mohoseado y colgado ahí, en la pared, y cuando le preguntaban por qué no lo usaba, decía que igual le apuntarían a la cabeza. Cercada por la muerte, todavía era capaz de escribir poemas al amor y cumplir con sus rituales del río Ariari. Estaba enamorada de él. Una vez Luz Elena la vio meterse hasta la rodilla en sus aguas y la oyó cantarle. Lo reverenciaba con el respeto que inspiran las cosas fuertes y sagradas.

Su período de gobierno finalizó dos años después, un primero de julio. Seis meses atrás había reunido con ella a las cuatro niñas, y luego viajó para dejar a las dos grandes con Luz Elena. Llegó vestida de blanco, tan entusiasta como siempre. El 3 de julio, antes de que pudiera cumplir su promesa de regresar definitivamente por ellas, una ráfaga de ametralladora le destrozó el pecho. “María Mercedes no le tenía miedo a la muerte y había preparado a las niñas por si eso llegaba a ocurrir, aunque le angustiaba dejarlas solas. Les decía que la podían matar y que si eso pasaba nunca se fueran a desprender de mí”. Luz Elena le advertía que no se le ocurriera hacer eso de morirse y dejarla a cargo de ellas...

El día de su asesinato, Luz Elena tenía tres meses de embarazo y esa noche estaba reunida en familia con las dos niñas de ella. Veían las noticias. La llamaron a decirle que había habido un atentado y que parecía que ella estaba muerta. No lo creyó. No se imaginaba tanta vitalidad segada. De alguna manera, aunque conocía el peligro en que vivía, sentía que había algo en ella invulnerable, quizá “porque amaba tanto la vida”, y no le parecía fácil detener esa inmensa fuerza de la que ella se nutría y emanaba. Cuando confirmaron su muerte sintió un vacío y una extraña serenidad. Llamó a las niñas que ya tenían once y nueve años y les dijo que la mamá había tenido un accidente. “Mi mamita, mi mamita”, empezaron a gritar. Las llevó a Villavicencio para que el papá les dijera que su madre estaba muerta. Ella no se sintió capaz y Roberto tampoco había podido decirles nada porque se le atragantaban las lágrimas cuando iba a hablarles.

En el entierro estaban los cinco ataúdes de las personas que asesinaron con ella para acallar su voz. Había 14 niños huérfanos llorando. Luz Elena comenzó a luchar entre la decisión de verla o no verla. “Me arrepentí después de mirarla, porque yo tenía la imagen de ella, de su risa y ahora parecía otra, una mujer vieja, muy vieja”. Después del entierro, el padre de las niñas quiso que se quedaran con él, pero ellas se resistían. Aunque también era un líder de la U.P., presidente de la Asamblea del Meta, después de la muerte de su compañera, decía que ya les habían matado a la mamá y que era imposible que siguieran con él... No aceptó el ofrecimiento que le hicieron de que saliera del país con las niñas. Ellas sí temían que le pasara algo y se dispusieron al fin a irse a vivir con él, pero una de ellas quería esperar al día en que naciera el bebé de Luz Elena. No podía irse sin conocerlo... La fecha de la partida nunca llegó, pues a él lo asesinaron cuando el primer hijo de Luz Elena cumplía cinco días de nacido. Otra vez se repitió la misma escena del teléfono, sólo que ahora, ellas ya no querían ir al entierro. Les daba miedo y decían: “Ya mataron a mi mamita y a mi papito y ahora van a venir por nosotras”.

Mucho después, un día estábamos viendo televisión y mostraron que habían cogido a "Rasguño". Una de las niñas dijo: “Ese fue el que mató a mi mamita”; nosotros hemos trabajado mucho para que no tengan odio ni resentimiento. Me acuerdo que una vez le dije a la mayor: ”Yo no sé cuál de ustedes es la que va a sacar la fuerza de María Mercedes”, y me contestó: “¿Para qué quiere que yo saque eso, ¿para que me maten? Porque a ella la mataron por ser así como era. Yo no me quiero morir joven”. Durante un tiempo, las niñas recibieron el apoyo de AVRE, una entidad que trabaja en

la recuperación de las víctimas de la violencia. La presencia del bebé de Luz Elena y luego de la niña que tuvo fue vital para ellas, así como el hecho de estar juntas, y el soporte que les ha dado Roberto: “Mi hija tiene tres años y se adoran. A mí ellas me dicen Luz, y a él, papi”.

En algún momento, el excesivo celo de ella por el compromiso comunitario fue difícil para Roberto, su compañero de vida, no obstante que él compartió la experiencia de Villavicencio, estuvo al frente de los muchachos que se fueron a la Guajira y seguramente, se enamoró de Luz Elena por su capacidad de luchar como una impecable guerrera por otro horizonte para las niñas y los niños de un país desangrado por el miedo, la violencia y la pobreza. “Tú sólo piensas en Benposta”, llegó a decirle y ella: “Yo nunca te mentí sobre eso”. De todas formas, sólo un hombre con un horizonte espiritual amplio habría podido acoger en su mundo familiar a cuatro mujercitas, hijas de la mejor amiga de su compañera. Y en él, a veces ellas encuentran la comprensión que a Luz Elena —acostumbrada a una fortaleza interior sin tregua y a exigirse a sí misma sin concesiones— no siempre le resulta fácil.

Cuando quedaron huérfanas, algunos parientes pensaron repartirlas entre los miembros de la familia, pero el día en que les preguntaron en el juzgado con quién querían vivir, todas dijeron que con Luz Elena. Era el deseo de María Mercedes: que permanecieran con ella y unidas. Hoy, el único cuadro que hay en la sala de la casa de Luz Elena y Roberto, su hijo y sus cinco hijas, es una foto de María Mercedes y José Rodrigo...

Linda Carol, Hada Luz, Jenny Paola y Tania Marinela guardan celosamente un cuaderno escolar escrito en letra apretada, un legajo de poemas, y un puñado de cartas. El cuaderno es para ellas la memoria de una historia que de pequeñas nunca les contaron y que sólo a través de las letras silenciosas pueden recuperar: el relato del amor y de la vida que construyeron su padre y su madre, escrito por él. Este hombre, que fue maestro de obra y a lo largo de los años se formó como autodidacta, llegó a pintar el convento donde María Mercedes vivía con hábitos de religiosa y se enamoró de su alegría, de su fuerza interior, sin que en esos meses encontrara otra lengua distinta para decirlo que las notas de la guitarra que ella le enseñaba a tocar, y él repetía, con una felicidad que se parecía a la música, pero que obedecía al inaudible sonido de otra embriaguez.

Así, se fue del convento sin hablarle de amor hasta cuando en la distancia la ausencia se volvió algo tan intenso y creciente para ambos, que lo confesaron en cartas y decidieron irse juntos a un pueblo lejano de los Llanos, donde primero ella comenzó a trabajar como maestra y juntos se comprometieron hasta tal punto con las gentes de sus pueblos que se hicieron hombre y mujer compañeros en la lucha contra la injusticia y por ella sacrificaron todo como dirigentes de la U.P. Quisieron transitar al fin un sendero sin sangre y terminaron bañados en ella...

Del instante en que ella juró sobre el río Ariari que daría su vida para la paz, tienen las niñas el recuerdo, escrito por su madre, de su puño y letra —expandida, generosa como ella—: un poema que leen una y otra vez, para no olvidar que vienen de un alma grande y que ni la hora en que asistieron a su entierro con otros diez niños y niñas huérfanos; ni tampoco el día en que asesinaron a su padre, que cayó seis meses después rodeado de personas que no conocía; cambiarán su deseo de ese país más humano por el que ambos murieron.

“Ariari capricho y son/ Ariari rito de amor/ Cuando coqueto y ufano/ Te alejas inexorable/ Me sumerjo en tu misterio/ Y pienso que es muy probable/ Que en tu raudo recorrer/ Se alejen ya misteriosos males./ Que la mano que accionó/ La granada y el gatillo/ Sólo quiera en adelante/ Ser portadora de vida/ Que por fin la mano amiga/ Sea toda mano que viva./ Ariari capricho y son/ Ariari rito de amor”, dice una estrofa del poema que es el testamento de esta mujer...

Hay una carta, garrapateada a mano sobre una pequeña hoja, que él le escribió a ella cuando ya sus caminos se habían separado y que las cuatro niñas leen con un dolor que se mezcla con un sentimiento altivo. “Te amé de tantas maneras”, dice, y en una sola cuartilla escribe la vida entera que los unió: la del encuentro imposible, la del que obcecadamente hicieron posible, la de sus luchas por los otros, la de los días que contenía una casa habitada por cuatro pequeñas, la de una unión que estuvo más allá del mismo adiós de la muerte... Y cada vez que la leen, sencillamente comprenden que fueron hijas del amor.

Así, Luz Elena llegó a tener un hijo, Sergio Camilo, y cinco hijas mujeres —ellas cuatro y Ana Caribe, la suya— en su casa, y luego abrigaría en Córdoba más de mil niños, niñas y jóvenes: 500 en Tierra Alta, 450 en Montería, y 250 en otra de las sedes de la ciudad, sin contar los que empiezan a reunirse y a formarse desde 1999 en otros puntos de su departamento. “Uno se apega a todos”, dice; ella, que se creía valiente cuando llegó a reunir y a ser la coordinadora de cincuenta niñas en Villavicencio...

En contacto con el origen

De regreso a Montería, Luz Elena volvió a las tierras de su infancia para asentarse en ellas definitivamente. Trasladó el frente de batalla de sus sueños obedeciendo un llamado de la sangre —la conexión que se siente con el lugar donde se nace—, y del espíritu, porque la determinación sin reverso posible de irse allá a fundar una sede, la tomó el día en que supo que habían asesinado en su pueblo a un hombre que luchaba con todo el ser por sus habitantes, aunque venía de otra tierra. Al regresar repasó su propia vida y entendió por qué el plazo de dos años que se había dado para estar en Benposta, se le había extendido a siete; pero entonces ya no le habría importado saber que pasaría otros diez en Montería, fundando un mundo de esperanza para los niños de la región, aunque sólo al cabo de esa década podría crear la sede de Tierra Alta, pues que para ese momento ya estaría dispuesta a durar la vida entera extendiendo su sueño. Entonces, paradójicamente, tendría ya la tranquilidad de saber, que con ella o sin ella, continuaría creciendo lo creado.

Mi abuelo se llamaba Antonio María Negrete. Recuerdo que él decía que yo era distinta del resto de sus nietas, porque cuando llegaba a la finca me iba a descubrir toda la tierra, montando a caballo, corriendo de aquí para allá. Mis tías me criticaban siempre por eso, me regañaban porque parecía un macho, y él me defendía, decía que no, que él sabía que de todos, yo era la que iba a llegar más lejos.

Y eso era como una contradicción porque él era un patriarca y no permitía que las niñas llegáramos a la finca de pantalón corto, y cuando él se iba a trabajar al monte nosotras nos los poníamos y apenas veíamos que volvía corríamos a cambiarnos y nos vestíamos con los largos. Conmigo era muy especial, me aceptaba como era y le gustaba contarme cuentos de su vida, de su juventud, de cómo había venido al Alto Sinú, cuando llegó a poblarlo como colono aventurándose desde las tierras del Bajo Sinú, donde había nacido.

Él llegó sin nada, pero fue un hombre que trabajó durísimo, y en cierta medida solo, porque tuvo seis hijas, y entonces no tenía un hijo varón que lo apoyara. Luego le nació un niño, pero mucho después, y como era con otra señora ella era quien lo tenía. De sus hijas, mi mamá fue la que más lo secundó en las tareas del campo. Él trabajó y trabajó y trabajó duramente; me hablaba de la abundancia que había antes en estas tierras. Decía que al principio salía al monte y ¡pum! traía pescado, traía un pato para su familia, traía otros animales y montones de frutas, y que cada vez llegaba con lo que se necesitaba para comer. Por eso pensaba que el mundo iba mal porque ahora había escasez, mientras en su tiempo nadie padecía por hambre en el campo. Me echaba muchísimos cuentos de esos de antes, del diablo, del zorro, y yo pasaba horas escuchándolo. Siempre lo hice. La noche anterior a su muerte yo estuve con él en la clínica y tal vez presintiendo

que se iba a morir pasó como dos horas contándome el último cuento, contándome y contándome.

Todo me lo explicaba en dichos; así hablaba. Me decía, por ejemplo: "Hombre no deja mujer, la mujer es la que deja al hombre", para hablarme de la relación de pareja, o: "Vaca parida no come lejos, está cerca de la cría", y era su modo de darme una enseñanza sobre la maternidad y el afecto por los hijos. Él alcanzó a conocer a los dos míos.

Esa noche se reía mucho, me decía: "Fíjate, vino una enfermera bien joven a atenderme y yo empecé a cortejarla, a echarle cuentos y ella me paró bolas". Tenía 93 años y había vivido cada segundo de su vida. De él aprendí el sentido de lo social porque yo veía lo que él había hecho: logró tener mucha tierra, mucha plata, cierto, porque la trabajó de sol a sol y él me contaba lo que luchó y como tenía que irse así, de una finca a otra, a veces con el agua a las rodillas, otras aguardando a que bajara cuando se desbordaba el río. Él tuvo una dolencia en las piernas y al final no podía caminar. Me decía que le había dado por todas las veces en que estaba acalorado y debía pasar charcos y quebradas, para ir abriendo trocha. Así que se había ganado lo que tenía, pero por encima de todo era un hombre muy justo con sus trabajadores. Tanto que aun siendo un terrateniente, con mucha tierra y dinero, una presa para la guerrilla, nunca se atrevieron a hacerle nada.

Hasta cuando yo tenía diez años en Tierra Alta nosotros vivíamos bajo el dominio de la guerrilla y sus hombres eran los que mandaban en mi pueblo, los que imponían todo y siempre estábamos con el temor de que se metieran con mi abuelo. Pero nunca le mandaron una boleta, ni lo amenazaron, ni lo asediaron porque los trabajadores lo querían. Él los trataba bien, los cuidaba, hacía obras en las veredas y en los sitios que quedaban cerca de la finca, mandó construir la escuela y pagaba la profesora. Tenía un cultivo grandísimo de plátano y la producción que quedaba después de las ventas se la entregaba a la gente. Yo me acuerdo de cuando las mujeres y los hombres iban a recoger los racimos y él los repartía. Ésa era su imagen para mí.

Lo veo, con su inmensa estatura, y su cabello blanco, completamente blanco, cuando los domingos bajaba al pueblo, y llegaba a cada una de las casas de sus seis hijas y de otra gente a dejar una panela, de las que hacía en el trapiche de la finca. Para mí, lo más alegre era salir el fin de semana y saber que iba a estar con él. Me iba detrás suyo cuando tenía que ir a mirar una vaca, o a hacer cualquier trabajo, y él siempre hablaba y era incansable, era bla, bla, bla. Un mes antes de que él muriera, uno de mis hermanos dijo: "Vamos a organizar un regreso", porque él ya le había repartido todo a las hijas, y lo llevamos de paseo a las tierras que habían sido suyas y él iba, reconociendo y recordando. Se bajaba, miraba, y estaba feliz. Luego lo llevamos a la finca de mi mamá y allá le colgamos un chinchorro, él se acostó ahí y comenzó a contar cuentos. "Oye, Luz", me decía, y luego empezaba: "En mi tierra..."

Yo heredé de él la justicia porque lo vi actuando con los demás, vi como era de equitativo. En el pueblo había un señor que antes trabajaba con mi abuelo y luego llegó a tener mucho dinero, pero maltrataba a la gente. La guerrilla lo perseguía, le mandaban decir que lo querían coger, "para pelarlo como a un marrano", así le decían. Bueno, era un tipo muy injusto. Mi abuelo me contaba que un día se lo encontró en la Caja Agraria y le dijo: —Ah!, Gilberto, ya he escuchado como eres tú con tus trabajadores, ¿No te acuerdas como te traté yo, cuando trabajabas conmigo? ¿Tú no sabes cómo se trata a la gente? Acuérdate que de lo que uno siembra, de eso mismo recoge...

De mi madre también aprendí la justicia y el servicio. Por la época en que nos vinimos a vivir a una casa en un lugar muy alejado del centro del pueblo, estábamos rodeados de mucha gente con carencias y enfermedades, y sin importar que fuera de noche, o de madrugada, golpeaban a la puerta: —Doña Lucy, ¡ayúdeme que por las lombrices el niño me está convulsionando!—. Entonces mi mamá se levantaba, cogía un remedio y lo asistía. Y cuando alguien iba a pedirle comida ella no

tenía reparo en dar su aporte. Para toda la gente de por ahí cerca, ella era como una líder, y le consultaban cosas. Acudían a mi mamá no sólo cuando tenían necesidades, sino a pedirle consejo en los problemas. Yo vivía esa experiencia cada día.

La lección más importante que en ese sentido recibí de ella tuvo lugar más tarde, cuando ya vivía en Bogotá. Ella supo que mi papá —que siempre fue muy correcto y dedicado— había tenido un hijo por fuera de matrimonio con una campesina y que el niño estaba en malas condiciones. Entonces me pidió que la acompañara para traerlo a la casa porque era hermano nuestro. Me acuerdo que, de pequeñito, cuando ella se salía en la mañana para la finca, él se sentaba frente a una ventana mirando la calle por donde ella se iba y ahí comía, ahí se quedaba quietecito hasta que ella volvía. Ella lo amó de verdad, lo registró y bautizó como hijo suyo. Después, como ya todos salimos de la casa, él se volvió también la adoración de mi papá.

La promesa

Yo tenía ya la idea de fundar una Benposta aquí en Córdoba; cada vez que venía de vacaciones me daba cuenta de la situación tan dura que se vivía en Tierra Alta y cuando regresaba y planteaba la propuesta me decían que todavía tenía mucho que hacer en Villavicencio. A mí me daba miedo que pasara demasiado tiempo, que más tarde ya no hubiera nada qué hacer.

Entre uno y otro viaje supe del padre Sergio Restrepo Jaramillo, que había venido de Antioquia, y estaba haciendo mucho de lo que yo habría soñado hacer. Oía de sus obras y mi mamá me hablaba incansablemente de él, tanto que en una de esas visitas fui a conocerlo. Me bastó hablar una vez con él para saber qué clase de hombre y de sacerdote era. En esa ocasión, le mostré un video de Benposta y le conté que quería abrir una sede en Córdoba, venir a ayudar porque yo era de aquí.

—Listo, vente, yo te apoyo; vamos hacer algo por la niñez de este pueblo que sufre mucho. Con la parroquia y conmigo puedes contar para lo que sea. ¿cierto?, me dijo con su tono paisa.

Después yo escuchaba lo que él hacía, su entrega incondicional. Él fue siempre muy especial con los coteros, que son los que levantan bultos en los almacenes, y descargan los camiones en la plaza de mercado. Los organizó y ellos todavía recuerdan un hecho sencillo, simple, de su vida: que un día salió y se encontró con un cotero que estaba descalzo y se había cortado el pie y le preguntó que por qué estaba así; entonces el cotero le dijo que era por andar sin zapatos y él, que tenía unas botas de esas finas de cuero, se las quitó, y le dijo: "Mídaselas a ver si le sirven" y el chico se las puso y le quedaron bien. Entonces fue hasta el almacén más cercano así descalzo y se compró unos zapatos. También estaba con los Emberá-Katíos, con la gente que de verdad lo necesitaba. Él se iba con ellos, arriba, al Alto Sinú y se perdía días, para convivir con su comunidad. Entonces a él le decían que se reunía era con la guerrilla y que inventaba la historia de que acompañaba a los indígenas.

La cuestión es que en la iglesia hay un mural que han cambiado varias veces. Cuando el Padre llegó acababan de matar a Betancur, otro sacerdote que se había retirado y que tenía un discurso revolucionario. En todo caso, cuando él mandó a hacer el mural, en una parte quedó pintada la imagen de unos soldados apaleando al padre Betancur. Por eso lo acusaron de andar con la guerrilla, de hablar más de la cuenta —su predicación era muy aterrizada en la realidad del pueblo— y lo sentenciaron.

Entonces se juntaron muchas cosas y le pasó lo que a Jesús: él tenía una cantidad de gente detrás de él, al lado de él y con él. Arrastraba. Y yo digo que lo mataron, pero que en este pueblo, él está vivo porque cada año, e incluso hoy, diez años después de su muerte, se conmemora esa fecha. Cuando él cumplió tres años de muerto hubo una procesión con todas las personas que tenían un

familiar asesinado, que habían perdido un hijo o un hermano en la violencia, y acudieron, con una vela en la mano y vestidos de blanco, de morado, de negro. Todas, de luto, iban marchando con las velas encendidas. Fue un momento de esos que no se pueden contar, que no se comprenden si no se han vivido. Cuando mi mamá habla de él enseguida se pone a llorar, y empieza a recordar su sencillez, su amor por los niños y la gente. El tenía cincuenta y un años.

"A Sergio lo asesinaron el primero de junio del 89. La noticia me causó una profunda depresión —anotaba Luz Elena en su diario—. Entonces explotó en mí el proyecto de Benposta en Córdoba y viajé a mi pueblo, como era mi costumbre, a mitad de año, y allí viví toda la tristeza y desaliento que produjo su muerte en la gente. Regresé después de haber prometido ante la cruz que habría una Benposta allí".

La llevó, pero entonces no a Tierra Alta, donde las condiciones no lo permitieron, sino a Montería, tomando de la mano a seis jovencitas, que habían crecido en Benposta, Villavicencio, y que, no obstante su edad, tenían la suficiente formación comunitaria para empezar a dar lo que habían recibido. La selección no fue fácil: "Todas quieren ir —escribía Luz Elena en su diario, pensando en el grupo de cincuenta niñas a su cargo—. Las llevaría conmigo, pero Villavo también es una realidad que hay que enfrentar".

"Ahora la situación se ha extremado —registraba—. Viajo con mucha esperanza a mi tierra, pero vuelvo con el sabor amargo de todos los signos que encontramos: una mujer con siete hijos a la que le habían matado el marido en ese mismo sitio donde estábamos parados, y aquella indiecita de tres meses, muerta por la bronquitis que ataca a los niños de la región, tan quieta en una cajita, bellísima en su muerte".

Así, el año de 1989, un grupo de muchachitas de 14 a 16 años y una mujer que bordea los treinta viajan a Montería. "Estoy decidida —escribía— a llevar una respuesta de vida a mi propia gente. Es bueno saber que uno retorna después de tantos años para hacer algo por la tierra donde ha nacido y estar dispuesta a hacerlo por amor". El viaje, que Rosa, Olga,[47] Graciela, Sofía, Eliana, Magnolia, y más tarde Luisa, vivieron con el entusiasmo de su ingenua adolescencia, fue bonito y tranquilo, no obstante las largas horas de manejo. Llegaron un sábado en la mañana y salieron para Tierra Alta. Siguieron el cauce del río Sinú, se adentraron en terrenos donde el aire es menos húmedo, el suelo más oscuro, y parece que el verde se encrespara. Allá por primera vez, hicieron un acto que repetirían innumerables veces de ahora en adelante: jugaron y compartieron alegría con los pequeños del pueblo.

Varios meses después, en Cantaclaro, harían una casita de palma para jugar con los niños del barrio. Los poquísimos objetos —camas, mesa, estufa, utensilios de cocina, máquina de coser y escribir, cámara de fotografía y proyector— a los que cada una les sumaría su ropa, serían símbolo de un designio preciso e indoblegable, y eso sería todo cuanto tendrían en las manos para crear una sede que fuera un centro de proyección comunitaria donde se harían talleres artesanales, escuela de música, grupos formativos, colegio, mientras buscaban un "Cristo práctico", a partir del compromiso con los débiles y de una vida sin comodidad en un lugar donde el barro era como una alianza entre la continua lluvia y la tierra enmontada.

Las niñas decían que en Montería Luz Elena se había vuelto más exigente, menos flexible y ella recuerda la presión que sentía por las mismas condiciones de la región, por la responsabilidad de tener a su cargo a cada una y saber que sus familias se las habían confiado. De cualquier manera,

[47] La historia de Olga y la de Rosa y su visión sobre la fundación de Benposta en Villavicencio y Montería se recogen también en este libro.

no obstante sus protestas y esa resistencia ante el cambio que había tenido, como si pensara que repentinamente ellas se habían vuelto mayores, “las niñas se metieron mucho en todo el proceso, asumieron ese nuevo plan de vida, y supieron ser así, de una sola piedra”, dice Luz Elena. La exigencia fue bella. Abarcaba la elaboración de los diarios, el ejercicio de comer en silencio o de entrar a la capilla cada vez que terminaban un trabajo de juego o aprendizaje con los pequeños y los jóvenes.

Se levantaban a las cinco y treinta, 45 minutos después de hacer ejercicio se duchaban, dedicaban una hora a la limpieza, media a una reflexión evangélica, dos horas más al estudio, y otra a la formación benposteña. De nuevo, antes del almuerzo, había un espacio de lectura bíblica y después de éste, dos horas de trabajo en actividades artísticas. A partir de las tres se iban a buscar a los niños y jóvenes de los alrededores, y al anochecer se reunían en una capilla a compartir la vivencia que acababan de tener, antes de ir a misa, uno tras otro día...

Para todas fue un cambio de vida. Ya no era limitarse a la experiencia de vivir en comunidad, de seguir una rutina establecida, sino de inventar un manera de proyectarse en el entorno en el cual se encontraban. A veces, toda la atención se volcaba en los barrios y las veredas, y llegaban al punto en que se tensionaban entre ellas mismas, y en algunas épocas, las dificultades de la convivencia interna les tomaban la ventaja. Luz Elena no estaba de acuerdo con que el cura Silva las comprometiera en la Gran Aventura porque era una exigencia muy fuerte para unas adolescentes, pero lo aceptó porque “el que manda, manda”; él insistía en que podían hacer el proceso y la verdad, para el grupo fue un tiempo fuerte, pero a la vez, el más valioso de su vida. El argumento del cura era contundente: “Una nueva comunidad debe nacer de una comunidad de aventureros”. Al fin hicieron todo un plan de vida serio, para inaugurar una época inolvidable en la que entrarían dentro de sí mismas en medio de un ambiente de oración y de incansable trabajo por los demás.

Ya medio instaladas en Montería comenzaron a recorrer los barrios del sector “viendo necesidad por necesidad en los niños”. Ella tenía la sensación de descubrirlos “llorando su infancia en Córdoba”. Eso minimizaba cualquier incomodidad que por su parte experimentaran. Así, no tenían asientos en la casa, pero en el patio encontraron la solución: unas tablas y unos bloques de cemento allí tirados. En una tarde ya tenían en qué sentarse... Los pequeños de alrededor, tras la experiencia del juego, comenzaron a venir “solos y alegres” a buscarlas. Iniciaron su trabajo en el barrio del Minuto de Dios.

Al principio vivíamos en una urbanización de El Minuto de Dios. Aunque la gente tenía ciertos medios, empezamos a ver que había una agresividad terrible entre todos, y que la de los niños era el resultado de la pésima relación que había entre los adultos. Comenzamos a hacer un trabajo con los pequeños y sus familias y la verdad nos apegamos muchísimo a esa comunidad. Queríamos conseguir una sede grande y llegamos a sentarnos en una mesa a trabajar esa posibilidad, pero al fin no logramos concretar nada allá porque no obtuvimos el apoyo del obispo en esa época.

Noventa días después de la tarde en que iniciaron su trabajo en el barrio, en una Procesión de Ramos bajo el sol abrazador, la iglesia estaba repleta. A la salida, después de un partido con los jóvenes del Minuto, oyeron las vivas de los niños animándolas: “Benposta, Benposta”, gritaban y esa barra les colmaba el corazón. En el ocaso, todo un enjambre de ellos las siguieron a su casa. “Tal vez a los vecinos no les gustaba —anotaba entonces Luz Elena— porque estaban descalzos y no olían bien”.

Comenzaron a despertar a los niños a otras intensidades, más allá del juego: les propusieron organizar grupitos, elegir delegados, asumir tareas y compromisos. A Cindy, que tenía seis años y sonreía con los ojos, la llamaron “la pequeña soñadora”. “¿Cómo sonríen los niños de mi tierra y son alegres —se preguntaba Luz Elena— si sufren tanto?” Mirando las condiciones de Cantaclaro, el

barrio a donde se trasladaron definitivamente unos meses después, se sentiría abrumada porque era de una marginalidad extrema, frente a la cual resultaba difícil entender por qué a un territorio en donde la niñez vive sumida en una pendiente de urgencias extremas, se le llamaba "La Isla de la Fantasía". La consolaría el hecho de tener la absoluta certidumbre de que contaba con todo el amor del mundo para hacer algo.

Después nos vinimos a este lado del río, en Cantaclaro y cuando disminuyó la cercanía fue difícil seguir yendo al barrio de El Minuto porque las peladas tenían que irse a pie. Los niños de ese barrio hacían lo mismo y se la pasaban en la sede. Al fin nos dedicamos sólo a Cantaclaro durante un tiempo, pero la gente no dejaba de pedirnos que volviéramos. Las muchachas decían que era injusto lo que le habíamos hecho a los niños de El Minuto. Decidimos rescatar ese trabajo y todavía —cuenta hoy— seguimos yendo periódicamente aunque no tenemos un sitio fijo allá. Hay grupitos a los que atendemos en su parte formativa, lúdica y afectiva.

En la tarea con ellos la animaba la idea de seguir "bordando un poco del tapiz" que el padre Sergio había empezado... Sentía que su vida, y aun su muerte, le habían impreso una fuerza a sus propios días que no la abandonaba. Tenía claro que lo suyo no era comunismo sino construcción del Reino de Dios. *Es que aquí en Córdoba, que es un departamento riquísimo, hay también hay una gran injusticia social, un contraste enorme entre la opulencia y la miseria. Pero no aceptar eso, cuando uno sabe que hay comida, que hay tierras, que hay tanto, no significa que uno admita la violencia. Es sólo cuestión de sensibilidad y eso no quiere decir que uno sea "izquierdoso", ni nada, es simple y puro razonamiento y observación y ya.*

"Estos niños han calado muy hondo en nuestro corazón —anotaba— y nosotras sentimos las heridas y los dolores que hay en sus cuerpos y en sus historias. Sólo queremos cumplir con ellos nuestra misión como mujeres cristianas". En pleno junio de 1990, un año después del asesinato del padre Sergio, les prometieron un terreno para construir una sede propia en Cantaclaro.

Si algo ha temido siempre esta mujer que no se arredra ante nada es que las obras que lidera sean canalizadas por intereses políticos y que cuando le otorgan una sede o un programa quieran comprometer la independencia de Benposta. De hecho, le ha tocado sortear la politiquería, la utilización de la gente, y la corrupción de los políticos. Al principio, en Cantaclaro, tuvo que enfrentar al "dueño" de ese sector. Le advirtieron: "Cualquier cosa que usted vaya a hacer aquí, tiene que contar con él", y él, de una vez le dijo que si necesitaba una maquinaria —porque el terreno de la sede era disparejo— bastaba que se lo pidiera para que al día siguiente se la mandara, pero que, eso sí, debía comprometerle los votos de la gente. Entonces ella se limitó a explicarle que Benposta trabajaba de otra manera, que tenían una forma de financiar estos proyectos solicitando cooperación a las entidades. Esa respuesta bastó para que le declarara la guerra.

El político fue al INURBE[48], a cuanto lugar pudo, para obstaculizar la concesión del terreno, la calumnió, la acusó de ser partidaria del M-19, de manejar una comunidad de reinsertados, de estar acuartelando los niños y jóvenes para llevárselos después y mandarlos a otro lado. Por fortuna, en esa entidad, hubo un "ángel de la guarda", al que entonces Luz Elena no conocía, pero que, "a ojo cerrado", se convirtió en un defensor de la causa de Benposta y cuando ese político le exigió que echara para atrás la decisión de entregarles el terreno, se limitó a decirle que ya se habían comprometido y que no podían privar a los niños de la zona de una obra que podía beneficiarlos.

Ahí no terminó la lucha. Los líderes que el político tenía a su servicio se agarraban de cualquier cosa para sabotear el crecimiento de la comunidad. Luz constataba que la gente del barrio era un grupo

[48] Instituto Nacional de Vivienda de Interés social y Reforma Urbana.

influenciado por intereses mezquinos. Escribía: “Quieren utilizar nuestra obra para cualquier beneficio político y nuestro único interés es trabajar con los niños y los jóvenes; les daremos bases para su formación como hombres del mañana y ellos decidirán lo que les conviene en un futuro”.

Esos politiqueros le decían a la gente que si matriculaban los niños allá, Benposta se los iban a robar. En una ocasión en que llegó la Policía a buscar a Luz Elena para que hicieran un trabajo conjunto, cuando la gente la vio entrar en la sede, empezaron a decir que seguro en Benposta habían encontrado cocaína y “armaron todo un cuento alrededor de eso”. En medio de esa campaña de desprestigio, ella pensaba con dolor en las necesidades de los pequeños. Iba de casa en casa a hablar con los habitantes y se daba cuenta de que tenían miedo, estaba prevenidos, y creían que detrás del servicio de Benposta se ocultaban malas intenciones.

La fuerza necesaria para proseguir se la dio su “fundamentación cristiana”, la convicción de que no tenía otro camino que permanecer “en lo que predicó Jesús: la justicia y la solidaridad. De otra manera uno no se puede mantener”. Lo más duro era cuando la misma gente por la cual trabajaba la atacaba. Entonces sólo podía recordar que su opción era y seguiría siendo la de los más pobres, los más aporreados, y sobre todo, de acuerdo con los principios de Benposta, la de los niños, las niñas, y los jóvenes. *Especialmente aquellos que viven en condiciones infrahumanas, que han sido víctimas de la injusticia y de la violencia... Eso lo tenemos claro, pero no es algo excluyente, porque hay muchachos que no están aguantando hambre, ni se encuentran en peligro físico, pero sí en un abismo moral. Por ejemplo, cuando un chico no le halla sentido a la vida porque siente un vacío aunque tenga todo. Por eso Benposta no es una institución para niños pobres y desadaptados, es sencillamente una propuesta para niños, aunque claro, los que más llegan, son los que viven grandes carencias materiales.*

Como en Villavo, casi por instinto, el día en que le entregaron el terreno de la sede, Luz Elena se acercó a un árbol grande y fuerte que estaba plantado en medio del terreno. Allá era el centro del mundo para ella y aquí volvió a serlo. Lo amaba “por sus bancas de tierra donde enseñar”, porque la hacía sentir en un “jardín donde aprender en contacto con las raíces y las piedras”, como si fuera posible al fin que el cielo se trazara con lápices y voces de niños. Pero también estaban “las realidades pesadas como el peso de los frutos podridos”: esos muertos de la carretera a la Cuncia, allá en Villavo, la sospecha de los otros, aquí en Cantaclaro, la miseria implacable, y las huellas sangrientas de la guerra... En las noches, a solas, cuando las jóvenes del grupo refunfuñaban porque se había vuelto demasiado exigente, y no entendían la carga de una responsabilidad que a veces la sobrepasaba, ella se acordaba de las mujeres con sus historias. De ellas diría siempre que eran sencillas, alegres, no obstante el dolor, maestras de una esperanza a la que entonces se aferraba para no sucumbir.

Ahora estaba ella, a cargo de las dos hijas mayores de María Mercedes —que todavía no había dejado de reír en las tierras del Ariari—, y en la espera tranquila de Roberto, el hombre del que se había enamorado viéndolo dar de sí en su labor de profesor en Villavo y que recorría un camino paralelo al suyo: él se encontraba en la Guajira, con un grupo de muchachos, extendiendo el ideal de Benposta. Se comprometió a que no escribieran —en ese tiempo de formación de todos en la Gran Aventura— cartas que no fuera posible compartir con todos.

Sentía también sobre sus hombros el peso de la impotencia que se asomaba en los días, no obstante ese dar gracias por lo que cotidianamente Dios les ofrecía a manos llenas; no obstante su decisión de avanzar, a veces en medio de la oscuridad de la miseria o de la incomprensión de los otros. “No me siento bien —escribía entonces— regalándole curitas al hermano pequeño de Nubia para que no meta entre el barro su dedo infectado. ¿qué solución es si no tiene un par de zapatos? Esa carencia no me deja sonreír con facilidad".

Una de las primeras cosas que hicieron ella y las jóvenes que la secundaban, fue comenzar a prestar el servicio de restaurante, mientras fortalecían la parte recreativa. Luego abrieron el preescolar para suplir una de las necesidades más urgentes. Al principio, como no tenían presupuesto, el apoyo que daban incluía tareas como acompañar a los pequeños al hospital cuando estaban enfermos, o fortalecer la organización de los muchachos, ese sentido de pertenencia a un grupo juvenil con ideales de trabajo y superación. El dinero que les giraban de Bogotá sólo les alcanzaba para sobrevivir. Por ese tiempo, la familia de Luz Elena se encargaba de llevarles productos de la finca: plátano, fruta, verdura... Después, a medida que los resultados del trabajo comunitario comenzaron a verse, se vincularon con Bienestar Familiar y comenzaron a recibir dinero para prestar el servicio de restaurante a los niños.

Con el primer grupo de jóvenes vinculados a la sede construyeron los locales, el restaurante y la cocina... El SENA[49] los capacitó para participar activamente en esa labor y les dio un certificado. Ver cómo se levantaba de la nada la planta física despertó entusiasmo, pero también recelo. No faltaron los comentarios de crítica, la gente que les decía a los niños y jóvenes que parecían bobos trabajando gratuitamente, sin comprender que esa sede era para la comunidad... Sin embargo, cada uno de ellos y ellas se encargó de refutar ese clima y hubo mamás y papás que se solidarizaron. “Fue una época —recuerda Luz Elena— muy bonita, en la que había mucha entrega y compromiso con la sede y los grupos se iban fortaleciendo. Todo iba tomando forma mientras adquiríamos experiencia”.

No era fácil porque los muchachos no provenían, como el grupo de niñas fundadoras, de una comunidad de residentes y era necesario acelerar un proceso de adaptación a través de reuniones, de una metodología que se fue adecuando. *No sé si las muchachas habían aprendido de mí o habían heredado la facilidad de contar cuentos. Yo inventaba muchísimos en las reuniones allá en Villavo, tomando la misma vida que compartíamos y ahora ellas hacían cuenticos sobre cómo había nacido Benposta, por qué habían llegado ellas acá, y cuales eran las normas, las leyes de ciudadanía y el mensaje de la comunidad para transmitírselo a los niños. Yo nunca les dije que hicieran eso. Fue su idea y la hicieron muy bien. Eliana y Rosa eran muy buenas para eso, eran muy creativas, decían cosas que yo ni sabía. Me acuerdo que les contaba que la primera época de Benposta en Villavo fue del gobierno de la mujer porque las mantenedoras, la primera alcaldesa, y la coordinadora general lo éramos.*

Años después, la gente ya sabía que nadie se llevaría a sus niños y el tiempo en que algunos se perdieron del paseo que hicieron a Barranquilla cuando vino el circo de Benposta, no sólo quedó atrás, sino que se convirtió en un mal recuerdo: hasta hoy muchos padres y madres se arrepienten de no haber dejado ir a sus hijos e hijas porque la verdad, fue una oportunidad única. Después, el circo no ha vuelto a venir y, como ella dice, era “un espectáculo salido de serie, con un mensaje fuerte, algo impresionante”.

Tuvo que pasar una década para que Luz Elena cumpliera en Tierra Alta la promesa que había hecho cuando supo que habían asesinado al padre Sergio: que en memoria suya “respondería a la muerte con la vida”. Las condiciones de guerra desatada retrasaron la fundación allá en el pueblo y la retuvieron en la sede de Montería que fue cobrando cada vez más solidez. Pero al fin, en 1999 inauguró la sede, con su suelo de tierra y techo de paja, con un árbol en el jardín y arena para jugar bajo el sol, en un terreno donde los pequeños se abrigan del hambre, del miedo y la violencia. Celebraron una misa con Monseñor, y empezaron los actos culturales en el mismo salón de la biblioteca, donde ella le había mostrado años atrás al padre Sergio el video de Benposta. Estaba

[49] Servicio Nacional de Aprendizaje.

rodeada de toda la gente que la había conocido de niña, celebrando la ceremonia de apertura de la comunidad de Benposta en su pueblo, cuando anunció que la sede se llamaría "Sergio Restrepo Jaramillo".

En Tierra Alta se llaman Sergio el parque, la emisora, y el museo; allá hay mucha vida de él en todo, porque todo lo llenó del carisma que él tenía. Este año, en la fecha de su muerte, a las doce del día ése, hicimos una marcha fúnebre desde la iglesia. Fue impresionante. Sabíamos que los que estaban ahí en las cafeterías cerca al parque donde marchábamos eran paramilitares, y que en últimas, ellos fueron los que lo mataron, pero eso no nos detenía. Fuimos hasta la ceiba que él sembró y leímos la placa donde está escrito el poema que le hizo. Me regocijó que nos acompañaron los coteros, sobre todo porque ahí estaba el que cogió sus botas y su presencia mostraba que diez años no habían bastado para que se olvidara del Padre.

La idea de llamar así a la sede no fue sólo mía. Yo le conté al cura Silva la historia del padre desde el momento en que había acogido la idea de fundar una comunidad con los brazos abiertos y luego cuando le dije: "Fíjate que mataron al padre Sergio", él quiso también que Benposta le hiciera un homenaje allá, y estuvimos de acuerdo en que cuando abriéramos la sede se llamaría así.

El amaba las orquídeas y los árboles; sembró uno y otro y otro hasta que hizo el parque de tierra Alta. Le dieron su nombre y cuando después le pusieron el de un coronel que asesinaron llegando al pueblo, todo el mundo alegaba porque era una obra suya. En todo caso, fue tanto lo que lo quisieron que aunque su cuerpo se lo llevaron a Medellín, el corazón nos lo dejaron acá y está enterrado en la iglesia. Es una cosa impresionante, este año en la celebración se sentía que la fuerza de él estaba presente en los niños, en los jóvenes y que el tiempo no sólo no ha apagado su memoria, sino que la ha hecho más viva aún.

Aquí fue muy fuerte la organización de los sindicatos y el proceso de recuperación de la tierra. En el pueblo había un cantante vallenato[50] que está exiliado y no pudo volver acá. Es autor de una composición que se llama "Yo soy indio de los puros del Sinú". La letra explica por qué en este lugar la mayoría de los apellidos son indígenas: "Yo soy indio chato y solo y chiquitín a mi tierra llegó un día el español y de mi casa me sacó". Al padre Sergio lo sacó la violencia.

Él era uno de los que animaba esa recuperación de la tierra, en estas zonas inmensamente ricas, llenas de ciénagas prodigiosas, de anchos ríos como el Sinú, de robles que se cubren completamente de rosa cuando florecen, y hay almendros, veraneras y guayacanes que riegan su semilla sobre la tierra en verano y tienden una colcha de amarillo intenso; donde el cielo está lleno de garzas blancas, halcones, azulejos, aves "sangre de toro", y mariposas amarillas, y en la tierra pastan los mejores ganados del país, y todo es fértil y abundante; pero donde también existe la más alta concentración de la propiedad de todo el país.

En Tierra Alta hay días en que se cuentan cosas como que "a las seis mataron a un muchacho que llevaba mercados al aeropuerto, a las 12 a un señor finquero, y la gente vio por donde se fueron", y aunque la acción de la violencia es tan constante que llega a anestesiar el sentido de la dignidad humana, todavía hay quienes la enfrentan y no cejan en el empeño de detenerla. *Hace poco —cuenta Luz Elena— la comunidad de Benposta estuvo presente en los actos que hicieron centenares de muchachos y de adultos desfilando con faroles a las seis de la tarde para protestar por la violencia. Los jóvenes no pararon de gritar ni un minuto. La misa por los asesinados la iban a hacer en la iglesia, pero ahí no cabía ni la mitad de la gente, y tocó hacerla en el parque.*

[50] El vallenato es una de las expresiones musicales más fuertes de la Costa Atlántica. Sus letras populares recogen toda una tradición oral que recrea la vida de la región.

En junio del 91, un vendaval tumbó el árbol de la sede de Cantaclaro cuando Luz Elena estaba en Villavicencio y ella lloró. Ahora, cada vez que está frente a la ceiba que el padre Sergio sembró en su pueblo, vuelve a tocar esa conexión que intuye entre la tierra y el cielo y no cesa de acordarse de que a la muerte se responde con la vida. La letra del poema a la ceiba, está ahí, tallada en una placa de mármol gris, como una oscura premonición cumplida: “Fui a despedirme de las ceibas/ Moría yo;/ las ceibas no;/ Las planté/ Luché/ por defenderlas/ y al tenerme que ir/ quedan ahí/ al borde (de la vida)/ esperando en el parque/ una mano enemiga/ que las tumbe.”

Pero la ceiba ha resistido. El paso del tiempo la ha hecho fuerte y su savia se mantiene atenta a la luz, no obstante tanta sangre derramada inútilmente. Está ahí y permanecerá no tanto como un testamento del Padre Sergio — que regaba sus maticas con la delicada constancia del amor— sino como un testimonio vivo para los que saben escuchar en sus hojas el rumor de las voces de los que ya no hablan.

La escuela de Montería, 1999

Un intrincado camino lleva a la sede de Benposta en el corazón de Cantaclaro: serpentea entre casas de bloque o de bahareque semipintadas con azules, verdes o rojos siempre difíciles de precisar por la inclemente pátina del calor, el uso y la pobreza; recibe la sombra de las sucesivas puertas abiertas donde una abuela, una madre cansada o un hombre desocupado se refrescan del calor que al interior produce el techo de zinc, y está marcado por las pisadas del enjambre de niños que pululan en los andenes y que juegan entre su tierra barrosa dando espacio, de tanto en tanto, a uno que otro desvencijado carro.

A las 10 de la mañana el sol sofoca, exhala una rojiza humedad que inunda el aire y se adhiere a la piel. Poco antes de cruzar las rejas de la Escuela algo cambia: un súbito retumbar de tambores parece ahuyentar el calor y se tiene la impresión de que ahora es posible sentir el viento. Adentro, un grupo de muchachos reunidos bajo un kiosco descubierto forma una sola masa hecha de ojos, manos y cuerpos que vibran al unísono con la percusión. En otras horas son aprendices, fabricantes de tambores de madera balso y luego, miembros de una banda de papayeras[51] dispuestos a presentarse no sólo en los alrededores del barrio, sino a subirse en las mismas tarimas de las famosas fiestas de San Jacinto.

El patio de la escuela es amplio y donde ahora hay salones, una sede administrativa, un taller de ornamentación en el que se fabrican rejas, otro de modistería para las mamás del barrio y uno más de carpintería, una pequeña biblioteca, un restaurante escolar, y un parquecito con juegos, nueve años atrás sólo existía una choza de paja con un letrero blanco que decía: "Benposta".

La sede, donde es posible cursar hasta quinto primaria, más que escuela es un espacio alternativo al que niños, niñas, y adolescentes acuden para iniciarse en otras actividades. Pueden entrar desde muy pequeños y recorrer las etapas de formación: Jardín, Semillero, Fuerza Joven, Prejuventud, Jóvenes, Mantenedores, y llegar un día a ser miembros de la Coordinación de lo que se plantea ante todo como un proyecto de vida; pero también, puede que en principio se acerquen a Benposta — como muchos lo hacen— atraídos por el resonar de los tambores o por la llamada de la danza que viaja en la sangre de las gentes de las regiones costeras del país y que se repite, como un eco esencial, generación tras generación, y es a menudo una insólita vía de liberación, porque aquí se exorcizan los lamentos y los goces al ritmo de la música entre el cuerpo.

[51] Bandas de música folklórica en las cuales predominan los instrumentos de viento y percusión.

Tal vez por eso una de las actividades más fuertes de Benposta en Montería es la danza. Bajo el mediodía de cualquier sábado, en un salón contiguo al kiosco de los tambores, el suelo de cemento parece brillar con el rítmico golpeteo de los pies descalzos de un grupo de niños y niñas menores de diez años que se mueven acompasados, solos, suspendiendo a veces el movimiento, entre risas, para recomenzar una vez más —siempre una vez más— la danza.

En el fondo del patio, los muros de adobe pintados de colores testimonian esa manera única en que aquí se convocan rostros para la danza; manos de niños para la percusión; hilos del alma para sujetar sueños, porque en Benposta hay una condición única que se pone a los muchachos y muchachas del barrio que atisban los instrumentos musicales desde afuera, sin decidirse a entrar: participar en estas clases exige también formarse como líderes, dar a cambio un espacio para la comunidad —quizá algunas mañanas compartiendo juegos con los niños desplazados que llegan a la ciudad— y recibir charlas sobre la manera de entrever el significado cotidiano de la paz, la participación, o de la transformación del barrio, con un único fin: que la vida en Cantaclaro vaya haciéndose más fácil para todos.

Ellos lo saben. Saben que dar un paso adentro no es lo mismo que pagar un curso de música y danza, como tal vez harían si tuvieran el dinero; sino estar dispuestos a salir de sus pequeños mundos, de sus estrechas —y a veces profundas— tristezas, para encontrar de un modo distinto al "otro", que bien puede estar en los niños del barrio del frente —con quienes hubo muchas tensiones en un pasado—, en los compañeros y compañeras de clase, o en tantas otras personas de los alrededores. Cruzar la puerta de Benposta les implica decidirse a habitar de un modo nuevo las intrincadas calles de Cantaclaro y los rincones de este país que vive en su imaginario como un territorio difícil, complejo a fuerza de diferencias, con el rastro duro de la violencia que parece estar ahí desde siempre y cuya contraparte, más que el simple deseo de paz, es el valor de comprometerse a hacerla cada día de un modo concreto, entre lo cotidiano y lo próximo. Esa paz es cuestión de “lo posible” que se teje con lo mejor de sí y con la certeza de no estar solos en el intento.

Hay un hecho claro: Benposta trasciende las paredes de la escuela. Esa pedagogía del autogobierno que se cumple como un juego de la democracia, cuando en el interior de la sede se llevan a cabo las elecciones para alcalde y los postulantes hacen su campaña internamente, comenzó a extenderse, más allá de los muros desde hace un par de años: los muchachos hacen vallas y pasacalles y los ponen afuera, en el barrio. La gente de Cantaclaro se interesa y preguntar a quién van a nombrar. Usualmente, el día de la elección llega una romería de gente que quiere ver las elecciones. Lo interesante es que un buen día los padres de familia empezaron a exigir su derecho a votar. A partir de ese momento ellos se inscriben formalmente y la participación en los asuntos de Benposta incide en la convivencia del barrio. Cuando hay una Asamblea también participan —porque así lo quieren— las señoras que trabajan en el restaurante y que llegaron contratadas por un sueldo. Poco a poco, cada uno de los que están dentro o alrededor de la sede se han ido sintiendo dueños del proyecto de Benposta. Por esto ha sido posible que en este barrio de Montería —que tiene cerca de 36.000 habitantes— se esté consolidando un proyecto bastante grande que se nutre de la participación comunitaria.

En ese mismo sentido, hay otra labor no formal que se cumple y que revela la legitimidad que Benposta ha ido cobrando en Cantaclaro: el trabajo de conciliación. Esto comenzó un día cualquiera en que una señora llegó a buscar a Luz Elena porque tenía un problema con la vecina que botaba el agua sucia en todo el frente de la casa de ella, y seguía haciéndolo, no obstante todas las veces que le había rogado que cambiara su conducta. Esa primera mediación de conflicto satisfactoria dio paso a una posibilidad de cambio en la convivencia, que Luz Elena ha ido delegando en los niños, las niñas y los jóvenes de ambos sexos que están vinculados a Benposta y forman grupos de “Constructores de Paz”.

Ellos se comprometen en la tarea de lograr que la gente conviva en paz, algo que no es fácil porque a menudo los enfrentamientos surgen por cualquier motivo. Lo curioso es que a veces, esos hijos de las familias en conflicto son constructores de paz comprometidos y sus actitudes ayudan a crear otras condiciones en las calles donde viven. De hecho, han ganado espacio con los jóvenes, y en las mismas casas ven los resultados de esa capacitación que están recibiendo. Uno de los casos más interesantes es el de la madre de una niña líder que era reconocida por su agresividad, y a través de la influencia de su hija, ha dado un cambio tan sorprendente que hoy participa en la tarea de ayudar a resolver los problemas del vecindario.

A las seis de una tarde de octubre —después de haber mercado y repartido los alimentos por las distintas sedes del trabajo de Benposta en Montería— y de haber tenido otras reuniones, Luz Elena se encuentra con doce niños "constructores de paz". Después de la oración de San Francisco se cuentan las experiencias que tuvieron en la semana, los hechos que pusieron a prueba su tarea de mediadores, o su capacidad de aligerar tensiones y cómo las vivieron...

"El lunes —cuenta una niña— hubo una pelea con mis compañeras en el colegio. Yo al verlas las separé y les pedí que no pelearan así. Creo que me porté como una verdadera constructora de paz". "La semana pasada —dice otra— estuvimos haciendo una experiencia en otra casa con Nelty. Nos dimos a conocer y estuvimos hablando de que la guerra también es ofender al otro con las palabras o las miradas".

Cuando a los chicos del grupo se les pregunta por qué decidieron hacer parte del grupo las respuestas se multiplican:
—Me di cuenta que nosotros podíamos hacer algo por la paz dialogando con los adultos y he logrado expresar lo que pienso.
—Al principio me parecía que de todos modos no iba a servir, pero luego pensé: "No importa, yo quiero aportar un granito de arena".
—Vine porque me di cuenta de que yo era grosera, respondona, y peleona... Quería cambiar.
—Al ver cómo está este mundo me gustó ingresar al grupo para no ver tantas peleas y aprender a hacerlos reaccionar (a los adultos) que para no hagan una guerra a cada rato.
—Yo estoy aquí para actuar primero para darles el ejemplo (a los adultos).
—Cuando vi que los otros niños se reunían y hacían cosas, a mí "se me lanzó" del corazón.

Más raíces extendidas en Tierra Alta
En este territorio inmensamente fértil, donde la tierra parece siempre grávida, derramando zumos como una antigua diosa de la abundancia, la sangre ha manado como si se hubiera reventado una arteria que no es posible cauterizar. Una herida abierta en la pujanza por el control de esta zona sin Estado que trajo primero la presencia guerrillera, luego la reacción de los paramilitares que la convirtieron en su fortín y, de nuevo, los avances de la guerrilla que se agita para recuperar su poderío, en un movimiento que hace estremecer la región en violentas arcadas que arrojan un imparable vómito de sangre, de hombres, mujeres y niños, miles de niños, desplazados, desparramados en los dominios de lo ajeno, condenados a una famélica peregrinación o al tedio miserable de los campamentos que se prolongan meses, mientras los bandos se pelean el territorio palmo a palmo.

Por eso, el día en que Luz Elena cumplió su promesa y anunció públicamente el nombre de la sede de Benposta en Tierra Alta comenzó para ella un tiempo nuevo, vertiginoso, como una incontenible corriente que le exige multiplicarse en los lugares de su departamento y llegar a donde más se necesita la presencia de un espacio de construcción. La vida le ha ayudado. No está sola —de otra manera no podría— para enfrentar esa tarea.

En Tierra Alta hay varios grupos juveniles, pero la situación para toda la juventud de la zona es crítica. *Los quieren para las filas tanto de unos como de otros: en estas regiones continuamente desaparecen jóvenes. Se los llevan —afirma Luz Elena— la guerrilla o los paramilitares para meterlos forzosamente en sus filas. Muchas otras veces los convencen de ir con la propuesta de que el primer mes no les pagan y después les dan un sueldo fijo de trescientos mil pesos, pero que si matan hartos enemigos les suben al doble.*

Luz Elena no olvida a los que llegaron a la sede de Villavicencio sin que pudieran "salvarlos de la guerra". *Hubo uno, Walter, al que le decíamos "Gallito Ramirez", porque cantaba y llevaba sombrero, iba diciendo coplas por todos lados, y a una sola hora del día, a las cinco de la tarde, lo escuchaba uno por allá cantando así. Era un muchacho muy llanero en su forma de ser y en su hablado. Después me contaron que había muerto, no supe si en la guerrilla —como algunos decían— o cogiendo coca. En todo caso, lo mataron.*

Y hubo otros muchachos, huérfanos de padre y madre, que tenían dos hermanas aquí en Benposta. Ellos se metieron a las FARC[52] *y murieron en una toma a El Castillo. María Mercedes, mi amiga, estaba de alcaldesa y le tocó capotear esa toma y hacer el levantamiento. Ella nunca tuvo claro si el Ejército los había matado en el enfrentamiento o si habían muerto porque transportaban explosivos y les estallaron. Allá habían quedado destrozados y todo indicaba que la última versión era la cierta. Ninguno era mayor de edad.*

En Córdoba tampoco es posible cerrar los ojos ante el desplazamiento de los grupos humanos, masas enteras, formadas sobre todo por jefas de hogar o mujeres viudas y sus hijos e hijas, frágiles ante la guerra, víctimas de ésta y enfrentadas a un cotidiano vivir que a menudo las sobrepasa. Fue mucho atrás, en Villavicencio, cuando Luz Elena oyó a las mujeres signadas por las huellas de la violencia "contando su cuento", la primera vez que pensó en la necesidad de abrir un espacio para llevar el juego y el calor a los niños y niñas desplazados, y ayudarlos a reconstruir una esperanza que sus madres no podían transmitirles, o por lo menos no antes de cumplir su propio proceso de recuperación...

En Tierra Alta, durante el último año se fortalecieron distintos puntos de trabajo. Allá mismo en el pueblo, en El Diamante, atienden a 22 familias desplazadas que perdieron todo porque la guerrilla les quemó el pueblo. Fue algo terrible para los habitantes. Un grupo de Benposta comenzó a trabajar con ellos no tanto en la cobertura de necesidades materiales, como en el apoyo afectivo, psicológico y social. *Este año quemaron el pueblo —cuenta una mujer—. No dejaron ni una tienda. Los de la guerrilla llegaron y arrasaron todo, aunque entre nosotros no había "nadien" malo. Eran las 11 de la mañana cuando me vine con mis seis niños y mi hermana, que no tiene los cinco sentidos. Cuando llegamos nos reunimos a la entrada del pueblo y la Cruz Roja nos cogió los datos. A veces me dan ganas de irme, pero ¿pa´dónde? Por aquí a veces trabajo bateando, haciendo pilón y de Benposta vienen a reconocernos los médicos y a hacerle juegos con balones a los niños*.

Otra mujer se queja de que en la distribución de ropa a ella no la tuvieron en cuenta y Luz Elena explica que cuando ésta se realizó ella había rentado una pieza fuera del sitio de ubicación de los desplazados. Su experiencia es que en los barrios de invasión, o en los asentamientos que hacen los desplazados hay mucha solidaridad, pero también se desencadenan conflictos bien fuertes. Entonces, lo que ella hace es actuar a través de los niños y las niñas que se suman al grupo de constructores de paz. "Hicimos —dice ella— todo el proceso para declarar sus casas territorios de paz. Incluso hicimos una ceremonia donde las instituimos así y todo ese trabajo que hemos hecho

[52] Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. El principal movimiento armado de la guerrilla en el país.

con los pequeños ha ido cobrando un respeto entre sus familias y ha incidido en las relaciones de vecindario". No es un juego, es algo tan serio que su compromiso infantil trasforma la vida de los adultos.

Adentro del pueblo hay una sede en donde funciona una escuela para los niños pequeños y los jóvenes se reúnen. Al llegar, lo primero que se ve es un grupo de muchachos que pilan maíz. Luz Elena entra al salón cuando ya el profesor ha terminado su clase. Los chicos las rodean y ella comienza a contarles que se fue de aquí cuando tenía diez años y que entonces era un pueblo grande, alegre, con más gente y casas habitadas que ahora, y que una vez cruzó el río que nace, allá arriba en el Nudo de Paramillo "paloteando" sola una canoa. Ana Caribe —su propia pequeña— la escucha sentada en sus rodillas.

Si cada uno de estos puntos de trabajo funciona, para ella es en gran parte porque las redes de afecto y de colaboración están vivas. *Hay gente comprometida —como Luisa, que está al frente de la sede recién abierta en las afueras de Tierra Alta y que apoyó todo el desarrollo de la escuela de Montería— con una gran sensibilidad, y con esa capacidad de entrega y sacrificio que no se consigue con ningún dinero del mundo, que sólo está presente cuando se sigue un ideal.*

A la familia de Luz Elena le gustaría que ella fuera menos a la sede de Tierra Alta, que no se viniera a determinadas horas, pero no por eso dejan de apoyarla, de ir a ver lo que les falta a los niños en la sede, de dejarles productos de la finca... Y hoy, su madre, que ya es una mujer anciana, de piel cetrina y mirada serena y suave, bajo la cual alienta la firmeza, se sienta en las tardes, en una mecedora en la puerta de la casa que aún está en el pueblo, acompañada del padre, y tal vez recuerda el tiempo en que nadie quería que Luz se fuera a estudiar a Bogotá —mucho menos periodismo—, y ella, de una sola vez, zanjó la discusión: "Déjenla, que estudie y trabaje en lo que quiera", por una sola razón: creía en la hija que tenía.

Aquí hay un "Nuevo Horizonte"

Todo el terreno donde se asientan los desplazados en este lugar de Montería tiene la mitad del tamaño de la sede de "Nuevo Horizonte" donde Benposta les presta apoyo...[53] *La sede se abrió en 1999, pero desde el año anterior comenzamos una labor de acercamiento con actividades puntuales como la atención en salud para los niños. En ese "cuadradito" viven 150 familias, no hay calles, sino callejones y los ranchitos donde habitan no tienen ni siquiera espacio para el baño. Los habitantes se bañan con una ponchera dentro de las piezas y después botan el agua. Las "necesidades" las hacen en bolsas y las tiran al río.*

Aunque llegamos aquí con un programa muy puntual, nosotros sí tenemos muy claro que ese cuento de llegar a hacer "cositas" con la gente y luego irse, no funciona; entonces sabemos que frente a las necesidades y carencias, el acompañamiento crea unas expectativas y la única manera de responderlas es quedarse. A mí todos los días me llamaban para decirme que en tal punto en Montería, que en el Cerro, que en tal otra parte, se va a iniciar un programa y que si sé de la situación tan terrible de la gente que estaba llegando para que fuera a apoyarla. Pero nosotros tenemos muy claro que no tiene sentido ir a ninguna parte para ir a ver la miseria, para ir a mirar las caras de la gente. Eso no se justifica. Vamos donde vamos a crear un punto de apoyo, una presencia permanente.

Esto, "aquí", se llama Nuevo Horizonte —dice Nayibe, una de las encargadas de este servicio que Benposta presta conjuntamente con otras entidades—. Aquí atendemos a los niños de un barrio de

[53] El apoyo comenzó cuando la Red de Solidaridad, que tiene un carácter estatal, encargó a Benposta de la ejecución de un programa de atención a los desplazados en este punto.

invasión de gente desplazada; no es en realidad un barrio, es un parque que había ahí, y lo invadieron. Muchos vienen de los alrededores del Urabá, otros de los lados de Batatas, de esos lugares. Nosotros les damos algo de refuerzo y el comedor. Recibimos a los pequeñitos, entre los dos y los nueve años. Llegan antes del medio día y los sábados desde las nueve de la mañana. Se van en la tardecita.

Algunos se instalaron hace poco y otros ya llevan bastante tiempo, largos meses compartiendo el parque. Aquí descansan los niños del hacinamiento, se ponen contentos. Les gusta mucho venir porque viven en casitas muy pequeñas y el espacio es estrecho para tantos. La mayoría de sus padres están sin trabajo, algunos consiguen cosas esporádicas, por ejemplo sacando la arena del río, que es una labor dura. Aquí los niños recuperan la sensación de libertad y el sabor del juego, además de alimentarse...

Las sedes no están asentadas sobre el terreno de la utopía, a no ser que se lo comprenda como una manera de enfrentar la realidad de las tierras de Córdoba buscando la manera de crear espacios de paz, de juego, de crecimiento, de acogida y protección; son lugares que de forma concreta, se "despejan" en medio de las encrucijadas del fuego y el miedo, en los sitios de hacinamiento de los desplazados.

Puerto Libertador, en el municipio de San Jorge, es otro brazo de Benposta. Queda a tres horas de Montería, pero atravesando pura trocha, metiéndose en el monte, en medio de un paisaje hermoso donde el clima es suave, pero la guerra es como un cerco silencioso que de repente se descarga, atronador, en los alrededores donde ocurren las matanzas. Así, en las calles del corregimiento de Juan José hace poco se enfrentaron abiertamente la guerrilla y los paramilitares que no sólo disputan el control político del territorio, sino el de la coca. La zona está en las inmediaciones del Parque Paramillo, una reserva de estremecedora belleza que además es un corredor natural que une a Córdoba con Antioquia. Allá se asienta el cuartel general de Carlos Castaño, el líder de los paramilitares. La gente dice que él no sólo tiene un cuartel general, sino muchos, pero que su presencia en este punto es simbólica porque constituye un desafío o una afrenta a la guerrilla ya que durante mucho tiempo allá se estableció un valuarte de ésta.

Es uno de los municipios en donde se concentra una más alta población de desplazados, y en el que los niños viven condiciones de mucha necesidad. Entonces se conjuga lo que sueña uno: que todos los niños tengan la misma oportunidad, que cada día se alimenten no solo a nivel material, sino espiritual, con el deseo de alcanzar ideales con ellos. Por el momento es una base, un "semillero" en el que 17 jóvenes están trabajando por ellos y tienen un lugar arrendado, el apoyo de algunas entidades, y una promesa del alcalde de ubicar un sitio para prestar ese servicio alimentario y de formación a la infancia. Son pelados[54], se han comprometido con la atención de los pequeños que requiere mucho trabajo, mucho esfuerzo. En este municipio algo así es nuevo, completamente raro porque es un lugar alejado, del que muchos de estos adolescentes no han salido en toda su vida. El juego, como siempre, es el punto de partida. Ahora, hay cerca de 230 niños y niñas que asisten a las reuniones.

En el Centro Infantil Casa Del Niño, CICAN

El centro comenzó cuando se abrió un lugar para los hijos de las mujeres desplazadas de Pueblo Bello, que se trasladaron al barrio Robinson Pitalúa. Luego comenzaron a llegar los de otras regiones.

[54] Jóvenes muchachos.

Desde hace más de dos años, Benposta administra la sede del centro comunitario. En el barrio, las pandillas juveniles pululan y eso es mucho más que un asunto de niños: se están matando entre ellos. Hay épocas en las cuales se desatan guerras locales, a menudo relacionadas con el control de la venta de drogas, porque son "jibaritos[55]", muchachos menores de edad quienes tienen el negocio; un asunto que se enlaza a la disputa por la territorialidad.

La génesis de esa situación se remonta al momento en que tumbaron el cerro vecino, donde se asentaban y demolieron las casas de la gente que vivía allá. Los pobladores se reubicaron en un terreno contiguo al barrio Las Colinas, separados de ellos por un canal de aguas. Esa frontera se volvió un filo por el cual se desliza, hacia uno y otro lado, una incontrolable violencia: la incursión de unos vendedores de droga en el territorio controlado por otros desató una lucha que involucró a las dos comunidades. Todos, hasta las señoras —las mismas mamás— estaban dispuestos a atacar a la gente del otro barrio y era tan álgida la tensión que de uno a otro lado se tiraban piedras, y a veces las discusiones se zanjaban a machetazos.

Los pequeños han crecido viendo grupos de jóvenes con machete en la mano, dispuestos a pelear, y a su manera, los imitan. En la sede una de las situaciones más difíciles es mediar la agresividad desbordante. Al principio, se mordían, se golpeaban entre ellos, como si, de un modo inconsciente, esa conducta fuera una forma de participar de lo común, de estar en lo mismo que los demás...

A los pequeños —que están allí, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde— Martha, la coordinadora, se dedicó a enseñarles antes que nada a perdirse disculpas, a abrazarse, a cuidar unos de otros. Muchos, ni siquiera estaban acostumbrados a saludar... Ella sonríe cuando reconoce que sí, que los niños han respondido, incluso con mayor rapidez de lo que hubieran imaginado: "Allá hay unos que no quieren irse —cuando dice esto su expresión se vuelve abierta risa—; es increíble, los domingos le preguntan a las mamás si no los van a llevar al CICAN."

Los lunes en la sede están dedicados a la percusión, y los viernes al deporte, sobre todo al microfútbol. Desde que Benposta tiene a su cargo la administración el cambio en el entorno se ha notado. Con los muchachos grandes que merodean la sede y a veces se enfrentan en sus inmediaciones, la coordinadora ha recurrido a otra táctica: "Ey, ¿quieren un balón o entrar al parque? Vengan más bien y juegan aquí", les propuso un día en medio de una escaramuza. El grupo de los chicos —que estaba boleando piedra— aceptó la invitación y lo inesperado ocurrió: se entusiasmaron en el juego y se olvidaron de pelear.

Aun cuando la guerra entre los barrios no ha terminado, la sede se ha convertido en un territorio informal de paz. Al sitio lo respetan y acuden niños de uno y otro lado del caño como a un espacio neutral. A veces los pequeños se aterrorizan cuando afuera ven esas peleas con piedras y machetes. Hablan y dibujan lo que ven, las historias del señor al que le cogieron 120 puntos, los relatos de otras escaramuzas menores, pero no menos graves en sus efectos.

No obstante que cruzar el umbral de la sede equivale a poner en paréntesis esa manera, cada tarde los niños y las niñas regresan a sus casa donde el medio no ayuda. Ya es algo, sin embargo, que en el centro manejado por Benposta hagan caso omiso sobre de qué lado son los que están, pues allá asisten habitantes de los dos barrios. Algo —nunca tanto como se desea— es lo que se ha hecho y lo que se ha aportado...

Cuando empezaron la administración el choque fue fuerte, porque antes de la llegada de Benposta era la comunidad la que manejaba el centro y sin importar que fuera un caos decían que era de ellos,

[55] Expendedores de droga.

y temían que el cambio iba a implicar botar todo el personal, que iban a llegar a "¡mandar, así!, como si la filosofía de Benposta no partiera de la democracia", comenta la coordinadora. Luego, poco a poco, se dieron cuenta de que era otro el estilo de trabajo que comenzaba y ahora hay padres y madres vinculados y comprometidos con el esfuerzo. Algunas mujeres del barrio colaboran con los niños de uno o dos años de la guardería, dándoles la comida, ayudándolos a dormir, mientras los hombres construyen un kiosco de palma, un lugar más fresco, para ampliar el espacio.

Algo marcó la visión de Martha, la coordinadora, sobre el papel de Benposta en el barrio: la historia de un muchacho que estaba hundido en el mundo de la droga y de las bandas que atracan en el barrio. A menudo, merodeaba la sede atraído por los tambores: "la percusión es un gancho que llama a los jóvenes de un modo más fuerte que cualquier idea". Todos los días iba, se asomaba, daba vueltas en torno de los músicos, y era evidente que quería estar ahí, pero nunca decía nada. Un día, Martha, que ya lo tenía bien identificado, le dijo:

—¿Te interesa?— Alcanzó a dudar si formularle o no la pregunta porque la sede adelanta un trabajo fuerte de prevención, pero no maneja tratamientos para salir de la adicción.
—Sí, seño[56]... ¿yo no puedo entrar al grupo de jóvenes?— Él sabía que para aprender percusión debía vincularse a un grupo formativo.
—Claro, ¿quieres?— le respondió Martha.

El dijo "sí" y ese sí fue "una cosa grandísima", porque durante esa semana comenzó a dar un viraje en sus actitudes y la coordinadora sintió hasta qué punto estaba acercándose a una alternativa. Una semana después mataron en el Robinson Pitalúa a tres muchachos y entre ellos cayó él. Fue doloroso, como si segaran de un tajo la promesa de algo hermoso y naciente, pero ella sintió el alivio de haberle hecho distintos los siete últimos días de su vida. "¿Qué tal que yo le hubiera dicho: «No puedes entrar»? Hubiera sido como si lo hubiera matado yo...".

Después hubo una experiencia distinta con un muchacho "que también estaba en la droga" y comenzó a asistir a las reuniones formativas para hacer parte del grupo de percusión, pero un día no volvió. La coordinadora lo notó como al mes, cuando vio que no entraba a la clase de tambor y lo observó parado y quieto, allá afuera de la sede. Pensó que se le había hecho tarde. Se acercó a hablarle y al fin él le confesó que no había vuelto pues se aburría en las reuniones, sobre todo porque no le gustaban las dinámicas y había preferido no volver a la percusión. Ella se quedó pensando, porque la norma es ésa. Hubo una pausa y en ese segundo le pareció ver el rostro de los últimos días del muchacho que había muerto y le cruzó el panorama del barrio donde por falta de plata hay cantidades de jóvenes que no estudian y tampoco consiguen trabajo... Tomó una decisión instantánea y le dijo que hablaría con el mantenedor y con el profesor de percusión para que asistiera a las reuniones, pero lo eximieran de participar en las dinámicas. Así podría tomar de nuevo las clases de percusión.

—¿De verdad seño, puedo hacer así?

Así lo hicieron y en él algo distinto ha comenzado a fortalecerse. Empezó a trabajar en el mercado vendiendo fruta y verdura y ahora trae dinero para la casa, y participa no sólo en percusión, sino en otras actividades con los demás.

Ese aprendizaje que lleva a flexibilizar las reglas a veces se cumple en otros órdenes: por ejemplo, acaban de incluir cinco niños más grandecitos en el almuerzo al que sólo tienen derecho los de la guardería. No es fácil saber qué hacer, cuando algunos de los mayores los miran en el comedor y

[56] Modismo para decir "señorita".

preguntan: “¿No será que podemos almorzar? Es que en la casa a veces no hay”. Es algo que “marca hondo" y mueve adentro la necesidad de luchar porque sea posible ampliar la cobertura que dan en alimentación para los niños.

De todos modos, saber que a veces la sede abre una puerta en una vida es suficiente mientras tanto. Y tal vez, el camino para los pequeñitos que hacen parte de los semilleros, que han aprendido a no morderse, a disculparse, sea distinto. “Yo siento mucha...esperanza”, concluye Martha.

Cuando Luz Elena soñaba en fundar la sede con la premura de sentir que las urgencias de la gente no daban espera, creía que bastaba estar allá, en los comienzos de Cantaclaro para evitar que llegaran a la drogadicción, o a las pandillas; ahora sabe que es casi un imposible eliminar del todo esas sombras que acechan en las duras condiciones en las cuales crecen los adolescentes. *Nosotros hemos tenido muchachos que se nos han escapado de la red: nos los han arrebatado las pandillas, la droga, la guerra, la muerte violenta y todo eso nos duele. Llega un momento en que tienes que ser consciente de que no eres la panacea de todo, aunque hasta donde podemos hacemos lo imposible para que un muchacho no se pierda así.*

Hay jóvenes, de una misma familia, que toman opciones distintas. Algunos se van y luego acaban “por ahí, mal”, sin que importe cuánto esfuerzo se ha puesto en convencerlos de que persistan en el empeño de salir adelante; otros, en cambio, llegan y se integran con una gana y un entusiasmo que supera lo esperado. La clave está en que los muchachos que han logrado una estabilidad en sus vidas, se comprometan con fuerza en la creación de proyectos para otros jóvenes. “Las ideas así no se mueren, siempre que tengan una oportunidad de realizarlas, pero deben partir de ellos”, afirma Luz Elena.

Las cuestiones son muy complejas y exigen una continua flexibilidad. A veces tal vez hemos sido demasiado flexibles con los muchachos, pero hay experiencias que nos han marcado ese camino. Por ejemplo, está la historia de el alcalde que hoy dirige la comunidad de Benposta en Cantaclaro: hace ocho años era un parásito, sí, una oveja descarriada, era terrible, y estaba en la dirección de convertirse en un delincuente, en un desadaptado; sin embargo, entró en la comunidad. No fue fácil: nos costó, varias veces lo expulsamos, lo sacábamos, volvía, teníamos paciencia y de nuevo recomenzábamos... En este momento es una persona líder y es alguien que defiende a la comunidad y a Benposta como a su vida, sí. Y hoy yo tengo la tranquilidad que no tenía hace cinco años de poder decir que si me quiero ir a otro lado, ya he dejado una semilla que puede crecer y fructificar sin mí.

Lo que ahora tenemos en cada punto de trabajo en Córdoba es un sueño con el que partimos de Villavicencio y que concretaron las muchachas que salieron de aquí y ayudaron a formar a los jóvenes que ahora dirigen y coordinan los proyectos. A ningún niño le regalamos nada. Lo que reciben se lo ganan: participando o aportando, comprometiéndose, solidarizándose con los otros...

Cuando Luz Elena piensa en cada una de las sedes no oculta el orgullo que le da saber que todo este trabajo fue sembrado por un grupo de mujeres. *Este mundo lo construimos las mujeres, aunque también han participado los hombres. Cuando me pongo a hacer el inventario de todo lo que hacemos desde Benposta me parece como una locura por todo ese correr de un lado a otro: que vaya para Puerto Libertador, que vaya para Tierra Alta, que vaya para Casa Finca o Nuevo Horizonte, que vaya para el CICAN, que venga que la Esperanza, que corra a Cantaclaro... Pero donde vemos —dice Luz Elena— que hay empeño en la gente, que hay sueños, ganas de hacer las cosas, nos le medimos a la apuesta de aportar algo al país.*

En todo caso, si hay más de mil muchachos y muchachas que están formándose para ayudar a reconstruirlo, y aprenden a aferrarse a esa salvaje esperanza que tiene raíces de piedra en el alma de Luz Elena, fue porque un día, esta "mujer entera", como dirían los indígenas del país, capaz de "llegar lejos", como auguraba su abuelo, salió con un grupo de jovencitas, que no sobrepasaban los quince años —movida por el sueño de un sacerdote que buscaba una tierra tierna para los más débiles y pequeños— y juntas sembraron más que una posibilidad: fundaron un mundo que hoy multiplica sus ramificaciones en las tierras de Córdoba.

"..... yo nací con el cuerpo suelto"

"YO NACÍ CON EL CUERPO SUELTO"

"Hay un gesto en mi cuerpo
Y un tono en mi voz que lo dirán todo".
León Felipe

Tal vez porque nació con el cuerpo suelto, Arnulfo, que creció con la comida atragantada por la violencia de su casa, y llegó a sentir que era mejor estar muerto que volver a ella, pudo guardar siempre en el rostro la sonrisa ancha, mantener la espalda espigada y sostener el ritmo de la danza que da sentido a sus días. Quien lo ve bailar entiende que lo sostiene una fuerza a la que no es ajena la ligereza. Haberla encontrado fue un largo proceso que comenzó en Benposta, donde halló otra familia y la risa que se le había perdido.

Yo nací con el cuerpo suelto. Eso es así: apenas suena la música, la primera vez que uno recuerda que la oyó, el cuerpo se mueve solo, se mueve con ritmo y entonces uno dice: "Mi cuerpo nació para la música". Eso me pasó a mí. Cuando empezaron en Benposta lo de la percusión fue algo impresionante. Yo oía los tambores sonando y se me movían los pies solitos, y apenas empecé a tocar los profesores se quedaban aterrados: tenía el ritmo dentro de mí, y al final de ese año sentía más dentro que nadie la percusión... La gaita nunca la aprendí a tocar porque exige mucho pulmón, pero nadie tocaba como yo la tambora: era el único que a puro oído la tocaba, al principio me ponía a ver cuántos toques hacia arriba y cuántos hacia abajo hacía el profesor y ya después se me despertó el oído y yo le decía al profesor: "Toque", y oyéndolo le cogía el sonido.

Todavía no sabía bailar, no así profesionalmente, no tenía el dominio perfecto, pero aprendí lo que me enseñó esa mujer, la maestra de Benposta, porque uno no nace aprendido. Hay que esforzarse aunque al cuerpo le baste escuchar para moverse. A mí se me despertaron las ganas de ser bailarín. Aquí me dieron la percusión y la danza y yo aprendí algo, mejor dicho hartico, incluso estuve participando en las danzas de Benposta Bogotá, pero me aburrió el frío y me devolví y seguí bailando acá.

Me acuerdo que había también una morenita que tenía el cuerpo suelto como yo y nosotros siempre bailábamos. Cada vez que íbamos a hacer danzas ella me cogía a mí y como cuatro muchachas se peleaban porque yo fuera su pareja, pero yo siempre bailaba con ella. Nos veíamos muy bien porque cuando dos personas se mueven bien y acompasadas es genial. Hicimos una presentación y nos grabaron para televisión, y primero salía una toma en la que estábamos bailando, y luego otra en la que yo tocaba la tambora. Eran unas periodistas que estaban haciendo un reportaje de la parte artística de Benposta. Y cuando me vi en televisión yo me arrodillaba, me echaba la bendición y hasta los grandes, ¡Uy vea que salió en televisión!, y por un tiempo yo fui el rey.

La primera presentación de percusión que hice fue en Benposta para los padres de familia y fue algo muy especial porque uno sabe cuando hace algo bien y en ese tiempo todos le pusimos voluntad. Había un muchacho de Bogotá que estaba en las danzas con Miguel Mahecha y yo lo admiraba mucho porque él se movía como un garabato y siempre me acuerdo el momento en que me dijo: "Felicitaciones porque lo hiciste bien". Yo veía que la gente pedía las presentaciones de danza de

Benposta y ahí sí empezó a gustarme más el baile. Luego se fueron acabando las danzas, se fueron acabando. No sé por qué. Lo que trabajábamos era danza moderna contemporánea: reggae, mambo, salsa, merengue, pachanga... Nuestras coreografías eran tan buenas que Ecopetrol[57] nos contrataba para sus eventos con los empleados y siempre que íbamos lo hacíamos con mucha voluntad, algunos sentían nervios, pero a mí me daba era emoción. Yo soy muy seguro en la danza, aunque claro, me he perdido en las coreografías, pero no se me nota porque yo me quedo parado un segundo y de una vez me acuerdo. Y también sé improvisar.

Aunque aquí empezó todo para mí, donde me di cuenta que podía ser bailarín fue afuera, cuando por mis propios medios empecé a ir a seminarios, a congresos, a formarme más. El primer congreso fue en Bogotá, en el Centro de Convenciones y fui por invitación de Willington, un compañero que también estudió en Benposta. El trabajaba con los aeróbicos y tenía una ficha, un cupo de sobra para ir. Yo tenía pereza, pero fui y resultó: allá estaba uno de los coreógrafos de Michael Jackson y nos enseñó la técnica que manejaba. Con él aprendí a trabajar la música en bits, por tiempo; porque cada ritmo tiene sus bits: el trance tiene ocho y dentro de esos ocho es que toca manejar los pasos; la música hip hop tiene cuatro y el merengue tres. Hay otros ritmos que se desprenden de éstos, como el tecno que también tiene cuatro. Trabajar la música por bits hace más fácil el trabajo del bailarín porque al contar los pasos en tres, cuatro, u ocho, no se pierde en ninguna coreografía. Pero es algo más que estar contando porque hay un punto en que el pensamiento se borra, como si el cuerpo contara solo, como si la música la estuviera creando con el movimiento.

En ese congreso había muchos instructores, coreógrafos de todo el país, y fue una oportunidad: estar ahí aprendiendo, sin pagar, con uno de los mejore; un maestro de esos ritmos que se bailan de abajo arriba: empezando por los pies y terminando con las manos. Claro que también me gusta el baile que incorpora figuras, estilo Chayane. Él y Jackson manejan ritmos que le llegan a cualquiera. Les admiro la capacidad de manejar una vida tan agitada y seguir haciendo un trabajo muy bueno, un trabajo que exige mucha disciplina y estar seguro de buscar lo mejor. De pronto es lo que yo he intentado: hacer las cosas bien. Para mí, en gran parte es cuestión de constancia, porque la constancia lo hace a uno hábil.

Pensé que por lo menos iba a tener comida

Tenía siete años cuando entré a Benposta. Antes vivía con Amanda, mi mamá. Ella es de Villavicencio, mi papá de Bogotá, pero no lo tengo casi presente, sólo me acuerdo que en un tiempo vivían juntos. Yo soy el mayor. Tengo un hermano y una hermana. De mi infancia lo que más recuerdo es que yo veía que ella hacía cosas que no tenían sentido, como dejarnos el almuerzo tapado y nosotros con hambre y no lo podíamos comer. Nos quedábamos solos todo el día en la casa y ella llegaba y si habíamos comido algo decía: "¿Quién goloseó la comida?", y como a mí no me gustaba que le pegara a mi hermano menor yo era el que respondía, el que ponía la cola.

Mi mamá volvía del trabajo y miraba siempre las ollas a ver qué le habíamos cogido. De tanto pegarnos nos acostumbró a no comer nada. Una vez me amarró de los pies, me colgó y me quemó las manos. Yo tenía como siete añitos. Me colgó del techo, con la cabeza para abajo, me dijo: "Para que aprenda a no coger la comida", y se fue a la estufa, que era de esas de petróleo que tenía unas mechas para encender y las prendió y me las puso en las manos. No me hizo ronchas ni nada, pero el miedo y el dolor... Fue algo brutal. Eso no lo puedo olvidar.

[57] Empresa Colombiana de Petróleo.

Yo nunca supe en qué trabajaba ella. Se salía, nos dejaba encerrados y de ahí para allá no sabíamos nada. Yo me cuidaba a mi mismo y a mis dos hermanos. La niña era una bebé, se hacía en los pañales y duraba así todo el día. Yo a veces le quitaba eso y la dejaba así sin nada y la cobijaba. Ella no lloraba, antes se reía porque nosotros éramos siempre haciéndole el juego.

Un día mi mamá había dejado un pollo, arroz y sopa y nosotros con ese filo,[58] eso era impresionante y mi hermanita lloraba y yo también como que lloraba, no tanto por el hambre sino por la angustia de ver que ella tenía hambre. Lo único que podía hacer era darle tetero. Yo miraba cómo mi mamá lo hacía y le preparaba el tetero. No sabía ni cómo quedaba, pero lo importante era que se lo tomara y dejara de llorar. Esa vez del pollo ella nos dejó antes del medio día y llegó por la mañana del otro día y en toda la noche no estuvo; entonces se dañó la comida y comenzó a oler mal. Cuando volvió destapó la olla y dijo: "Ustedes ¿por qué no han comido?", y nos iba a pegar también. Entonces yo pensé: "Pero esta señora qué quiere pues, si comemos nos pega, y si no, también", y no me dejé y me escapé de la casa.

Me salí, me dio hambre, y frío y a la noche volví a la casa... Cuando regresé mi mamá me recibió bien. Al tiempo nos metió en el jardín del Gobierno y entonces yo le expliqué mi caso a la señora del Bienestar, y no sé cómo lo tomó, pero lo cierto es que ella decidió que me desapareciera de la casa, que no volviera. Me alivió por mí, pero me dolió por mis hermanitos, porque ellos sí se quedaban y no los iba a ver más.

Primero me mandaron a la casa de una señora que me dio mucho afecto y yo le tomé también cariño, pero después de un tiempo ella decidió devolverme al Bienestar Familiar, y yo no entendía por qué. De allá me consiguieron el cupo en el sitio donde ahora queda Benposta, pero en ese tiempo funcionaba era Nuestra Casa y yo me escapé. Eso era un desorden, era horrible, ahí había gamines y a mí me dio impresión porque siempre le he tenido miedo a la violencia. Entonces volví otra vez donde la señora, y ella no me recibió. Me dijo que el esposo no quería que yo estuviera ahí, que había comenzado a pelear con él. "Usted se dedica mucho a ese niño —le decía— y eso no me gusta". Me tocó aceptar que no me podía recibir.

Eso fue un golpe durísimo. Cuando ella cerró la puerta yo anduve como hasta la vuelta de la esquina y me quedé tirado en un andén llorando. Yo decía muy adentro de mí: "Yo a mi casa, donde mi mama, no vuelvo, primero me muero". Porque yo sabía lo que me esperaba. Ya llevaba no sé cuánto tiempo llorando cuando otra señora se me acercó, me preguntó: "¿Qué pasa?", y yo le conté todo y ella me dijo: "Si quiere lo organizo acá, yo tengo hartos hijos, pero donde come uno comemos todos". A mí me dio mucha alegría de ver que alguien me había recibido en su casa. Ella tenía siete hijos y vivía sin marido, pero luchó conmigo bastante tiempito, como cinco meses, y me trató como a uno de sus hijos y ahora todos los muchachos tienen carreras, o están en el Ejército, y las tres hijas mujeres son madres de hogar.

A pesar de que ella compartía todo yo aguantaba hambre y cuando eso me pasaba me sentía muy mal; entonces yo me salí como escapado y me fui al Bienestar y de ahí me trajeron a Benposta que ya era Benposta, pero yo no sabía. Llevaba un mes de haber comenzado a funcionar. Yo había vuelto al mismo sitio resignado, yo dije: "Por lo menos allá me dan comida"; pero cuando entré encontré gente distinta y yo, ¿Aquí qué pasó?, Y de una vez comenzaron a tratarme como si fuera un hermano de ellos y me decían: "Vamos por aquí y conoce la casa y nosotros llevamos tanto tiempo aquí...", cosas así.

[58] En el contexto "filo" se utiliza como hambre.

También vi otros niños que venían del Bienestar Familiar, entonces yo me dije: "Pues si ellos están yo también puedo estar aquí", y ya después de dos semanas no me quería ir, aunque yo era muy agresivo. Al principio me acordaba de mis hermanos, pero poco a poco me fui olvidando porque aquí es como encontrar otra familia, y yo me hice a la idea de que los otros muchachos eran mi familia.

Un día fui con Josué a buscar a mi mamá y en el barrio me dijeron: "No, ellos se trastearon". Yo dije: "Bueno, ya no más". Ella era muy brutal para pegarnos y yo le tenía miedo. Lo cierto es que cuando volví ya me había hecho a mi familia de Benposta y me sentí bien de seguir mi vida acá. Empecé a estudiar y para mí eso fue muy emocionante.

Ella nunca me hizo sentir miedo

En ese tiempo era Luz Elena la que daba las clases. Ella nos llevaba al frente de las montañas, nos enseñaba los números, muñecos, títeres, teatro, expresión corporal... Prácticamente mi educación de niño se la debo a ella. Yo era muy juicioso en el estudio y ella me consentía, a mí alguien me tocaba y ella, ahí mismo: "¿Qué pasó con mi Nelito?". A lo último, yo me sentía protegido y la sentía como mi mamá y sentía que alguien estaba conmigo. Ella siempre estuvo pendiente de mis cosas, de si me hacía falta ropa o lo que fuera.

Una vez encontré unas pilas y un bombillo y las metí en una guadua de bambú. Encajaron perfectamente. Conseguí un cable y conecté todo y la linterna alumbraba y a todo el que veía lo encandelillaba. Hice lo mismo con Luz Elena y ella lo tomó bien, tanto que de ahí surgió la idea de hacer un taller donde empezamos a hacer inventos, manualidades y eso era parte de la escuela y ella decía: "El negrito hizo una linterna y la mostraba". Y ahí yo le cogí un poco más de seriedad al estudio y ya me sacaba toda la parte artística, lectura, comprensión, sociales y matemáticas, siempre estaba entre los seis primeros, pero también entre los más casposos, entonces era algo controvertido.

Yo digo que cuando uno está pasando por una etapa de esas lo mejor que pueden hacer es educarlo, porque cuando una persona es así como era yo, agresivo y activo en ciertas actitudes, hay que dejar que uno siga. Es que si Luz Elena me hubiera impedido muchas cosas de las que yo hice no sería lo que soy porque de pronto hubiera sentido un cierto miedo o inseguridad. Ella nunca me hizo sentir miedo y yo digo que es algo que siempre se debería recordar, que si alguien que les está enseñando a los muchachos les impone miedo no van a aprender mucho y lo que van a aprender se les va a olvidar.

Una vez yo me escapé por agresivo, porque le había pegado a otro muchacho, a Mono, que era pilísimo y juicíosisimo, lo más disciplinado. Él fue alcalde como tres veces. La verdad es que yo le tomaba mucho del pelo y él me pegó una vez que lo estaba molestando y yo le devolví y decidí irme porque odiaba los golpes. Ya iba casi en el Danubio, a un par de kilómetros, y Luz Elena salió en una monareta, se fue por mí, y me recogió y dijo: "Venga negrito, no se vaya". Y yo, como si la pelea fuera con ella, seguía andando sin mirarla, hasta que vi que se estaba cansando de rogarme y dije: "Yo como que mejor me voy con ella". Estaba contento de que me hubiera ido a buscar. Cuando llegué eso fue una recocha,[59] que yo lo que quería era montar en cicla y me sacaron la risa porque en ese momento no la tenía.

Todo el tiempo vivíamos jugando con los otros muchachos y formábamos nuestras aventuras con los juegos. Claro que en esa época también tocaba trabajar mucho. Macheteábamos y el pasto era

[59] Tomadura de pelo.

dos o tres veces más grande que nosotros y había nidos de avispas, y curies, conejos, culebras... Me acuerdo mucho que una vez estaba macheteando cuando yo vi algo negro por allá y yo sabía que era un nido de avispas y yo le dije a mi compañero: "Oye, yo estoy cansado, dale tú". Y él cogió la peinilla y alborotó el avispero y le quedó la cara hinchada y claro que me entró remordimiento, pero después nos daba risa, es que él tampoco era un angelito, era "malvadoso".

Yo estuve entrenando para el circo, pero no pude salir del país porque no tenía papeles y Bienestar no se responsabilizaba de que yo saliera. De todos modos, aprendí mucho la teoría de la gimnasia, de los saltos y figuras. Cuando se fueron no sentía envidia, sino tristeza porque las "joyitas" de mis compañeros se iban y siempre habíamos estado juntos desde pequeños. Mi mejor amigo era David Ferro. Juntos nos habíamos formado aquí. Hicimos una base fuerte: si se metían con él era conmigo y lo mismo si se metían conmigo. Lo veía como un hermano: yo no sabía ni dónde andaba el mío.

Al fin me tocó hacerme responsable porque tocaba hacerse responsable. En el 93 llegué a ser alcalde de la comunidad y para eso uno tiene que ser un buen compañero, no ser agresivo... Es que mi vida fue cambiando mucho. El ser así, noble, fue como llegando, y también me lo propuse. Empecé a tener una actitud responsable. A los 17 años fue cuando me eligieron alcalde, aunque no duré sino 18 meses. Yo le había demostrado a la comunidad lo que podía ser cuando saqué los dos cursos en un año y además, empecé a desempeñarme bien en los cargos de la comunidad. Tuve cargo recreativos, y también estuve al frente de Armonía y Convivencia.[60] Parecía lejísimos ese día que Josué[61] me había castigado solo, al lado de los tanques de agua, de las siete de la mañana a las ocho de la noche, y que yo miraba a los otros comiendo naranjas jugosas y yo castigado, pensando que eso me pasaba por pícaro.

Por las tardes yo estaba en deportes, era atleta. Acá también era muy fuerte el deporte. Nos incentivaban mucho y cuando yo estuve en los departamentales en los 400 metros me llevé las finales, y llegué entre los primeros en los 100 metros. Llegué a la Liga del Meta porque al fin impuse una marca departamental en los concursos de intercolegiados, pero no llegué a la Liga Nacional de Atletismo. Es que en ese tiempo me entró como algo que me hizo decidirme a ir a buscar a mi familia, salir, dejar Benposta. Ya llevaba noveno por la mitad cuando me retiré de aquí.

La Búsqueda

Yo empecé a pensar en mi familia desde una vez que estaba en la Liga del Meta y vi que a un señor le decían "Tocayo", que es como un apodo muy propio que le tenían a un tío y entonces yo lo llamé: "Tocayo", y cuando él volteó a mirar yo me dije: "Así era Tocayo", pero me hice el loco en ese momento.

Luego una vez yo estaba en una tienda y allá había un muchacho morenito atendiendo y nos hicimos amigos. Él no era de Benposta, sino que trabajaba en la fábrica de grasa. Empezamos a recochar y él me comenzó a invitar a fiestas. Yo salía con más facilidad porque era el alcalde. Era como una etapa que estaba viviendo. Empecé a sentir la libertad y digamos que un poquito de libertinaje y entonces, de vez en cuando, me volaba a las fiestas.

Una vez fui a una fiesta en la casa de él. La puerta estaba abierta y yo vi pasar por el frente a Tocayo, y él dijo: "Ahí va Tocayo" y entonces yo pensé: "¿Cómo así que este man[62] conoce a Tocayo?", y yo le pregunté que por qué lo conocía y empecé a decirme, ¿Le cuento la historia o no se la cuento?. Y de una comencé: "Lo que pasa es que yo llevo mi familia perdida como 12 años y la

[60] Una de las áreas en las que están distribuidas las funciones de los diputados de la Junta de Gobierno de Benposta.
[61] Antiguo representante de los niños.
[62] Hombre.

verdad fue que yo me escapé de la casa". Así le fue contando que desde ese tiempo no sabía nada de mis dos hermanos y que yo quería buscarlos, y él me dijo: "Ése Tocayo es el tío mío...", y yo: "¿Cómo?", pero lo cierto es que ese día no le comenté que también era mi tío. El me preguntó por qué le estaba averiguando por Tocayo, pero yo no le dije nada.

Lo cierto fue que después nos invitó a otra fiesta y apenas llegué le dije: "Marcos, venga, ¿usted sabe dónde vive Tocayo?". Me dijo: "Sí, él vive aquí a la vuelta", y me llevó a la casa. Cuando estábamos llegando ahí sí me preguntó que cual era la curiosidad de conocerlo. Fue cuando le dije: "Es que él es mi tío también", y él: "¡Usted es el hijo de Amanda! ¡Entonces usted es el mismo Arnulfo!", y yo le dije: "Sí". Éramos primos.

Al tío le dio alegría y lloraba porque me había encontrado, decía que esa Amanda me había buscado, pero que sí, que ella era muy sobada, que andaba viviendo en Cali, pero que nos fuéramos a la casa de mi abuelita al otro día. Yo me puse nervioso cuando iba hacia la casa, era en un barrio que queda al pie del Popular. Al fin llegamos. Yo golpeé en la puerta y me abrió una sardina, me miró y me dijo, "¿A quién necesita?", y yo: "¿Esta es la casa de la familia de Amanda?", y ella me dijo: "Sí". Y yo: "Lo que pasa es que vengo buscando a mi mamá". ¿Cómo así que a su mamá?, preguntó como si no entendiera. Yo dije: "Es que yo soy Arnulfo". Ella se quedó mirándome y lo único que se le ocurrió decir fue: "¿Arnulfo? ¡Tan grandote!". Pero ella no era mi hermanita, era una tía, y mis hermanos no estaban allá en ese momento. Me dolía no encontrarlos aunque vi a mis otros tíos y a mi abuelita y se pusieron a llorar y me averiguaron toda la vida, y ahí, con esa emoción, fue que me decidí salirme de Benposta. Ese día me quedé en la casa de ellos y al otro día me vi con Camilo[63] y yo le dije que me retiraba y él: "Piénselo más"... Pero yo en ese momento ya no pensaba para nada en Benposta.

Es que al fin había visto a mi hermano que llegó al rato a la casa de mi tía y llorábamos, nos reíamos de la emoción. Nos contamos todo y supe que esta era la hora que ellos no tenían estudio. Mi hermana se quedó con quinto de primaria, y yo pensaba: "Mi mamá, ¿qué hizo?". Y era raro porque cuando estaba pensando que quería irme, al mismo tiempo comprendía que ellos no habían tenido la misma oportunidad que yo. Mi mamá y mi hermana ya saben que yo aparecí. Ya les escribí a Cali. Todavía yo siento como un rencor, pero no se lo expreso a ella, aunque he aprendido a perdonarla, pero a uno le queda como la huella. Sin embargo, cuando le escribo lo hago como a una madre porque de todas maneras ella es mi mamá y todos tenemos errores y podemos cambiar. Sé que tengo que ir a verla un día.

Bueno, ese día mi hermano me invitó a almorzar, él estaba trabajando en un taller de mecánica, nos acordábamos de cuando niños, me decía que él se había sentido muy solo sin mí, bueno, me propuso que nos fuéramos a vivir juntos, pero la cosa fue que encontré más y más primos y todos me invitaban y empecé a meterme tanto en lo de la rumba, que no sólo se me olvidó Benposta, sino lo de la Liga.

Todo se me volvió trago venteado, no volví a ensayar atletismo, aunque yo sí sigo corriendo, pero por ahí, no en una maratón, porque todo empezó a ser la rumba, sólo la rumba, aunque guardaba ciertos parámetros de Benposta, porque me alejaba de los amigos de mis primos que metían droga o hablaba con los que dejaban que se les hablara. Yo iba a rumbear solamente por divertirme y en ese momento era como salir de un encierro porque uno siempre lo siente cuando ha estado tanto tiempo interno.

[63] Camilo Mahecha, el actual representante de Benposta.

Empecé a trabajar en construcción con un primo que era un duro para eso, y yo no hacía nada, iba a mamar gallo, pero después si empecé a hacer el trabajo y llegaba con las manos vueltas nada y mi abuelita se preocupaba. Ya después me pusieron un trabajo de cobrador y duré cinco meses. Yo no sabía ni manejar cambios ni nada, pero aprendí rápido. El dueño del negocio me trataba con mucha sencillez, pero la cosa fue que la hija se enamoró de mí. Al principio yo ni la miraba porque le sentía mucho respeto. Yo tenía que recogerla y fui cogiéndole confianza y ella me pedía que le ayudara a hacer las tareas de décimo —cuando yo había interrumpido noveno— y entonces yo llegaba a la casa y me ponía a estudiar sólo por ayudarle. Le cogí mucho cariño, y al fin nos cuadramos, pero cuando el papá se dio cuenta me echó. Al principio nos seguimos viendo, pero yo veía que no despegaba por las rumbas y que del estudio nada y entonces fue cuando nos dejamos y yo decidí irme para Bogotá a la casa de Willington, uno de mis mejores amigos de Benposta.

Allá me recibieron como a un hijo hasta que al fin me fui a vivir solo y pude pagarme el Bachillerato. El primer trabajo que tuve que hacer era instalar tapetes en los apartamentos y aprendí así otro arte, pero no aguanté por el olor del bóxer con que se pegan en el suelo, no lo resistía: a lo último llegaba como trabado, con ganas de vomitar y sin deseo de comer. Me tocó salirme. Después me salió otro trabajo en un restaurante. Me levantaba a las cuatro de la mañana y no teníamos horario fijo. A veces salíamos a las seis o a las siete y yo entraba a estudiar a las seis treinta, volvía a la casa a las once de la noche y entonces me ponía a hacer trabajos, las tareas que nos dejaban. Era duro, pero me sentía progresando, que era un ideal que me había dejado Benposta, y me daba alegría y orgullo estar saliendo adelante, aunque todavía no estaba en lo mío.

Volviendo al cuerpo

Entonces fue cuando Willington me invitó al congreso y aprendí lo de los bits. Se me despertó de nuevo el baile, empecé a meterme solo a algunas discotecas a ver la gente que bailaba bien, los concursos, las coreografías, y comencé a practicar los pasos, luego las figuras y me entusiasmé con el cuento de las presentaciones. Decidí hacer un grupo con la técnica de los bits. Entonces ya había terminado bachillerato y me hacía retirado del restaurante. Estaba trabajando con Josué, el que era antes representante de Benposta, en un almacén, pues algunos de los compañeros resultaban allá y él nos dejaba tiempo para formar el grupo. Willington había hecho lo mismo con muchachos del mismo barrio y yo los apoyaba; me fui convirtiendo en alguien que les aconsejaba con una crítica constructiva, pero quería formar un grupo con mi propia propuesta.

Reuní amigos y no me importó que algunos fueran arrítmicos. Nos metimos a un concurso que había. Le pusimos "Éxodo" al grupo. Salimos a la primera presentación con ese nerviosismo y todos esperando a seguirme en lo que yo hiciera, pero el susto me ganó y me perdí en la coreografía y cuando vi todos estaban "desacompasados" y nos bajamos de esa tarima y todo el mundo ríase, y nosotros: "Bueno, para ser la primera vez...". Pero sabíamos que no habíamos hecho nada. La cosa fue que seguimos metiéndonos en otros concursos y practicando y en uno ya quedamos entre los finalistas y de ahí nos lanzamos a participar en un desafío que había entre las discotecas del sur de la ciudad.

La eliminación era entre los mejores grupos de la ciudad y dijimos: "Acá van a arrollar con nosotros", y empezamos: con la primera presentación pasamos a la otra ronda, en esa ganamos por coordinación y llegamos a la tercera que era ya la semifinal. La última etapa era en una discoteca que se llamaba Park Avenue y el premio era en plata y esa vez quedamos de cuartos; pero luego, este año, volvimos a concursar y, sí señor, empezó el concurso y también llegamos a las finales porque íbamos sacando a los otros grupos, teníamos buen vestuario, y a todos les ganábamos, y de pronto nos tocó con un grupo con el que siempre nos habíamos caído mal porque ellos eran muy

picados[64] y ellos tenían ahora un muchacho que era experto en taporela, en hacer figuras en el piso y tiraba pasos muy buenos.

Al final quedábamos sólo los dos grupos que no nos podíamos ver ni en pintura y el enfrentamiento fue duro. La gente no cabía y yo decidí decirles: "Que tengan suerte", y cada uno de los del grupo hizo lo mismo, y todos aterrados de ver eso. Bueno, el que estaba animando dijo: "Aquí tenemos los dos mejores grupos de Bogotá: Tribinela y Éxodo". Nos tocó de primeras, aunque siempre es mejor salir de últimas y toda la gente era dando vivas y cómo gritaban: "¡Éxodo, Éxodo!", y cuando salió el grupo de ellos, unas amigas que bailaban rap eran las únicas que les hacían barra. Nosotros éramos mucho más coordinados, pero el que sacaba la cara por el grupo de ellos era Ariel, el de la taporela. Aun así les ganamos y el jurado dijo: "El ganador es Éxodo", y empiezan ellos a gritar: "¡Rosca, rosca!", y qué rosca ni qué nada, si era el público el que definía y después dijeron que no iban a dejar la decisión en manos del público, sino de una persona experta y entonces dijeron que ganaba el otro grupo por Ariel. La cosa fue que al otro día me encontré con Ariel y nos pusimos a conversar y con él nunca nos hablábamos, pero de una me dijo: "Ustedes ganaron".

Ahora mi grupo está en Bogotá entrenando para otro concurso, para irnos dando a conocer, y la idea es que yo vaya a la final. Lo que ahora quiero es seguirme formando en la parte artística, en lo que son coreografías, enseñar a bailar. En todo esto tiene que ver el principio del liderazgo que nos formaron, porque para ser líder hay una espiritualidad que está en el actuar, en enderezar el camino. Hubo un momento en que me estaba perdiendo en la sola rumba y me empezó a faltar ese Dios. Yo le pedí y me ayudó, vi cómo me salía trabajo y trabajo. Yo me siento muy seguro de mi manera de enseñar. Es algo así: con el que no sabe yo me hago el que no sé mucho, y le voy dando mecanismos de cómo aprender. Un muchacho me dice: "No sé", y yo le respondo: "Yo tampoco, pero mire cómo lo hago, un-dos-tres-cuatro", y eso me funciona. Por ejemplo, en el colegio Camilo Cifuentes tocaba dejar al grupo en el primer lugar y lo logramos. Y con el grupo de otro colegio quedamos de segundos. Entonces yo digo que el método es bueno porque no soy de tipo de profesor que dice: "Hagan esto", sino: "Vamos a aprender juntos a hacerlo y el que no pueda, siga", y yo voy mirando y acompañándolo. Y entonces es cuando les pido que le metamos la gana. También voy manejándoles los genios, porque algunos son agresivos y otros vienen a ensayar contentos. Eso de los genios lo practiqué en la vida en comunidad porque aquí aprendemos a manejarlos mucho... No más con manejarme el mío ya fue mucho.

Izamos la bandera de Benposta

Llegué de nuevo acá a Benposta por el aniversario y entonces el colegio quería participar en un concurso de danza y de porra y yo me quedé un tiempo como voluntario para entrenarlos. El trabajo lo empezamos en agosto, con cuarenta personas, pero se sabía que no todos iban a quedar. Estaban aprendiendo expresión corporal, descubriendo cómo se maneja el cuerpo, los movimientos, mientras se iba viendo qué personas podían concursar, porque en última instancia hay que escoger. Aunque para mí cualquiera sirve porque todas las personas tenemos dentro la danza. Hay algunas arrítmicas, pero cuando uno aprende a verlas entonces se da cuenta de que saben manejar bien los movimientos. A veces los directores sólo ven la falta de ritmo y entonces dicen: "Ese no sirve", Pero no, no hay nadie que no pueda bailar.

Ser maestro es también darse cuenta de la danza que lleva cada uno dentro, tener esa capacidad de ver en una persona que no danza al ritmo que se busca en un momento, qué otra danza va con ella. Apenas uno ve cómo como se mueve sabe para qué sirve. Pero todos tenemos la danza, hay gente que puede armonizarse con todas y otros sólo con algunas.

[64] Creídos.

En las presentaciones yo no saco a nadie. Si yo veo a alguien arrítmico le digo, pero también, que eso no implica que se tenga que salir de los ensayos, sino que va a seguir un proceso más lento y que como para la presentación necesitamos prepararnos más rápidamente, tal vez no va a hacer parte del grupo elegido. De las 40 personas del grupo de danza de Benposta, todas se quedaron, ninguna se fue, aunque ya sabían quiénes eran las 23 escogidas. Un montaje surge viendo el proceso del grupo, explotando al máximo las posibilidades corporales que ya tienen y desarrollando movimientos a partir de los esquemas que uno conoce.

El grupo final de Benposta se presentó con un número de danza moderna. Participamos contra seis colegios a nivel departamental. El montaje no sólo era danza, sino teatro y lo grabamos en un video y lo logramos bien porque el que lo ve siente que es algo que le alimenta la vista. Quedamos en el primer lugar, y yo diría que ganábamos "a simple vista". Además quise ayudar a entrenar al grupo de porras. Logramos hacer buenos cortes coreográficos, y de figuras y gimnásticos. También fue algo muy bonito. Al final quedaron 28 mujeres y con ellas ensayamos cuatro días la presentación. Comenzamos a entrenar hasta que logramos presentar saltos con figuras. No fue fácil: tenía que estar cambiando esquemas porque era la primera vez que las niñas hacían porras y tampoco disponían de todo el tiempo porque tenían que hacer cosas dentro de la comunidad. Ellas pusieron todo el empeño, hicimos el montaje, pero yo me fui como dudoso al concurso.

Aunque yo estaba consciente de lo que nos faltaba, le daba ánimo a las niñas. Los antepenúltimos éramos los de Benposta. Empezamos a mirar grupo por grupo y entonces fue cuando les dije: "Vamos a ganar". Ellas empezaron a sentir mucha seguridad, y cuando salieron hicieron muy bien todo, aunque la última figura se cayó un poco. Era una pirámide de personas con tres en la base, dos en el medio y una chica arriba y a ella le dio cierto nerviosismo a la hora de escalar a todas y como se demoró más de lo previsto, las que tenían que estar a los lados se cansaron de hacer una silla y desbarataron muy rápido la figura. Yo le decía: "¡Sube, sube!"

El grupo que nos ganó sólo obtuvo tres décimas más que nosotros. La verdad, en esquema no eran mejores, pero sí nos superaron en la coordinación y eso hay que aceptarlo. El jurado nos felicitó por la creatividad en la presentación de danza. Había un cubano entre los jurados —yo le tengo mi respeto a los bailarines de Cuba— y oírlo me hizo sentir muy contento. De ese concurso intercolegiado salimos felices. Habíamos quedado de primeros en danza y de segundos en las porras, por lo que hicimos en equipo. Cuando izamos la bandera de Benposta todo el mundo gritaba y yo sentía que el empeño que habíamos puesto había valido la pena. A la gente que trabaja conmigo yo siempre les digo eso, que por más que uno no sepa, tiene que ser constante y entonces uno puede. Uno puede volver a coger el ritmo, hacer una pausa, acordarse de cómo es, estar pendiente de lo que sigue. Así pasa en las coreografías... y, pensándolo bien, también en la vida.

“.....una manera de vivir”

“Entro y dejo que el alma se me vaya
por la voz amorosa del racimo:
pisa mi corazón que ya es maduro”
Miguel Hernández.

Olga fue la primera niña de la región que entró a la sede de Villavicencio. Cuando llegó era introvertida, solitaria, silenciosa y aquí fue abriendo su alma, por primera vez, al milagro de la amistad. Floreció. Toda la fuerza acumulada cuando sólo jugaba a interminables carreras por las lomas porque no había a su lado ningún niño de su edad, se le volvió destreza para la danza y el circo. Se convirtió en una de las mejores, pero no se fue a España. Terminó en Montería donde completó una formación — dura y valiosa— que hoy le permite darle a sus hijos el hogar que ella habría soñado tener, y llevar a otras niñas esa manera de vivir que aprendió mientras crecía en Benposta.

La llegada

Olga llegó a Benposta como una niña delgadita, triste y avergonzada de no tener pelo. La mamá la había rapado. Le había dicho que a donde la iba llevar —ella no sabía bien a qué lugar— no podía ir con el pelo largo, pues se llenaría de piojos. Entonces ella, atisbando el patio inmenso, tenía pena de que la vieran todas las niñas que sí tenían cabello, y se tragaba las lágrimas, como se las había tragado mientras miraba esos mechones negros regados y quietos en el suelo del baño que quedaba en la parte de atrás de la casa que dejó sin que nunca la hubiera sentido realmente suya.

Ella había crecido “sola en una finca inmensa” a la que llegaban hombres contratados por horas durante temporadas —sin mujeres y sin niños— a cultivar la tierra y donde la única presencia femenina era la de Adela, su abuela, una mujer recia que vivía con un compañero menor que ella, capaz de poner orden en una escuadra de capataces. No jugaba con otros niños porque aún no iba a la escuela y las casas de la vereda eran muy distantes. Se la pasaba tirando piedras a los charcos, trepada en los árboles de guayaba o corriendo incansable de un lado a otro por las faldas de la loma que llevaba a la sencilla casa de madera donde la abuela cocinaba y comandaba un mundo de adultos que a ella le era ajeno.

A veces, correr le servía para escapar del rejo de arriar ganado con que la abuela la perseguía quejándose de su mal carácter, para pegarle por cosas que se borrarían de su mente, como si nunca hubiera sabido con exactitud por qué le iban a pegar. Con todo, el recuerdo más claro del amor cuando niña, sería el de esa mujer adusta que a veces, cuando estaba contenta, la sentaba en sus piernas. A su madre no la vio casi nunca durante sus primeros cinco años. Ella vivía con un nuevo compañero, un señor que estaba en la política y con el cual tenía otra hija.

Alguna vez la abuela le dio una explicación vaga sobre por qué su madre no la tenía con ella y eso le bastó porque no tenía su cabeza llena de pensamientos, ni de voces, sino de los sonidos de la montaña, del lejano murmullo de los hombres trabajando. De alguna manera, “se criaba sola” y sólo algunas raras veces pensaba en dónde estaría su mamá, pero nunca lo preguntó.

Cuando la mamá quedó en embarazo de su tercera hija la mandó a recoger. Ella no sabía si estar triste o contenta. Si alguna vez la mamá la acarició no lo recuerda y aunque entonces empezó a llamar papá al padre de sus dos hermanas y a sentarse en sus piernas, la mamá le prohibió que volviera a hacerlo porque "quería cuidarla" y ella nunca lo volvió a llamar así ni a dejar que la consintiera. Él era político para ese tiempo. Nunca supo qué problemas tendrían, pero los vio "como viviendo muy escondidos" y poco después de llegar a un lugar en Vista Hermosa, les dijeron que se vinieran a fundar un barrio en Villavicencio con la gente de la U.P. El padrastro, que era albañil y constructor, se fue apenas dejó medio arreglada la casa y no volvió. La mamá se quedó con las tres niñas sin tener cómo mantenerlas. Entonces de nuevo empezó una trashumancia que se prolongó durante cuatro años en casas de personas conocidas. Iba a cumplir nueve años cuando decidieron traerla a Benposta.

Ese día la mamá no le dijo casi nada: simplemente empacó su ropa, le cortó el cabello y la trajo a ese lugar a donde había creído que no se podía llegar con el pelo largo. Se le antojaba triste y el pecho le oprimía todo el camino de un modo creciente a medida que el carro se alejaba de Villavicencio y las casas se hacían cada vez más escasas. Ahora, desde adentro de la puerta de Benposta veía que las niñas jugaban a algo desconocido para ella, un juego que después, inexplicablemente, no volvería a ver, pero que se quedaría fijo en su memoria, como una súbita comprensión de que el más pequeño objeto era suficiente para divertirse junto a otros cuando se entraba en un mundo donde todos podían ser parte de lo mismo, y estar simplemente ahí, unidos en un espacio en el que no importaba porqué habían llegado ni nada distinto del hecho de convivir juntos.

Ya cerca del grupo comprendió que el juego consistía en que una niña lanzaba una piedra y las que le seguían debían tirar otra, lo más cerca posible de la primera, para ganar. Estaban tan concentradas que al principio casi no se dieron cuenta de su llegada. La dejaron observar, sin saber que en cada movimiento de una y otra piedra, la tristeza se iba diluyendo porque las sentía contentas, muy contentas, y se hizo aún más leve, cuando sin prestarle atención a su cabeza rapada, la llevaron al cuarto, le mostraron su cama y le hicieron sentir que de ahora en adelante estaría en un lugar que era su lugar.

Después ella recordaría que en Benposta le celebraron por primera vez un cumpleaños y que fue cogiendo "el hilo de la amistad", mientras comprendía que cada niña se sentía cercana de las otras y que sin darse cuenta en qué momento, ese hueco que traía en el pecho, se fue llenando de afecto mientras jugaba, molestaba y aprendía con sus nuevas compañeras y compañeros. No era una niña de un carácter suave, ni sonreía con la facilidad con que peleaba; sin embargo, sabía ser muy buena amiga y se dio cuenta de ello el día en que Luz Elena los puso como ejemplo de amistad a ella y a Miguel Pérez, un amiguito con el que se explicaban las lecciones, se defendían mutuamente y se perdonaban cada vez que se ponían bravos. Ese día comprendió que algo había cambiado en ella porque hasta entonces, durante los años de Villavicencio, siempre se había sentido apartada de los otros niños aunque entrara en sus juegos.

Así, Benposta se volvió para ella un espacio tan suyo que estaba dispuesta a defender su permanencia en él hasta el punto de patalear cuando en las vacaciones se tenía que ir. La casa a donde podía llegar era en cambio un lugar de castigos duros, de ausencias, donde volvía a arreciar la sensación de vacío en el pecho. Aunque al principio esperaba en Benposta la visita de la mamá cada quince días y se quedaba llorando, después ese tiempo se fue alargando y cuando finalmente ella llegaba le parecía que "se quedaba fría" y sentía que no le importaba como hija. Después Olga pedía que no la dejaran salir, pero igual, se tenía que ir para encontrarse en un hogar donde la mamá no permanecía, y a veces llevaba con ella a una de sus hermanas mientras la otra estaba donde una tía. Allá volvía a recobrar las imágenes del tiempo del barrio cuando pensaba que

mientras las dos hermanas que habían nacido eran muy unidas, ella era distinta, y a menudo recibía regaños o golpizas porque no estaba pendiente de ellas, porque no les daba bien los teteros o “hacía las cosas mal”. En las fotos de esa época después se quedaría mirando los rostros de cada una y vería que los de sus hermanas sonreían, pero el suyo guardaba mucha tristeza. Regresar a la comunidad fue siempre algo más feliz que estar allí.

Aprender sin miedo

Antes de Benposta, en el tiempo que vivió en Villavicencio, Olga estudió segundo de primaria. En el día y a veces durante períodos prolongados, no había nadie que la cuidara de un modo cercano, aunque ella y su hermana vivieran en la casa atendidas por otras personas cuando su mamá no estaba. Entonces, se pasaba las horas jugando a los soldados libertados en la calle y no hacía tareas. Cuando la mamá llegaba al fin, era una tortura saber que venía a revisarle los cuadernos, a encontrarse con las previas que perdía y a castigarla por sus resultados escolares. Una vez, el hallazgo de un cero en un examen de matemáticas se tradujo en un castigo tan fuerte que el dolor no se le pasaba, y no sabía ya bien si estaba localizado en alguna parte del cuerpo. A partir de ese día había empezado a sentir no sólo pereza sino miedo del estudio.

En Benposta se descubrió más tranquila, más libre, con menos dolor. Casi dejó de sentirlo. Una vez empezó a corretear en la clase de español que era al aire libre —porque seguía siendo necia— y apenas dio un salto se cayó y se golpeó el brazo contra una piedra. No supo por qué no sintió nada, ni siquiera cuando las otras niñas le dijeron que tenía el brazo partido. Sólo recuerda que no lloró y que en ese momento se sintió distinta de cuando era más pequeñita porque entonces tenía tanto llanto guardado que lloraba por cualquier cosa.

Ya se había acostumbrado a que aprender en Benposta era algo distinto a todo lo conocido. El primer día de clase no entendió por qué no le daban uniformes ni libros. Se sentó en un salón pintado de amarillo y Luz Elena le entregó un cuaderno y un lápiz y después los llevó a todos a buscar maticas, insectos para disecar y a dibujar. A partir de ahí empezó a sentir que las clases eran divertidas. Se sentaban bajo un árbol a estudiar, escuchaban lecturas y descansaban comiendo frutas o pintando las piedras. También aprendían a hacer mímica, a jugar baloncesto, a montar cicla, y a cultivar plantas en el vivero. La primaria pasó tan rápido que no supo a qué horas ya había terminado quinto. Tampoco volvió a tener una mala nota: su cuaderno de español fue escogido como uno de los más ordenados y durante muchos años estuvo guardado en la biblioteca de Benposta.

En cuanto a su experiencia de niña interna, ella tenía, de todos modos “su carácter”: era caprichosa y a veces la rebeldía le corría en las venas, pero se sentía querida y aguantaba cada vez mejor las reuniones que hacían en las noches para decirse los defectos y aprender a irlos corrigiendo. En ese tiempo había una especie de ficha de control en la que evaluaban el estudio, el cuidado en el aseo personal y la limpieza de la casa, y la manera de relacionarse con todos. Olga recordaba que hablaban de “recuperarse”, en lugar de “superarse”, pero que, sin importar la palabra que le dieran al intento de aprender a verse cada una a sí misma, empezaban a hacerlo con una tranquilidad ajena al temor o al castigo. Por supuesto, había sanciones, pero a menudo las fijaban de común acuerdo y las sentían justas. Así, descubrían cómo era posible convivir y cumplir los reglamentos de cada distrito sin el ojo vigilante de los adultos, con la sola responsabilidad de su niñez.

El amor protector lo encontraba en la figura de Luz Elena. Con ella se quedaban los sábados mirando televisión y disputando su abrazo. La veía llena de empuje y alegría, precediendo los paseos al monte o el baño de los domingos cuando ella misma se encargaba de enjabonar la cabeza de las más pequeñas. Olga sonríe aún hoy recordando que cuando casi no tenía pelo ella le ponía una vanidosa moñita en la cabeza, y que les enseñó el secreto de descubrir cómo cada problema podía volverse más pequeño mirándolo de otro modo.

El último veinticinco de diciembre que pasaron en Villavicencio antes de irse a Montería recordaron todas las experiencias que habían vivido con la sensación de haber sembrado incontables historias bonitas en cada uno de los lugares de Benposta. Historias que muchas veces, cuando a lo largo de los años ellas y sus compañeros volvieran a encontrarse, incluso después de haber emprendido una vida completamente independiente, les harían reír juntos y sentir, de un modo tangible y vivo, el significado de la hermandad.

Pero ahora, todavía eran apenas unas adolescentes que no habían terminado bachillerato y que sin embargo estaban a punto de emprender una aventura que pocas niñas de su edad harían. Algo que luego se convertiría en un privilegio que las marcaría para siempre.

Coger el mar

La niña delgadita y frágil creció y se volvió aún más ágil, tan flexible que cuando a Benposta llevaron un minitrán[65] y una cama elástica no había quién la bajara de allí. Su cabello ahora había vuelto a ser largo, era intensamente negro, lacio, abundante. Se lo anudaba para saltar, para doblarse, para hacer saltos mortales hacia delante y hacia atrás. Giros en el aire que gozaba con tanta intensidad que le parecía que sus pies perdían la costumbre del suelo, mientras se entrenaba en alcanzar la perfección del acróbata, la sensación de orgullosa liviandad que recorre el cuerpo cuando es capaz de doblarse hasta lo increíble, de girar sobre sí o enrollarse, como si careciera de huesos. Durante muchos meses todo esto fue como una fiebre que la recorría de pies a cabeza: la fiebre del circo de "Los Muchachos" de Benposta que vendría a Colombia y se llevaría de gira por muchos países a los niños y las niñas más talentosos de Bogotá y Villavicencio.

Lo esperaron días, semanas, meses, y ella creyó que nunca iba a llegar. Fue entonces cuando Luz Elena la llamó un día aparte y la invitó a irse con ella y otras seis compañeras a fundar una Benposta en Montería. Ni siquiera lo pensó: dijo que sí porque ella era su guía, un soporte suave y firme que no quería perder, la maestra que le había enseñado a olvidar el temor de ser castigada y porque de su mano también había empezado a soñar. A Luz Elena la respetaban, le obedecían como se obedece por instinto la fuerza de lo que nutre, de lo que nos cuida... Sólo una vez, —ella lo recordaba con una sonrisa— le oyeron gritarles que les iba a pegar. Era una tarde en que se había ido toda la comunidad y a las niñas que quedaban en el distrito se les ocurrió jugar con espermas encendidas: se chorrearon la cera derretida en la espalda, en las manos, en la barriga, mientras ella trabajaba en la oficina, y cuando la vieron entrar de un momento a otro, botaron todo al suelo, paralizadas, y fue entonces cuando ella las gritó y les hizo formar en fila, pero fue tanto el asombro ante la amenaza y luego tan débil la palmada que les dio que mientras salían de la habitación con la cabeza agachada apenas podían contener la risa.

Desde pequeñas se imaginaban que un día, en otras tierras, podrían hacer algo semejante a lo que Luz Elena había hecho al venirse de Bogotá a los Llanos con un grupo de pequeñas para abrir un espacio donde ellas encontraron una vida buena, indeciblemente más alegre que la que hasta entonces habían conocido, y en la que abrazadas o peleando descubrieron que era posible convivir como hermanos con niños y niñas desconocidos. Pero ni ella, ni las que se fueron sabían exactamente qué era lo que iban a hacer. Se imaginaron que iba a ser algo parecido a la vida aquí, sólo que en otro lugar, cerca del mar.

Olga tenía 15 años cuando se montó en el carro para empezar el viaje más largo y bonito que había hecho en toda su vida, y mirando por la ventanilla pensaba en la curiosidad que sentía de coger el mar. Allí estaba, andando, con la misma expresión que tenía en el rostro cuando se balanceaba en

[65] Uno de los aparatos que se usan en gimnasia olímpica para saltar.

los columpios como si quisiera tocar el cielo. Tan alto que después muchas compañeras la recordarían así, impulsándose de pie hasta una altura vertiginosa, cuando pensaban en ella. Así, iba tras el mar, con el vago sueño de fundar otra comunidad para niños y niñas cuando ella no había dejado de serlo mientras subía desde los llanos hasta las regiones costeras, y presentía el mar en esa humedad del aire tan nuevo, con su vaho de sal, y en ese olor desconocido que se le adhería a la piel, y que después reconocería como el aroma de la guayaba verde.

Antes del mar fueron a Tierra Alta, uno de los últimos pueblos en las estribaciones del Nudo de Paramillo, que por ese entonces ya era fortín de los paramilitares y que poco más de una década después, cuando salvo ella, ninguna de las niñas que fueron a fundar Benposta estuviera en la región, se convertiría en una zona que día a día repetiría el incesante tránsito de familias enteras de desplazados en medio del fuego entre éstos y una guerrilla que no se resignaba a perder lo que antaño fuera un territorio bajo su poder. Para ese tiempo, todavía estaría allí Luz Elena, apenas fundando en ese pueblo otro lugar con techo de palma donde los niños harían rondas alrededor de un árbol cogidos de la mano, donde tomarían meriendas y aprenderían las letras, en un espacio ajeno a la violencia que afuera se desataba en el mundo de los adultos, y que ella instauraría con la fuerza y la inocencia de lo que defiende el puro derecho a la vida sin ninguna otra consideración.

Nada de esa historia estaba sin embargo presente en los ojos de Olga cuando contemplaron por primera vez el ancho caudal del río Sinú. La embriagaba la sensación de la aventura, de pisar una tierra ajena, de estar allí, para descubrir y fundar mundos y, entretanto, para ir a coger el mar. Cuando al fin estaban en camino a él, ella tenía el recuerdo de una foto con unas palmeras de coco que Luz Elena le había mostrado y estaba esperando hallar algo así. Fue entonces cuando vio una inmensa cosa plana azul y verde y gritó: “Ahí queda el mar!”. Lo cogieron, se dejaron lavar por él, se bañaron bajo el sol hasta arderse mientras apenas oían la recomendación de que no fueran tan lejos. Ya de regreso, una rara sensación de cansancio y una cierta desilusión la embargaba: no era posible lanzarse sobre sus aguas como en las rocas de los caños, cuando salían de paseo en Villavicencio, haciendo saltos en el aire antes de caer.

La Fundación de Benposta en Montería

Al regresar a Montería se instalaron en una casa al otro lado del río y empezaron a vivir de un modo distinto al de sus años en Villavicencio. Era como si el viaje las hubiera hecho mayores, como si el ser elegidas para empezar un sueño, las preparara para descubrir lo que significaba ser “aventureras dispuestas a transformar el mundo”, como les proponía el cura Silva, fundador de Benposta, en los días en que llegaba a acompañarlas. Ahora comenzaban a trabajar con los niños del barrio del Minuto de Dios. Iban a jugar con ellos, a hablarles de los temas en los que reflexionaban cada día, y les decían que pertenecían a una organización que trabajaba con jóvenes y niños.

Para eso les sirvieron las piruetas que habían aprendido cuando pensaban que se irían con el Circo de Los Muchachos. Ahora tenían un asombrado público de pequeños que disfrutaban cada una de las acrobacias que ellas sabían hacer. Cuando oyeron que el circo había llegado al fin y estaba de gira, no dijeron nada. Olga sólo recuerda que fueron a verlo a Barranquilla y que estando allí, sentadas en las barras atestadas de gente, ella experimentó una emoción que entremezclaba toda la nostalgia y toda la alegría que entonces le cabía en el cuerpo.

Nuevamente, de regreso a la pequeña casa de Benposta en Montería, la imagen de cada uno de los números del circo en los que ella y las otras niñas hubieran podido estar se iba diluyendo con el recuerdo de las voces de los pequeños del barrio que reclamaban su presencia, que se habían acostumbrado a hacer partidos con ellas todos los días a las cuatro de la tarde y que, si por alguna razón se demoraban, iban a sacarlas de la casa para irse a jugar. Algunas veces Olga hubiera

preferido no ir, pero recordaba que había hecho unos votos de compromiso con el entusiasmo de sus quince años.

El horario era estricto y a veces se sorprendían de verse en medio de una disciplina mucho más rigurosa que la que hubieran experimentado nunca antes: asaltar la despensa era —por ejemplo— algo absolutamente impensable. Se habían prometido no tomar gaseosas, no comer fuera de tiempo, no tener novio por el momento y hacerse muy fuertes en esa experiencia. Aunque no pensaran en la templanza, algo semejante iban sintiendo con el secreto orgullo de descubrir que eran capaces de una vida tan distinta de la de otras niñas y que estaban dispuestas a jugarse el todo por el todo para dar a otros lo que ellas habían recibido.

Como cualquier adolescente, Olga se cansaba en ciertas horas del día y lo mismo le pasaba a las demás. Después del almuerzo y la oración del mediodía venía un tiempo de lectura, pero a menudo Luz Elena las encontraba profundamente dormidas en el piso, con los vestidos desabrochados para refrescarse del calor. No aguantaban el sueño. Entonces ella las despertaba, se duchaban y se iban a trabajar con los niños. Así era el día a día de ese proceso espiritual al que voluntariamente habían dicho “sí”, sin darse cuenta de que iban a madurar a un ritmo vertiginoso.

Luz Elena las animaba cada vez que las sentía con ganas de desistir. Hablaban mucho del cambio interior, y de proyectar su fuerza en el espacio que las rodeaba. Con el tiempo se fueron acercando al barrio del frente, a los niños y las gentes de Cantaclaro que por ese entonces era más barro que casas, y donde veían más pobreza de la que alcanzaran a recordar, quizá porque en las ciudades la miseria se descubre de un modo descarnado e implacable que nunca se advierte de la misma forma en el campo. Para Olga, no obstante la exigencia de ese tiempo, que fue uno de los más hermosos de su vida, cada día se justificaba porque sabía que Benposta-Montería era ejemplo de todas las comunidades por la forma en que vivían y porque no era cualquier cosa ser parte del primer grupo de niñas fundadoras. El aprendizaje emprendido la marcó tanto que, ignorando las crisis que después atravesó, una década después, cuando asistiera a los aniversarios de Benposta, no dudaría ni un instante en afirmar que allí se celebraba ante todo una manera de vivir.

Crecer en comunidad

Después de ese primer año de vida de intensa oración en el que Olga y las demás adolescentes se sujetaron a una disciplina casi conventual —sin que ninguna llegara a sentirse nunca como una religiosa— la espiritualidad tomó un camino cada vez más volcado hacia el mundo de afuera, hacia la presencia creciente de los niños y los jóvenes de Cantaclaro que se acercaban más a ellas. Entonces, descubrieron que estaban llenas de ingenio y que, mientras se cansaban leyendo y orando, eran incansables a la hora de hacer actividades para dar a conocer las propuestas de Benposta.

Inventaban cuentos para que ellos trabajaran sus valores, los invitaban a reunirse usando un altoparlante, se adentraban en las últimas callejuelas del barrio en el carro que Luz Elena conducía y que se volvió un motivo de risa y entretención porque a menudo se quedaba enterrado en el barro y era necesario empujarlo entre varios para que pudiera andar de nuevo. Había días de charlas, días de juegos y paseos y entre unos y otros iba naciendo la escuela de Benposta en Montería.

De repente se volvían maestras de una manera de mirar la vida y ello les exigía estar dispuestas a conocer a los niños, las niñas, la juventud de una región completamente desconocida para ellas. Tuvieron que aprender a usar sus expresiones, a reconocer las palabras que decían sin que nadie comprendiera su sentido e ir aprendiendo los nombres, los gestos, las historias que había detrás de cada rostro, con la imborrable sensación de quedar exhaustas y contentas después de trabajar con cada grupo. Era en realidad la primera vez que ella asumía el papel de enseñar algo a otros niños.

Como con los más pequeños le resultaba más difícil hablar, se hizo cargo del grupo de los chicos y las chicas de 12 y 13 años, y, a pesar de su inexperiencia, recordando el primer tiempo de esa lucha, afirmaría después que en esos ratos “ellos eran felices”.

Pasaron dos años hasta que abrieron una sede. A partir de entonces ellos iban siempre a buscarlas. Luego, la casa se hizo insuficiente, estrecha y comenzó la batalla por conseguir un lote; una batalla que encontró resistencia en algunos sectores de la comunidad y que las abocó a la dura prueba de resistir la injusticia, de saber que algunas personas, celosas de que les adjudicaran cualquier parte de la tierra que se habían tomado, no dudaban en calificarlas de prostitutas o en difundir rumores que sembraban desconfianza. Pero contra toda presión, el veredicto de los niños y los jóvenes se impuso: ellos iban a Benposta porque disfrutaban las actividades y sus aprendizajes resultaron siempre la mejor defensa.

Luego, cuando fuera posible comenzar a repartir meriendas, y cuando —un poco después— el reconocimiento de lo que significaba esta propuesta pedagógica se tradujera en el apoyo institucional de Bienestar Familiar y el servicio prestado se complementara con los almuerzos, la resistencia cedería casi por completo. Para entonces las mamás del barrio agradecían el esfuerzo por mejorar la calidad de vida de la comunidad que descansaba en los hombros de cinco jovencitas lideradas por una mujer adulta, tan convencida de lo que estaba haciendo, que años más tarde, muchas veces, cada vez que una experiencia institucional de apoyo a la comunidad de la zona se debilitara, la buscarían para que la sacara adelante.

Una vez en posesión de la sede, algo se añadió al trabajo con los grupos: Olga y sus compañeras tuvieron que volverse —con el mismo entusiasmo con que años atrás se habían entrenado para el circo— ayudantes del albañilería. Hicieron un curso y se pusieron “manos a la obra” para ayudar a construir el comedor y la cocina. Fueron días ligeros, no obstante lo pesado del trabajo: a medida que cada pared crecía sentían que se aproximaban al sueño de tener la sede que querían para el barrio. Viéndolas de albañiles, muchos otros jóvenes y adultos de la comunidad se sumaron voluntariamente al trabajo y al sueño de un espacio destinado a cambiar su cotidianidad.

Entonces fue posible comenzar a crear los grupos de danza y los de formación comunitaria. Abrieron un prejardín y un jardín para los más pequeños, servían meriendas y almuerzos y dictaminaron, como una condición para la participación en todas las actividades, que los adolescentes interesados debían estar sacando adelante su bachillerato. A menudo, la pereza por el estudio que muchos sentían se quedaba atrás sólo por la gana de estar presentes en las reuniones, los paseos, los cocinados, y en todo cuanto se les iba ocurriendo que podían hacer juntos. Compartiendo esos momentos Olga era consciente de la manera en que iban cumpliendo el sueño de transformar una porción del mundo.

Ella se reía de comprobar en cada reunión que la vida superaba a lo planeado porque siempre terminaban haciendo algo diferente, a no ser que se tratara de un paseo o de un “cocinado”. Y, sin embargo, lo esencial quedaba a salvo: entre risas, chanzas, discusiones y entusiasmos contagiados los nuevos benposteños aprendían las bases del autogobierno, eligiendo autoridades entre ellos, distribuyendo responsabilidades y organizándose a tal punto en sus actividades que pocos meses después empezaron a hacer presentaciones de música y danza.

“De ese tiempo aprendí —afirma hoy, a sus 25 años— que uno nunca termina de superarse y se me quedó grabado para siempre lo bonito que es el trabajo que uno hace con la gente; la alegría, la satisfacción que se siente al ver el resultado del esfuerzo cuando uno da sin esperar nada distinto a cambio. Nosotras teníamos clara esa idea y sentíamos que ya habíamos recibido suficiente, que era nuestro turno de dar y lo hicimos”.

La crisis y el regreso

Las niñas que se peleaban porque Luz Elena las abrazara, se habían vuelto mujeres y comenzaron a sentirla diferente, a distanciarse de ella y a sopesar el tamaño de las exigencias que habían aceptado con tanta gana. Olga no olvidaba su compromiso, le daba vueltas el pensamiento de que había decidido aprender cómo trabajar por los demás sin vincularse afectivamente con nadie en especial, pero sabía también que no estaba siendo capaz de hacerlo con toda la consecuencia. Fue la etapa de las flores, las tarjeticas, las fotos que les llegaban en medio de amores escondidos e inocentes que no dejaban de cuestionarlas. “En ese aspecto —reconocería después— no logramos cumplir lo que nos habíamos prometido”.

Mientras seguían trabajando intensamente con los nuevos miembros de Benposta, experimentaron otros aprendizajes. Algunas de ellas, que conocían tan bien la ligereza de la fraternidad, de la convivencia hermanable con los muchachos, que habían crecido entre niños y niñas, descubrieron el dolor de esa otra forma del amor que era tan nueva en sus vidas. “A veces pasábamos —reconoce Olga— momentos de crisis, instantes en los que cada una lloraba a solas, pero teníamos la certeza de que saldríamos adelante en nuestros propósitos porque nos habían enseñado a no desfallecer, a pensar más allá de nosotras mismas”. Sin embargo, mirando atrás admite que lo que en Benposta no lograron comprender plenamente fue su afectividad de mujeres y recuerda que les atemorizaba hablar de ese tema.

Cuatro años después de aquel instante en que había cogido al fin el mar, conoció al muchacho que se convertiría en su compañero. Cuando logró hablar abiertamente de su relación, la admitieron en Benposta, pero entonces comenzó un proceso de distanciamiento frente a la vida que hasta ese momento había creído plena de sentido: ese amor se volvió más importante que todo y llegó el momento en que ya no le era fácil dedicar tanto tiempo a los demás. “Nosotras no logramos, como Luz Elena, que ya se había casado —admite hoy—, manejar con tanto equilibrio esas dos formas de amor y siempre le admiramos su capacidad de hacerlo”. Y, aunque de adultas, la relación con ella nunca volvió a ser tan cercana como cuando eran niñas, afirma que les enseñó “prácticamente a vivir”: les despertó la necesidad de conocer la realidad, de analizar lo que eran; les mostró que dar de sí mismas era el primer paso para cambiar lo que era necesario cambiar en la sociedad; y siempre estuvo allí para guiarlas mientras crecían.

Como entonces ella no tuvo esa capacidad de Luz Elena de amar a un hombre sin dejar de ensanchar ese otro amor que no tiene nombre propio, que no se aferra, ni posee, ni pretende otra alegría que la de darse a los demás, sintió la necesidad vital de salirse de Benposta, de permitirse un espacio sólo para sí misma. Regresó a la casa donde vivía su madre, a la que no veía hacía un par de años. La encontró muy cambiada, mucho más cercana y abierta, y comprendió que en ella misma ya no había miedo. Luego, volvió a Montería para asumir la aventura de una vida de pareja. Tomó un camino distinto porque la vida en comunidad no bastaba para aprender a construir esa intimidad que ella quería descubrir.

Tenía 20 años y sentía que enamorándose había aprendido a querer de otra manera y a arriesgarse. De nuevo estaba contenta de atreverse a hacer un mundo distinto del que ya conocía y se quedó desde entonces en Montería —mientras sus compañeras regresaban poco a poco a las tierras del Llano— simplemente porque él era de allá.

Durante cuatro años se dedicó a su casa, descubrió el significado de ser mamá, construyó —con el mismo tesón con que había levantado las paredes de la cocina de Benposta— su relación de pareja con la certidumbre de haber “aprendido a vivir bien”. Supo que, de un modo muy distinto al experimentado en cada uno de los años compartidos en comunidad, tenía la capacidad de ser feliz a

su manera y que la felicidad podía cifrarse en los dos nombres de sus hijos: Kevin Andrés y Esteban Alejandro; o en la satisfacción con que hoy los ve tomarla de la mano para ir a recibir al papá cuando se acerca, y de mirar cómo él se hace otro niño con ellos o de soñar que ambos van a seguir estudiando y a superarse porque se lo deben a ellos; y en fin, en la gratitud de sentir que la vida le ha permitido tener un compañero y darle a sus hijos lo que ella no tuvo: un papá y una mamá de verdad.

Hoy, cuando se ha acercado a su madre con la madurez de otra edad, y mantiene una relación afectuosa con ella, cuando ha logrado comprender algunas de las razones de sus ausencias que de niña le eran esquivas, ella teje una infancia distinta de la suya para sus hijos. De alguna manera, es como si a través de ellos pudiera mirar ya sin dolor a esa niña de su pasado que se daba cuenta, cada vez que veía que todos los padres les compraban cosas a sus hijos, de que no tenía a nadie que buscara un regalo especial para ella.

De nuevo la danza

No obstante los años en que necesitó distanciarse de Benposta para fundar un mundo propio diferente, sabe que fue allí donde “aprendió a ser, a sentir y a vivir” y que todo lo que ha construido habría sido distinto sin esa experiencia de formación. En ese recorrido que la llevó de Villavicencio a Montería logró deshacer el sentimiento de impotencia ante el dolor de todo cuanto en su infancia pasaba a su alrededor sin que ella pudiera comprenderlo, y encontró a cambio la certidumbre de que siempre tendría en las manos el poder de actuar sobre cada momento de la vida convirtiéndolo en una oportunidad.

A lo largo del tiempo dedicado a la tarea de ser madre no regresó a la sede que había ayudado a levantar porque sentía la necesidad de hacer su propia vida y también una cierta vergüenza de su abrupto retiro, pero “siempre miraba las cosas como desde el lado de Benposta”. Aunque reconocía que no era una comunidad perfecta “porque ninguna comunidad humana lo es”, extrañaba esa atmósfera irrepetible que se respiraba en cada uno de los lugares donde se había formado. Por eso, el año pasado decidió acercarse de nuevo a la escuela de Montería y cuando cruzó su portal pintado de blanco y vio los pequeños correteando por el patio encontró una parte de sí misma que había perdido. Se comprometió de nuevo con el proyecto de vida que había nacido en la zona con su viaje de aventurera adolescente una década atrás y se convirtió en profesora de danza.

Más que la flexibilidad de su silueta —que sigue siendo increíblemente ágil y delgada—, o que el dominio del ritmo que hizo parte de su aprendizaje de pequeña, en cada una de sus clases la anima la certidumbre de poder acercar a cada niño o niña a esa curación que comenzó en ella mirando el juego de piedrecitas que debían aproximarse lo más estrechamente entre sí para que todos ganaran.

“.....a flor de piel ”

“Con ellos me he sentido más arraigado
y hondo,
y además, menos solo.”
Miguel Hernández

Desde hace una década Camilo está al frente de la sede de Benposta en Villavicencio. Fue él quien hizo realidad el colegio en el que hoy estudian más de un centenar de muchachos y muchachas de la zona como externos e internos. Lo llaman “Milo” y, en medio de las jornadas, se le acercan para tomarlo del brazo y hablarle. En él ven un hermano mayor. Su compromiso con el mundo que le rodea hizo de la sede un lugar donde las comunidades de desplazados encuentran un respiro. Allá envían a sus hijos e hijas para obtener el apoyo que la indiferencia del Estado les niega. Más allá de la alimentación o de la preparación académica, lo que él ha luchado por ofrecerles es un espacio donde a través del juego y el afecto reconstruyen la confianza. Para Milo quizá no hay una certidumbre mayor que la de saber que en Benposta “todos somos desplazados” y que lo que cuenta es la posibilidad de reanudar esos lazos con la vida que el desarraigo rompe y que sólo el sentido de una pertenencia puede volver a unir.

De niño miedoso a callejero

Mi historia comienza entre Villeta y Útica porque yo nací en medio de los dos pueblos, aunque en los papeles figura el primero. Vine de los Mahecha y de los Hernández. Eran familias pobres, campesinas, cada una de un pueblo y por eso en la mitad de la distancia entre ambos lugares se fueron a vivir mi papá, Severo Mahecha, y mi mamá, Margarita Hernández. Del sitio exacto no tengo un recuerdo claro, sólo la imagen de una casita de madera al lado de un establo. Sé que era en una zona donde la tierra era caliente y crecía por todos lados el maíz y de tanto en tanto, la caña. Ahora es al contrario. Allá los campos son fértiles cuando hay períodos de lluvia, pero hay largos tiempos de sequía.

La cuestión fue que de ese arreglo familiar nacimos dos hermanos, de los cuales yo soy el segundo, pero fuera del sitio a donde vivían, ellos nunca se pusieron de acuerdo en nada, ni siquiera para darnos un nombre. Mi hermano mayor se llama Emilio, pero todo el mundo lo conoce como Juan Carlos, y a mí dicen Camilo, pero también me llamaban Danilo. Parece ser que nos registraban con un nombre y nos bautizaban con otro. De hecho, yo voy a mi tierra y la gente que me conoció antes de los diez años me dice Danilo y a mi hermano le pasa igual.

Después de la muerte de mi abuelo materno, en mi familia empezaron a pasar cuestiones muy difíciles. Primero, mi mamá entró en una depresión tan fuerte que ya no quería vivir aunque existiéramos mi hermano y yo. Luego, un día ella salió a llevarle el almuerzo a mi papá sujetando a un caballo del cabestrillo; en el camino tuvo que abrir una puerta de golpe, de esas que tienen un bisagra que las hace cerrarse por sí mismas, en cuanto la gente las suelta. El animal pasó muy

despacio y mi mamá no alcanzó a hacerlo y la puerta la golpeó en el estómago y como ella estaba otra vez embarazada sufrió un aborto. Mi papá la trajo al hospital de Villeta y ella alcanzó a regresar a la finca, pero allá tuvo una recaída y murió cuando la llevaban otra vez al hospital. Debía tener 22 años. Eso fue todo lo que supe porque yo tenía poco menos de año y medio. No la conocí. La única imagen que tengo de ella es la de una foto en blanco y negro, muy desteñida, que alguna vez vi. Una tía de piel morena me dice que era igualita a ella con la diferencia de que mi mamá era mona y de cabello crespo.

Cuando murió a nosotros nos repartieron con las abuelas. A mí me tocó con la de mi papá y a mi hermano con la de mi mamá. Y ahí empezaron dos historias totalmente diferentes. En la mía estaban mis abuelos, mi papá y tres de sus seis hermanos en una casa que era de bahareque, bien construida. Ya no había mujeres con nosotros porque todas se habían ido. Entonces yo crecí en un mundo de hombres. Estaba Uriel, el tío menor, que por ese entonces debía ser un adolescente, pero desde que tengo memoria de niño, lo recuerdo como adulto. Siempre me molestaba, me hacía llorar, me cogía los juguetes. Ése es el recuerdo más insistente de ese tiempo.

Es algo increíble, pero aunque él me molestaba yo lo quería mucho y cualquier cosa que le hicieran, a mí me dolía. Recuerdo que una vez se fue a un paseo y yo oí que lo habían intentado ahogar y no entendí que sólo era un juego y sentía una angustia horrible cuando pensaba en lo que había pasado. Uriel era el que les planchaba la ropa a mis tíos. Los sábados prendía la plancha de carbón o la plancha de gasolina, en el mejor de los casos, y se ponía en ese oficio, porque mi abuelita no planchaba. Ella lavaba. Otro tío cocinaba y mi papá no planchaba ni cocinaba. Yo le preguntaba por qué y él decía que no sabía.

Recuerdo que cuando yo iba por los caminos con mi abuelita y la gente la saludaba, siempre se refería a mí como "El Huerfanito", y decían: "¡Ay, pobrecito!", como si no me llamara Camilo ni Danilo, sino así, y yo sentía ese nombre como una culpa o un estigma. Aunque yo sí creo que ella me quería. Además, yo era el único nieto que vivía con ella en la casa, y era su compañía. A veces se iba a traer panela u otra cosa y eran trechos de dos o tres horas de camino por entre campos de plátano y potreros que hacíamos juntos, más las paradas para la "comadrería" con las mujeres que encontraba.

En esa época la finca tenía algo de ganado y el agua la sacábamos de una fuente natural que estaba en la parte más baja, a unos 150 metros de la casa, en un terreno enmontado. Al lado había un inmenso cafetal y ahí viví hasta los seis años. Para salir de la casa había que subir y para llegar a la carretera había que bajar. Yo era un niño era muy miedoso. Después de las seis de la tarde no salía ni a un metro del patio de la casa, porque tenía la cabeza llena de los cuentos que contaban los grandes, historias de brujas, de todos los espantos habidos y por haber. De noche era incapaz de dormir solo, a veces me quedaba con mi abuelita o mi abuelito, pero casi siempre con mi papá, aunque a él le decía por el nombre, y a ellos los llamaban papá y mamá.

Mi hermano también estuvo solo en otro mundo de grandes. La verdad, yo ni siquiera sabía o no me acordaba que existía. Tenía cinco años cuando mi papá me llevó con él a visitarlo y me dijo: "Mire, ése es su hermano", Y tal vez ahí comencé a entender mejor que él era mi papá. Hay una imagen suya que se me quedó fija: él está andando conmigo hacia la carretera por el camino veranero que es ancho y lleno de piedra plana. Se detiene y dibuja un carro sobre la piedra. Me dice: "En este carro nos vamos a ir para Útica". Y me acuerdo que ese día no salimos porque él sólo estaba haciéndole una ronda a la finca, pero sentí, por primera vez, que él me estaba enseñando algo o jugando conmigo.

Yo vivía con temor al castigo aunque no recuerdo si alguna vez me pegaron. A mi abuelita le tenía mucho miedo, por los ramales. Ella siempre tenía colgadas esas fundas de los machetes "para el que se portara mal", que no podía ser sino yo, porque no había ningún otro niño, y aunque nunca los usó, representaban para mí una amenaza siempre pendiente. Pero para el propósito que los tenía no sirvieron mucho, porque yo seguía siendo muy inquieto en la finca, y la hacía rabiar, aunque a donde ella me quisiera llevar yo me iba.

No quería ir a la escuela. No sé por qué, tal vez por el mismo miedo a los castigos y por el camino, pues quedaba lejos y había que pasar por unos potreros muy solos y atravesar un matorral de guadua como de un kilómetro y a esa mata le temía porque había muchos cuentos sobre la guadua, decían que de ahí salían todos los espantos. Cuando uno se adentraba en ese sembrado, aunque estuviera de día y a pleno sol, la vegetación impedía el paso de la luz y era andar en la sombra oscura, y después había que cruzar potreros con ganado para llegar a la escuela. Por fortuna no me mandaban.

Por ese tiempo, una familia llegó a trabajar en un corte de guadua y en el lado de abajo levantaron su casa. Tenían dos niñas y no sé si porque lo eran —yo casi nunca veía ninguna— o porque vivían cerca de los matorrales, o porque les pidieron que me llevaran hasta la escuela y eso significaba lo que significaba, yo les tenía miedo. Y después me molestaban diciendo que una de ellas era mi novia, pero cuando llegaba a mi casa, yo me escondía. Recuerdo que una vez me metí debajo del fogón para no encontrármela.

Tal vez les tenía miedo a las niñas porque ellas vivían cerca de las guaduas, a las guaduas por los espantos, a los espantos por los tíos, y a los tíos por los castigos, y para evitarlos había que ir a la escuela, pero allá también castigaban y de vuelta tenía que venirme con las niñas que se quedaban antes del guadual, y justo a partir de ahí debía atravesarlo solo y sortear los espantos hasta llegar a la casa. Total que en la escuela no aguanté ocho días. Era un tortura.

Cuando cumplí seis años mi papá se casó y ahí empezó otra historia. Ella se llamaba Ana. Era una mujer que había nacido en el campo, pero la mayor parte del tiempo había vivido en Bogotá, y entonces tenía muchas costumbres de la ciudad que rompían con el modo de vida de él. Recuerdo que me preguntaron: "¿Dónde quiere quedarse?", y yo dije que con mi papá. A ella la había visto varias veces y me habían llevado a Bogotá de paseo. Yo empecé a hacerme a la idea y para la boda trajeron a mi hermano. Era la segunda vez que lo veía.

A partir de entonces mi papá y su esposa se fueron a vivir a la orilla de la carretera. Ahí arreglaron una casa. Cuando mi abuela me preguntó por qué me quería quedar con ellos yo dije: "Porque compraron todo: nuevo camas, nuevos muebles, juego de sala y comedor". Era la primera vez que yo veía un armario con madera tallada. Ana me regalaba juguetes y mi papá una vez me dio un carro tanque. La casa donde vivían era larga y las dueñas eran tres tías de mi papá, muy viejitas. En el fondo estaba la cocina. Desayunábamos con plátano, carne asada, y caldo y un día me dijeron:"Alce el desayuno", y desde ahí yo comencé a ayudar. Tenía seis años.

Como había conocido por segunda vez a mi hermano que vivía con mi familia materna, a veces, para visitarlo, caminaba hasta la finca que estaba como a dos horas en un lugar muy oculto. La escuela me empezó a gustar, aunque no me iba muy bien porque tenía que levantarme muy temprano y pasar por donde mi abuelita a recoger la yuca, los plátanos y arreglarme después para irme a estudiar. Luego debía andar hasta un sitio para recoger el almuerzo de mi papá e ir a llevárselo a donde quiera que estuviera. De regreso, hacia las cinco de la tarde me ponía a hacer tareas. No era tan fácil la vida, pero los miedos se me fueron espantando...

Hubo un tiempo en que mi hermano y yo nos veíamos en la escuela y luego él cogía para un lado y yo para el otro. Cada uno para la casa en donde vivía. Y cuando empezábamos a acercarnos yo me vine para Bogotá y él se quedó allá. También nuestras vidas han sido completamente distintas. Él solo terminó primaria y se quedó en el campo. Ahora vive en Bucaramanga, casado, y muy de vez en cuando nos vemos o hablamos por teléfono, pero él no tiene prácticamente ningún contacto con nadie de la familia. Trabaja en una fábrica de chocolates, pero con su salario de obrero y los tres niños suyos no han progresado mucho, pues él no tiene ninguna posibilidad de estudiar para darles mejor vida.

Como mi madrastra era una mujer citadina vivió tres años en el campo, y no se aguantó más. A ella le habían nacido dos gemelas sietemesinas, pero no duraron sino una semana. Luego, cuando yo tenía 10 años, nació mi hermano Miguel. Ana era de muy mal genio y yo era tremendo. Ella me pegaba. Una vez me mandaron a traer la carne y a pagar la que se debía. Había que andar como dos kilómetros para hacer el encargo; entonces, por la pereza, yo me fui hasta donde vivía el conductor de un carro que era muy amigo mío, y le dije: "Pablito, ¿usted me lleva por allá?", Y me dijo: "Sí". Cuando el carro se llene nos vamos. Pero el carro no se le llenaba y yo estaba allí esperando y no se llenó, y le dije: "Más bien si arranca me recoge". Cuando ya iba por la mitad del camino me di cuenta de que se me habían perdido los cien pesos que me habían dado. Me devolví corriendo, buscando a todo lo largo del recorrido, pero no los encontré. Entonces me fui donde el carnicero y le dije: "Mi papá mandó traer la carne y dijo que después se la paga".

Cuando llegué a la casa me preguntaron: "¿Y las vueltas?", y yo comencé a revolver los bolsillos y me fui otra vez a buscar la plata, pero volví sin nada. Ana me dio un par de cachetadas y yo recuerdo que había un estante con unas puntillas salidas y que me pegué contra éste intencionalmente cuando ella me golpeó, con el ánimo de que me saliera sangre para hacer escándalo, porque pensaba que esta vez sí me iba a pegar mi papá y quería que se pusiera bravo con ella. No me pegó entonces ni nunca. Yo le tenía mucho respeto, tanto que el miedo que tenía no era tanto por el dolor físico, sino por la angustia de que llegara a pegarme, de romper como ese trato que había entre los dos.

Mi papá, que siempre fue cultivador de maíz y de caña, se fue a trabajar en las granjas de pollos que quedaban pasando el río Bogotá, para buscar otro modo de vida, pensando que cerca de la ciudad ganaría más, y para darle gusto a Ana que lo presionaba a irse. Llegamos a vivir en tierra fría, en una pieza pequeñita, y ella estaba embarazada y veníamos también con mi hermanito. Después nos pasaron a una casa bonita en la que sólo duramos un par de meses porque cuando ya estábamos bien cómodos llegó un memorando de cambio de granja y nos mandaron para otra que quedaba a hora y media de Fontibón. Me tocó aprender a montar bicicleta para poder salir de allá y así empecé a conocer la ciudad.

Como allá no había escuela y sólo había terminado primero porque en Útica había perdido segundo, una tía que vivía en el barrio Versalles, me dijo que ella me daba el estudio. Y era que realmente yo no podía estudiar viviendo con mi papá, porque lo trasteaban todo el tiempo de granja en granja. Por eso me fui a vivir con mi tía. La cuestión fue que ella se iba desde las cinco de la mañana a trabajar y yo entré a la jornada de la tarde, así que me quedaba casi todo el tiempo solo.

Ahí comenzó la historia del niño que estaba todo el tiempo por fuera de la casa. Me levantaba tarde, a mediodía me iba a estudiar y luego me la pasaba por ahí con mis amigos del barrio calle arriba y calle abajo. Después nos íbamos en gallada al aeropuerto El Dorado a cargarle maletas a la gente. Nos daban propinas y con eso tenía para la merienda y todo eso. La cosa es que había un grupito de muchachos a los que les gustaba fumar y cosas así, y que siempre querían "escalar", pero para lo

negativo; eran los que se atrevían a más y los más arriesgados. Yo pertenecía al grupo de los más gallinitas en ese sentido, pero buscábamos hacernos amigos de ellos para que no nos fregaran.

Cuando llegó la época de las patinetas de madera, yo me recorrí todo Fontibón en patineta. Con los otros niños andábamos por todo lado. Unos meses antes de irme a vivir con mi tía, cuando todavía estaba con mi papá, me había tocado vender periódico. Estuve de voceador y ahí fue cuando más recorrí la ciudad y fue duro el trabajo. Yo creo que tal vez fue eso lo que me hizo decidirme a estudiar, y en ese sentido me volví juicioso, pero tenía mis amigos y con ellos me iba a callejear. Una vez, por defender al niño de mi tía, que era tremendo y venía huyendo de un grupo de chinos pequeños, los saqué corriendo a piedra, con tan mala suerte que a uno de ellos le di en un ojo. Cuando lo vi sangrando me metí a la casa de un amigo y llegó la mamá preguntando por mí, y no pude salir hasta la noche. Mi tía tuvo que pagarle los puntos que le cosieron...

La cuestión era que yo me estaba volviendo gamín. Entonces en la casa decidieron que tenían que alejarme del ambiente de mis amigos y me trajeron para Villavicencio a donde un tío que estaba viviendo aquí. El me dejaba encerrado haciendo oficio, cuando volvía de la escuela. En esa época estaba haciendo tercero. Cuando en las vacaciones tuve la oportunidad de irme a Bogotá le dije a mi tía que no quería estar más allá. Entonces ella me dijo que me podía llevar a Benposta, donde estaban estudiando unos primos lejanos. Hicimos la solicitud y entré.

La primera Benposta

Recuerdo que los primeros días en Benposta fueron mortales: no tenía compañeros, me sentía solo, abandonado, muy mal en mi parte afectiva y las horas eran eternas. El consuelo mío era irme a la cama y mirar hacia la calle 13 esperando que hubiera salida. Yo tenía una puntillita que me había encontrado y ésa era mi compañía. Me hacía sentir más seguro tocarla y sentir que era mía.

De todos modos, me fui acoplando rápido porque esos primos eran como líderes de la comunidad. Ellos pertenecían al coro y el hecho de que ellos me reconocieran como su primo me hacía ganar respeto. Por otro lado, me daba cuenta de que entre más años llevara un muchacho en la comunidad merecía más reconocimiento, como si fuera más de Benposta y yo empecé a proyectarme como en ese sentido de pertenencia.

Yo había visto el coro de Benposta por televisión y estar en él se volvió algo muy importante. Me acuerdo de la primera vez que me asomé y vi en persona lo que era un coro polifónico donde unos cantan por un lado y otros por otro, fue algo que me pareció muy bonito. Al fin hice el primer ensayo para ver si podía pertenecer al coro. Pero yo nunca he podido cantar y entonces me dijeron: "No, será en una próxima oportunidad, vaya ensaye esta canción". Entonces uno de los muchachos me dijo: "¿Sabe qué hermano? Es que usted no tiene oído, mejor dicho no siga intentando porque para qué, no va a pasar ese examen". No había nada que hacer y lo entendí así. Ensayé con las danzas, pero resulté ser un tronco completo. Así que el intento fue otro fracaso.

Entonces me metí a la percusión y ahí más o menos pude hacer algo, pero tampoco iba a ser realmente bueno en eso. En cambio, fui agarrando la dinámica de Benposta y esa forma de proyección resultó mejor. El grupo de los muchachos nuevos me eligió como diputado porque era juicioso y ordenado, y tenía como un don para relacionarme con la gente, aunque seguía siendo un problema la cercanía hacia las mujeres, porque era muy tímido con ellas. Me acuerdo que si alguna me gustaba, era de la que más me alejaba.

En Benposta hubo un cambio muy importante para mí, porque yo llegué con doce años y sólo tenía tercero de primaria y me daba pena estar en un curso con compañeros que eran mucho menores que yo, pero me di cuenta que aquí era distinto porque estudiábamos por radio y pude hacer cuarto y

quinto en un solo año, casi guiado por el sentido común. Sin embargo, cuando llegué a primero de bachillerato me fue muy regular porque no tenía buenas bases y fue en segundo que empecé a estudiar con más conciencia. De ahí en adelante no perdí ningún año y me volví alguien reconocido en la comunidad porque fui un buen diputado y después comencé a manejar la caja menor y a relacionarme más con los adultos de Benposta.

Una vez, a los catorce años, se nos ocurrió salirnos con un compañero, Pedro María, dizque a formar un grupo de percusión y llegué a vivir a la casa de mi papá. Él estaba trabajando en construcción y la situación económica era bien difícil. Comencé a ayudarlo, pero no aguanté y me devolví a Benposta. Creo que esa salida fue la que me dio el impulso para permanecer hoy aquí, porque cuando regresé empecé a estar aquí de verdad.

Después, pasé por casi todos los cargos en Bogotá. Cuando cumplí 15 años me pusieron al frente de Armonía y Convivencia, que era ser como el segundo del alcalde. Tenía que organizar todos los servicios, estar pendiente de que cada delegación estuviera operando, y dar los permisos de salida que era algo de bastante responsabilidad. En medio de todos esos compromisos no me di cuenta cuándo pasé de niño a adolescente, pero en cambio sí supe que fue cuando me fui para Nicaragua que me hice hombre.

Antes y después de Nicaragua

Mi vida antes de Nicaragua era como un ir pasando la adolescencia y la juventud sin darme plena cuenta. El viaje me lo dieron porque yo estaba en el grupo de percusión y resulta que se presentó una gira a Alemania y no podían ir todos los músicos y yo no era tampoco el mejor. Entonces me dijeron a mí y a otra compañero: "Ustedes se quedan como responsables de la comunidad". Yo dije que me quedaba, pero que después quería irme a conocer la experiencia de Benposta en ese país.

El deseo de conocerla yo lo tenía muy a flor de piel porque Carlos Eduardo, mi mantenedor, nos formaba en todo lo que tuviera que ver con sensibilización social y nosotros participábamos en todas las protestas de los ochenta, estábamos en todas las caminatas por la paz. Eran los primeros años del frente Sandinista y había manifestaciones que condenaban el apoyo a los Contras. Además, me había influido mucho la experiencia que tuve con los claretianos cuando comencé a alfabetizar y a tener toda esa vida de comunidad con ellos, y también estaba una señora que se llamaba Esneda, que siendo la cocinera de Benposta, se preocupaba de impulsarnos a no ser conformistas, a soñar en la justicia y por todo eso el deseo de ir a Nicaragua se me fue haciendo cada vez más fuerte. Cuando el grupo de las danzas regresó, me dejaron cumplir ese sueño.

A los 19 años Camilo estaba al fin en Nicaragua. Nunca había tenido una novia, y en cambio llevaba el sueño de ayudarle a la gente, quería sentir de cerca lo que estaban viviendo allá, quería saber "qué era esa vaina". Ningún otro compañero de Bogotá, salvo los dos hombres que fundaron la sede de Benposta en ese país, Carlos Eduardo y Fredy Gonzalo, tuvo el privilegio de conocer esa comunidad.

El día que salió hacia Nicaragua era la primera vez que montaba en avión. Después de volar haciendo escala en varias ciudades de Centroamérica, al fin iba a tocar la tierra de Chamorro. Pero justo estaba cerrado el aeropuerto de Managua y tuvieron que devolverse a San Salvador. Cada hora de espera era una postergación que se prolongaba hasta el límite porque cuando de nuevo regresaron a la mañana siguiente, no lo querían dejar entrar al país, y entonces debió llamar a Carlos Eduardo y éste tuvo que comunicarse nada menos que con el comandante de la República para que al fin le permitieran entrar.

Apenas llegado a la comunidad, en lo primero que pensó fue en salir a conocer el mar. Tal vez porque el mar y la nieve son dos imágenes que se vuelven tanto más mágicas si se atraviesa la infancia sin conocerlos. Se quedan en el pozo de los deseos adolescentes, en la penumbra de un semiolvido y emergen con la intensidad urgente de lo que se quiere de niño, en cuanto hay la posibilidad de alcanzarlos.

Con esa urgencia se subió en un bus tan lleno de gente que no se podía ni mover. Llevaba los brazos alzados todo el tiempo, agarrado de la barra, pero el cansancio se le olvidaba mirando el campo inmenso lleno de algodones. Se bajó en un pueblo que sólo parecía habitado por los perros que deambulaban en las calles y los marranos en los patios de las casas. No veía ni un carro, ni niños, ni hombres, ni mujeres; y entonces no pudo más que preguntar: "¿Dónde está la gente?", Supo que las mujeres estaban cocinando en los comedores comunes, los hombres en el cultivo de algodón y los niños en la escuela. Era un día entre semana. Atravesó el pueblo de lado a lado y llegó a una playa donde rompía el mar abierto. Por un instante fue como si sólo existieran gaviotas y gaviotas y el agua bañando la tierra. Luego llegó a Pochomil, donde pudo adentrarse en un mar quieto y tibio antes de volver a la sede de Managua de Benposta.

En la sede conoció a un estudiante de psicología, José Ramón, que no quería ir a los cafetales, aunque para graduarse debía cumplir el requisito de haber estado en los cultivos. Camilo se ofreció a reemplazarlo. Fueron a la universidad y le dijeron al decano que él quería vivir esa experiencia, mientras José Ramón se quedaba en Benposta. El decano aceptó el cambio. Era una época en la que en Nicaragua había una gran precariedad de recursos técnicos y una inmensa falta de capacitación humana; tanto era así que bastaba que un extranjero se presentara en cualquiera de los Ministerios y ofreciera sus servicios como conductor de un vehículo o técnico en sistemas, para que obtuviera un cargo...

Camilo quiso vivir la experiencia de los cafetales en las zonas agrestes porque allá los frentes sandinistas eran una realidad y no una frase de un poema, ni una consigna gritada en una ciudad lejana, sino la tangible cercanía de un ejército de hombres y mujeres que hormigueaban, parecían brotar de las entrañas del sueño centroamericano, como una multitud en marcha, como un río que quería lavar la tierra del recuerdo sangriento de Somoza y abrir otro camino.

Poco después de haber sido aceptado iría a una zona peligrosa, una zona roja. El día antes de salir durmieron en la universidad, hablando con los muchachos y las muchachas voluntarias. Los asignaban a diferentes escuadras. A las siete de la mañana ya estaban distribuidos por filas y salieron a un sitio cerca de Ortega y de ahí partieron hacia Pakasán.

Todo hacía parte de una novedad que le permitía atender instrucciones —como la de que debían dormir con todas las hamacas colgadas en un mismo sentido—, con la sensación de estar haciendo "un proyecto de construcción" que permitía sortear con absoluta ligereza las incomodidades, los traslados, el viaje en camiones hasta llegar al fin a una finca cafetera donde los recibieron los indígenas de la zona, por ese día, con carne de vaca y una buena tortilla, porque después sólo tendrían frijoles, arroz y pinolillo para comer. Allá se quedó casi dos meses hasta que le dio disentería.

Lo que más le costaba no era el trabajo de campesino que ya conocía, sino la angustiosa celaduría de los turnos nocturnos, cuando la vigilia se cumplía entre el rumor de que los Contras estaban cerca y podían aparecer en cualquier momento para hacer terrorismo. Había escuchado que nunca venían ni atacaban en grupos grandes sino que caían sorpresivamente sobre cualquiera, y sentía miedo. El día en que cumplía veinte años, un 30 de diciembre, se encontraba en una finca que había sido bombardeada y se había quemado por completo, con un inmenso contingente de jóvenes

encargados de reconstruirla. Esa mañana, cuando estaban tendiendo las camas y Camilo se había recostado un momento sobre su equipaje, alguien dijo: “A tomar tinto” y entonces él se paró y justo en ese instante un tiro atravesó la maleta, desgarró la cachucha, trozó los pantalones, y despedazó todo lo demás que guardaba dentro. En ese instante sintió que estaba protegido por algo más que el solo azar...

De las zonas agrícolas se fue de nuevo a Benposta. La sede tenía cerca de 80 niños y niñas ya había cumplido un año de funcionamiento después de haber retomado una experiencia institucional anterior con pequeños que había sido un fracaso. Carlos Eduardo, que estaba al frente de su organización, se sentía satisfecho con lo logrado y pensó que era importante pedir que les hicieran una evaluación. En ese momento, la financiación provenía del Estado y por eso tenían puestos los ojos en la sede. Encargaron la evaluación a un alemán que había tenido referencias negativas de Benposta por un compatriota suyo que había sido testigo de un momento de crisis del circo cinco años atrás en Alemania.

Ni Camilo ni ninguno de sus compañeros pudo explicar exactamente lo que pasó, aunque sospecharon que el modelo educativo inspirado en una visión cristiana se consideró inadecuado, pero el hecho fue que mientras ellos estaban seguros de haber logrado resultados que podían mostrar, recibieron la notificación de que no les autorizaban a continuar con la experiencia. Sencillamente se acabó la sede, de un día para otro. Camilo se devolvió a Colombia con una sensación de desconcierto tan fuerte que la sentía anudada en la garganta, atorando todas las palabras. Aun hoy, frente a esa decisión abrupta y a lo que significó para los pequeños, enmudece.

El camino de Benposta Villavicencio

Llegó a terminar bachillerato a la sede de Benposta en Bogotá, porque aun le faltaba hacer el grado Once. Luego, decidido a cumplir la Gran Aventura, se fue a un lugar en el campo un par de meses. Fue en ese tiempo cuando tomó la decisión de venirse a Villavicencio a trabajar en otro espacio. El reto era dejar todos los afectos y los vínculos que estaban en Bogotá y comenzar a hacer su propia historia.

En la sede de Villavicencio comenzó dictando algunas clases a los chicos, pero ser maestro tampoco era lo suyo. En cambio, descubrió lo que podía dar de sí como mantenedor de los muchachos mayores: *Yo creo que ese proceso fue muy bonito en cuanto a la formación que Benposta da sobre los ideales que una persona debe tener. Aunque no era todavía una figura formal, mi mantenedor había sido Carlos Eduardo. Él creó en mí un entusiasmo por Benposta que puede medirse por el hecho de que aun estoy aquí. Fue alguien que despertó en nosotros la sensibilidad a través de una formación que estuvo acompañada de muchos libros, muchas lecturas discutidas, muchas vivencias y un acompañamiento personal: esa presencia que implica el preguntar “¿Cómo te sientes?”, “¿cómo está tu papá?”, “¿cómo va la relación con tu madrastra?”. Todo ese interés que le da a cada cual un sentido de pertenencia, que le hace sentir que realmente los otros sí están con uno.*

Con él comprendí que el mantenedor debía llegar a ser alguien que transmitiera mucho afecto y una persona que se alcanzara a idealizar como un guía en la vida. De hecho, Carlos Eduardo sigue siendo como mi mantenedor porque aunque ya tengo la edad que tengo, sigo viendo en él a un soñador que está delante de nosotros en cuanto a la reflexión del país, y en cuanto a la capacidad de estar abriendo nuevos horizontes. Él ha ido realizando una continua apertura dentro de su proyecto de vida. Ahora trabaja en la Universidad Minuto de Dios y sigue vinculado a Benposta. Es uno de los creadores de la Red de Paz que está impulsando propuestas, mirando a ver qué podemos hacer para construir una nueva Colombia. Entonces, de una u otra forma, es una persona que me ha ido inspirando a lo largo de la vida. Ese es el ideal del mantenedor y cuando me convertí

en uno intenté darle a otros ese mismo acompañamiento, y esa misma vinculación con lo que pasa alrededor.

Cuando Luz Elena se fue para Montería a fundar otra Benposta, Camilo obtuvo el apoyo de los chicos mayores que vieron en él al encargado que deseaban tener. Entonces, comenzó a trabajar en la parte académica administrativa y se convirtió "en un mensajero" que viajaba a Bogotá constantemente con un arrume de notas, certificados, registros, papeles, para lograr validar el estudio de los muchachos. La cuestión era que niños y niñas estudiaban con las guías que les enviaban de Bogotá, apoyados por profesores que los orientaban, pero todo el proceso debía ser legalizado allá, y la necesidad de fundar un colegio en la sede de Villavicencio se volvió cada vez más imperativa.

Luz Elena había tenido una licencia de educación no formal, pero de ahí a contar con un colegio debidamente legalizado había todo un abismo. Camilo se puso al frente del inmenso trabajo que requería sortearlo. Fueron meses en que continuó su trajín de mensajero, pero ahora viajaba para adelantar todo el papeleo que haría realidad un nuevo horizonte para Benposta Villavicencio. Además, debió tomar un curso como secretario de educación. Dos años después ya tenían la licencia de funcionamiento y seis años más tarde graduaron la primera promoción de bachilleres benposteños. A pesar de que ver el colegio de Benposta convertido en una realidad fue en cierta forma un triunfo personal, Camilo no se consideraba entonces ni ahora el tipo de persona que lidera sola los procesos, y tiene claro que su fuerte es la capacidad de trabajar bien en equipo, y de ayudar a madurar las iniciativas conjuntas.

Llegamos a sostener 180 pelados con una infraestructura muy precaria. Nos faltaban casas, nos faltaba soporte. Esto era en 1990 y creo que fue el año más largo de mi vida. En 1991 llegó Carmen Eugenia a apoyarme, pero ella no había vivido en Benposta, y aunque conocía su filosofía tuvieron que pasar seis meses para que conociera su realidad. Aunque venía con muchos conceptos elaborados, aquí empezó a encontrar nuevos esquemas y ella lo reconoce así.

Yo recuerdo que tenía más ganas que sabiduría, que me enredaba haciendo vueltas legales, y que cuando me vi solo, al frente de todo, sentía que me faltaban armas y elementos, y que tenía la tarea de sostener una comunidad que de cierta forma se había desarticulado, pues Luz Elena se había llevado con ella las niñas mayores; varios de los muchachos que llevaban más tiempo en Benposta estaban como aventureros en la Guajira, y en cambio, llegaban muchos niños nuevos de Cali, de Bogotá o de Barranquilla que no tenían ningún proceso de formación comunitario. No sé cómo logré manejar a los pelados, ni como pude enfrentar todo el tejemaneje administrativo porque en ese tiempo nos mandaban todo de Bogotá; pero teníamos que distribuir los recursos y yo apenas estaba aprendiendo a hacer vueltas bancarias, pero lo pude hacer. Por fortuna, el cura estaba cerca y eso me ayudaba. Enfrenté una situación difícil. Pero al mismo tiempo, siento que ese trabajo que cumplí fue un recomenzar de nuevo, no sólo para la sede, sino para mí mismo.

El hallazgo de la psicología

Durante mucho tiempo Camilo no supo qué era lo que quería estudiar. Comenzó tecnología agropecuaria a distancia con la Universidad Santo Tomás, pero más influido por el medio que lo rodeaba, por los proyectos como el cultivo de la trucha de Benposta, que por una genuina inclinación hacia ese ramo. Le gustaba, sí, pensar en las posibilidades del desarrollo agropecuario y proyectarlas en Benposta, pero los dos semestres que hizo bastaron para mostrarle que no era lo suyo. Además, enfrentaba la escasez de medios para cumplir lo que debía. En una clase de topografía, a la hora de hacer el trabajo, comprendió que las bases recibidas eran insuficientes y tuvo que contratar una persona para que le enseñara a hacer unos levantamientos topográficos, cargar los instrumentos y conseguir todos los elementos necesarios. Entonces sentía que estaba

pagando un trabajo que la gente de la universidad necesitaba y que no contaba con ninguna infraestructura de apoyo. Se retiró aunque comprendía que matricularse de tiempo completo en una universidad significaría abandonar su apuesta por Benposta.

Cuando aún estaba en Bogotá había llegado a pensar en el sacerdocio. No era parte de una vocación, sino de una búsqueda, de ese "tener a flor de piel el deseo de ayudar a la gente", que lo había llevado a Nicaragua, a la selva, y ahora lo hacía detenerse en una posibilidad que se fue diluyendo, pues menos de un año después de estar de modo permanente en Villavicencio, terminó envuelto en un vertiginoso noviazgo —"más que un enamoramiento, fue como un encuentro"— que dio paso al matrimonio con Deyanira, la muchacha, y al nacimiento de su hija.

Después que nació Juana María el amor de pareja comenzó a desdibujarse, y aunque Camilo tenía una imagen idealizada de lo que debía ser una relación, el matrimonio se le volvió inmanejable. Llegaron al punto en que se pierde la confianza en el otro, al punto en que es poco, y luego sencillamente nada, lo que queda por hacer. No obstante el hecho de que él se sentía mal de desilusionar al cura con el fracaso matrimonial y le costaba enfrentarlo, "porque él no puede entender que uno se rinda en ese amor, él sigue la tradición de la Iglesia", no estaba dispuesto a permanecer casado contra su propio bienestar...

A sus diez años, Juana María es y seguirá siendo el lazo más fuerte entre Camilo y Deyanira porque si en menos de dos años la convivencia como esposos se volvió imposible —tal vez porque ninguno estaba preparado para esa construcción que hoy en día él sabe que el amor exige, o porque equivocadamente pensaron que podían vivir juntos sin haber llegado a conocerse lo suficiente—, cada uno tiene claro que seguirán siendo siempre el papá y la mamá de Juana María. "Por fortuna somos excelentes amigos con su madre —dice Camilo— y la niña es muy independiente: no tuvo, por ejemplo, problema en irse para San Andrés, donde un tío suyo y pasar un mes en la isla".

Así, siguen siendo una pareja de padres para Juana María, atentos a su crecimiento, a sus deseos, a las mismas experiencias que vive como estudiante de Benposta y día a día, ambos comparten su presencia. Tal vez Camilo habría deseado contar una historia de amor distinta, la de una manera sólida de construir el amor en pareja, pero poco a poco aprendió a aceptar que ésa fue la que hizo y que sólo queda cuidar, con tanta delicadeza como ambos puedan, a la niña que aman.

Yo nunca sentí la necesidad de salirme de Benposta, pero hubo situaciones que me obligaron a pensar en buscar otras alternativas, como el matrimonio. Al principio, cuando me casé, comencé a trabajar en una revista como vendedor de publicidad. Era algo distinto de vender periódicos voceando en la calle, pero fue entonces cuando la sede comenzó a exigir más dedicación y me dediqué a ésta de tiempo completo. Hubo un momento en que las situaciones afectivas me hicieron sentir una crisis fuerte en Benposta, aunque nunca flaqueó mi sentimiento por sus ideales, ni llegó el momento en que pensara que ya había cumplido lo que tenía que vivir y hacer aquí. Yo creo que en Benposta siempre habrá un millón de posibilidades por hacer.

Ahora sé que tengo mucho más elementos para construir una relación afectiva equilibrada, con una idea clara con respecto a la vida en pareja, pero en ese tiempo lo más importante fue que a través del fracaso de mi matrimonio, y de la experiencia que tuve como mantenedor con los muchachos, fue que al fin descubrí que lo mío era estudiar psicología. Un aprendizaje que no he realizado sólo para mí, sino que me ha dado muchos elementos para aportarle a la gente, a los muchachos, aunque siempre en un contexto de persona a persona, no a través de talleres, pues yo prefiero acercarme a lo que piensa, siente y necesita cada uno.

Buscando salidas para desafíos como el que supone el manejo de la sexualidad en la comunidad, Camilo completó siete semestres de psicología, pero las obligaciones administrativas de la sede lo obligaron a interrumpir temporalmente la carrera. Sin embargo, ese otro aprendizaje de la psicología que de un modo empírico ha ido realizando a través de la relación con los niños, las niñas y todos los jóvenes de Benposta, no le bastaba y al fin terminó la carrera. “Era —sostiene— no sólo un compromiso conmigo mismo, sino con cada uno de ellos”.

Horizontes

Han pasado casi diez años, la misma edad de Juana María, desde que Camilo se convirtió en el representante de Benposta Villavicencio. El colegio se legalizó en 1990. Durante ese período hubo un desplazamiento de las actividades extracurriculares como el taller de ornamentación y la fábrica de bambú, por el énfasis en la parte académica, que hasta ese momento no recibía la suficiente atención. La formación comunitaria fue y es una experiencia única adelantada dentro de la filosofía de Benposta.

En ese espacio de aprendizaje abierto también se fortalece el trabajo agrario. Camilo recuerda que al principio no había ni siquiera un arbolito y que al padre Benjamín se le ocurrió que sembrar uno podía ser una buena penitencia. Por cada confesión comenzó a haber un árbol sembrado... Entre todos empezaron a hacer los jardines, y a partir del día en que un visitante le contó a los muchachos que en Perú la gente tenía que transportar tierra de un lado al otro para sembrar una mata, se sintieron avergonzados de no tener ni un cultivo y se dijeron que no sembrar con tanta buena tierra a su alrededor era un verdadero pecado. Entonces hicieron una platanera y luego siguieron cultivando frijoles y otras semillas. Por esa época comenzó la idea de adquirir una finca para extender los cultivos y llegar a acercarse, al menos en parte, al autoabastecimiento.

Ahora, una de las expresiones más fuertes es la pintura. Justamente en diciembre organizaron una exposición con los trabajos de los muchachos, aunque no lograron, como querían, llevarla afuera de la sede. Los pequeños son los que más se entusiasman con la pintura. Cuando los niños o los adolescentes se sumergen en el mundo que se abre en el taller de arte de Benposta, hallan un espacio para expresarse. A veces es como si solo necesitaran pintar para sacar la tristeza o la alegría e incluso la memoria de las situaciones dramáticas que han vivido. Cuando vienen de zonas de guerra recrean “cosas horrorosas”, imágenes donde la sangre y las armas están presentes y Oscar Aponte, el maestro de pintura, los deja “decirse”, como un modo de crear ese puente que se tiende cuando uno siente que el otro entiende lo que está pasando; luego, poco a poco, sin tocar el tema, les va proponiendo nuevos ejercicios creativos, como quien guía el paso de una memoria dolorosa a la creación de formas y espacios imaginados: frutas, mariposas, ventanas o cuerpos, que preceden el umbral de otra mirada, una forma silenciosa de terapia o una vía de salida a través del arte. En algunas ocasiones, el proceso de adaptación que no se ha cumplido en otras áreas de la vida de Benposta — como en el caso de un muchacho que se negaba a participar en todo— se hace posible por la vía de la pintura.

La experiencia de Camilo es que las propuestas creativas —presentaciones de danza, grupos deportivos— funcionan cuando no son una imposición del equipo de gestión, sino cuando surgen de los mismos muchachos: *Entonces, si les toca madrugar, no les importa; si les toca trasnochar, tampoco; si llueve o si hace sol, ellos ensayan igual... Por eso lo que hacemos es darles el aval cada vez que tienen el deseo de hacer algo así, no sólo porque ha surgido de su propia motivación, sino porque son experiencias que además de entretenerlos los hacen crear.*

Hoy, una de las áreas de trabajo de Benposta en Villavicencio es la proyección de la comunidad con los desplazados. Algo que se entiende porque la sede es un enclave de paz en una región de guerra, un punto donde a menudo llegan a buscar refugio los hijos de las familias que huyen de las

masacres paramilitares, de la violencia guerrillera, o de la indigencia en la que se hunden cuando dejan sus posesiones en el campo para emigrar a la ciudad en donde el desamparo es cruel, pero al menos conservan la vida.

En el fondo, en la historia de cada benposteño hay un desplazamiento cumplido sobre el acoso de la muerte, buscando salidas al cerco estrecho que tienden la pobreza y la falta de oportunidades, o sencillamente una búsqueda de ese sentido de lo común que en la vida de afuera se diluye por completo. *Aunque yo fui inmigrante del campo a la ciudad —afirma Camilo— no por ninguna fuerza en conflicto, sino porque mi padre buscaba alternativas de empleo, también viví ese desajuste familiar que se crea en el cambio del campo a la ciudad y finalmente fue por eso que llegué a Benposta. Por eso digo que aquí todos somos desplazados.*

En la región, desde 1982, empezó de una manera fuerte el desplazamiento, pero durante muchos años se vivió una situación silenciosa. Nadie hablaba de lo que estaba pasando. Uno escucha los testimonios de esa época y ve que ya estaba presente, pero todavía no se lo consideraba una problemática nacional. Para nosotros, la masacre de Mapiripán implicó un punto de partida porque hubo una desbandada de niños que llegaron de allá. El horror que vivieron hizo que ese desplazamiento que hacía tiempo ocurría, se convirtiera en noticia en el país y en el mundo. Ahí fue cuando nos dijimos: "Vamos a trabajar con los desplazados". Ellos estaban ahí, acampando en un parque de Villavicencio que se llama "La Esperanza", y no hallaban ninguna, no sabían qué hacer.

Nos angustiaba la situación que vivían, sobre todo los menores, y yo dije: "Tenemos que hacer algo". Me fui a ese parque y le comenté a la gente que en Benposta podíamos brindar veinte cupos para que sus niños y niñas pudieran volver a estudiar. Hicimos esa oferta sin tomar en cuenta el presupuesto, con la convicción de que no podíamos negarnos a darles la mano y con la confianza de que alguien a su vez, nos las daría a nosotros... Si lo hicimos así fue porque la experiencia de la comunidad nos ha llevado a sentir la verdad que hay en el dicho: "Donde come uno, comen dos", y porque el compartir abre las puertas de la abundancia en todo sentido.

La cuestión fue que no llegaron veinte sino un poco más de ochenta y era tanta la necesidad de la gente que no fuimos capaces de negarles un pupitre en nuestros salones, un lugar donde correr, libres de las fronteras estrechas del hacinamiento en que ahora vivían. Ahí comenzó un nuevo frente de trabajo para Benposta. Los niños y las niñas necesitaban atención directa y un acompañamiento capaz de hacerles sentir que en medio del desarraigo habían encontrado una comunidad, un espacio donde tenían algo suyo. Pensábamos que tan urgente como el pan era demostrarles que si una parte de la humanidad les había dado la espalda, había otra media humanidad, esperándolos, "con una flor en la mano" para ellos, como dice la letra de una canción...

Este año nos enfrentamos de nuevo con una manada de pequeños desplazados, justo enfrente de Benposta, donde se instalaron con sus padres en un terreno de la Alcaldía y de la noche a la mañana levantaron cambuches. En respuesta a esos ojos —que uno no puede dejar de ver— empezamos a compartir con ellos los espacios de juego de Benposta y el comedor. Una vez más, encontramos el apoyo de Bienestar Familiar, y la solidaridad a través de organismos como Terres des Hommes y Save The Children.

Para nosotros los niños son mucho más que seres a los que hay que alimentar... Por eso les damos en nuestro espacio un lugar donde son consentidos, donde recuperan su capacidad de disfrutar, donde se ponen en contacto con el asombro que les da su propia creatividad —por ejemplo, a través del trabajo con la pintura— para que al menos, durante una buena parte del día, puedan olvidar esas preguntas que los rondan, esas preocupaciones del mundo adulto que los angustian: "¿Cuándo nos irán a sacar de aquí?", "¿será que para mañana nos alcanzará la comida?", Y son los mismos

muchachos de la comunidad los que les abren la puerta del juego con amor, porque han crecido sin cerrar nunca los ojos a la realidad que está ahí al frente...

Así, el trabajo que Camilo cumple hoy como representante de Benposta es una afirmación de que es posible educar desde la vida en común, para la vida en común. La lección que él debe transmitir a los niños, niñas y adolescentes a su cargo no es otra que la de saber que, no obstante cuanto les ha negado el país en cada una de sus historias personales, siempre pueden aportarle lo que son, lo que están aprendiendo a ser... Guiar ese aprendizaje con la trasparencia necesaria para que cada uno sienta “a flor de piel” el deseo de servir ante el apremio de las sombras que nos cercan —esas “guerras que envenenan las noches y oscurecen los días” como dice la Oración por la Paz de Benposta— es un destino que la vida le ha impuesto a Camilo al llevarlo a donde lo ha llevado. Cuando haya cumplido lo que queda por hacer en esta sede creada para formar cientos de pequeños y jóvenes soñadores, entonces podrá empezar a contar la historia más hermosa de su vida.

.....Los días de Eliana

"Agredimos al tiempo con la feliz cigarra,
con el terrestre sueño que alentamos."
Miguel Hernández

Los días de Eliana Ruth son de una rutina sencilla que hace pensar en la templanza. Vive sola en una pequeña habitación, a una cuadra de la sede de Benposta en Ciudad Bolívar, donde cada mañana, sin falta, enfrenta la tarea de formar a los jóvenes de esta zona difícil. Para apoyarlos mejor en el lento proceso del crecimiento humano, en las tardes estudia Pedagogía Reeducativa, y son muchos los fines de semana que ocupa en las incesantes tareas del trabajo comunitario.

Sus ojos negros transparentan una belleza interna en la que no se detiene a pensar; una belleza hecha del más puro convencimiento frente a lo que hace y de la capacidad de estar en donde está; una belleza que quizá sólo requiere ser consciente de sí, para completar el descubrimiento de su inmensa fuerza. La ha ido sopesando, en su paso de niña tímida a joven líder, cuando propuso y dirigió una experiencia de educación sexual para los niños y las niñas de los barrios aledaños, patrocinada por la UNICEF, y en el trabajo de formación comunitaria que realiza con los muchachos de la sede. Son experiencias que la han llevado a un despertar a sí misma, entre el asombro y la certeza de que nunca será sólo para sí, de que necesita ser para otros, para poder ser ella. Porque ante todo, Eliana es una mujer que siente ternura por el mundo: conoce tan bien ese rostro del amor que permite "sufrir—con" cada quien, que no podría eludir —aunque a veces quisiera— ese compromiso personal que llena de sentido su existencia: la transformación del entorno concreto en el que vive.

Tres mujeres juntas

La infancia de Eliana Ruth se concentró, durante muchos años, en una sola imagen: dos niñas de intensos ojos negros tomadas de la mano de la madre por los caminos y veredas de El Castillo, San Martín, y Medellín del Ariari. Son dos niñas que cargan el agua por laderas, ferias y mercados, mientras la mujer adulta lleva su inmensa olla con buñuelos y empanadas; dos niñas que caminan por el bordecito de un andén con mucho cuidado, para recorrer la distancia que hay entre la casa y el restaurante donde la mamá encontró trabajo cuando dejó de recoger café y donde les sirve el almuerzo. Después se devolverán las dos juntas, con la misma concentración de sus pequeños pasos sobre el andén; la menor se pondrá a jugar, y ella hará las tareas de la escuela. Se siente muy mayor porque le lleva tres años a la hermanita y además de estudiar, cocina y limpia la casa para que la mamá pueda trabajar.

No le importa madrugar algunos días a ayudar a amasar las empanadas, porque luego, cuando las tres vengan de regreso con la olla liviana, entrarán en una tienda a buscar pequeñas cosas bonitas, un peine, un juguete, a veces una falda o una blusa, y Eliana volverá a su casa sonriente, aunque nunca tan feliz como cuando al regreso se detienen bajo las toldas de las ferias que parecen llenar el mundo de objetos deseables que mira sin aliento, por el puro gozo de mirar, o como en esos días grandiosos en que las ventas ocurren en medio del espectáculo de las cuadrillas de caballos. Para ella, sin embargo, la felicidad es todavía más simple, algo tan común, como ser tres mujeres caminando juntas en cualquier parque de los pueblos del Llano donde han vivido, o como el orgullo de saber que en los días de la cosecha, cuando ya pueda ir a ofrecer sola las empanadas, será capaz de duplicar las ventas de la madre. De ella dirá luego que entre caminos, tardes de feria, y

oficios de casa le enseñó a trabajar con alegría, a apreciar lo que conseguían con esfuerzo y a recordar que necesitaban quererse para ir de un lugar a otro sin sentirse perdidas.

En la memoria de la madre hay otros recuerdos. Eliana sabe que ella no imagina el rostro de su propia mamá porque la abuela murió cuando apenas tenía dos años. El padre —su abuelo— la formó en la recia visión de su manera de entender el mundo. Era un campesino nacido en Villavo, pero al que le parecía habitar desde siempre las tierras aledañas a El Castillo, una zona "roja", curtida en luchas, donde se convirtió en dirigente guerrillero antes de deponer las armas y entrar a hacer parte de la Unión Patriótica. Matriculó a la hija en sus filas con el orgulloso gesto del patriarca que da el apellido y ella entró, desde pequeña, a un mundo donde oía hablar de "justicia e igualdad", dos palabras que resonaban como modulaciones de la esperanza en su imaginación de niña y adolescente, pero que vio mancharse de sangre, convertirse al principio en una amenaza, y dar paso luego a una sucesión de luchas contra el Ejército y los paramilitares que comenzaron a multiplicarse en una larga escena violenta donde los actores iban cambiando y la única constante era la muerte, de la que no sabía ya a qué justificación obedecía.

En su edad adulta, la madre diría que se trataba de una guerra sin sentido en la que "cada cual busca el propio beneficio ignorando todo lo demás", y en esto, volvió a coincidir con el abuelo que ya miraba con profundo desdén a las FARC[66] y al ELN[67] o a cualquier grupo guerrillero del presente. Sólo después de los veinte años, Eliana supo del pasado del abuelo y él se tomó el trabajo de decirle que nada tenían que ver sus ideales de izquierda con la rapiña por el poder, ni con la violencia que ahora desangraba los campos. La única vez que hablaron de eso, él le dijo: "Antes los guerrilleros pedían gallina, comida y la gente les daba, pero era lo mismo cuando el Ejército llegaba a pedir y por eso no se mataba a nadie; entonces los enfrentamientos eran entre ellos, pero nunca en medio de los pueblos. Ahora no les importa —se quejaba—. Antes los campesinos podían andar tranquilos por ahí y ya no se puede ni andar."

Además de Eliana, la mamá había tenido un hijo con el padre de ella, pero se lo dejó al abuelo después de que se separaron. Luego fue cuando nació Marvi, la hermanita. La tuvo con un hombre que la acompañó hasta el día en que lo asesinaron. Las niñas eran tan pequeñas entonces que nunca preguntaron por qué y la imagen que tenían de él era tan vaga que les parecía que siempre habían estado solas las tres transitando de uno a otro pueblo.

De Medellín del Ariari, a donde también llegaron juntas, habría recuerdos tan suaves para Eliana de niña como el sonido de las chicharras y el viento nocturno que mecía los árboles cuando corrían, ella y su hermana, jugando a esconderse detrás de los troncos, o llenando el aire de las voces de niños que escapaban de la "Yeva"[68] y se olvidaban de las tareas y oficios de las tardes. Allá, además de las empanadas vendían arepas y tamales en el mercado de los domingos. Pero a esa memoria suave se añadiría otra, indeleble, en el recuerdo de ambas: la tristeza oscura de cuando mataban a la gente.

Fue antes de la marcha de protesta en que las tres recorrieron a pie con una multitud el camino de Granada a Villavicencio, cuando ocurrieron varias matanzas de campesinos que no tenían nada que ver con la guerra. Lo único que entonces comprendía Eliana era que como mucha gente pertenecía

[66] Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el movimiento guerrillero más fuerte en la actualidad.
[67] Ejército de Liberación Nacional, otro grupo guerrillero.
[68] Juego de niños que consiste en que uno corre buscando alcanzar a los demás. El que es tocado tiene el turno de perseguir a los otros.

a la U.P.[69], el Ejército llegaba a matar. Unos de los primeros asesinados fueron dos muchachos que había venido de Viotá a trabajar y la tarde en que los asesinaron estaban encerrando ganado. A esos hombres les colocaron granadas después de muertos. “Era algo que hacían: ponerles armas para decir que eran guerrilleros, cuando la gente sabía quiénes eran inocentes”. ¿Cómo iban a llevar granadas mientras encerraban?, se preguntaban todos.

Al otro día, cuando los habitantes del pueblo subieron a reconocerlos decían que si hubieran sido guerrilleros no habrían estado solos, sino andando en grupo y que nadie los convencería de que no eran inocentes. Otra vez aparecieron seis campesinos muertos y torturados. Los arrastraron en una zorra halada por un tractor y luego los metieron en unas bolsas negras. Fue ahí cuando se organizó la protesta, que no sirvió para otra cosa que para aumentar el número de muertos. El miedo creció todavía más.

En varias ocasiones mataron gente muy cercana. Una vez las niñas estaban jugando al frente de la casa y más abajo, como a dos cuadras, sonaron doce tiros. Habían asesinado a un señor que era un líder del pueblo y que vivía pendiente de organizar a la gente de la Junta de Gobierno. Otro día mataron a alguien de la Acción Comunal. A ella le daba miedo que fueran por el abuelo, “que ya era un viejito”, pero nunca llegaron a su casa.

Eliana recuerda que una vez el Ejército se aglomeró en la vereda y a los habitantes de Puerto Esperanza les tocó reunir lo que tenían para hacerles de comer; les decían que todos los que vivían por los alrededores eran guerrilleros, pero esa vez no tomaron ninguna represión. Después comenzó otro tiempo: a algunos campesinos los obligaban a irse. En el pueblito generalmente aparecían a la madrugada, de dos a tres de la mañana, para encontrar a la gente que tenían fichada y sacarla o llevársela y matarla.[70] Llegaban a pegarle a las puertas, entraban en las casas, y les decían que se fueran, pero la mayoría se iba yendo porque les atemorizaba ver que ya casi no quedaba nadie. A la vereda, los sacerdotes apenas iban de cuando en cuando, y sólo era seguro que celebraran misa en Semana Santa y en Navidad.

Lo único que tenía claro Eliana era que la suya era una zona que estaba signada como “guerrillera” y que eso equivalía a saber que la muerte rondaba entre las gentes que la habitaban con más saña que en cualquier otro lugar. Algunos de los niños y niñas de la vereda se habían ido a vivir a Benposta y cuando regresaban durante las vacaciones les decían a los demás que allá estudiaban, paseaban y vivían muy contentos. Un diciembre apareció Luz Elena con un grupo de muchachos y muchachas que organizaron las Novenas más entretenidas en las que Eliana hubiera participado. Entonces, ella necesitaba un colegio donde pudiera estudiar bachillerato y vivir. Antes de esa Navidad, la mamá había pensado enviarla a un internado en Granada, pero no podía costear la pensión y no sabía cómo hacer para que la niña siguiera estudiando. En Benposta, en cambio, sólo se pagaban quinientos pesos mensuales y después de la visita del grupo, Eliana terminó de entusiasmarse con la experiencia de vivir interna y se fue. Era el año de 1987.

Benposta

La primera persona que Eliana vio al llegar a la sede fue a Luz Elena. Ella la recibió y eso fue quizá como un signo de que en los años siguientes su figura iba a preceder parte de su aprendizaje de la vida: “Ella era una líder, nos enseñaba el valor de la mujer, el respeto por los demás, y a veces nos llevaba a las reuniones de los movimientos de las mujeres. Yo tenía 12 años y veía cómo formaba a

[69] Cerca de 3.000 miembros de los integrantes de la Unión Patriótica, grupo que se reincorporó a las vías legales de lucha por el poder político, fueron asesinados en un período de tres años.

[70] Este tipo de métodos de lucha armada caracterizan a las Autodefensas Unidas de Colombia, que conforman el movimiento paramilitar.

las mujeres, cómo las apoyaba en los problemas familiares o laborales y cómo discutían el papel que nosotras podíamos cumplir en Colombia". Oyéndola, se convenció de que una mujer "debía ser emprendedora, una luchadora por la vida"; mirándola aprendió también la disponibilidad hacia los demás, porque nunca que un niño venía a buscarla, ella decía: "Estoy ocupada", y siempre tuvo tiempo para oír a cada uno o para jugar con todos.

A veces Luz Elena llevaba al río sólo a las niñas y se bañaba con ellas. Otras, participaba en sus carreras, las observaba jugando a la lleva o a las escondidas y les enseñaba baloncesto. Los fines de semana se levantaban temprano para que ella las entrenara, y luego armaban campeonatos. Además hacían otras actividades: reuniones, teatro, danza, gimnasia, ayudaban a arreglar la casa y disfrutaban de todo.

Al comienzo era un poco tímida, pero ya después empecé a coger confianza con las niñas y me costaba dejarlas en vacaciones. A mitad de año me iba con mamá, que venía constantemente a verme. Y aunque siempre estuvimos muy unidas y nunca nos separamos, prefería pasar aquí todas las Navidades. Recuerdo que al final del año en que entré a Benposta nos fuimos con un grupito de niñas y Luz Elena a Bogotá y estuvimos paseando y conociendo.

A ella la quiero y la admiro por muchas cosas. Yo era muy desordenada, dejaba la ropa tirada y ella me decía, Bueno, Eliana, ¿qué pasó con la ropa?, Y fui aprendiendo. Yo pasé por todas las etapas en Benposta y poco a poco empecé a sentirme merecedora de más privilegios, y llegué a ser diputada; pasé a Aceptación, que es donde una comienza a querer de verdad a la comunidad; después fui aspirante, ciudadana, preaventurera y aventurera y creo que esa vivencia me ha ayudado mucho para el trabajo que hoy hago.

Eliana tenía menos de 14 años cuando el sueño de ganarse un cargo importante en Benposta se le cumplió. Aunque entonces, ahora lo reconoce, "no era lo suficientemente madura para responder como debía". A veces se le quedaban las llaves de la Intendencia que estaba bajo su cuidado, y la gente venía y sacaba cosas, acababa la despensa y después era ella quien quedaba en evidencia. Esos malos ratos le sirvieron para fortalecer su atención y cuando estuvo al frente del comedor, pendiente de que los niños camareros sirvieran las mesas, mientras sus compañeros pasaban ordenadamente; o cuando más tarde, era la delegada que debía revisar todo lo del "Ofice"[71], y Comedor, pudo hacerlo mucho mejor.

La niña tímida y callada que ella era fue cambiando, porque en Benposta "uno habla o habla". Muchas mañanas el padre Benjamín le pedía a ella o a cualquier otra persona que dijera una oración, y en las reuniones, enfrente de todos, cada quien debía ser capaz de comentar las fallas y fortalezas de sus compañeros, analizar los problemas del grupo y plantear alternativas, y siempre, hablaran lo que hablaran, estaban siendo escuchados y sentían que sus palabras eran importantes para los demás. También, aunque no se fue con el Circo de los Muchachos porque se enfermó cuando estaban haciendo la elección, alcanzó a estar en las presentaciones y a sentir el vértigo del público y el gozo de los aplausos, y cada una de estas vivencias fue desvaneciendo su miedo y permitiendo que poco a poco se acercara a su esencia de líder.

No obstante todo lo logrado, el momento de la crisis también llegó para ella: *Cuando tenía veinte años me entró como la desesperación porque me sentía aprisionada y empecé a vivir una etapa de conflicto con la gente. Yo dije, Me voy a vivir un tiempo con mi mamá y si veo que Benposta es lo que me llena y es mi vida yo volveré. Duré un año por fuera y volví porque me di cuenta de que aquí estaba el proyecto de vida mío.*

[71] Así llaman en Benposta el oficio de lavar la loza.

Después de regresar, Eliana terminó Bachillerato, y luego no dudó en irse para Venezuela, a la casa de Benposta en la Guaira. Algunas noches, mirando hacia el mar, ella sentía nostalgia porque había dejado su gente para encontrarse con un mundo en el que no le resultaba fácil entrar. Muchos niños venían de instituciones y traían una inmensa rebeldía. Ella se hizo cargo de un grupo de niñas y luego estuvo al frente de la Junta de Gobierno. Entonces, empezó a cumplir un papel de mayor, a darles un acompañamiento académico, a dirigir las reuniones de formación y a tratar de cambiar modelos de comportamiento que resultaban violentos.

Las niñas se maltrataban entre sí, y había una, especialmente difícil, hija de una trabajadora sexual, que se enfrentaba a ella continuamente. No quería dejarse ayudar y no se dejó. Esa sensación de impotencia fue dolorosa para Eliana. La niña al fin salió, regresó a un sector muy marginal de la zona a vivir con el padre que estaba borracho todo el tiempo. No fue suficiente hablarle y ella comprendió que a veces no basta con el amor ni con la disposición. Le ocurrió lo mismo con algún niño que tenía problemas de drogadicción, una situación para la que Benposta no está preparada, porque en tanto constituye algo excepcional, no se manejan tratamientos, ni existen personas capacitadas para ayudarlos a salir del abismo. Aunque entonces, todo lo que supo hacer fue "brindarle cariño", años después esa carencia iba a permitirle estudiar su carrera con la imperativa necesidad de encontrar una mejor manera de ayudar.

Desde entonces, hay algo dentro de ella que la lleva a buscar compartir sus aprendizajes con los muchachos que han caído en la droga y siente que no sólo les da algo de sí al escucharlos, sino que aprende porque puede ver de qué manera o por qué se desliza la gente a esos abismos. Nunca los juzga, sólo agradece la posibilidad de ser una presencia clara para cualquiera de ellos. Tal vez ese rasgo sea parte de lo que el cura Silva le enseñó: *él ve un niño de la calle y no le interesa que sea ladrón, drogadicto, lo que sea: él empieza a hablarle. Le da tristeza ver que nuestra sociedad puede dejar a los niños en el último lugar. Con ellos es muy tierno. A veces cuando viene de visita llega con cámaras de video, de fotografía y a él no le importa desprenderse de eso, les va entregando lo que tenga. En cambio uno medio tiene algo y se apega, Uy, no, cómo voy yo a regalar eso. Otra cosa que es increíble es que él se sabe el nombre de todos, recuerda los rostros, tiene una capacidad de retención impresionante. Nos gana a los jóvenes porque vive para llevar el mensaje de paz al mundo y lo hace a través de Benposta y del Circo de los Muchachos. Eso fue lo que escogió cuando decidió hacerse sacerdote y vivir de otra manera la tradición del circo que había en su familia.*

Después de regresar de Venezuela, compartió una casa en Bogotá con tres muchachas de Benposta durante cuatro meses. Todas estaban haciendo la Gran Aventura y la convivencia era parte de ésta. Antes de venirse habían comenzado el proceso intensificando la oración. Juntas hicieron jornadas de formación, un trabajo centrado en el compartir, y se sujetaron a un período de vida monacal. Eran un grupo de mujeres dispuestas a experimentar la introspección, a ir hacia dentro de ellas mismas en busca de Dios y de su propia esencia en un lugar del Páramo en Santander.

De esos meses no recuerda la austeridad. Guarda la sensación de una experiencia grata que les aportó muchísimo y que no las dejó "entrar en crisis con respecto a Benposta". Carmen Eugenia las acompañaba de un modo muy cercano. En realidad, aunque algunas hubieran convivido durante años, el ambiente del retiro las hizo conocerse de otra manera. Ellas asumieron con instintiva sabiduría las exigencias del proceso, de un modo quizá más flexible de lo que el cura Silva hubiera deseado, pero no por esto menos comprometido.

En ese tiempo había una imagen que evocaba con frecuencia. Era la de un día en que, siendo todavía una niña, asistió a un taller de formación que el Cura dictó en Villavicencio. Cuando él preguntó: "¿Quién quiere ir a fundar una Benposta?", ella levantó la mano y en ese instante sintió la

sensación inolvidable de tener una ilusión sembrada dentro de sí. Pero, aunque “eso es algo que marca mucho” durante el tiempo de la Gran Aventura observó que en su inmensa capacidad de soñar, a veces el Cura le pedía a los jóvenes más de cuanto podían ofrecer en ciertos momentos de su vida. Estar dispuestas a dejar todo —sin ninguna otra consideración— para irse a apoyar una Benposta naciente en cualquier lugar, o renunciar a tener posesiones personales eran exigencias que de alguna manera sobrepasaban sus circunstancias. “Él viene de una realidad muy diferente y no se da cuenta de que nosotros no somos Europa, que provenimos de familias donde las condiciones de vida no son fáciles y que la posibilidad de llegar a ayudarles es muy importante para nosotros.” Comprenderlo así le permitió seguir construyendo el sueño de la Gran Aventura con la claridad de que el presente le exigía un equilibrio entre su deseo de hacer una carrera y el tiempo entregado a Benposta. Eso sí, con una disposición total.

Al cabo de los tres meses, cuando sus compañeras se fueron, Eliana decidió seguir viviendo sola en Bogotá, pero trabajando en una pequeña sede de Benposta en Ciudad Bolívar. Durante el tiempo que seguiría iba a experimentar una serie de acontecimientos y una intensidad vital que empezaría a revelarle a ella misma y a los demás de qué era capaz. En el curso de los siguientes meses afrontó por primera vez la experiencia de la soledad, lideró un programa de educación sexual en la zona y encontró el camino para acercarse a los jóvenes de la sede del barrio mientras emprendía con todo el entusiasmo su carrera universitaria.

“Eso” sí educa

Apenas instalada en una pequeña pieza, a la vuelta de la esquina del centro comunitario de Benposta en Ciudad Bolívar, surgió la oportunidad de tomar un curso en Salud y Prevención. Lo hizo sin saber que, literalmente, sería su primer enfrentamiento con el mundo de afuera. La exigencia de un proyecto en grupo sobre el tema la llevó a plantear un programa de educación sexual con los niños del barrio que obtuvo el apoyo de UNICEF. En el instante en que le comunicaron la aprobación sintió el peso de la responsabilidad que acababa de ponerse sobre los hombros.

El trabajo de dirigir este proceso educativo fue arduo. Comenzaron visitando las escuelas de la zona para invitar a niños y niñas preadolescentes. Cada vez que entraba a un plantel a ofrecer los talleres que dictarían los fines de semana durante un año entero, Eliana debía enfrentar la prevención de los rectores que se mostraban temerosos frente a la posibilidad de que la experiencia transmitiera “una mala información a los niños” y desatara rumores negativos en los barrios. Algunos le cerraron las puertas, otros nunca le dieron una respuesta, pero por fortuna, hubo también escuelas abiertas a escuchar una propuesta educativa, que resultaba innovadora para la zona.

De hecho, era la primera vez que el tema salía de las aulas de clase y que los niños y las niñas encontraban un espacio donde preguntar, donde conversar sobre “eso” que en sus casas rehuían. La verdad es que tampoco a Eliana le resultaba fácil hablar de sexualidad. Tuvo que prepararse, reunir el conocimiento necesario para sacar adelante el programa, desarrollar herramientas conceptuales, descubrir dentro de sí la capacidad de transmitir, estar al frente de la parte contable y administrar los 12 millones de pesos que obtuvieron para el proyecto, además de coordinar los talleres. Fue, como ella dice, “un trabajo muy formativo”.

El desafío fue bastante grande, pero Eliana ya sabía lo que significaba estar de pie ante una comunidad atenta a sus movimientos: lo había experimentado desde que era una jovencita. Ahora, para la mujer que formaba a un grupo de niños de la zona eran otros los obstáculos: una madre disgustada que retiraba a la niña del taller y la imposibilidad de convencerla de que la formación en educación sexual era absolutamente necesaria. O el hecho de que algunos de los padres consideraran que “eso” no era educativo o que fueran personas que no respondían nada cuando les

preguntaba, ¿qué es sexualidad?, o dijeran que era “algo muy rico”, identificándola solamente con el sexo...

No obstante todas las dificultades que se presentaron, la experiencia fue reveladora: al final del contrato le sobró dinero, había sido capaz de profundizar y hablar sobre el tema, y sobre todo, había logrado que los niños superaran la timidez inicial y los conatos de risa con que la disimulaban, y la misma resistencia de los padres había cedido cuando la mayoría comprendieron la importancia de los talleres. Niños y niñas no sólo “quedaron contentos, sino que llegaron al punto de contar las situaciones que habían vivido y de expresar su gratitud ante el hecho de poder hablar de lo que nunca hablaban”. Ese fue el juicio definitivo para ella, que paralelamente, en las mañanas de la semana, cumplía otro aprendizaje no menos difícil en la sede de Benposta.

Una sede para aprender a manejar la vida

En la sede a donde Eliana llegó se encontró con un grupo de jóvenes formados en Benposta —Marta y Edgar, entre ellos— que batallan en un lugar estrecho, desprovisto de comodidad, donde apenas hay espacio para organizar tres salones de clase en el segundo nivel, con un solo fin: proponer alternativas a los jóvenes de esa zona de Ciudad Bolívar donde está ubicada para que ellos aprendan a “manejar la vida” construyéndose a sí mismos y a su comunidad. A un lado de la entrada hay un pequeño altar iluminado y al frente un escudo de Benposta dibujado por los muchachos. Es como si el trabajo que allá cumplen estuviera contenido entre las fronteras de esa imagen en penumbra de la Virgen que invita al silencioso recogimiento, y los trazos hechos con lápices de colores por manos adolescentes que transmiten la algarabía del circo, como si la tierra fuera una carpa tendida y en ella resultara posible extender la invitación al juego en un espacio habitado con un sentimiento de fraternidad.

Algo semejante a la imagen de un sueño que se mantiene en el entorno concreto. En la sede se reúnen los cinco jóvenes del equipo de gestión y los seis maestros, conscientes de que afuera está la urbe marginal, con sus cadenas de frustración, con las ausencias de afecto que se repiten de generación en generación, y la huella oscura que se graba en los seres maltratados: su incapacidad de soñar. Allí, una señora les dijo, al presentar a su niño, que era “muy noble porque se dejaba pegar, sin decir nada”... Por eso, el reto es lograr que esos adolescentes que llegan a cursar los tres grados aprobados por el Ministerio de Educación —las limitaciones físicas no permiten más—, y que luego, en la tarde, se reúnen a trabajan en proyectos de formación comunitaria, puedan descubrir una visión de mundo por construir, algo nuevo para llevar a sus amigos del barrio, a sus casas; otra lectura de la misma vida, la sensación de que “es posible hacer lo que uno desea”, el sentirse capaces de decir, “Alto ahí”, a lo que ciega los días a su alrededor.

Al que llega, venga de donde venga, de la desolación de las migraciones, del remolino de las pandillas, de sucesivas expulsiones de otras escuelas, se le plantea que al entrar en ese territorio acepta acogerse a las leyes de ciudadanía de la comunidad: una despierta atención en la convivencia; la alegría como reflejo de la libertad; la actitud de servicio y amabilidad —descubrir que es “amable”, “querible”, el que está al lado—; honrar el lugar donde se habita; pararse con fuerza ante las dificultades; “hablar con la verdad del agua, que aclara el labio de los que han mentido”[72]; ser fiel en la acción y forjarse un carácter trabajando, para, en una palabra, buscar a Dios en el día a día. Y lo sorprendente es que, no obstante la dureza de algunas de sus historias, o el gesto curtido en ese ir y venir de la vida descarnada, muchos acogen de un modo extrañamente dócil el horizonte de estas leyes sencillamente porque hay otros como ellos, comprometiéndose en el intento.

[72] Verso de Miguel Hernández.

Entonces, en medio de las restricciones económicas de la sede, alienta saber que antes era mucho más precario el lugar y había más violencia en el entorno... Cuando Eliana entró a la sede de Las Torres oyó decir a sus compañeros que allá ofrecían el estudio como una oportunidad de encontrar elementos para ir cambiando la vida, aunque no fuera fácil “pedir a los muchachos y muchachas que estudien cuando no comen en sus casas”. Ella vio las actividades de refuerzo escolar para los pequeños con problemas académicos, el ajetreo del comedor, la algarabía del jardín infantil de las mañanas, y el trabajo con los jóvenes en las tardes y se dispuso a cumplir la consigna del cura: “De aquí en adelante sueñe y haga soñar a los otros; diga, con su vida, que usted existe.”

“Tengo que vivir la vida con ellos”

Al comienzo el trabajo en la sede fue difícil para Eliana. Ella había crecido en una comunidad de internos y se enfrentaba a la tarea de formar en los ideales de Benposta a muchachos que iban y venían, que se asomaban entre curiosos y críticos, quizá buscando de antemano hallar algo que los convenciera, como el que llega pensando que no pierde nada con mirar, que de pronto, quien quita, detrás de las paredes de ladrillo encuentre una posibilidad distinta a los días a menudo sin salida de su barrio.

De todos modos, como apenas asistían unas horas, como cada quien entraba y salía, iba y venía, aparecía y luego no regresaba, era una dinámica de vida tan diferente de la que brotaba de la convivencia diaria en Villavicencio y era tan otra la responsabilidad, que a Eliana le costaba, le daba malgenio, le parecía que ellos no se comprometían y comenzó a exigirles, a reclamarles, casi a pelearles. De nuevo sentía esa vieja sensación de impotencia, y en los primeros días la atormentaba una duda, la insinuación de que quizá era inútil el esfuerzo de estar ahí.

Ella salía de la sede y se iba directo a su habitación, a la vuelta de la esquina. Se tendía sobre la cama, se quedaba con los ojos clavados en el techo, esperando una respuesta. A un lado de la cama estaba la mesita y en frente, un puñado de muñequitos o postales que eran recuerdo de otros lugares donde había estado. Mirándolas pensaba que tal vez en Ciudad Bolívar le pasaría lo mismo que con algunas niñas de la sede de Benposta en Venezuela que no la querían para nada, y a las que les hablaba con la sensación de que sus palabras caían en un vacío, o peor que eso, que las recibían entre burlas, pues se negaban a escucharla porque ella era extranjera; pero que luego, cuando se iba a venir, lloraron porque ya no estaría más con ellas y le mandaron cartas en las que le decían que entonces no la habían valorado, que ahora recordaban sus consejos y que gracias. Se acordaba de eso y descansaba, aunque tenía la sensación difusa de que había algo en todo lo sucedido que no lograba entender.

Sentía ya muy lejos los momentos difíciles de Venezuela y le parecía que era mucho más sencillo estar allá, sembrando o recogiendo las cosechas de papaya, de caraota o mango, que enfrentar el desafío de esta pequeña sede de ladrillo, con tres cursos y grupos de actividades para jóvenes. Pensaba en qué tendría que hacer para evitar que sólo cuando se hubiera ido ellos comprendieran lo que estaba tratando de darles en las mañanas, cuando llegaba a apoyar sus procesos de convivencia.

Pasan los días, las semanas, un par de meses, y poco a poco, no son ellos los que van comprendiendo, sino ella la que al fin ve lo que le están pidiendo. Entonces, va soltando su rigidez, va reconociendo que no puede exigirles lo mismo que a ella le exigían como interna, va aprendiendo a aprender lo que necesita para tender puentes. Empieza a reír, de pronto, con sus ocurrencias. Ya no se va directamente para su habitación cuando terminan la jornada. A veces los acompaña a jugar partidos de baloncesto y ella es buena en eso, la ayuda la estatura, y los cientos de entrenamientos que hizo desde niña, porque creció jugando e intuye que demostrar lo que sabe en ese campo es otra manera de ganarse el respeto y la confianza.

Algo dentro de ella se ha soltado y está lista para empezar a escuchar a esos muchachos que viven en su barrio, entre calles desnudas de árboles, por caminos escarpados, en lugares donde se asienta la pobreza, y que no tienen la formación que ella ha recibido —el cimiento de una espiritualidad que torna digno el espacio más sencillo—; sino que están ahí, en esa suerte de desamparo que crean el ocio, la vida de la calle, la tentación de las pandillas, los tristes pasadizos de huida de la droga, la violencia del no tener nunca lo que se quiere y no hallar caminos de salida.

En esa zona de Ciudad Bolívar en la que se muere entre enfrentamientos de grupos de jóvenes, o con la Policía, o bajo la mano negra de la gente que hace "limpieza"[73], en la que hasta hace poco aparecía "un muerto por ahí" cada día, ella no deja de pensar que con todo, la diferencia entre una buena vida y otra que se agota en el abismo puede estar en la propia elección. Esa comprensión es lo que desea compartir con ellos.

Entonces Eliana comienza a escuchar. Crece en el aprendizaje de esa inteligencia que le permite descubrir qué siente ese "uno" que es cada joven. Descubre al "otro". Halla así la clave y encuentra que ahora puede acercarse a ellos, experimentar el milagro que se cumple cuando alguien al fin depone su armadura y le permite entrar en su mundo, y le cuenta su vida, y le ayuda a ayudarlo... Es lo que le sucede con un estudiante que le asignan como responsabilidad. Un muchacho que ha salido de otros colegios porque ni siquiera contiene su agresividad ante los profesores, uno de esos jóvenes que están ahí sentados en las bancas, pero se niegan a estudiar y que en cambio, como si sólo estuviera entrenado para detectar el más mínimo asomo de conflicto, puede provocar una pelea a cada rato, y siempre está listo a dar un golpe.

Lo oye. Sabe que su padre es alcohólico, que a veces lo invita a tomar "para dialogar", como si sólo la bebida permitiera el paso de las palabras y que ésta es la única manera que él encuentra para enseñarle el significado de ser hombre. Sabe que deambula en las calles, que se acompaña de muchachos peligrosos, que fuma compulsivamente. Lo confronta, le pregunta, hablan de la vida y de la muerte, de su sentido, de la necesidad de crecer. Lo escucha en silencio cuando él le dice que quiere ropa, que quiere unos buenos tenis, que quiere cosas que no puede obtener sino robando porque no hay ni habrá medios en su casa. Lo deja desahogarse. Lo deja descubrir su deseo de meterse de lleno en una pandilla, tal vez porque es una manera de sentirse "protegido" o de dirigir contra algo —o alguien— esa rabia que produce la carencia.

Después le muestra que las vías rápidas se interrumpen bruscamente, le pregunta cuántos de los muchachos vecinos ya han terminado en el cementerio. "Javier —le dice— ¿usted cree que el dinero lo llena todo? ¿ha pensado en lo que sería su vida en una cárcel?", o: "Listo, usted puede romper todas las leyes que quiera para conseguir lo que necesita, pero aún si logra tener todo lo que desea, ¿cree que realmente eso le hace bien para su vida, que es la manera de crecer como persona?" . Conversan de la vida de las pandillas, le habla de que entrar en una es estar seguro de que no llegará a una edad en la que pueda cumplir sus sueños, le dice que hay que buscar otra alternativa para hacerlos si no quiere repetir lo que le ha pasado a la gente que se queda en ellas.

A veces él parece oír, otras no, pero al fin, cualquier sábado se aparece en la sede y ella le pregunta por qué ha venido en un día en que no hay actividades y él sólo le dice que no quería irse a tomar, que igual puede ayudarla con el aseo que está haciendo. Poco a poco se entera de que ahora Javier pasa más tiempo en su casa, que se ocupa de su habitación y ha comenzado a ayudar a su madre en lo que puede. Un día le pide a Eliana que lo evalúe, para saber cómo va en los logros de una

[73] Estas limpiezas las hacen bandas de asesinos que persiguen a muerte a drogadictos, indigentes, homosexuales, o a personas que consideran nocivas.

materia y entonces ella se siente alegre y comprende que definitivamente éste es el trabajo que quiere hacer.

Ahora, con mucha más seguridad, Eliana sabe lo que es importante: lograr que ellos tengan quien los escuche, darles un abrazo, preguntarles: "¿Cómo está? ¿cómo se siente?, ¿qué ha pasado en su casa?", y ser capaz de descomplicarse, de hacer agradables los ratos que pasa con ellos, de reír con los motivos de su risa, de apoyar todo aquello que puedes hacerles sentir bien. Se descubre como una buena alumna porque ha aprendido cómo mejorar, cómo permitir que le enseñen, cómo tender puentes para aportarles y sobre todo, cómo vivir la vida con ellos.

Aquí ella es la que tiene que ensanchar su imaginación, multiplicar habilidades, descubrir nuevas formas de enseñar y compartir. Ahora, cuando llega uno de los "duros", uno de esos muchachos marcados por una cotidianidad en la que el respeto se gana por la violencia, ella es clara. Le dice: "En esta comunidad, gana y es más querida por todos aquella persona que sabe dialogar". Y luego, delicadamente, está atenta a brindarle confianza y a valorarlo, a demostrar que aprecia cualquier gesto mínimo con el cual demuestre que quiere aportar algo.

A veces, su propio aprendizaje pasa por las vías más prácticas: comprende la necesidad de sumar a los talleres de formación, los trabajos manuales, que es algo para lo que nunca fue buena; pero lo aprende. Anota las instrucciones para que no se le olviden, con el deseo de que los muchachos hagan sus propias cosas sin necesidad de comprarlas. No es muy hábil, pero descubre que puede crear máscaras, flores de crepé, una cantidad de objetos que nunca imaginó. La ayuda de Marta, una de sus compañeras de trabajo, que también salió de Benposta, le resulta inapreciable. La observa, no sólo haciendo cosas, sino manejando grupos y constata su entrega al trabajo, su creatividad, su conocimiento de la gente. Para octubre todos gozan enormemente haciendo calabacitas y figuras del día de brujas.

Al fin ha descubierto, por sí misma, en la práctica, el secreto del verdadero líder y más que la facilidad de dirigir un grupo, persigue la posibilidad de "hacerse uno con el otro", con cada uno de los jóvenes y las muchachas a su cargo y siente que cada sencillo acto, sentarse con ellos a compartir un momento de reflexión, dictarle una clase de gimnasia a un grupo, hablar de lo que necesitan, analizar una canción, es algo pleno de sentido: *los muchachos encuentran un ambiente diferente, un lugar en el que no se tratan de "ñero" y de esa manera brusca a la que están acostumbrados. Aquí todos comparten de otra forma: se sienten dificultades, pero igual se hablan en las Asambleas, y pueden decir lo que desean, lo que piensan, y sentirse escuchados. Incluso con un lugar tan pequeño como el que tenemos en Ciudad Bolívar ellos sienten la diferencia que hay entre los que están aquí y los niños y jóvenes comunes y corrientes que no han vivido esta experiencia.*

Tal vez Luz Elena pensaba que yo era muy callada, pero sé que a pesar de eso siempre creyó y confió en mí... Ahora me siento contenta porque le he demostrado que sí aprendí de ella y de los principios que me dio Benposta y que estoy saliendo adelante. Yo creo que ella se ha sentido orgullosa de saber que una de sus niñas, de las que ella recibió y apoyó, está comprometida con el trabajo de Benposta.

Viviendo Sola

Salir de Benposta y hacerse cargo de ella misma, no fue fácil. Fue cruzar el umbral para enfrentar la lucha por la sobrevivencia, el "rebusque" del arriendo, y estar sola, lo que también implicaba que ya no habría ninguna otra forma de control que ella misma. Asumir el desafío de lo que llama "automanejarse" con la claridad de que en esta ciudad hay abismos, "cosas en que uno puede caer", y que los riesgos son mayores cuando se es una mujer joven que vive sola en un barrio de los extramuros de la ciudad.

Más allá de esos riesgos, la previene el temor de llegar a hacerse trampa a sí misma, de quedarse atrapada en cualquier circunstancia que la desvíe de su meta. Para cuidarse, ella misma se impuso la disciplina de llegar a su habitación entre las seis y las ocho de la noche, consciente de que ponerse las reglas y cumplirlas era una manera de "vivir bien". Así, si la invitan a bailar, se da determinada hora de permiso, se impone límites y se sujeta a ellos con el orgullo de ver en su respeto a lo determinado un signo de que está madurando.

Mantenerse con lo que recibe cada mes y medio y cubrir con ese dinero los gastos de arriendo, comida y universidad, no ha sido fácil. A veces no puede salir ni siquiera a la ciclovía porque no tiene ni para los pasajes, mucho menos a los museos que tanto le gustan. Sin embargo, a pesar de todas las necesidades, le da tristeza el solo pensar en dejar el trabajo de Benposta y prefiere no hablar en su casa de la dificultad económica para evitar que la presionen a buscar otro trabajo: *mi mamá ha dejado de molestarme, porque a ella una de las cosas que más le preocupaba mucho era la universidad, que no estuviera estudiando y ahorita estoy estudiando gracias a Dios, y ella, poco a poco ha ido entendiendo que a mí lo que me gusta es el trabajo comunitario. Yo le decía que ese es mi objetivo y que no me sentiría bien haciendo algo distinto, aunque ganara más. A veces pienso que podría conseguir un trabajo de noche, y seguir en la sede en las mañanas. Así cumpliría por lo menos con lo necesario. También querría poder sostener a mi mamá, y que ella ya no tuviera que trabajar más.*

Por la habitación en la que ahora vive paga cincuenta mil pesos. Comparte la cocina con una señora, y con una joven que tiene un pequeño bebé. Ha logrado una buena convivencia con la dueña de la casa y las vecinas en los ocho meses que lleva viviendo allá. Entre semana el día lo colma Benposta pues cuando en la sede terminan pronto sus actividades se va a jugar baloncesto con los muchachos y otras veces se sienta con ellos en las mesas de estudio o pasa un rato de ocio bromeando. La noche apenas da espacio para cocinar, lavar, arreglar la habitación, y estudiar. A las ocho ve la novela y comparte un rato con la gente de la casa. Los sábados estudia todo el día. A veces, el domingo, un amigo la acompaña a caminar, y luego se van a la misa del Veinte de Julio.

Si de la mano de la mamá aprendió la alegría del trabajo y bajo su voz reconoció el significado de la oración y la devoción por la Virgen del Carmen, fue el padre Benjamín quien le enseñó a estar plenamente presente durante los ofrecimientos del fin de semana y a recibir las bendiciones de cada ritual religioso. De él lo que más recuerda es que sus misas eran "alegres y cantadas" y que cuando leían la Biblia todos participaban en las reflexiones. Por eso para Eliana es realmente un alimento espiritual recibir la comunión cada domingo y dentro de sí misma, cada noche, cuando se dispone a dormir en su pequeña pieza, hay un espacio, en el que nadie entra, salvo Dios. A esa cita para hablar con Él y contarle sus sueños no falta nunca.

Yo sueño

Cuando Eliana explica a los jóvenes el significado del escudo de Benposta que un grupo de niños dibujaron en la pared de la sede, y les habla de la línea azul que es la sonrisa de los más pequeños; de la esperanza que sugieren los trazos de colores que muestran el nuevo amanecer para la gente; de la imagen del mundo por conquistar para la paz, que es como la divisa que todo benposteño debe llevar a donde quiera que vaya; de la línea de la M que representa a los muchachos y muchachas; y del cáliz que simboliza la presencia de Dios; lo hace de manera pausada, como si, olvidándose de la pared, estuviera tocando un fragmento del sueño de Benposta, estuviera depositándolo en las manos de los adolescentes que la oyen y que escuchándola tal vez saben ver que ahora y seguramente siempre ella buscará cumplir sus tres votos de aventurera: unidad, austeridad y libertad.

Yo sueño terminar mi carrera de pedagogía. Sueño que Benposta esté cada vez mejor espiritualmente en el servicio que da a los niños y a los jóvenes, que ellos se sientan bien en la comunidad, que puedan vivir como yo un tiempo maravilloso. Sueño que aquí en el barrio tengamos un sitio amplio para brindarle a los muchachos, un espacio al que puedan ir y compartir con otros.

Después de terminar mi carrera, yo estaría dispuesta a irme a cualquier parte a fundar una Benposta. Ya he vivido la experiencia de estar en Venezuela, en Santander y en Bogotá, y no tengo ese tipo de apego que impide irse cuando se necesita. Yo he visto que en la gente que pasa por nuestra comunidad hay algo que la marca y aunque haya cambios o cosas que a uno no le agraden, uno siempre lleva a Benposta en el corazón, y aunque un día la deje, durante toda la vida tendrá algo diferente a los demás. Por eso sueño que haya muchas Benpostas con muchos niños, tantas Benpostas como se necesitan.

"..cambio una camisa nueva por una vieja"

Arturo[74] tiene 17 años y es el mantenedor de treinta niños de Benposta. Desde los trece llegó a una parroquia a trabajar con otros pequeños, huyendo de los paramilitares que lo tenían destinado a la guerra. No obstante su timidez, ha sido capaz de dirigir grupos de muchachos y se prepara, sin afán, para encontrar una manera de dar esa generosidad que lo define. Lo único que tiene claro es que está aquí para servir a la vida y que la violencia —sin importar de qué lado venga— es un camino de muerte, del que tuvo que huir y seguirá huyendo incansablemente.

Yo nací en Santander de una familia campesina, en una vereda cercana a Zapatoca. Desde que yo me acuerdo, mi papá y mi mamá vivían de finca en finca arrendando. Ellos se conocieron porque eran vecinos, iban a estudiar a la misma escuela y se casaron muy jóvenes. Después de que tuvieron a mi hermana mayor andaban de un lugar a otro, porque no tenían nada suyo. Les dejaban fincas para que las cuidaran, pero como no eran de ellos, cuando les decían: "Hasta Luego", les tocaba irse. Así vivieron unos diez años, hasta el día en que un sacerdote de la región, viendo que eran más de veinte familias en la misma situación y que había una hacienda grande, abandonada hacía tiempo, las reunió, les dijo que se organizaran y que se fueran a invadir esa tierra.

Así fue que una noche llegaron unos a ese lugar y empezaron a trabajar a oscuras. Yo no me acuerdo, fue lo que me contaron, que comenzaron a talar, y a levantar las casas, allá en la vereda de Piamonte. No eran casas, sino cambuches[75]. Como a los dos días se enteró la Policía. Entonces a los niños que estábamos en esa tierra nos mandaron "pa´fuera", quemaron los ranchos y sacaron a toda la gente, pero la gente volvió unos días después y se entró. El Padre se la pasaba con nosotros y decía que la única forma de defender el derecho a tener un pedazo de tierra era que nos tomáramos la vía pública, que no dejáramos pasar a nadie. Así lo hicimos y nadie podía pasar hacia Zapatoca, ni de ahí para abajo hacia san Vicente. Yo, en ese tiempo tenía dos años y me decían que el Padre iba y me daba la sopa, me consentía, y me bañaba, ahí en el terreno que habíamos invadido, porque era el más pequeño de todos.

La gente no podía seguir así, en la carretera, sin que nos definieran la situación. Por mucho que la bloquearon no lograron nada y entonces lo que tuvieron que hacer fue volarse de ahí porque los tenían "mironiados"[76] para que no se fueran a los pueblos a alborotar a los habitantes. El Ejército vigilaba a los hombres que estaban en la carretera y era como un cerco porque los soldados se plantaban en la tienda y no había modo de pasar. Entonces la gente pensó que había que hacer otra cosa. Consiguieron que un señor llevara un camión hasta cierto punto y nos esperara. El camión llegó y preciso empezó a serenar y a llover. A los soldados les dio pereza salir y mientras tanto todos los hombres de la carretera se fueron y recogieron a los que habíamos quedado en la hacienda. Cuando los soldados se dieron cuenta ya no había nadie ahí y empezaron a buscar para arriba y para abajo y no nos encontraron. Así, conseguimos llegar a Zapatoca y allí nos tomamos la catedral.

Como es un pueblo muy devoto para ellos era muy duro que estuviéramos ahí y no pudieran ir a misa. Ahora sí las autoridades nos tenían que dar una respuesta inmediata. Al rato llegó la Policía y todos duramos varios días encerrados en la iglesia, presionando para que nos dejaran la hacienda.

---

[74] Nombre ficticio.

[75] Albergues improvisados.

[76] Vigilados.

Los chismosos no duraron en empezar a mirarnos por las ventanas y decían: "Ah, es el Padre de Pelayo con la gente de Piamonte", y cuando los del pueblo se asomaban nos poníamos a llorar y ellos pensaban que era de hambre y eso nos llevaban mercado y nos lavaban hasta la ropa. Así estuvimos esos días y luego los hombres mayores pudieron hablar, negociaron y nos dejaron regresar a la tierra. Pero ahí no paró todo porque al Padre lo metieron a la cárcel y los campesinos tuvieron que alegar hasta que al fin él pudo salir. Entonces empezamos a edificar las casitas y tocó meterle mucho esfuerzo al terreno hasta que ya tuvimos todo. Duramos como siete años trabajando fuerte, fuerte.

Desde que tenía ocho años yo bajaba a la escuela. Estudiaba y trabajaba sembrando plátano, yuca, cacao, café, cosas de tierra caliente. Empezamos a vivir un buen tiempo y ya éramos siete hermanos. A mí me gustaba mucho estudiar, pero cuando llegué a quinto me volví una "caspa", de pronto por la edad. Recochaba[77] con las niñas, molestaba a la profesora, y al fin me salí de la escuela y duré trabajando dos años. Estábamos bien, pero después comenzó a llegar la guerrilla.

Llegaron y a uno le tocaba colaborar. Uno era todo llevado[78] porque lo que ellos pedían había que dárselo. Que si por favor se les cocinaba o se los dejaba cocinar, y no había forma de decir que no. Ellos habían ido cogiendo primero el Magdalena medio y después los pueblos hacia arriba, hasta San Vicente de Chucurí. En ese tiempo atracaban los camiones que transitaban por ahí y luego repartían las cosas entre la gente de la región. Después, cuando llegó el Ejército, la guerrilla ya la pasaba de civil; y por eso un día los soldados subieron al alto de la loma y dizque un informante les dijo dónde estaban y bajaron y mataron a cuatro muchachos alegando que eran guerrilleros; pero sólo eran campesinos.

Después de que llegaron los señores de la guerrilla, los otros empezaron a torturar para sacar información. A los pelados que veían por ahí solos les daban una mano de pata,[79] les metían la cabeza en agua, les pegaban en el estómago para que dijeran dónde estaban las caletas, pero ellos no podían decirles porque eran campesinos no más. Llegó el tiempo en que apareció por la vereda un cabo que no era cabo sino paramilitar —pero nosotros no sabíamos— y una vez bajó e hizo una reunión y dijo que venían los paramilitares y que necesitaban que saliéramos nosotros para ayudar a atajarlos y cuando se fueron con él los varones mayores resultó que era una trampa de los paramilitares para cogerlos y obligarlos a ayudarlos. La guerrilla ya se había ido. Tuvieron que empezar a colaborarles a despejar la zona, a patrullar, a prestar guardia y todo eso. Ellos podían ir a sus casas, pero sólo por cierto tiempo.

A uno de mis hermano lo cogieron. Él nos contaban que les tocaba salir y andar muchísimo con ellos, y que todo el tiempo cargaban una escopeta, y tenían que hacer horas de turno y vigilar. Una vez se lo llevaron como quince días y nosotros sin saber si iba a volver. Eso fue durísimo. Luego supimos que por allá se hartó y se le entró[80] al comandante y casi lo joden.[81] Entonces cuando al fin regresó y nos dijo: "Yo no sigo más acá", se fue para Bogotá a donde mi otro hermano y ahí se quedó trabajando. Como a los ocho días bajaron los paramilitares y me interrogaron:

—¿Dónde está el "hijuetantas[82]" de su hermano?
—Él se fue para Bogotá.

---

[77] Bromeaba o molestaba.
[78] La expresión "llevado" se refiere a una situación opresiva. Estaban fregados, los importunaban y no podían hacer nada.
[79] Los cogían a patadas.
[80] Se le enfrentó.
[81] Lo matan.
[82] Por decir hijo de puta.

—¿Usted cuántos años tiene?
—Doce.
—¿Y cuándo cumple trece?
—En mayo.
—¿Pues sabe qué peladito? A usted le va a tocar irse. Dentro de tres meses bajo por usted... Nosotros oímos que su hermano es un guerrillero, y que por eso se voló.
—No señor, lo que pasa es que no le gustó matar.
—Alístese porque dentro de tres meses me lo voy a llevar es a usted.

Entonces mi mamá se puso toda angustiada, porque también habían amenazado a mi papá. De los hijos, yo era el único varón que quedaba con ella. Como en mayo 5, bajó Benjamín, que también es sacerdote, y hermano de mi mamá. Entonces le contamos lo que pasaba y él me dijo que si quería irme a vivir con él lo llamara, pero yo le respondí que a mi familia no la dejaba. Mi papá se decidió: "Bueno, no hay más que hacer: nos vamos de acá". Es que como él era amigo de un comandante, le había avisado que lo mejor era que se saliera de la casa porque no lo quería ver muerto. Como a los ocho días nos fuimos para Zapatoca.

Allá duré dos días no más, llegué un viernes y el domingo fui a visitar a Benjamín, que vivía en San Gil. Entonces llegaron a Zapatoca a amenazar a mi papá, y le dijeron que ahí no lo dejaban quedar, y le tocó irse para Bucaramanga. Nosotros tenemos familia allá y le ayudaron a conseguir trabajo él. Pero la tierra y la casa, todo eso quedó solo. Mi papá baja por ahí de vez en cuando a ver la finca, pero no más.

En San Gil comencé a ayudar a mi tío en la parroquia. Como ya había terminado primaria trabajaba con los pelados a los que les iba mal en el colegio y ayudaba a lavar los platos. Después empecé de aprendiz en un taller de mecánica y volví a estudiar, pero de noche. En la Casa Cural hicimos un programa de ayuda a los niños. Benjamín era el párroco y yo el coordinador del programa. A mí me querían y alcanzaron a haber como treinta muchachos. Ellos comían y dormían allá. Él pedía colaboración para pagar los gastos. Eran muchachos que llegaban allá porque tenían problemas en la casa, de pronto porque los maltrataban o porque los papás no tenían recursos para tenerlos. Entonces convivían con nosotros y a mí me tocaba estar ahí, ayudando en el ambiente de la casa. Eran terribles y yo los guiaba para que no fueran groseros, mantuvieran la pieza organizada, y lavaran bien su ropa.

Claro que me hacía falta mi mamá y me daba tristeza no poder ir en vacaciones. Y cuando yo estaba trabajando con los niños llegó el cura Silva con un grupo de muchachos a hacer la Gran Aventura. Benjamín siempre ha estado vinculado con Benposta. Entonces observaron cómo trabajaba yo y me decían que cuándo me iba a ir para Villavicencio. El cura quería que todos los niños hicieran parte de su comunidad, fundar Benpostas en todos lados. A mí me fue nombrando alcalde, me pidió que pensara en mi proyecto de vida, me animó a luchar para crear allá una Benposta. Pero a nosotros se nos fueron acabando los recursos y ya no podíamos sostener sino a seis niños.

Benjamín tenía un apartamento y le tocó venderlo, y a pesar de eso, cada vez era más difícil seguir con el internado. Para disminuir los gastos hubo que tomar la decisión de no seguir pagando la empleada que teníamos y yo tuve que asumir esa parte porque era el mayor de todos. Ya tenía 15 años. Entonces tenía que levantarme a las tres y media de la mañana a ayudarle a Marta —una prima que vivía con nosotros— a hacer el desayuno y ella se iba a las cinco y media; a las seis yo le llevaba a Luisa, la hija, al colegio, y después volvía a barrer, a trapear y a arreglar la casa. Internos ya no quedábamos sino Cristian, Fernando, Ramón y yo.

Marta volvía a las cinco del trabajo y entonces yo le entregaba la casa limpia, la cocina limpia y a las seis de la tarde me iba para el colegio. Salía a las diez y cuarto y duraba como hasta las once y media haciendo tareas y al día siguiente otra vez lo mismo: a las tres y media empezaba de nuevo. Pero ni aún así fue posible seguir sosteniéndolos. Benjamín empezó a ubicar a los últimos muchachos en casas, como había hecho con los demás, y a mí me dijo que podía irme para Benposta y nos vinimos con otros muchachos de Zapatoca.

El aprendizaje de Benposta

A Villavicencio llegué en julio de 1998 y por ese tiempo había como setenta muchachos y decían que eran poquitos, pero a mí se me hicieron hartos por que los últimos meses yo había vivido solo con cuatro, y con los treinta pelados no duramos sino como cinco meses.

Como a los quince días me pidieron que colaborara ayudando a los niños del Pueblo joven porque yo ya tenía esa experiencia de manejo. Comencé a ser mantenedor[83]. Es algo que me ha ayudado muchísimo para madurar y sobre todo me ha hecho perder la timidez, porque un mantenedor debe estar pendiente de las actividades del grupo, como por ejemplo de las Asambleas. Uno tiene que preparar temas y así va perdiendo el miedo a los muchachos. Las reuniones de mantenedores también le exigen a uno también hablar, pues por ejemplo le dicen: "Mire que fulano se está comportando mal" y entonces hay que analizar la situación.

La última vez preparamos una canción a un amigo e hicimos una "calificación". Es algo que consiste en decirle a la persona: "Te felicitamos por tu desempeño, esperamos que cambies estas actitudes". En otras ocasiones organizamos presentaciones. En la Asamblea General la participación es muy importante. Entonces yo me propuse hablar y cuando decían: "Que alguien haga una reflexión sobre tal tema", yo alzaba la mano y decía cosas simples, pero ahí iba soltando. En San Gil me había gustado una niña, pero las condiciones no se daban. Yo vivía sólo pensando en el trabajo, aunque sí es cierto que la convivencia con las muchachas también sirve para no se tan tímido.

Trabajar acá con los muchachos me gusta mucho, porque es bueno tener alguien a quién servir, a quién ayudar, a quién aconsejar. Pero a veces me desanimo porque uno da lo mejor de sí, y entonces, cuando de pronto un pelado no se baña y me dicen que huele a feo, me siento mal porque quisiera que cada uno estuviera impecable, como si fuera un hogar, una familia en la que todo funciona como debe ser.

Yo tenía un niño a mi cargo que era supremamente desaseado y a él pude enseñarle. Yo le hablaba: "Mire que todos los niños están limpiecitos y a ellos no les gusta que los demás huelan a feo". Y así, poco a poco, fue cambiando, hasta que este año se igualó a los demás. Ahora es gracioso porque casi no deja de lavar la ropa, y un día me dijo: "Oiga, de verdad Benposta sirve porque yo era un desastre, todo desaseado y pude cambiar". Una vez los papás llegaron y preguntaron que quién era el coordinador de él y me dieron las gracias y me preguntaron qué era lo había hecho, porque cuando fue a su casa se bañó y le pidió a la mamá jabón para lavar la ropa. Eso les extrañó muchísimo. Estaban asombrados. Cuando pasan cosas así a uno le dan ganas de seguir, aunque también a veces uno se decepciona.

Ahora estoy a cargo de treinta niños, y yo he aprendido que lo mejor es no aplicarles un régimen autoritario sino vivir las experiencias con ellos, consentirlos, compartir los juegos y también exigirles... Cuando estaba en San Gil me dio muy duro entender lo que Dios quería. Me preguntaba por qué tenía que dejar a mi familia, pero esa experiencia me formó.

---

[83] El mantenedor actúa como guía de los niños. En la entrevista de Camilo Mahecha, "Aquí todos somos desplazados", se explica su papel.

En lo que yo pienso sobre todo es en acabar mis estudios. Antes pensaba muy seriamente en ser sacerdote, pero ahora tengo novia. De todos modos, no estoy seguro de lo que vaya a ser mañana y yo ya se lo he dicho a ella, y ella dice: "Pues qué le vamos a hacer". Todavía me quedan tres años de bachiller y quién sabe qué pase en ese tiempo. El año entrante voy a entrar la Pre-aventura" y pienso seguir en Benposta.

Eso de pensar en el sacerdocio es como hereditario porque Benjamín es cura, y otro hermano de mi mamá también, y una prima de ella es monja. Para mí los sacerdotes son seres que ayudan a los otros, aunque soy consciente de que me falta mucha experiencia. Cuando yo era pequeño le decía a mi mamá que me iba a ir de la casa cada vez que ella empezaba a regañar, pero luego me calmaba y le hablaba: "Ay, mami, yo quiero ser sacerdote, ¿me perdona por ser así con usted?". Y ella me decía: "Con esa forma de ser, qué va a ser eso", y le contaba a mi abuela. Ese sentimiento se me arraigó más cuando estuve en la Casa Cural. Ahí me di cuenta de lo que implica ser sacerdote.

Claro que también me dan ganas de ir a tomar, a rumbear... Es algo así como vivir las etapas, para estar seguro de llegar a ser sacerdote sabiendo a qué me comprometo. Y a mí en verdad me nace y lo veo como mi camino. Para mí la espiritualidad no es solamente estar rezando: es algo como que yo encuentro a un niño con una camisa vieja y a mí no se me da nada quitarme la nueva y dársela a él y ponerme la vieja.

..... Los gatos del teatro

"Yo trato de que me queden
una memoria de sol
y un sonido de valiente".
Miguel Hernández

Los vínculos que Omar y José, "Los Gatos", han creado se nutren de una hermandad de vida que se remonta a la época en que no habían llegado a la edad de la razón, cuando no se conocían, pero tenían en común el ser hijos de hombres de los que no supieron otra cosa que los abandonos cíclicos, antes de que desaparecieran del todo como padres; y de madres que llegaron del campo a la ciudad a luchar a brazo partido para sobrevivir por ellos en medio del asedio de la violencia urbana. Una hermandad que se reveló el día en que se encontraron en una comunidad de niños y rivalizaron hasta descubrir que podían ser los mejores amigos del mundo; y que sobre todo se explica porque a partir de ahí, compartieron una travesía que desembocó en un presente común. Hoy, como equipo, son una promesa en el trabajo de tramoya en el país, pero sobre todo, son de esos jóvenes que sostienen la urdimbre de esa pasión por la vida que nos defiende de las sombras.

Desde los nueve años las vidas de Omar y José confluyeron. A partir de ahí han ido y vuelto sobre los mismos escenarios, de uno a otro país, y han estado juntos en los recodos de un aprendizaje que los lleva a desembocar en una esquina donde atisban con cuatro ojos alertas el sentido del presente que comparten. Hoy trabajan en equipo, actúan casi como un sólo cuerpo situado en dos puntos para asegurar el éxito de cualquier movimiento de tramoya en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán. Lo primero que hacen siempre es "organizarse y buscar entre ambos la vía más fácil para cumplir el objetivo". El apoyo que se dan aumenta la mutua seguridad, y cuando se turnan, cada vez que deben desplazarse, a cincuenta centímetros del techo del teatro, y a veinte metros de las sillas donde se sienta el público, sobre una delgada barra, hasta llegar a "La mentirosa", la parrilla más insegura de las luces, cumplen el mismo secreto: "Hay que pensar sólo en lo que uno tiene que hacer, no en el miedo que le da hacerlo".

En el teatro, donde no hay la posibilidad de "cortar y volver a hacer la toma", no hay segundas oportunidades. Todo lo que cuenta es el acto irrepetible que se vive en cada escena y la agilidad de solucionar lo imprevisto: el telón que se enreda, el objeto de utilería que se cae en el escenario... En eso Omar y José son maestros: han aprendido a cambiar decorados, a "entrar" la escenografía en el momento justo de la obra y a resolver inconvenientes con la agilidad de "los gatos". Así los llaman. Actúan de un modo tan coordinado que sus compañeros los ven como "siameses", aunque aclaran que no son hermanos —como si fuera lógico suponerlo—. Todos saben que han vivido "muchas cosas juntos" y que de alguna manera han aprendido lo mismo: la "pilera" en el trabajo y la capacidad de llevarse bien con los artistas que vienen de todos los países, y de consolidar el espíritu de grupo entre sus compañeros del Jorge Eliécer Gaitán.

Para ellos es claro que están donde están no tanto por la destreza física —"Eso mucha gente puede tenerlo"— sino por otros valores que aprendieron en Benposta: *La constancia, la responsabilidad, el sentido del trabajo, la unión o la capacidad de hacer equipo, y la humildad que nos permite no tener problema en hacer cualquier cosa que en el teatro sea necesario hacer. Son cosas que la gente ve y*

valora. Es como un espíritu de colaboración. Nosotros prácticamente lo que somos lo aprendimos allá.

La infancia de José

Mi mamá es de Boyacá, a mi papá nunca lo conocí. De él no sé casi nada. Ella sí nos mostró una foto de cuando se casó con él, pero esa convivencia fue muy corta: a los tres meses ella quedó embarazada de mi hermano y él se fue. Volvió al año, cuando ya había nacido Mono, y ahí quedó esperándome a mí. Mi mamá había vivido una infancia dura: quedó huérfana de madre cuando tenía ocho años, y a partir de ahí unos la protegían, otros la maltrataban, y siendo así las circunstancias terminó en un convento.

Cuando mi mamá tenía 18 años de la noche a la mañana le dijeron que había aparecido el papá y a ella le entró la locura de ir a conocerlo y se retiró del convento así no más. Él la saludó y todo, pero nunca le dio el apellido. Él era el mercader más grande de Miraflores, el que llevaba todo a ese pueblo, venía de una familia de nombre, muy reconocida y en esa época uno de los negocios que tenía era un hotel. Entonces le propuso a mi mamá que le ayudara allá. Lo que pasa es que ese abuelo fue un Don Juan: si contamos todos los tíos son como cuarenta, todos fueron hijos de diferentes mujeres y no sé si se casó o no, sólo que la señora Matilde fue a partir de ahí como la madrastra de mi mamá. Ella le ayudó prácticamente a criar a sus otros hijos. Yo no conocía nada de esa historia sino hasta ahora que volví al pueblo. En ese tiempo mi mamá empezó a sentirse como si fuera una sirvienta: trabajaba aquí y allá y la regañaban, y siempre había alguien mandándola.

De la noche a la mañana mi mamá decidió irse a vivir con mi papá. La historia completa no la sé porque ella ha andado mucho. Lo que dice es que él era algo así como un vividor, que aparecía, la dejaba embarazada, y luego se iba. Para mí, mi padre fue mi madre. Ella intentó luego otra relación y en una de esas nació mi hermano, el menor y la misma vaina porque el papá era un patán y nos pegaba a nosotros por cualquier cosa. Mi mamá se puso mal de los pulmones, le dio asma y después otros males. Lo cierto es que empezó a sufrir de varias cosas. Tomaba drogas para una cosa y se enfermaba de otra. Siempre fue así, algo caótico.

Yo me acuerdo bien que mi mamá trabajaba en un taller de talabartería en Puente Aranda, era una empresa de las Fuerzas Militares, ella cosía y cocinaba. Nosotros estuvimos en varias partes de Bogotá, una vez en Bosa en una casa en la que nos cuidaba una chica, y todo el tiempo ella buscaba como arreglárselas con nosotros, no es que tuviera amigas, sino que me imagino que preguntaba a las vecinas o conocidas si podían cuidarle los niños.

Nosotros empezamos a desplazarnos desde muy pequeños por la ciudad porque mi mamá se movía, iba de un lado para otro, de barrio en barrio. Cogió un lote allá en Vista Hermosa, Ciudad Bolívar. Ella levantó la casa con muchos inconvenientes. Primero era como de palo, y era difícil vivir ahí, porque teníamos que pagar más pasaje. Entonces a las semanas nos trasteamos a una pieza en arriendo. Cuando volvimos se habían llevado la casa: se habían robado los bloques, la taza del baño, las tejas, la puerta, la habían desmantelado porque nadie la habitaba. Me acuerdo que en ese barrio estudié primero primaria y que ese año lo perdimos porque a los profesores les daba miedo ir.

Luego entramos a la guardería porque en la fábrica donde ella trabajaba había una escuela. Yo era muy inquieto, me subía por las paredes, me saltaba al otro lado... En todo caso, siempre me daban con una regla y me ponían con los brazos hacía arriba. A mí no me importaba, me acomodaba a las circunstancias, me decían: "Vamos a jugar y me metía de lleno". Me reprendían mucho; en cambio mi hermano era todo lo contrario, siempre juicioso. A veces yo lloraba cuando me castigaban, pero no pensaba nada más y después volvía a las mismas.

Mi mamá era muy cariñosa, pero también muy estricta. De todas maneras las madres le alcahuetean a uno muchas cosas. Ella estallaba a veces, pero tenía explicaciones porque estaba sola dándonos estudio y todo. Mi hermano Mono aprendió a leer en el barrio, y yo no aprendí a leer sino hasta antes de entrar a segundo de primaria, a los ocho años, porque perdía uno y otro año. Los profesores no podían entender cómo nosotros, siendo hermanos, podíamos ser tan distintos. Mono era uno de los más pilos y yo uno de los más "caspa". Yo era muy agresivo y no soportaba que le cogieran un pelo y él me decía quién lo había molestado y yo iba y me agarraba con quien fuera y siempre lo defendía. No llevaba cuadernos y mi hermano me hacía las tareas a mi y como estábamos juntos íbamos bien. Cuando se salía la profesora yo me subía encima de los pupitres, o me escapaba por la ventana. En las vacaciones me la pasaba jugando en la calle y allá la gente era muy agresiva y yo no aguantaba nada. Era peleón y lanzado.

Cuando mi mamá se ponía mala y tocaba llevarla al Hospital Militar, la metían a cuidados intensivos varios días y tenía que dejarnos donde personas conocidas. Las compañeras de trabajo de alguna manera nos apadrinaron. Todo el mundo se quería quedar con mi hermano porque era el monito, el crespito y el juicioso — con siete años se iba al hospital y le sacaba las citas a mi mamá— y después llegaba a clase. En cambio, yo era el negrito, el necio y complicado. Al fin una señora aceptó cuidarme a mí y así duramos como un año, unas veces con otras personas y otras con mi mamá. Ella se puso muy grave. Yo no sentía miedo porque me había acostumbrado, no entendía lo que podía pasar si ella moría.

A veces nos tocaba solos y llegábamos a la casa, y cocinábamos. Yo no sé de dónde se nos ocurrió el juego de sacar la gasolina de la estufa afuera, regar un poco en el suelo, prenderla y saltar encima. El caso fue que un día mi hermano tuvo quemaduras de tercer grado. Yo me asusté mucho y me fui a llorar debajo de una cama. Mono duró tres meses en el hospital y perdió segundo de primaria porque eso fue como en octubre y yo también lo perdí porque él era el que me ayudaba. A partir de ahí él le cogió mucho miedo a cocinar y yo empecé a chantajearlo: cuando el tenía hambre me pedía que cocinara y entonces yo le decía que sí, pero que él tenía que hacer a cambio todo el resto de los oficios. A veces nosotros, por no cocinar, no comíamos. Otras nos acostábamos a dormir por la pereza de calentar.

Cuando vivíamos en Bosa estábamos con una señora y nos íbamos con los hijos de ella a estudiar. Ellos nos pedían la plata que llevábamos para comer algo y se la gastaban y nos ponían a recoger plata en la calle 68 y nosotros no éramos conscientes de lo que pasaba. A veces salía un camión de la talabartería y nosotros nos veníamos atrás cantando y gritando. Yo vivía contento. A veces me iba caminando hasta la casa, sólo por comerme un bizcocho con la plata del transporte. Era rápido, corría bien. Con mi hermano nos íbamos a mirar cosas, todas las curiosidades. Para cruzar las calles yo no esperaba el semáforo sino me colgaba de los buses de atrás y algunas veces para irnos nos trepábamos con mi hermano en las volquetas porque cerca había una arenera.

Cuando yo tenía cinco años fue cuando mi mamá quedó embarazada de mi hermano menor, Miguel. El papá de él nos llevó a una finca y nos exigía hacer los trabajos del campo. Para nosotros era muy difícil porque no sabíamos y él nos pegaba durísimo con un rejo. Me acuerdo que nos obligaba a llevar puesto siempre el sombrero. Una vez yo estaba lavando la loza y lo puse al lado. Cuando él bajó me dijo que mi sombrero y yo no lo vi y pensé que se me había caído al agua, porque no me di cuenta cuando Mono lo puso en otro lado para que no se me mojara. Entonces él, furioso, trajo un lazo y me amarró y me metió entre el agua y yo no sabía nadar y con un palo me hundía para que lo buscara en el fondo. Él me hacía cosas así porque era un bruto. En cambio a Miguel le alcahueteaba todo porque era su hijo.

Yo me olvidaba de ir a clases. Una vez, cuando llegué a la casa, ese padrastro me dijo que de dónde venía y yo le dije: " De estudiar". "¿Cómo así? Su hermano llegó hace media hora", me respondió y me fue a pegar y yo salí corriendo y no me pudo alcanzar. Entonces yo me quedé por allá y él se tenía que ir a trabajar y decía que cuando volviera me iba a dar durísimo. Me acuerdo que cuando se nos rompía un plato era como ponernos en peligro y mi mamá empezó a echarse la culpa, y ella siempre era a defendernos y él siempre a pegarnos. A raíz de eso mi mamá decidió separarse. A Miguel lo había malcriado tanto que comenzó a exigirle a ella, a decirle que no le cogiera sus cosas, e igual con nosotros. Terminábamos agarrados. En cambio, con mi hermano Mono, nunca peleábamos. Cuando se separaron él se iba a ir con el papá y mi mamá le dijo: "Si se va, se olvida de mí y de sus hermanos". Entonces decidió quedarse con nosotros.

Cuando tuve que ir a sacar mis papeles en el centro, me iba con él y nos daba hambre. Entonces Miguel, que tenía como cinco años, se sonsacaba unos buñuelos. "¿Quiere ver cómo hago?", me decía. Lo que hacía era que cuando los volteaban estiraba la mano y los cogía y como era tan pequeño no lo veían. Esa semana subíamos casi todos los días caminando y mi hermano se levantaba los famosos buñuelos.

A mi mamá le dijeron que su enfermedad era incurable. Entonces pensó que lo menos que quería era que nos separáramos, porque ella había tenido una hermana y cuando murió mi abuela las separaron y nunca se volvieron a encontrar. Pensó que la única solución era buscar un internado para que estuviéramos juntos. Ella nos dijo que así íbamos a estar mejor. Acudió al Bienestar Familiar que tenía contrato con Benposta, pero en ese momento no podían recibir a nadie porque no había plata. Sin embargo estudiaron el caso y viendo la situación decidieron recibirnos a los dos mayores.

La infancia de Omar

Yo fui "made in" Antioquia, pero nací en Montenegro, Quindío, pues mi papá y mi mamá son de Amagá y allá se conocieron y se casaron. Yo nunca he ido. Ellos eran gente del campo, tenían su finca y recogían café y hacían todas las labores de la tierra. No tengo casi recuerdos de la vida con ellos porque llegué a los seis años a Benposta, y a esa edad es cuando uno empieza a tener uso de razón, así que fue como si nunca hubiera tenido una vida familiar. Josué se volvió mi padre y mi madre. El tiempo más largo que he compartido con mi mamá fue el de los dos últimos años, cuando regresé de Benposta España. Nuestra familia es una familia diferente, siempre hemos vivido separados.

Lo que yo sé del pasado es que cuando nació mi hermano mayor ya mi papá le daba mucho rejo a mi mamá y que se fue de la casa. Después regresó y entonces ella tuvo a Fernando, pero de nuevo se largó; cuando volvió otra vez, mi mamá quedó embarazada de mí en Amaga y antes de que yo naciera el irresponsable de mi papá volvió a irse. Entonces mi mamá dijo: "Ya no más". Se fue para donde mis abuelos que habían comprado una finquita en el Quindío. Ella estaba hasta la coronilla de él y cuando tenía un año él llegó buscándola y ella le dijo que no, que ahí estaba bien.

Lo cierto es que cuando yo tenía dos años mi mamá se vino para Bogotá para olvidarse ya de él y dejar todo atrás, porque ya estaban viviendo allá los once hermanos y tenían muchos problemas familiares: que la leche, que el mercado... En la ciudad ella no conocía a nadie, salvo a un tío político. No sé qué estuvo haciendo al comienzo, vendiendo cualquier cosa, hasta que entró a trabajar en un edificio haciendo la limpieza, por ahí cerquita al barrio Santafé; era un empleo más o menos bueno porque había una piecita en la que cabía una cama, una estufa y un armario y tenía baño. Ahí vivíamos con mis tres hermanos.

Me acuerdo que ella subía a hacer el aseo y yo me ponía a brincar encima de la cama y tenía una caja de fósforos y los prendía y los soplaba y los tiraba, y mi mamá tenía un poco de libros y cuadernos y lo cierto es que tiré uno encendido y se quemaron todos esos papeles. Yo no me había dado cuenta y cuando empezó a salir humo mi mamá ya estaba ahí y tenía el agua de panela en la estufa y con eso apagó el fuego.

Ella nos daba con el cable de la plancha. Esa vez recuerdo que me desnudó, me metió en el baño y me dio una pela durísima. Yo salí y me acosté y me dormí y después, como a las nueve de la noche, mi mamá me despertó y me trajo la comida. Estaba como arrepentida. En el edificio éramos muy traviesos, ella todo el día trabajaba, nosotros estudiábamos por la mañana y el resto del tiempo nos la pasábamos en la calle.

Mi mamá nos ponía a hacer tareas, pero nosotros nos escapábamos. Teníamos cinco, siete y diez años. Lo cierto es que mi hermano mayor, Arnulfo, se consiguió unas amistades a los que llamaban "Los Pollos"; eran unas joyas: metían marihuana y todo eso. Había un parque y a veces nos agarrábamos allá porque formamos como dos galladitas y entonces tirábamos piedra de lado a lado y por la noche a veces nos íbamos a romper vidrios, y a pegar chicles en los timbres. Éramos como un grupo de diez. Entonces alguien le comentó a mi mamá de Benposta que era un internado y que era bueno, y quedaba en Tocancipá. Ella empezó a hacer esas vueltas y llevó a Arnulfo al internado y no nos dijo por qué lo había llevado, pero nosotros sabíamos. Cuando íbamos a visitarlo nos parecía que estaba en un lugar hermoso; todo nos gustaba: había montañas, una piscina, una cancha grande, un parque que tenía como un pulpo y nos la pasábamos jugando todo el día allá en Benposta.

Cuando íbamos de visita yo le decía a mi mamá que yo no me quería devolver, me escondía y le tocaba buscarme y convencerme de que no nos podíamos quedar y yo me regresaba llorando y ellos se dieron cuenta. Eso pasó varias veces hasta que Josué dijo: "Pues recibamos niños pequeños", Y mientras decidían todo eso hubo dos ocasiones en que nosotros les insistíamos a mi mamá y ella nos montaba en el bus y nosotros nos íbamos para Tocancipá con mi hermano Fernando y le decía al chofer que íbamos hasta Benposta. Fuimos como dos veces solos. Una anécdota que siempre cuentan allá es que llegábamos nosotros dos y nos parábamos frente a la puerta que era altísima y tenía una campana que se tocaba. Entonces el aduanero y miraba y no veía a nadie y decía: "¿Es que me están tomando del pelo?" Y nosotros volvíamos y tocábamos y a nadie se le ocurría mirar hacia abajo, hasta que por fin nos veían y se sorprendían de que estuviéramos solos ahí explicando que éramos los hermanos de Arnulfo. Al fin decidieron que nos podíamos quedar y ahí empezó mi historia en Benposta.

La llegada a Benposta

Como nosotros —cuenta Omar— éramos los más pequeños, prácticamente éramos los consentidos. Por la mañana nos tocaba barrer la plaza central que se llenaba de hojas y nosotros las alzábamos y las metíamos en costales. Ese era el único trabajo que teníamos que hacer. De resto, casi todo el día a jugar... Desde el comienzo entramos con esos deseos de estar allá y fuera del primer día que lloré cuando mi mamá me dejó, nunca me hizo falta.

Hubo épocas difíciles en que no se comía sino lo que sacaba la huerta y de la caridad de los vecinos. Algunos muchachos salían por la mañana a la plaza a vender cosas; sin embargo la vida era bonita, a mí me encantaba esa finca. Después de Tocancipá nos trasladamos para Santa Teresita porque se debían arriendos. Aunque la sede no tenía comparación con la otra, después le encontramos los gustos: nos bañamos arriba en "La Moradita", que era una fuente, de donde íbamos a traer agua para Benposta. No sé si se llamaba así, pero le dimos ese nombre porque íbamos a coger moras alrededor. No era difícil vivir con los amigos.

Algo que me gustaba era ver el coro polifónico de Benposta y saber que se presentaban. Para pertenecer al coro hacían audiciones con prueba de ritmo y de voz. Yo pasé sobrado y empecé a practicar y a la vez se formaron las danzas y entonces hubo como cierta rivalidad entre los dos grupos. Una vez, cuando el coro se fue para Tunja, se pensó en fundar una comunidad allá. Yo me fui con ellos. Éramos como cuarenta. No estuvimos mucho tiempo. Allá arrendamos una sitio donde había funcionado un colegio. En el primer piso estaban la cocina, el comedor y todas las duchas, y había un pastizal grande y al lado quedaba una gallera. Los domingos íbamos a cantar en la capilla y seguíamos estudiando en la mañana y ensayando en el coro por las tardes; en las noches se hacían las reuniones de Benposta y cuando terminábamos, a escondidas nos asomábamos a ver peleas de gallos, y apenas se daban cuenta nos hacían bajarnos de los muros en donde nos trepábamos para ver.

De vez en cuando nos escapábamos para la calle. Ahí al frente jugábamos fútbol. Manolo, un español, dirigía el coro. Yo ya leía bien partituras y me acuerdo que en la primera Teletón nosotros cantamos la Oda a la Alegría, teníamos puestas unas ruanas negras y me parece que fue aquí mismo, en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, cuando tenía ocho años. El coro era muy bueno, nosotros ganamos en Ibagué. Yo era el más pequeño, el consentido... Lo cierto es que al fin surgió el proyecto de que el coro se fuera para España y nos reunieron a todos y nos preguntaron quiénes se querían ir. Nos dieron vacaciones y Josué y Carlos Eduardo y los otros que estaban al frente de Benposta no querían que yo me fuera y tampoco mi mamá me dio permiso. No sé cómo me convencieron y el coro se fue y yo seguí en Benposta Bogotá.

Por esa época fue cuando entraron José, su hermano “Mono”, y “Gato”, otro compañero. A José lo dejaron con los pequeños y a Mono con los mayores, aunque sólo se llevaban un año. Él Tenía 10 años. Omar era de su edad, pero ya llevaba cuatro en la sede. Para José, el cambio no fue brusco porque estaba acostumbrado a vivir separado de su mamá. A veces pasaban solos fechas como el 31 de octubre porque ella estaba trabajando o internada en el hospital.
Omar era ya un pequeño líder y reconoce que siempre fue “fregado”. Gato y los gemelos le hacían caso y José le llevaba la contraria. Omar dice de José que “era muy activo y le gustaban las rivalidades”.

Entre las travesuras que hacían estaba la de sacar comida de la intendencia a escondidas, no por hambre, sino “por la aventura”. Les gustaba tener pedazos de panela guardados o un tarro de leche en polvo y bananos o un trozo de salchichón para golosear. Aunque la verdad, en Benposta había un juego que era “El Tesoro Escondido” y consistía en el seguimiento de pistas que llevaban a un premio que era justamente el comiso que ellos sustraían. Iban en grupo. Dos vigilaban a cada lado de la entrada de la intendencia, y José, que era el más ágil, se trepaba hasta el cielo raso y empezaba a tirar la panela y después se repartían las cosas. Cuando los encargados se daban cuenta de lo que faltaba en la despensa, ellos duraban un tiempo juiciosos y después volvían a la carga. Era algo que hacían por épocas y una costumbre que mantuvieron hasta la adolescencia sin mucho remordimiento.

José competía con Omar porque él siempre quería “estar al frente”. Omar tenía su grupito, hacía su ambiente, y los otros lo imitaban. Lo que nos unió fue empezar a hacer cosas juntos, el deporte, pertenecer al mismo equipo, el hecho de que les gustaran dos niñas: a Omar, una que se llamaba María Elsy y tenía piojos, pero era bonita, y a José, otra que se llamaba Ruth y se la pasaba jugando fútbol con ellos; y también el crear un frente común para oponerse a Pecas —un muchacho que había sido recogido de la calle y que tenía mañas— al que nombraron como encargado de los pequeños. Ambos se aliaron contra él. Gato empezó a hacerse muy amigo de él y a ellos no les agradaba esa compañía. Una vez los invitó a fumar y Omar fue y no le gustó: “Me decía, Uy mire y

aspire. Yo recuerdo tanto era en el sótano y que decía, Métalo, Métalo y nosotros tosíamos". Como se le enfrentaban, Pecas les ponía los oficios más feos y les quitaba el derecho a recreación el fin de semana.

Omar y yo nos íbamos a la cocina a meternos entre las ollas y luego las llevábamos al sitio donde jugábamos a pelear. Lo llamábamos "vencidos" era con lucha libre o boxeo y sacábamos los guantes y decidíamos quién con quién y traíamos peras de los árboles y el que ganara se comía dos. Pecas se metía a robar comida en la intendencia y siempre quería utilizarnos como escudo y nosotros no sabíamos. Yo me acuerdo que un día él le pegó a uno de los más pequeños, a Norberto Torres, y lo dejó llorando. Me dio una rabia y yo salí corriendo y le di una patada a uno de los gemelos —que estaba en su equipo— y después de que cayó le di un golpe y entonces lo dejé llorando también. Pecas se enfureció más y con ganas de pegarnos y no podía agarrarnos, y después de eso lo cogimos con Omar a darle duro y ya se sintió vencido. Era un juego pero se disputaban más cosas que el juego... Al final nosotros dijimos las cosas que Pecas hacía, que por ejemplo se llevaba a unos niños a fumar, y lo quitaron del cargo.

Omar ya tenía alguna idea de lo que era el Pueblo Joven, de los diputados y de las intendencias y entendía el sentido de los puestos de poder. Cuando veía que los encargados hacían sus reuniones quería participar también, pero todavía estaba lejos de comprender la apuesta de Benposta de aportar a la transformación del mundo. Lo que era claro entonces era la importancia que tenían los diputados y los encargados y la claridad de que cualquiera que se lo propusiera podría llegar a serlo. De hecho, llegó a ser diputado de los pequeños y permaneció en el cargo mucho tiempo.

Después de que estaba integrado en Benposta —dice José— me adapté al estudio porque antes me la pasaba distraído y haciendo otras cosas. Me acuerdo que hacíamos lectura de la Biblia y Josué nos preguntaba. A partir de ahí fue que empecé a poner atención porque alguien leía y después hablábamos de lo que habíamos entendido. A veces eran cuentos y nos gustaba oírlos. Esa actividad la teníamos todos los días a las seis y como eran cuentos entonces nosotros ya llegábamos rápido y además el que se demorara tarde tenía su nulo. Nosotros mismos llevábamos un control de la puntualidad.

También empecé a ser un poco más calmado porque sentía el rechazo de los demás ante mi agresividad. Una vez llegó un momento que me sentí mal y yo me iba a escapar porque empecé a tener muchos roces con todos los demás y era porque no me servía agarrarme con ellos y no sabía qué hacer. Ahí dejó de funcionarme la pelea... Yo dije: "Me voy de aquí, estoy aburrido", y le pedí permiso a mi hermano de irme. Me fui un viernes para la casa y le conté a mi mamá que me había escapado. Ella no quería que perdiera el colegio y yo acepté llamar a Benposta. Al otro día estuve bien temprano. En ese tiempo mi hermano Miguel estaba en otra institución porque por la edad no podía entrar a Benposta y él quería estar con nosotros. Se escapaba e iba a dar acá, con los cinco años que tenía, y llegaba a las seis de la mañana a buscarnos. Le avisaban a mi mamá y lo llevaban y al otro día de nuevo lo mismo. Así fue como cuatro veces hasta que Josué dijo: "Va a tocar recibirlo porque de pronto le pasa algo". Allá él no aguantaba.

Por su parte, Omar entró en el mejor grupo de las danzas y salía con ellos a las presentaciones. Como era el más pequeño se robaba los aplausos. No sólo se presentaron en distintas ciudades de Colombia, sino que en 1982 fueron a Alemania: "La gente me veía bailar y quedaba encantada conmigo". Su hermano Arnulfo también pertenecía al grupo: era la primera vez que montaba en avión y era un 747, "que era un lujo" y tenía el segundo piso y allá estaban los mayores de las danzas, pero Arnulfo lo subió y Omar recuerda el asombro frente al suelo alfombrado y que una azafata lo llevó a la misma cabina.

Las funciones duraron dos meses y medio y al regresar, las danzas se quedaron en Benposta Bogotá, mientras Josué salía con un grupo de niños hacia Villavicencio para crear el proyecto de Benposta allá. *Hubo un lapso de tiempo —evoca Omar— en que decíamos: "Ya va a llegar, ya va a llegar el día en que nos vamos para Villavicencio". A mí no me querían dejar ir porque era buen bailarín y yo me rebelé. Hablé con cada uno de los directores, no volví a ensayos ni nada, me aguantaba las sanciones e insistía en que yo me quería ir. Al fin me dieron el permiso y solucionado el problema.*

Una nueva comunidad en Villavicencio

Así, Omar y José estaban en el grupo que salió de Bogotá a fundar Villavicencio. Iban comandados por Josué, que llevaba detrás suyo a quince muchachos y la idea de fundar una comunidad. Cuando miran atrás, en el mejor sentido del término reconocen que era "una locura" —lo suficientemente hermosa como para cambiarles la vida— y que estaban tan pequeños que los embriagaba la emoción del reto y no se preguntaban si era fácil o difícil lo que intentaba hacer Josué con ellos y Luz Elena con las niñas. Lo que sí sabían era que sobre ellos pendía toda la expectativa de un compromiso, y desde ya, querían llegar a ser alcaldes, querían poder ser cada vez más responsables de sí mismos.

Nosotros sabíamos que allá funcionaba "Nuestra Casa", que era una institución de gamines —recuerda Omar— pues cuando se terminó, algunos se vinieron a Bogotá y nosotros empezamos a preguntarles y ellos nos hablaban de las culebras y los caños, de los matorrales, y eso era la imagen de la selva y entonces empezamos a soñar el viaje como una experiencia de aventura. De todas maneras, yo me pongo a pensar que fue como heroico eso que hizo Josué de llevarse a un poco de pelados, a un sitio que no conocía, a fundar una comunidad.

Lo cierto es que llegó la tan anhelada fecha y salimos con la ropa que nos habían comprado. Primero nos fuimos unos, porque Luz Elena después se fue con el grupo de las niñas y otros niños pequeños. Yo salí con Josué en el carro, e iba con Gato y los mayores. José llegó con ella. Al llegar lo que se veía era puro monte y una casa que estaba sucia y caída, con los vidrios rotos. Viéndola nos quedamos callados, pero Josué dijo: "Listo, esto lo arreglamos nosotros, Y en esa pelea nos pusimos". Me acuerdo que la gente de la Alcaldía nos apoyó mucho en Benposta. Nos llevaban anzuelos y nylon para que pescáramos. Una de las cosas más gratificantes cuando nosotros llegamos era ir al charco. Todo el mundo corría para el charco al amanecer, al medio día, por la tarde, y nos la pasábamos allá. Era una de las cosas bonitas que teníamos y después de eso ya empezamos a desyerbar, aunque nadie sabía hacerlo. Nos volvimos las manos una nada, nos salieron callos.

Cuando se presentó la posibilidad de irnos —dice José— a fundar la sede de Villavicencio, pues como yo era niño no tenía la noción de lo que iba a llegar a ser. Nos dijeron que allá empezaríamos todo y me animé. Yo me imaginaba una casa metida entre muchos árboles. Lo primero que recuerdo fue la sensación del calor. Yo no sabía nadar, pero Omar sí y nos íbamos al charco. Allá nos bañábamos por la mañana y aprendí a nadar.

Nos metimos más en lo que era Benposta y empezamos a crear una amistad fuerte. Los nuevos que llegaban quedaban asombrados porque venían de una institución distinta que se había acabado. No conocíamos toda la filosofía de Benposta, pero aunque hubiera roces nos identificábamos como grupo y teníamos ese sentido de liderazgo. Pasar el curso, cumplir en todo, hacía posible llegar a ser el diputado, representar el grupo, dirigir, tener acceso a la plata para determinadas cosas... Si nos portábamos bien nos ganábamos la ida a cine el fin de semana, o a veces un paseo a Bogotá, y nos emulaban en las Asambleas; y si no, teníamos que hacer los servicios más pesados y todos mandábamos en diferentes cosas. Entonces era como un juego: por ejemplo, yo era el que dirigía las

actividades y si alguien trabajaba mal lo sancionaba, y si ese otro era encargado de la limpieza y yo no la hacía bien entonces me sancionaba a mí.

Algunos de los muchachos que llegaban habían estado en la calle, habían llegado a usar cuchillos, pero a medida que se enteraban de cómo era todo aquí, se les iba quitando eso. El que se sometía a las reglas se quedaba y el que no tenía las puertas abiertas. Aquí todo era nuevo y nosotros empezamos a manejar la vida en común. Algo fundamental era que nosotros creábamos las norma. Cuando había reunión de distritos fijábamos metas y sanciones. Entonces, si alguien no las cumplía todos nos dábamos cuenta en la hora de la reunión y como teníamos corrección fraternal le decíamos la falla. Cada uno tenía que escuchar lo que le decían y además hacíamos dinámicas donde representábamos problemas de la comunidad y juegos de roles para representar los casos que estaban pasando. Por ejemplo que la gente repitiera la comida y dejara a otro sin comer. Por todo eso, uno terminaba dedicándose a lo que tenía qué hacer.

Claro que a veces nos saltábamos las normas. A los 14 años nosotros empezábamos a hacer los turnos de celadores y cuando eso estábamos con la fiebre de la gimnasia y teníamos un combito con Omar. Nos hacíamos "cuarto". A la media noche sacábamos el minitran[84] y por la madrugada lo guardábamos; nos entrábamos al cuarto de música a coger los instrumentos y a tocar, y sacábamos las bicicletas a media noche y nos íbamos por la vía al Llano con Omar y Sandro.

La experiencia de Villavicencio fue unirnos todos en contra de algo porque Josué nos comentaba que antes aquí funcionaba un sitio que no tenía buen nombre y que necesitábamos demostrar que nosotros éramos distintos. Estábamos como descubriendo el mundo y sentíamos que era una lucha por romper la imagen que había y construir otra que la gente admirara. Eso que vivíamos era como una lección porque los mayores sólo tenían 14 o 15 años. A veces había roces y nos dábamos duro y entonces Josué decía: "Miren cómo están echando todo al suelo" y eso nos paraba...

Me acuerdo que un día mi hermano estaba haciendo un trabajo de greda y yo el mío, y yo no sabía qué hacer, cogía la greda y volvía y la deshacía, mientras Mono había hecho una mesa y estaba armando como un florero. Empecé a intentar lo mismo y no salía, traté otra vez y nada; entonces le aplasté el trabajo y él, furioso, me estrelló la arcilla en la cara, y a mí me dio risa, y luego, en las duchas Mono era a hacerme tomar agua y yo me reía más. Esa fue una de las últimas veces que peleamos, porque nos queríamos mucho.

El cura Benjamín —recuerda Omar— se fue a vivir un tiempo a Villavicencio y ahí hizo el grupo de pastoral juvenil. Llegaba y se iba, y era como la conciencia de Benposta. A los niños que siempre se portaban bien, Josué los sacaba a cine, a paseos, al guayabal y cuando uno cumplía años le peguntaba: "¿Qué quiere?", y si uno pedía unos tenis, un pantalón, una camisa, se los daba. En Benposta era con créditos que conseguíamos las mudas. Si por ejemplo le preguntaban a uno qué necesitaba y uno decía: "Un pantalón", entonces lo ponían a desyerbar de un lado al otro. En Navidad siempre nos daban ropa.

Entre Luz Elena, Lucho y Josué se encargaban de darnos clase. Cuando yo cuando hice los primeros años de escuela era muy vago —confiesa José— pero a partir de Benposta me volví juicioso. Desde que ella llegó yo cambié mucho: empecé a aprender, descubrí que era bueno para las matemáticas. Ella tenía como ese carisma de trabajar con uno para que las cosas salieran bien y gratificaba todo lo bueno. Sabía enseñar. Yo estaba acostumbrado a profesoras que me daban una cachetada si no sabía; en cambio Luz Elena nunca nos pegó. Ella venía y nos hablaba, me decía que si yo quería pasar a tal curso tenía que aprenderme las tablas y yo empecé a estudiarlas.

[84] Aparato de gimnasia.

Entendí que si me dedicaba pues me iba mejor, y comencé a adelantarme. Me iba muy bien en matemáticas y a mi hermano Mono también. Después empezamos a saber lo que era Benposta y todo era nuevo y agradable y estaba lleno de juegos. La vida en comunidad es siempre estar enfrentados a la tarea de vivir en armonía en todo, es hablar y conversar... Nos inculcaban esa responsabilidad con nosotros mismos. Había como una armonía que nos hacía cambiar, tal vez era la misma organización y la filosofía de Benposta.

Al principio —cuenta Omar— fuimos a una escuela, pero por poquito tiempo, porque ya Luz Elena se encargó de darnos las clases. Yo era despierto como estudiante, pero vago. En primero bachillerato empezamos el año escolar con un método nuevo y había que llenar fichas. Nos descuidamos. Entonces Josué dijo:"O estudian o se van para el taller a trabajar". Así que otros dos compañeros y yo, todas las mañanas, en vez de ir a clase, nos íbamos al taller de bambú a trabajar. Yo me especialicé en quemarlo, Giovanni en hacer nudos, y Gato también ayudaba. En esa época armamos muchos muebles con el profesor y se llevaron a vender a Bogotá... La cosa fue que me cansé de estar dándole todo el día en el taller y al año siguiente sí que trabajé con esas fichas sin ningún problema, y digamos que en el estudio comenzó a irme bien.

Josué siempre nos inculcó la filosofía de Benposta y el compromiso, pero en cuanto a la idea de soñar un mundo distinto el cura cumplió un papel definitivo. Él llegó a Villavicencio ilusionando y diciendo: "Vais a dar el mensaje de paz y a rezar la oración por la paz y oyéndolo, prácticamente lo hace a uno soñar". Esa oración empezaba así: "Somos los muchachos de la tierra, que vamos por el mundo con las manos unidas"; en Bogotá le añadieron una frase: "Tantos muchachos que siguen siendo buenos aunque hayan sido explotados", y nosotros la rezábamos con la convicción de que así estábamos ayudando a romper el odio del mundo.

Después empezó a haber problemas porque comenzó una competencia entre el grupo de Luz Elena y el grupo de Josué, y eso nos dividía —admite José—. Vivíamos "cruzados" porque incluso algunos hermanos estábamos en uno y otro lado. Llegó el punto en que la cuestión no era cuál era mejor, sino que debíamos ser capaces de estar en contra de situaciones que no eran correctas. Empezamos a ver que no había justicia con el distanciamiento entre Luz Elena y Josué. De pronto era solamente él quien manejaba el carro, decidía qué se hacía con la plata y daba el punto final de lo que había qué hacer. En una venida del cura uno de nosotros le dijo que un grupito le iba a contar unas cosas que estaban pasando para que se diera cuenta. Entonces le dijimos todo, aunque también reconocíamos que él nos había fomentado las ansias de hacer cada día y el creer en lo que estábamos haciendo. Nosotros prácticamente cumplimos un golpe de estado, fue como una rebelión, todo el día hablando sobre los problemas. Eso fue algo apoteósico y nunca se volvió a presentar en ninguna sede de Benposta. [85]

El desafío del cuerpo

Hacíamos campeonatos con otras escuelas —dice José—. Nosotros practicábamos mucho deporte: gimnasia, micro fútbol, atletismo y salíamos todos afuera y las niñas se levantaban los fines de semana a correr y nos íbamos hasta Villavicencio y nos devolvíamos a jugar béisbol, y entonces todos los fines de semana era madrugar sólo a jugar. Luego fue cuando empezamos a aprender cositas del circo. Primero a hacer equilibrio y con cada persona que venía de España o que sabía algo, nosotros tratábamos de que nos enseñara todo. Benjamín tenía su equipo de micro y lo traía a jugar con nosotros y le ganábamos y después volvía y los preparaba y nosotros otra vez le ganábamos. Éramos tan buenos que nos propusieron ser del equipo de la selección del Meta, pero entonces ya sabíamos que iba a venir el circo y eso nos parecía todavía mejor.

[85] Estas tensiones se resolvieron meses después durante una especie de proceso con testimonios de los niños que precipitó la salida de Josué, cuyos métodos de formación, no obstante un afecto y dedicación que todos reconocen, legitimaban el castigo físico.

Josué, desde muy pequeños, nos dio capacidades en deporte: nos enseñó baloncesto, fútbol, boxeo... Y hacíamos también percusión. Desarrollamos muchas habilidades. Todas las tardes —cuenta Omar— hacíamos gimnasia y lo bueno era que llegaba un profesor de la Universidad Pedagógica el fin de semana y la mayoría lo superamos. Ensayábamos durante toda la semana y cuando el profesor volvía se asombraba de lo que nos encontraba haciendo.

Nos llenamos de algo tan grande —rememora Omar— el día en que nos presentamos en el Coliseo la Gramma de Villavicencio para la iniciación de los Juegos Intercolegiados. Todos los colegios vinieron a entrenar y todos traían su comparsa y algo que presentar. Nosotros lo hicimos con la gimnasia en el minitran y la gente gritaba del miedo que les daba vernos saltando uno detrás de otro. Parecía que nos íbamos a estrellar porque al mismo tiempo saltábamos como cuatro personas en el aire antes de caer en la colchoneta, uno tras otro. Nosotros íbamos a los campeonatos y arrasábamos.

Fue tanto lo que se sorprendió el profesor cuando vio lo que eran capaces de hacer en la cama elástica que les propuso que participaran en un concurso en Bogotá. *Nosotros veíamos televisión y cualquier cosa que salía en una película o en una propaganda, nos poníamos todos a hacerla, nos íbamos rotando y la íbamos sacando. En los ríos entrenábamos los saltos mortales. Si uno decía: "Yo lo hago mejor", el otro: "No, yo lo puedo hacer más alto". Cada uno alcanzaba una meta para él mismo, pero al hacerlo se la ponía a los otros y el profesor se nos quedó atrás. Nos inventábamos cosas, hacíamos hasta piruetas con bejucos.*

La competencia fue en Bogotá, en el Colegio Calasanz. Le ganaron a la Universidad Nacional, a la Pedagógica, y a cada uno de los treinta equipos escolares que participaron. Omar, José y los demás muchachos de Benposta se habían dicho que tenían que ganarse el trofeo y llevarse el premio que era una colchoneta de salto, porque la que tenía estaba rota y se vivían remendándola. Arrasaron en la modalidad individual y en la de equipos: Benposta se llevó el primer lugar —con Sandro—, el segundo con José y el tercero con Omar... hicieron dobles saltos mortales, saltos con dobles giros y piruetas. Cuando regresaron, felices a más no poder, primero dijeron que no habían ganado nada, para luego mostrar orgullosos el trofeo. Al otro día se dieron el lujo de levantarse tan tarde como quisieron.

En una ciudad de América estaban cumpliendo parte de lo que 36 años atrás había empezado cuando el cura Silva, que entonces era payaso y equilibrista en el circo de su familia, había querido hacer al crear el Circo de Los Muchachos. *El sueño que él tuvo fue cómo podía llegar a la gente con su mensaje, cómo encarrilar la mente de los jóvenes, entonces fue cuando pensó que a través del circo podía hacerlo. Cuando él nos reunía lo primero que hacía era pararse de manos sobre la mesa. Eso era algo llamativo. Los primeros que fueron parte del circo eran familiares del cura y era gente muy buena. Hubo campeones del salto de acrobacia durante tres o cuatro años y tuvimos los mejores alambristas. El mismo Julio Sabala salió de allí. Él reconoce que aprendió mucho en el circo del cura. Yo digo que es un santo —concluye Omar— porque es un hombre coherente y consecuente. Toda la vida ha luchado por lo que ha querido que es Benposta y todo lo que él es, es Benposta.*

Muchachos y muchachas se prepararon para irse con el circo a España, pero cuando se planteó la idea de fundar otras comunidades, algunos dejaron de entrenar porque las chicas que se fueron para Montería eran justamente las del circo y con los muchachos que salieron para la Guajira ocurría lo mismo.

Todo fue muy rápido en ese año —recuerda José—. Era el 89 y fue cuando se presentó la posibilidad de ir a la Guajira. El cura decía que necesitaba un grupo de aventureros. Unos se fueron y a partir de ahí quedaron al frente Luz Elena y Camilo. Él siempre había estado en Benposta Bogotá y aunque asumió ese compromiso nunca fue una persona que fuera líder por sí solo. Luego Luz Elena salió para Montería.

Yo me retiré para ir a prestar servicio militar, pero no me tocó y regresé para entrar al circo. Mi pensamiento estaba centrado en el circo. Entonces me fui para España con muchas expectativas. Me interesaba saber qué era en sí Benposta; entonces yo dije: "Voy a hacer la Gran Aventura", y me lo creía.

La Guajira

A mí —dice Omar— se me presentó una crisis antes de irme a hacer la Gran Aventura a la Guajira. Lo que pasa es que yo estaba saliendo con Ruth Magnolia —no era que estuviera tan enamorado, más que todo era que yo era bien jodido—, pero era como la novia oficial y con la que más duré. La cosa es que ella era huérfana y cuando se enteraron del rollo que teníamos la iban a sacar, porque en ese sentido eran muy estrictos. Y eso que eran noviazgos que nunca llegaban a relaciones sexuales. Yo creo que ninguno las tuvo aquí en Villavicencio. Yo empecé a pensar en salirme, para que la dejaran a ella. Al fin todo terminó en que en ese mismo año llegó el cura y salió lo de la Guajira. De todas maneras nosotros ya habíamos roto el noviazgo. Josué le contó al cura que yo me quería ir y él me propuso que viajara. Yo quería un cambio.

Entonces Omar se fue para Riohacha, no tanto con la idea de fundar una comunidad sino con la de vivir otra experiencia, y hacer un cambio. En parte, irse fue una manera de solucionar una etapa de crisis, y aunque el cura logró que se quedara un año allá, haciendo la Gran Aventura, soñaba con el circo. José se fue con los demás muchachos que escogieron para las presentaciones de gira.

En Riohacha —recuerda Omar— íbamos a la ranchería más cercana, a tocar en la iglesia las misas y también a hacer actividades educativas y recreativas con los niños y a escucharlos hablar. Hicimos una labor importante porque ellos no tenían agua y desde Riohacha hasta la ranchería eran como cinco kilómetros y de nuestra plata hicimos un acueducto. Había un representante de ellos que se llamaba Vicente y que se entusiasmó con el proyecto. Fue así: Como veíamos todo lo que la gente de la ranchería debía caminar para traer el agua dijimos: "Hagamos una cosa, saquemos de nuestro presupuesto". Entonces empezamos a construir un tanque grande y la tubería y en esas duramos como seis meses. Hicimos ayunos porque de la plata que nos mandaban de Benposta para nuestro sostenimiento mensual sacábamos una parte para construir un aljibe y mandar el agua a la ranchería. Para poder comer teníamos que ir a pescar, llegábamos a las tres o cuatro de la tarde y a veces se cogía algo y a veces no. Cuando pescábamos poco hacíamos un caldo y la vecina del frente nos daba arroz. Ella nos acogió.

El cura dice que en su viaje a la Guajira se le cargaron otra vez las baterías. nunca había estado con un grupo de Gran Aventura tanto tiempo porque él siempre está yendo de un lado a otro. Fue una época muy bonita. Él tiene una facilidad de convencimiento y también a esa gente la hizo soñar mucho. En Villavicencio yo sentía la misa más como una cantaleta que como una experiencia espiritual. En cambio, en la Guajira hubo momentos de ese descanso, de esa paz y me sentía bien con ese saber que hay algo más, una realidad espiritual y que uno no está solo. Las misas del cura son especiales, uno las vive, y cuando al comenzar decía: "Oremos", cada uno hacía una oración y eso también ayuda. En la ranchería también fue darnos cuenta que uno no está en esta tierra sólo para ganar plata y levantarse, sino para hacer algo por los demás.

Entonces empezamos a trabajar y después hubo momentos difíciles porque nuestra disciplina era dura. De tal hora a tal hora íbamos a la ranchería y después a cantar en la misa porque había un cura del que nos hicimos muy buenos amigos. Ahí fue cuando yo empecé a tocar guitarra. No podíamos hablar, hacíamos reflexión espiritual y hablábamos de la Biblia y teníamos muchas reuniones de grupo. Siempre estábamos participando en reuniones con jóvenes y teníamos muchas cosas qué hacer. Fue una experiencia de adaptación, de responsabilidad, me metí en ese cuento, y hubo momentos en que entre nosotros hubo problemas y vainas, pero se fueron superando y estuvimos un año así nosotros y una de las cosas duras fue que contamos con un presupuesto que nunca terminaron de mandarnos de Bogotá.

La experiencia nos formó mucho. Es que tomar la decisión de contribuir a que a esas doscientas personas les llegara agua y les cambiara la vida, eso fue muy importante. A veces pienso que las experiencias más duras son las mejores. La Guajira fue para mí la época de la conciencia porque nosotros nos fuimos a trabajar por los indígenas y digamos que tuvimos una visión más despejada pues en Benposta siempre se ha trabajado por los demás, y aunque uno en un cargo de responsabilidad sabe que siempre tiene que estar pendiente de los otros, a veces se interesa más por el poder que tiene. Allí sí era dar lo que éramos, sin pensar en lo que recibíamos a cambio. Ya no sólo era cuestión de querer ocupar un cargo, sino de estar en una postura diferente, de servir de verdad.

Los muchachos que se fueron en el circo estuvieron en Bogotá, en Cali, en Pereira, y cuando pasaron por Barranquilla nosotros llegamos con un grupo de niños de la Guajira y allá nos presentamos con ellos en el circo. Recuerdo que los vimos a todos bien alimentados, mientras nosotros estábamos flacos por los ayunos que hacíamos para conseguir lo del acueducto. Después, cuando siguieron para Venezuela se fueron por tierra y estuvieron en la Guajira. El cura los llevó a donde nosotros vivíamos, en una casita pequeñita. Él veía todo con admiración. En un cuartico de atrás hizo una capilla y con una lata armó un Cristo grande y en la pared del frente hizo un Jesucristo con unos apóstoles que en lugar de túnicas, estaban vestidos de arlequines, y celebramos la Eucaristía. Fue bonito, bien bonito; él decía que allá había pasado los mejores momentos de su vida.

Algo muy duro fue cuando salieron de Maicao todos los del circo. Nos habíamos ido a acompañarlos hasta allá y fue horrible ver que se iba José, que se iba Gato, todos los amigos uno y que nosotros nos quedábamos. Durante el viaje de regreso a Riohacha llovía y llovía y nadie hablaba. Llegamos a la casa y todos en silencio. Luego, cuando ya el trabajo con los Wayús se cumplió, el cura dijo: "Váyanse para Villavicencio y luego quiero que estén un tiempo en Venezuela". En la ranchería indígena no habría sido posible fundar una comunidad de internos, porque es una cultura que no permite el soltar a los hijos.

Yo fui un año después que José a España porque estaba en la Guajira con el compromiso máximo que hay en Benposta, que es la Gran Aventura, y la seguimos en Venezuela con Kawachi, que era del mismo estilo del cura. Cuando nosotros llegamos llevaría seis meses de fundada la comunidad. Allá funcionaba un colegio donde los niños estudiaban y había muy pocos internos, todos hijos de gente muy pobre. Nosotros no habíamos terminado bachillerato. Supuestamente nos iba a mandar los textos a la Guajira, pero al final no logramos validar el año. En Venezuela nos dedicamos a arreglar la casa, que era gigante, a cultivar la finca y seguíamos la misma vida de oración y reuniones. La sede es en la Guaira, donde hay unos hoteles fastuosos, y nosotros bajábamos hasta la playa. Era hermosa. Había muchachos empezando la formación y yo me encargué de los pequeños, estaba pendiente de las levantadas y las acostadas, pero me hacía falta más dedicación. De todos modos, de esas experiencias salí con una conciencia más abierta y más clara.

El circo de España

Al principio —cuenta José— nosotros vivíamos aislados de la gente de España, dedicados al proceso de la Gran Aventura. Entrábamos a ofrecimiento más temprano, salíamos de ahí a clase, y luego a trabajo. Como estábamos comprometidos hacíamos cualquier cosa. Por la noche nos acostábamos tarde reflexionando y luego los fines de semana nos íbamos a las afueras. Yo nunca pensé en ser religioso, pero lo espiritual era como una parte de mí, era creer que todo es posible, que no se trataba de ponerse a rezar por los niños sino de cambiar su vida.

Por ejemplo, al final de las presentaciones en el circo el cura decía que estábamos en contra de la opresión, que las pirámides eran el símbolo de Benposta que situaba arriba los niños que son los indefensos, los desamparados. El circo es como un trampolín para poder gritar eso, aunque no todo el que vaya o esté en el circo lo tiene que creer... Había mucha gente que hacía bien las cosas, pero nada más. Para mí en ese momento fue difícil entenderlo. Vi todo tan distinto. El cura me decía que buscara la mejor parte de todo eso, que me preparara para trabajar por mis hermanos de Colombia; pero cuando los problemas de los demás empiezan a afectarlo a uno entonces ahí uno no se puede controlar. En ese momento Omar estaba en la Guajira, y todo ese año estuvimos con Gato. Yo aprendí cosas artísticas, aunque me esforzaba y me esforzaba y hacía cosas, pero no estaba contento del todo.

En España hubo una "estrellada" porque comencé a tener roces aunque lógico que ya era más calmado —asevera José— con los del circo. Yo no entendía por qué a cada rato ellos "echaban la madre", y la manera en que se saltaban todas las normas. El cura vio lo que teníamos en Villavicencio y esperaba que allá hiciéramos lo mismo; pero era muy difícil, porque el esquema de vida de ellos era otro, nosotros estábamos acostumbrados a buscar la parte bonita y ver que no sale porque los demás no quieren y uno mismo no puede hacerlo crea como roturas...

Cuando llegamos los que estábamos en la Guajira —cuenta Omar— el cura no nos dejó entrar directo en la comunidad, sino que nos mandó para el monasterio de Rocas. Nos llevó una vez de visita, para el día de las castañas. Así hicimos tres meses monacales y me acuerdo que en esa región preparaban como unas pizzas con carne, papa y queso, pero yo les sacaba la carne porque por ese período no podíamos comerla. Otra vez fuimos a Benposta a lavar una carpa. La mañana era llena de niebla, en pleno invierno, y nosotros lavando con ese frío. Almorzábamos y comíamos aparte de los demás y no nos dejaba juntar con ellos. Creo que él no quería que conociéramos ese ambiente, porque teníamos un compromiso mayor.

Para el 24 de diciembre nos fuimos con el circo para Barcelona, y en la mitad de la plaza central montamos la carpa. Es una tradición desde hace veinticinco años. Esa vez la carpa no estaba completa. Fue muy difícil armarla y trabajábamos sabiendo que no nos íbamos a presentar, pero nos sentíamos más cerca de poder llegar al circo. Hubo un accidente, un incendio con un reverbero y se quemó gran parte del vestuario. Para el cura era difícil controlar la vida de la comunidad en el circo. Por ejemplo yo estuve de encargado de la limpieza y a diferencia de lo que pasaba en Villavicencio vi que allá había que estar empujando a todo el mundo para que hiciera lo que tocaba. Nosotros llevábamos una visión.

Tal vez el cura nos llevó para infundir otro espíritu en la comunidad de España, pero, ¿cómo nosotros, de recién llegados, íbamos a cambiar a los antiguos? Allá falta eso que vivimos aquí de hacer soñar a la gente, ni siquiera los pelados pequeños sueñan. Nosotros intentamos y empezamos a hacer las reuniones y ahí sí yo me encargué de los niños pequeños y me dediqué de verdad y les hablaba de toda la mística de Benposta, pero el problema era que ellos veían que los adultos no cumplían y entonces no entendían.

De alguna manera, para ambos, en un determinado momento, el enamoramiento abrió una grieta en su vida en la comunidad. Aunque ya eran mayores de edad, el amor de pareja fue un aprendizaje que vivieron en medio del conflicto y que de cierta manera incidió en su decisión de regresar de España.

Comencé a tener problemas por los noviazgos —admite José—. Las chicas que estaban en Benposta tenían 15 o 16 años y nosotros estábamos en el compromiso de la Gran Aventura y no podíamos enamorarnos. El cura lo que hacía todos los fines de semana era llevarnos a pueblitos, a misa, a monasterios y cosas así. Terminó convirtiéndose en algo frustrante porque dejé de creer en ese cambio que se podía dar allí. Así casi un año. Eso es muy difícil. Cometí el error de contarle al cura que tenía novia. Eso se me volvió un problema porque a mí me gustaba mucho ella y la circunstancia era que como nosotros estábamos en la Gran Aventura no podíamos salir, mientras los demás del circo hacían sus planes, se iban a discotecas, no se levantaban temprano, y rompían todas las normas aunque no estuviera permitido. Ella terminó saliendo con otro. Cuando estuvimos de novios era algo muy sencillo y sano y para mí fue muy difícil aceptar la ruptura porque la relacionaba con el proceso que estaba haciendo y me parecía que no valía la pena. Yo quería estar con Erika bien y no podía. Finalmente ella me terminó y se alejó porque yo era muy agresivo con los que la molestaban y era como si no nos pudiéramos ni ver.

En el circo tuve una novia, Silvia, me aferré a ella —cuenta Omar a su vez—aunque en el fondo sabía que no era mi futuro, ni la mujer que yo buscaba. Ella era la estrella principal del circo, porque estaba desde los seis años, pero era muy fría, no tenía como sueños, como ilusiones, ese espíritu de querer conseguir algo. Me di cuenta y empecé a decirle que me iba a regresar para Colombia. A pesar de todo me daba muy duro dejarla. Yo empecé con ella como con ese sentimiento de cuidarla y no sé que y me enredé con ella. Antes de que nos viniéramos ya habíamos acabado y volvimos y después acabamos otra vez, y una de las cosas por las que yo más aceleré el regreso fue por ella, pero estaba esperando el título y yo no soportaba verla a ella con otra persona. Entonces yo vivía encerrado todo el día y no hubo otra persona que la remplazara. El cura siempre me prohibió que tuviera ninguna relación porque yo era un aventurero. A veces nos decían que sí podíamos tener novia, pero que debía ser también una aventurera.

Me dediqué a entrenar para olvidarme —recuerda José—. Trabajaba acrobacia, cama elástica, hacia dobles saltos mortales, estuve ensayando trapecio, pero nunca salí, luego me metí como portor en acróbatas a pie y empujaba saltos en los hombros y recibía saltos en los brazos. A veces hacía de ágil, que son los que suben encima de los portores. Formábamos una columna con Gato, yo encima de él y arriba se trepaba Omar.

Fueron siete años más en España. Con el circo se presentaban en verano y estudiaban en el resto de las estaciones. Viajaron a muchas ciudades de España, a Francia, Italia y a Japón. Fue también en ese país del otro lado del mundo donde Omar y José vinieron a presentarse, tocando cuatro, en recuerdo del grupo de música llanera que habían creado en Villavicencio y que nunca dio una función. Cuando estaban en plena actividad circense se presentaban dos y tres veces al día y a veces terminaban a la diez de la noche. A las once estaban cenando, hacían la oración fraterna y se acostaban después de la media noche para levantarse a las seis de la mañana. En algún momento comenzó a ser muy difícil el hecho de no contar con ningún poder adquisitivo. No tenían dinero para salir por su cuenta y sólo a veces, cuando montaban la carpa o en Navidad recibían plata en efectivo.

La ruptura afectiva fue tan fuerte para José que empezó a sentirse muy mal interiormente. Andaba “con el tema” de su relación, y lo afectaba el hecho de que se hacían sufrir uno al otro, él le decía cosas tan ofensivas que Erika reaccionaba también de un modo agresivo. Hubo años en que no se

hablaron. No obstante haber llegado a ser alcalde de Benposta en España estaba cansado. En un momento se retiró de la alcaldía, pero no interrumpió la carrera de tres años de Imagen y Sonido en la facultad de Ciencia de las Comunicaciones de Benposta.

En esa época estudiaba hasta casi el medio día, ensayaba una hora después de almuerzo, regresaba a estudiar una hora en la tarde y luego se iba a entrenar acróbatas a pie y luego a hacer pirámides. Se cambiaba tres o cuatro veces en una sola tarde. Entonces, en medio de una situación de confrontación con la vida de Benposta allá, empezó a retirarse de la discusión sobre los problemas de la comunidad, y se centró en el estudio.

En la televisión

Mientras estudiaban Imagen y Sonido, Omar y José empezaron a trabajar en la televisión. Benposta tenía una cadena local que cubría la población de Orense. El cura se había propuesto un horario de 12 horas de emisión y eso implicaba un ritmo incesante de trabajo. Cuando la cadena estaba en prueba rellenaban la programación con emisiones de satélite y así ocupaban medio día. Pasaban películas de cine mudo, de Charles Chaplin y comenzaron a hacer el noticiero. Las grabaciones se multiplicaron, tuvieron que enfrentar la dificultad de las entrevistas porque en la región la gente hablaba gallego y ellos preguntaban en español, con sus términos venidos de América del Sur y muchas veces no los entendían. Unas mañanas editaban y otras grababan. Aprendieron a manejar las cámaras de televisión. Durante dos años, después de terminar la universidad, trabajaron con la cadena local de Benposta.

Para Omar son inolvidables los programas de reportaje que hacía con José en el canal de Orense: *la televisión funcionó muy bien con nosotros. Teníamos audiencia y vendíamos. Es que ambos, a cualquier cosa que hemos hecho le hemos puesto entusiasmo y corazón y siempre echamos para delante con el grupo que hay. La televisión surgió y era buena. El título que obtuvimos fue de Realizadores de Programas. Hicimos programas en directo. Cuando transmitimos el Viacrucis para Semana Santa, yo era el realizador y logré una grabación muy buena con varias cámaras al tiempo. También tuve un programa que se llamaba "La otra cara del deporte" y se llamaba así porque entrevistábamos a esos deportistas que tenían un desempeño profesional, pero que no contaban con patrocinio. De todas maneras yo voy a acabar en la televisión y haré lo imposible por estar ahí y lo voy a lograr.*

José se vino primero —cuenta Omar— y luego empezó una desbandada terrible. Me hubiera quedado en España, pero con papeles, y nosotros sólo teníamos permiso de estudiantes y no podíamos trabajar ni hacer nada. Hacerse aventurero es continuar llevando la idea de Benposta. Tal vez para el cura uno traiciona ese compromiso cuando se va, cuando no funda otros lugares, otras comunidades, pero hay otros modos. A mí me dijo "traidor" cuando me retiré, claro que lo dijo con todo el amor del mundo porque él lo que quiere es que estemos bien, pero no todos podemos ser como él, que es un santo, ni tenemos vocación de cura. Es muy complicado decir adiós mujeres, adiós matrimonio, adiós hijos, familia... En cierta forma yo sí me siento un poco traidor, pero llevo a Benposta muy adentro y ese vínculo es como un fruto o una respuesta que uno lleva y da en cualquier parte. Cuando regresé también quería estar con mi familia, pero uno ve aquí que tampoco hay muchas oportunidades, que este país atraviesa una situación muy difícil.

El regreso

Ambos regresaron a Colombia a hacer su vida. Para José y Omar salir del mundo de Benposta ha significado conocer "cómo la gente de afuera vive, sueña y piensa". Están ahí, recordando que el principio de ese trabajo de crear hombres nuevos que les fueron sembrando es saber que en cualquier sitio al que lleguen están para cumplir algo. Les hace sentir diferentes el hecho de que no giran tanto en torno de la plata, como les parece que lo hacen los demás, y les duele el país no sólo

por la imposibilidad personal de conseguir lo que quieren, sino por la angustia de a dónde vamos a llegar y el hecho de que el dinero aquí esté tan mal distribuido. De hecho, saben que ellos mismos no serían hoy lo que son sin Benposta pues aunque sus madres trabajaron toda la vida, no habrían tenido nunca los medios para darles una educación adecuada.

José se vino porque ya había cumplido un ciclo y porque su mamá estaba sola, abandonada, siempre sin él y sin su hermano, y enferma —sus males se prolongaron durante años sin que los pronósticos fatales se cumplieran—. Cuando regresó encontró a su hermano Miguel sin trabajo y vinculado al coro una iglesia en la que toca guitarra y canta. Hasta ese momento no había podido ingresar a la universidad y se había retirado de Benposta por un asunto relacionado con un noviazgo.

Llegó un tres de marzo a buscar a la mamá. Ella quería que se fuera al pueblo donde ahora vivía, pero para él equivalía a enterrarse en vida. Tampoco le era fácil vivir en el barrio donde muchos años atrás habían levantado una choza que los vecinos se robaron pedazo a pedazo. Miguel cuidaba el lote y había levantado hacía poco una casucha con tejas y vivía así, sin agua, sin luz, usando como baño una letrina y esperando que cada 15 días la mamá subiera a llevarle mercado mientras terminaba bachillerato. Eso no impidió que tuviera las mejores notas del colegio, y se vinculara activamente con una iglesia. José se quedó con él; se pasaba el día cocinando, leyendo libros, y buscando empleo. Duró tres meses sin encontrar nada y agotando poco a poco los exiguos ahorros que había traído de España. Volcó toda su desazón en la tarea de convertir la vivienda que compartían con Miguel en una casa: levantaron pareces, hicieron la plancha, compraron el contador de luz, la amoblaron, en medio de una actividad febril que daba sentido a la exasperante espera de una oportunidad.

Cuando llegué —cuenta Omar— encontré a mi mamá en el barrio Diana Turbay, donde ha pasado muchos años. Toda la vida ha estado lavando ropas, ganando apenas para comer y viviendo en una casa mal construida y prácticamente sin muebles. Después de nosotros nació una niña que vive con ella y que ya tuvo un bebé... Mi hermano Arnulfo terminó el bachillerato, se retiró de Benposta, y no pudo hacer nada más. Ahora está casado y con una hija. Mi otro hermano es todo un personaje. Siempre estudiaba mucho desde que estábamos en Villavicencio, hizo un curso de enfermería, pero él vive en un mundo diferente y trabaja como curandero. Recién llegué de España él se fue para Bolivia, pero es como un ave de paso. Cuando llegué todos estaban viviendo en el primer piso y arriba sólo había ladrillo y huecos. Entonces compré cemento y tapé los huecos que había y mi mamá se subió y ya quedaron más cómodos. He estado pañetando, comprando puertas y le echamos la fachada. Desde que regresé he sido como el mediador en mi casa, porque a veces discuten fuerte con mi mamá y yo les digo que así no se arreglan las cosas, y las relaciones han mejorado.

José acudió al Centro de Información de Empleo del Sena y no obtuvo ninguna conexión, empezó a pasar hojas y hojas buscando trabajo como fotógrafo, camarógrafo o auxiliar de televisión sin resultado y entonces pensó que la gimnasia podía ser otra área de trabajo. Fue a varias universidades infructuosamente y de nuevo insistió en cuanta empresa o entidad se le ocurrió: “Fui al Ministerio de Comunicaciones, a RCN[86], a Caracol... Pasé como 22 hojas de vida y no pude entrar a ninguna parte”.

Cuando Omar llegó a Colombia llamó a José para ver qué estaba haciendo y lo encontró desocupado. Se propusieron buscar juntos una oportunidad de trabajo. Pensaron que podían emplearse como auxiliares de televisión porque ambos habían estudiado Imagen y Sonido en

[86] Radio Cadena Nacional.

España y hablaron con un técnico que trabajaba en producción de televisión y les dijo que por el momento no había nada en el medio, pero que estaban montando el cumpleaños de Bogotá, organizado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Se enteraron de que estaban necesitando gente.

Omar planeaba comenzar a pasar hojas de vida. José le dijo que lo mejor era presentarse al Planetario. Juntos fueron a hablar con Roberto Salazar que era el encargado de contratar a la gente, pero les dijo que el evento lo organizaba una empresa. Les preguntó si conocían algo de seguidores, y le dijeron que claro, que ellos venían del circo, pero igual no había cupos. “Lo único que puedo ofrecerles —concluyó— es la posibilidad de armar unos andamios y se tienen que ensuciar las manos”. Pensaron que eso era lo de menos, que estaban acostumbrados a trabajar duro y que montar una carpa de circo era más difícil que eso. Comenzaron al otro día.

El enganche

Los contrataron para un trabajo arduo y al aire libre. Ellos dijeron: “Listo” y comenzó entonces la sorpresa de verlos montar siete andamios uno tras otro, con una rapidez que nadie esperaba. Lo hacían con una coordinación perfecta y con la agilidad de un estado físico con el que era difícil competir: ambos venían de años de disciplina en el circo. Debían crear todo el soporte físico para lograr efectos como el de personas que iban a aparecer, bajando como ángeles desde un cielo remoto. La idea se les asemejaba al manejo de la moto en la carpa.

Se ganaron la confianza de Carlos González, uno de los tramoyistas más reconocidos del país, cuando debieron correr una pantalla que los encargados de montarla habían ubicado mal. Mientras desarmaban las piezas a varios metros del suelo y sin cinturón, la gente se asomaba por las ventanas que daban a la Plaza de Bolívar, incrédula ante la confianza con que se desplazaban, prácticamente en el aire. Para ellos no era nada extraordinario: se habían pasado la vida haciendo cosas así y la noción del riesgo que tenían era distinta de la de cualquiera.

Cuando el cumpleaños de Bogotá del 6 de agosto de 1997 pasó, ya habían empezado a crear una relación con la gente de la tramoya, con los “duros” de los montajes de teatro y, Diego Campos, jefe de tramoya del Teatro Jorge Eliécer Gaitán los vio trabajar y calibró su potencial; Roberto Salazar les tomó aprecio y también conocieron a Carlos González, quien meses después los recomendaría a la directora del teatro sin titubear. Habían corrido solos entre ambos un gigantesco andamio, habían armado otro arriba de un palco para montar un telón, y cada oficio lo habían cumplido con tanta rapidez, que cuando decían: “Listo, ¿qué más hay que hacer?”, quienes los observaban se quedaban aterrados. Les dieron una propina extra sobre el salario acordado. El día que terminó el evento, bajo una lluvia persistente desmontaron todo el andamiaje en la noche y empezaron a conocerlos como “Los Españoles”. Cuando ese trabajo se terminó, Diego les dijo que les veía mucho futuro. Al año siguiente los llamarían “porque lo habían hecho muy bien”.

Firmaron un contrato con el teatro y allá cambiaron de apodo, pero antes de comenzar como tramoyistas en el Jorge Eliécer colaboraron en la fábrica de metalmecánica donde se fundían cada una de las piezas del soporte de ese oficio. Se convirtieron así en ayudantes de ornamentación durante una dura temporada en la que vieron tomar forma a cada canasta o polea que hoy permite manejar las escenografía del teatro Jorge Eliécer Gaitán. Trabajaban desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche. De casualidad el dueño de la empresa era un hombre que había estado en Benposta y los trató con esa tácita hermandad que se crea allá, pero a la semana de estar manejando todo el día la pulidora José no quería saber nada de ese trabajo. De nuevo pensó dedicarse a enseñar gimnasia. Entonces a Omar lo mandaron a montar las piezas en el teatro y como hacía falta un auxiliar de soldadura llamaron a José. Así, desde el principio, estuvieron en el montaje de toda la tramoya del teatro.

Un par de semanas más tarde ya estaban ayudando a armar la tramoya ensamblando cada pieza en su lugar, subiendo los rieles... Definitivamente, a medida que el trabajo cobra altura —entre más metros se eleva a nivel del suelo— resulta más emocionante para los dos. Al principio, ellos, que se sienten trepando escaleras como en su elemento, tuvieron que hacer sus propios andamios para montar las piezas que soportan la tramoya en el teatro; los hicieron "como gatos, con las uñas". Cuando el trabajo terminó pasaron sus hojas de vida a la directora del Colón y apenas ella vio que habían estado ocho años en el circo los escogió. Además, sabía que los consideraban "muy buenos". Los contrataron.

Al fin, tramoyistas

El trabajo de ellos ha cambiado mucho. Diego lo explica de un modo algo desconcertante: entraron como auxiliares de tramoya y siguen siendo auxiliares de tramoya, pero ahora son más reconocidos, en cierta forma se han hecho populares en el medio, los llaman "Los Gatos". No les fue difícil el oficio porque venían del circo. En un abrir y cerrar de ojos aprendieron a hacer las trampas, a balancear los pesos, a hacer aparecer y desaparecer objetos del escenario. Aquí, donde no existe una escuela de tramoya, no hay otra mejor que la experiencia, vivida como arte y como pasión. Ese entrenamiento de la atención que requiere estar ahí, atento a cada movimiento de la escena, sólo puede cumplirse a fuerza de voluntad y deseo, y ambas cosas las tienen Omar y José en abundancia.

Entran a veces a las seis o siete de la mañana y la jornada se prolonga de acuerdo con la necesidad. A veces deben pintar el escenario unas horas antes de la obra para que alcance a secarse, disponer las luces, y siempre saben que después de que el telón se suba su papel de tramoyistas se juega sobre cada escena. Entre la tramoya y el circo hay semejanzas aunque el montaje para el teatro requiere más precisión. En el circo ellos eran artistas, los aplausos los recibían y eso daba sentido al trabajo de montar los aparatos que usaban en las acrobacias. Aquí sólo detrás de la escena son reconocidos. Pero para los dos es emocionante saber que tienen el manejo de la parrilla a su cargo, que son los más ágiles del teatro, que una noche no hay nada en el escenario y al día siguiente, como por arte de una magia que ellos ofician con el fervor del entusiasmo, un inmenso arco, armado pieza por pieza, ha aparecido.

Lo extraño en el teatro —dice José— es que uno anda metido en el espectáculo, pero detrás de los telones y nunca delante, nunca de cara al público ni de frente a los aplauso... En el teatro hay que disimular cualquier cosa: así te duela una muela tienes que trabajar, pero en el circo si te duele un pie no puedes saltar. Normalmente cuando llega un espectáculo nosotros montamos la escenografía, bajamos todas las piezas y las armamos, aunque a veces viene un técnico, pero si nos toca nosotros lo hacemos". La otra parte de la escenografía es el arte de bajar las barras de luces montando un contrapeso en el otro lado. Es un trabajo exacto y delicado que ha quedado prácticamente en manos de Omar y José: "Uno ya calcula y ya no falla". Y, cuando es necesario conectan los focos de acuerdo con el plan, alistan las gelatinas, y los filtros.

Con José pensamos que necesitamos estudiar más —dice Omar—, pero es que con el horario del teatro es difícil. Yo me compré la moto porque aquí de noche es berraco salir y siempre tuve la ilusión de tener una. También me gustaría mejorar un poquito más la casa. Me gustaría ahorrar e irme a España otra vez a hacer una especialización en edición o en dirección de televisión. Aquí no ha sido fácil entrar al medio. Yo hice unas pruebas en RCN y me dijeron que no, que ya habían contratado a la gente.

José no piensa en términos de proyecciones futuras, sino en un estado de alerta sobre el presente que le permita no desperdiciar ninguna oportunidad de aprendizaje. Pero él y Omar tienen un sueño:

entrar en televisión. Entre tanto, con otros compañeros están formando una empresa para asegurar condiciones de contratación más estables y pasar propuestas al Instituto Distrital de Cultura.

Cuando José salta la gente se sorprende. Cada vez que puede practica. Una vez se pusieron a conversar con un muchacho que practicaba gimnasia olímpica y terminó enseñándole otras posibilidades del cuerpo. Aunque por ahora es algo que está lejos, José sabe que la agilidad física tiene un límite. Para cuando esto suceda querría haber aprendido animación por computadores y seguir inventando movimientos con la imaginación durante su vejez. Tiene la noción de la edición, pero no es fácil sortear la coyuntura económica que el país atraviesa. Sabe que en Europa un sueldo mínimo permite vivir, mientras aquí lo que gana —que es mucho más que el mínimo— no alcanza para costear una carrera.

Del José irascible que casi se sale de Benposta es poca la huella que queda. Hoy se reconoce como alguien calmado y dice que allá aprendió a "canalizar esa energía para otro lado". A veces siente agresividad, pero sabe manejarla, ya no reacciona de un modo impulsivo. Analiza la situación. A ambos, les ha costado comprobar que en el mundo de afuera, "el que no tiene plata no es nada", pero a la vez sienten que les sirvió crecer de un modo austero y tener el sentido del trabajo en equipo. Se sienten afortunados de haber encontrado un grupo laboral bueno, donde aprecian a los demás y son apreciados por ellos.

Aunque ambos han extrañado ciertos aspectos de la vida en Comunidad, el permanecer juntos ha hecho menos difícil la situación, porque ahora, como en Benposta, se la pasan haciendo las cosas serias como si estuvieran jugando, lo mismo en el circo, que en la televisión o en la tramoya. En el teatro, inadvertidamente han ido creando una pequeña comunidad: como por tácito acuerdo comparten un ambiente sano, nadie fuma ni toma, y se divierten trabajando. Germán, el hijo de Carlos González, maneja el grupo de doblaje y diseña escenografías. "Él nos enseño a soldar —cuenta José— y trabaja muy rápido y bien en muchas cosas". En un montaje una chica debía tirarse de un tercer piso y José la entrenó. Era un lío porque ella no había sido deportista. Él le indicó qué prácticas debía hacer y al fin lo hizo bien. Aunque no le pagaron por ese entrenamiento, les permitieron asistir, a él y a Omar, sin pagar, a un curso de combate escénico: "A veces les parecía que nos estábamos pegando y no sabían que nosotros éramos acróbatas y por eso los dejábamos botados a ellos; nosotros nos complementamos en muchas cosas".

Con el grupo de doblaje que él dirige no pudimos seguir entrenando —dice José— porque empezamos a jugar micro fútbol. Nos escogieron como los delanteros del equipo del Instituto Distrital de Turismo, resulta que teníamos que ir a entrenar los Domingos a las siete, a las diez teníamos partido en San Mateo, a las once teníamos montaje aquí porque a la una había función; entonces nosotros vuele y vuele y por eso Omar se compró la moto. En el campeonato quedamos de segundas. Pronto va a empezar otro y nos vamos a meter porque jugamos bien. Al fin y al cabo nos escogieron para representarlos.

Con Omar nos la llevamos bien porque hay muchas cosas con las que nos identificamos y hemos estado juntos para todo: nos coordinamos haciendo deporte, si él tiene una novia, a mí no me atrae, y si yo tengo una novia, a él no le atrae; trabajamos en equipo en la tramoya, estuvimos en un grupo de doblaje para televisión y cuando fuimos a la clase nos dimos cuenta de que saltábamos mejor que ellos. Llevarnos bien es muy sencillo.

Los apodos

De alguna manera, la historia de los apodos que empezaron a compartir cuando de niños llegaron a Benposta, ha sido una constante en sus vidas. En Villavicencio recibieron sobrenombres —una costumbre de la que nadie se salvó allá— con resignación, como "Chifla Rojo", o "Josefina, la

Gallina", y compartieron la amistad de "Gato", tal vez como augurio de una complicidad futura, entre las peleas de niños que a menudo rivalizaban: si uno decía una cosa, el otro no estaba de acuerdo, hasta que terminaron siendo sólo aliados incondicionales. Cuando ya hacía mucho tiempo lo eran, en medio del trabajo común de la Plaza de Bolívar, empezaron a decirles "Los Españoles", y luego, Omar volvió a tener un apodo individual. Sus compañeros del Jorge Eliécer comenzaron a decirle "Cinco Amantes".

Se ganó este sobrenombre a raíz de "Los amores de Belice en el Jardín", una de las obras que se montaron en el teatro. Cuando llegó ese grupo que venía de Honduras, Omar estaba por ahí, mirando quién era la niña más bonita, mientras ajustaba las luces, y desde abajo, ella volteó el rostro hacia arriba y las miradas se encontraron un segundo que a él le pareció eterno. No tuvo duda de que era ella. Un par de días después —cuando ya una y otra vez había ocurrido ese estremecimiento de los ojos en los ojos— el director de la obra pidió ayuda para que el equipo del teatro les ayudara a hacer los ocho personajes que debían aparecer tras el telón de las sombras chinescas, como los enamorados de Belisa. Entonces ella dijo las palabras mágicas: "Que lo haga sólo Omar"; él corrió a ponerse —detrás de la tela iluminada— sombreros y estolas para interpretar a cada uno. Aunque era muy tímido había entendido el mensaje cuando ella insistió que no quería que nadie más del equipo lo interpretara: equivalía a una declaración. Alejandra era Belisa, y ahí, en la mitad de una escena, en donde él era la figura sin rostro de tantos hombres, se abrazaron por primera vez.

Salieron un par de semanas, a almorzar juntos, a conversar, y se escribieron o llamaron durante doce meses. Al año siguiente, cuando trajeron de nuevo la obra, se hicieron novios. Omar quería que Alejandra se quedara, pero ella no se sintió segura. Le dijo que siguieran "mirando y planeando" y se escribieron de nuevo un largo período, hasta cuando él la sintió distante. "Ella ya sabe que yo la quiero mucho y que yo estoy aquí, pero si cambia no puedo hacer nada". Hace un par de meses ya nadie lo llama "El Cinco Amantes".

En cambio, la historia de amor que José comenzó en Benposta, no le acarreó ningún apodo. Con Erika duraron muchos tiempo sin hablarse en España, y después de una reunión de encuentro en la sede de Villavicencio, la localizó a través de la hermana. Un par de meses después reanudaron una relación que se había cortado de manera tajante casi una década atrás. Ahora ella tenía un niño y estaba separada del padre: *Cuando al fin hablamos por teléfono me pidió disculpas por todas las cosas que habían pasado, y me dijo que me quería. A mí me seguía gustando y yo le hice entender que no le tenía rabia. Yo no deseaba verla porque yo me ponía nervioso sin saber como estuviera; aunque lo que pasó fue una vivencia muy dura nos tenemos mucho aprecio y ahora empezamos a salir otra vez y la historia va ahí.*

Pero sin duda, el apodo que mejor les va a ambos y el que más orgullo les ha traído es el que tienen ahora. No hay otra forma de mover "La Mentirosa", esa parrilla —que por un error de diseño se quedó ahí, a veinte metros de las sillas de los espectadores, sin que nunca llegaran a construir el puente planeado para moverla— que recurrir a su agilidad, a la osadía que les da el hecho de haber aprendido, saltando en el circo, el secreto de las siete vidas. Los llaman como los llaman porque mientras suben y bajan, cargan y trepan, con la confianza de dos gatos que salta de uno a otro tejado, con la vanidad de su lomo flexible, no dejan de bromear, y Diego, el jefe de tramoya, les dice que ellos trabajan disfrutando todo el tiempo o que sencillamente se la pasan jugando. Al fin y al cabo, son "Los Gatos del Teatro".

“..quien dijo que todo esta perdido”

“A las desalentadas Amapolas
dales tu corazón por alimento”.
Miguel Hernández

Después de tres décadas de vivir en Benposta, Carlos Eduardo Martínez habita una cabaña-isla de madera enclavada en su territorio, abierta a la marejada incesante de niños y niñas que llegan a hacer tareas, a contarle de las materias, de la risa y la tristeza, del amor, o de batallas ganadas o perdidas, y que al tiempo es el lugar donde se guarece, en esa soledad a la que le sería tan difícil renunciar como a su honda vocación comunitaria.

Hoy, cuando está al frente de un movimiento fuerte por la “Noviolencia” en el país, cuando sabe desde la médula de los huesos que nada justifica levantar la mano contra la vida de ningún ser humano, todavía conserva en una pared el retrato de Carlos Pizarro y del Ché, porque son parte de su memoria del camino. Pero son los rostros de Luther King, de Mahatma Gandhi, y del Cristo “que anduvo sobre la mar” los que abren las sendas de su presente: un modo de vivir de cara a los niños, niñas y adolescentes golpeados por la guerra, la violencia o la injusticia, para sostener con ellos esa indoblegable resistencia que se necesita para seguir creyendo.

Al lado suyo, con los hombres y mujeres que lo acompañan en sus sueños, con quienes lo oyen en los salones de la universidad, en medio de las multitudes que llama a confrontar pacíficamente el avance de los violentos, y también en sus noches a solas, no hace otra cosa que trazar futuro común con la obstinación de quien cree en lo que aun no ve, pero puede palparlo a tientas, donde otros no vislumbran nada. Algo en él permanece siempre al acecho, ocupado en un oficio poco común: precipitar el alba en un país herido por la oscuridad de tanta sangre inútilmente derramada.

Cuando levantó la cabaña se acordó de la geometría: trazó las medidas, la cuadratura de su pequeño universo, y adentro fue colocando objetos-espejo de su mirada al mundo. La fue juntando como si se tratara de las piezas de un rompecabezas que él hallaba dispersas por la ciudad: un día aparecía en la sede con las ventanas, otro compraba en una demolición la puerta, luego juntaba tablones o puntillas, y las arrumaba junto al terraplén que un maestro de construcción, amigo suyo, le había ayudado a alzar en esos dos días de manos a la obra compartidos que gastaron en hacer los muros de sostén, colocar las vigas, y edificar el baño.

Cuando los muchachos vieron que ya había madera suficiente, se dieron a la tarea, en un solo fin de semana, de reunir las piezas y armar la cabaña con él, espoleados por la maravilla de levantar un mundo, no de la nada, pero como si lo fuera, y además, así de pronto y tan sencillo. Quedó llena de intersticios entre las tablas pintadas de rosa, de amarillo y lila, abierta al frío, a la luz, expuesta a las voces y las corrientes de afuera, como si reflejara su propia manera de habitar el presente, en el que se acostumbró a permanecer sin dejar de pensar que siempre se está de paso, aunque la estadía se prolongue la vida entera. Es que él sabe, como Borges, que “los futuros tienen una forma de caerse en la mitad” y no confía la plenitud a sus imágenes inciertas.

Atesora en cambio, a montones, aquellas que dejaron huellas en él, las que vienen de atrás, pero carecen de tiempo: en una de las paredes de su cabaña se multiplican imágenes de Cristo talladas en madera, con ese rostro tosco e inmensamente humano de la artesanía andina, y tiene un Niño Dios colonial con los brazos alzados y desnudo, como el mismo modo de abrirse al mundo. Su cama está en un altillo, arriba del cielo raso de tela, y en una de las paredes de la cabaña, el paisaje de serena belleza pintado por su madre es también la entereza de la mano de una mujer capaz de crear en medio de las bravías circunstancias que afrontó. “Su amor —reconoce— nos rescató siempre de la dificultad”.

Más allá, las zapatillas de baile que sus amigas le regalaron después de gastarlas de tanto danzar se descuelgan de las vigas de madera; y hay también centenares de canciones que llegaron a él en alguna hora precisa, y telares, mochilas, y mantas de lana que lo arroparon en sus largos viajes; y un niño y una niña negra que siempre están jugando sobre un balancín de miniatura, mientras, asidos a una cuerda, otros niños mestizos esculpidos en barro repiten el gesto del ascenso del circo y de la vida, entre un sin fin de móviles de pájaros —¿cómo vivir sin alas?— y de otros diminutos seres que rondan por ese espacio que alberga en unos cuantos metros cuadrados la andadura de su propia existencia.

“Todas las cosas que pongo son para que las disfruten los amigos”, dice. Vive entre una cantidad incontable de “*gentecita*”: rostros, cuerpos de trapo, de madera, de cerámica, de porcelana. Niñitos, pequeños ángeles, esculturas de hombres, mujeres y chiquillos negros, de imágenes religiosas; pero también guarda, sin vergüenza, marionetas —una brujita de trapo sentada en el suelo cerca de un títere duende— y peluches. A la cabaña entró primero una oveja, y luego se acomodaron los otros, hasta crear un pequeño museo de objetos que son rastro de la incalculable suma de los afectos que ha ido juntando por la vida.

Esa muñeca de porcelana —feísima— que le regalaron a una tía cuando cumplió 15 años se ganó el puesto en su casa porque resistió, sin quebrarse —y contra el pesar de su prima— el terremoto de Armenia. Casi nadie aguanta la tentación de asomarse a su pequeño caleidoscopio de cristal, en el centro de la sala, y él ríe cuando ve a cada quien absorto ante la viejísima magia de armar y desarmar infinitas figuras con los mismos elementos. Consiguió su arca de Noé cuando apostaba con el psiquiatra Luis Carlos Restrepo y su grupo a la propuesta de armar “Paralelo Colombia”, un país paralelo al de la guerra, con cuanto tenían de “salvable” tantos núcleos de gente que anda buscando las señales de una nueva tierra en medio del diluvio que nos anega. Y aunque ese esfuerzo terminó diluyéndose, siempre, tras una pausa, vuelve a la carga esgrimiendo el credo de la Noviolencia: que la vía pacifista se construye en lo cotidiano. Gesto a gesto. Sin ceder ni un ápice a la opción de aplastar al otro, de ganar por eliminación del contrincante.

También están los cuadros que pinta —“Vida que te aferras sin pausa”, “Convirtiendo tu dolor en alas”— desde hace tres años, sabiendo que ahora tiene el resto de la vida para encontrar ese lenguaje que se le había extraviado y que es otra manera de decir su mirada sobre sí mismo, y sobre esa Colombia que le viaja —a veces con un dolor ciego, luchando contra la tentación del desaliento, otras con el gozo de todo lo posible imaginado— entre las venas.

En la esquina de su casa que mira hacia Monserrate hay un pequeño altar de San Francisco con la imagen de blanca piedra que se trajo de Asís aquel enero en que vio levantarse la neblina que la cubría y presenció cómo iba apareciendo la ciudad en lo alto de la loma. Con esa sensación exaltada de las revelaciones entró en la catedral y se sumergió en el silencio del santo que hablaba con el agua y el fuego y con todas las criaturas. Detrás de esa imagen sagrada que acompañan dos candelabros alados, un pájaro de papel y un angelito negro de alas azules abrazado a un cordero, tiene el “Amor” pintado por David Manzur, ese cuadro de un otro paroxismo donde un hombre hunde

su rostro en el sexo de una mujer, mientras, aferradas al cielo de la cabaña, docenas de campanas cantan el tiempo que pasa: algunas se han roto en su transcurso, pero él las deja ahí por lo que le cuentan.

“Es la casa de un iconoclasta” le han dicho sus amigos intelectuales. “No puedo creer que vivas así”, le dijo una amiga que no imaginaba a ese politólogo de los Andes con quien trabajaba en una parroquia fortaleciendo tejido social, como habitante de una cabaña donde no cabe un solo muñeco más. Pero siempre hay espacio para otro pequeño habitante que trae detrás suyo la historia de un viaje, de un encuentro, de un descubrimiento y que es, como todo cuanto lleva a su propio costado, un regalo cosido a sus hombros con la generosa gratuidad de la vida.

La primera vocación

Carlos Eduardo pasó su infancia entre Cali —con Fabio y Nhydia, sus padres— y Pereira, en la casa de la abuela. El mundo en ambos lugares era algo tibio, lleno de juegos interminables en las calles, de aventuras en casas construidas en los árboles, de asaltos en los lotes vacíos para trepar muros, atrapar lagartijas o llenarse la boca de fruta, y de excursiones en tropa al río. Era un territorio de invenciones y de afectos en donde a veces se colaba la angustia de las peleas de sus padres que se habían casado muy jóvenes, que se distanciaban porque él bebía mucho, aunque igual los amaban y pactaban con ellos una forma de libertad en la que bastaba avisar que salían a explorar el mundo de afuera para poder hacerlo.

A los 11 años se asomó a la ventana de un vecino artista y se paralizó cuando lo vio llenando de colores un cuadro. Empezó a espiarlo mientras pintaba con una fruición tal que le hizo merecer el regalo de un par de lienzos echados a perder. Tomó pinceles y se olvidó de las calles del barrio San Fernando, de las incursiones con sus amigos en el universo de las casas derruidas y sólo quiso pintar. Su padre se preocupó, dictaminó que debía olvidar su idea de ser artista porque no quería verlo condenado a una vida bohemia. Se habría resistido, de no ser porque entonces, en pleno quinto primaria, apareció un cura en el colegio que le hizo soñar con la idea de hacerse sacerdote y convertirse en misionero. No era muy difícil convencerlo porque desde muy pequeño sentía que el mundo se detenía en alguna parte cuando recorría las calles en las procesiones de Semana Santa y además, bautizaba los muñecos de las niñas del barrio con toda la gravedad del caso y solía pelearse con sus cuatro hermanos para tener el privilegio de ir a misa agarrado del brazo de la abuela.

Algo en él quería estar en un mundo que imaginaba sagrado sin darle ese nombre, pero sintiendo el sobrecogimiento que lo envolvía. Para ganar el derecho a entrar en él decidió ser grande de un día para otro y se atrevió a definir el resto de su vida antes de cumplir 12 años. Se olvidó de su sueño de ser “paletero” —el personaje más importante para los niños de la cuadra— y de tener un carrito de helados que anunciara su presencia envuelto en una melodía mágica y se despidió de sus padres con la determinación de un niño frente a lo que quiere y con el orgullo de hacerse el héroe de una historia que lo hacía distinto del resto de sus hermanos y amigos. Desde que se acuerda, decidió contarles la mentira más fabulosa: que no tenía ningún miedo. Se acostumbró a actuar así, aunque se muriera del susto. Y a fin de cuentas, repitiendo ese gesto a lo largo de los días, descubriría que todo cuanto se sobrepasa es pura ganancia.

Esa primera noche en el seminario, en un lugar lejano de tierra fría donde iba a vivir confinado día tras día, no quiso ni siquiera preguntarse si se había equivocado, pero era consciente de que por primera vez dormiría lejos de sus hermanos y que a partir de ahí todo sería distinto. Ya no las hordas de amigos con la absoluta libertad de su infancia, sino el encierro y la disciplina, pero también la sensación de haber elegido una manera de vivir en la que cobraba importancia, en la que, intuía, había algo —no sabía qué, sólo algo— especialmente reservado para él. Más allá de la infantil

vanidad que alentaba su idea de parecerse a la imagen de un santo misionero, la instancia que lo llamaba a convivir en comunidad iba a ser la raíz más honda de su propio ser.

De todos modos, hasta ese día siempre había llegado con sus hermanos a todos los mundos y era la primera vez que salía de lo conocido para instalarse en una ciudad fría de la que no tenía ningún referente. Estaba solo, pero no se sintió desvalido ante esa sensación: fue sintiendo ya entonces la sensación de que esa soledad que empezaba a descubrir era algo tan suyo, estaba tan adentro de sí, que ningún amigo podía serle tan cercano como ella.

Se acomodó velozmente a esa presencia nueva en él, como a un nicho tibio en donde se ovillaba sobre sí mismo. Además, su espontaneidad de muchacho de tierra caliente, su contagiosa alegría, atraía a su lado a los niños que llegaban de la misma Bogotá o de ciudades en las que nunca había estado como Medellín, Bucaramanga, o Cúcuta. A través de ellos se dio cuenta de que su país era grandísimo y lleno de diferencias.

El seminario quedaba en la montaña del “Alto del Cable” y sus laderas volvieron a ser pronto lugares de exploración con los amigos. Hacían deporte todos los días, crearon un grupo de *scouts* y a veces se iban a acampar monte arriba en días y noches llenas del descubrimiento de una naturaleza totalmente distinta de la que él había conocido. Aprendió a oír el ocaso: poco a poco se desvanecía el canto de las aves y a medida que la noche ascendía se hacía más fuerte el croar de las ranas en los charcos. La maravilla ante los renacuajos no se le pasaría aunque los acechara sin descanso esperando verlos transformarse ante sus ojos.

Lo primero que deseó en el seminario fue hacer parte del coro, tal vez porque desde el recuerdo más lejano había sentido que su casa vivía llena de música. Su padre compraba disco tras disco y en alguna época durante los fines de semana él y su madre hacían fiestas mientras los niños dormían. Eso creían: se levantaban a media noche para mirar por una rendija el mundo de los adultos. Carlos Eduardo pensaba que se sabía las melodías y las letras de todas las canciones, pero no tenía ni remota idea de que la música tenía que ver con notas y por eso, cuando al llegar al seminario le pidieron que diera con la voz una nota mientras el maestro la tocaba en el piano, creyó que el reto era aguantar mucho. La única relación que estableció entre la voz y el sonido del piano fue la de durabilidad y por supuesto, lo sacaron corriendo del coro.

Pero tenía oído, y aunque entonces alguien le dijera que tenía “voz de cucarrón”, aprendería a tocar guitarra, solo, y cantaría mucho después en horas que fueron quizá las más hermosas: las noches quietas de una Nicaragua que para él iba a ser el tiempo de mayor cercanía que alguna vez tuviera con decenas de niños y niñas, en las que ellos lo rodeaban y parecían pegarse a su voz cuando cantaba; o esas muchas otras noches de su casa en la montaña cuando aparecen viejos amigos capaces de entretejer con canciones y poemas toda la nostalgia y la esperanza en el anhelo de un mundo más tierno. A veces, de su guitarra se desgaja la sensación de una belleza que duele porque falta instaurarla en la tierra como pan de cada día.

Por ahora crecía con un llama díscola dentro de él, con un aire de rebeldía y la urgencia de hacerse ver, de asumir retos como el de ser un buen deportista aunque nunca fuera de los mejores con el balón, mientras sentía la dura sensación de estar perdiendo espacio con los suyos, tan distantes de Bogotá. Por fortuna, al poco tiempo ellos se vinieron a vivir a la capital y pudo visitarlos cada quince días y luego incluso todos los fines de semana: salía a su casa los sábados por la mañana y regresaba los domingos por la noche; pero igual, en el hecho de que otra realidad distinta a la de sus cuatro hermanos ocupara la mayor parte de los días, se colaba una distancia que lo separaba de sus viejas complicidades. En plena adolescencia se le volvieron más cercanos los amigos que ellos.

Los recuperó luego, cuando en los últimos años de bachillerato compartió con sus hermanos el mismo colegio y a veces podía incluso almorzar en la casa. En ese tiempo se metió de lleno en el grupo de danzas del Calasanz y aunque vivía como interno preparándose para ser sacerdote, le resultaba natural ir a fiestas con ellos y los otros compañeros del colegio, y a veces, bailaba de viernes a domingo con las peladas del barrio. Nunca, en realidad, estableció una división tajante entre “el mundo” y la vida religiosa. Tenía amigas e incluso, por esa época, una primera novia. De algún modo iba intuyendo que lo fundamental para él era construir comunidad. Tanto que en sexto bachillerato entusiasmó a sus compañeros con la idea de hacer una maqueta de una casa para todos. La armaron, exaltados, imaginando el plan de una vida comunitaria que no sabían cómo precipitar.

En todo caso, alrededor de esa maqueta nació entonces un movimiento juvenil que se alejaba en cierta forma de la opción monacal porque no excluía la posibilidad de compartir una creación de la vida conjunta con las mujeres. Comenzaron a vender periódico para poder pagar el arriendo de una sede y al tiempo organizaban actividades de acción social con la gente del barrio Soratama, cuesta arriba de la calle 170 con carrera séptima.

Los sacerdotes los apoyaron, los dejaron proyectarse, inventar esos espacios de reflexión conjuntos, y ellos se imbuyeron en las evaluaciones que hacían todos los meses, decididos a actuar en el mundo que elegían tocar. Entonces se daba cuenta de que la convivencia es camino arduo, de que llevarse bien con cada uno es un arte exigente y con todo, había una sensación de intensidad, de sentirse vivo hasta los huesos que llenaba esas horas de la adolescencia de una hondura indescriptible: reunidos, a veces hasta lloraban leyendo textos o escuchando canciones y Leonardo Fabio componía sólo para ellos, y le ponía música y palabras a esa emoción de estar ahí, juntos, soñando un mundo posible que empezaba a ser con sus clases en las laderas del barrio, con los abrazos de los pequeños, con la expectativa de las madres que los rodeaban cuando subían al barrio.

Hay una foto de ese tiempo en la que Carlos Eduardo está mirando al horizonte, pensando en una joven, y su rostro es plácido; pero de algún modo, ningún abrazo de mujer podía contener esa indecible manera de sentir el amor con que 15 jóvenes intentaban abrazar al unísono los barrios marginales de la ciudad donde vivían. Quizá porque no es nunca tan alto y fuerte como cuando se dirige a aquellos “con quienes tanto amamos”.

Así parecía posible el intento de buscar desde la propia cotidianidad el país que necesitaban. Fue en esa época cuando se hizo carismático, pero al tiempo comenzó a entender que lo que había buscado en el seminario era la vida compartida, y que ésta era mucho más apasionante y libre en la comunidad de un grupo que brotaba espontáneamente, sin la rigidez de las estructuras institucionales. A diferencia suya, uno de sus amigos más cercanos, definió en esa experiencia su vocación de sacerdote. Años después, Benposta sería una comunidad construida a la medida de lo que él y los demás muchachos que la fundaron imaginaban y cada vez que en su espacio la rigidez se coló en las leyes de la convivencia común, la crisis hizo su benéfica aparición y rehicieron el orden.

En esa época, justo cuando terminaba bachillerato, en un momento en que su familia atravesaba una crisis económica, abandonó el seminario y quiso estudiar en la universidad, pero el aprendizaje que le estaba destinado era otro: tenía que buscar trabajo para ayudar en su casa. Entonces, a un tiempo, regresó a vivir con los suyos y se convirtió en ayudante en un almacén de tuercas y tornillos. Debía contarlos y revisarlos uno a uno. El primer día, para cumplir su encargo se sentó en una banca y entonces el dueño le hizo saber que le disgustaba verlo realizar el trabajo en esa postura, según

creía, descuidada, y tuvo que hacerlo acurrucado. Así, en cuclillas en el suelo, con las manos engrasadas, sucio, lo encontraban sus antiguos compañeros de colegio cuando iban a visitarlo.

Esos meses en que vivió con una incomodidad que le hacía aun más mella en el ego que en las piernas, modelaron otra reciedumbre dentro de él. Después empezó a trabajar en una oficina de seguros y se volvió ayudante de contabilidad, algo que le iba a servir más tarde en sus propios territorios vitales. Sin dejar el trabajo se presentó en la Universidad de los Andes a Ingeniería; habría querido estudiar filosofía, pero entonces la concreción del mundo se imponía y creía tener claro que lo primero que debía hacer era una carrera que le diera solvencia económica.

A diferencia de sus épocas de colegio, ahora no tenía tiempo para hacer amigos en la universidad, ni para nada que no fuera estudiar y trabajar. La vida no era sencilla, pero la vivía con la sensación de que ésa era la que le había tocado. Al menos intentó aceptarla así, distraer la frustración de estarse preparando para un oficio que no le apasionaba, convencerse de que las seguridades eran la prioridad y que luego habría tiempo para los sueños. Igual, una veta de honda insatisfacción se colaba por primera vez en él y cada día se ensanchaba. Una voz interior lo retaba diciéndole que los seres humanos estaban hechos para enfrentarse con el destino, para rearmarlo de nuevo. Pero él no encontraba por dónde y continuaba esforzándose al máximo por cumplir con el que le había deparado la suerte.

Había algo violento en la sensación de sentir que a fin de cuentas estaba sujeto a una vida programada por el modo regular en que funcionaba todo, por la lógica que aconsejaba cordura, por el canon que obligaba a prepararse para escalar en los caminos habituales. Sentía, día tras día, la torturante insatisfacción de los buscadores y claro, terminó encontrándose con otros. Sucedió en un Encuentro Nacional de Jóvenes. Allí y con ellos sintió, lo que dijo alguien en la letra de alguna canción o poema —para él no importa quién sino qué—: que al fin estaba "más arraigado y hondo, y además menos solo".

La disyuntiva entre la responsabilidad de estudiar y de ayudar económicamente en su casa, y la posibilidad de explorar una dimensión distinta, un sendero de proyección social y espiritual con otros jóvenes, se le agudizó. Fue en ese momento cuando apareció el padre Diego Jaramillo y lo entusiasmó con la idea de formar un grupo de oración. Se metió de lleno en ello, jalonado por la urgencia de hacer comunidad de la primera forma que le resultara posible. Obcecado con esa visión le propuso a sus amigos que se fueran a vivir juntos, pero ninguno estuvo dispuesto a seguirlo.

Hoy, en lugares como el Minuto de Dios hay varias comunidades religiosas de jóvenes que no aspiran a una vida célibe, y que conviven juntos; pero treinta años atrás —apenas pasado Woodstock— la idea parecía irrealizable en ese contexto. Carlos Eduardo siempre creyó que las comunidades debían ser mixtas y aun lo piensa aunque sabe que "vivimos en contra de los seres humanos, empeñados en construir mundos a espaldas de la vida, en vez de aprender de ella". De todos modos, el entusiasmo entre los jóvenes de ese grupo era tal que llegaron a reunirse tres veces por semana, igual a hacer trabajos sociales que a hablar largamente de los sueños o a rumbear. De cualquier modo se ocupaba en una sola cosa que le era definitiva: descubrir qué era lo que Dios quería de él y definir, dentro de sí, si esa suposición de que la comunidad era la respuesta que buscaba, correspondía sólo a una idea terca o era la visión de un sendero real y transitable.

Por supuesto, no podía cumplir con la universidad, el trabajo y el grupo, pero sin éste se le agotaba el sentido de cada día. A finales de ese año la crisis hizo eclosión. Fue en la línea de espera para matricularse cuando se le vino encima, como un peso que se sacudió de los hombros entre exhausto y feliz: antes de llegar a la ventanilla rompió el recibo, abandonó la juiciosa fila y salió corriendo para llegar más pronto a su oficina y renunciar al trabajo.

Hallar el destino

La disyuntiva que lo angustiaba había comenzado a resolverse por sí sola: la crisis económica de su casa parecía menguar y él le dio a su madre el dinero de la liquidación, completo, porque su padre no había vuelto a conseguir trabajo después de perder su empleo, estaba bebiendo, y ella era la que enfrentaba, sola, la responsabilidad entera. A él lo vio desmoronarse, caer en el círculo de una inmovilidad dolorosa ante su incapacidad de seguir produciendo. Un par de años después abandonó la casa, mientras ella enfrentó la vida sin un compañero y con cinco hijos, y se mantuvo firme en medio de cada crisis económica, aunque nunca antes había trabajado y ni siquiera era bachiller.

"Mi madre —dice Carlos Eduardo— descubrió su inagotable inventiva: compraba y vendía todo lo imaginable, se defendía del desaliento y de cada embate se levantaba, como si nada pudiera hacerle mella. No se le agotó la capacidad de reír, y empujó a cada uno de sus hijos a descubrir su propia fuerza". Tuvo tiempo incluso para pintar.

Fue en el siguiente enero, justo cuando debía haber comenzado ese semestre en el que se había negado a inscribirse, cuando apareció en su vida el Circo de los Muchachos. La primera vez fue a verlo solo y algo poderoso se desató dentro de él frente al espectáculo, pero no lo tuvo claro en ese instante, sino un par de días después, cuando al referirse al circo con los jóvenes del grupo de oración, uno de ellos le contó que además vivían en comunidad. Saberlo fue un detonante. Volvió, claro. Iba a aparecer, alto, delgado, con la urgencia de los que andan movidos por algo que no les cabe en el alma, que les desasosiega el cuerpo, con una pregunta simple en los labios: "¿Y cómo se hace una comunidad?", que se lo contaran, que le enseñaran, que le dijeran que era posible, que era una vida buena y que no estaba loco imaginando esa alternativa como una forma de creación que entrelazaba el mundo social y espiritual. Vio sin cansarse una y otra vez las funciones, y descubrió que la gente del circo estaba pensando en crear una comunidad para los niños de la calle que tampoco se perdían ninguna presentación.

"Las crisis son el modo en que el alma se reajusta, recupera los sentidos, encuentra otros que está buscando sin saber por qué, pero que obedecen a lo más profundo de sí", aprendió desde entonces. Una noche el cura Silva le contó, a él y al grupo de jóvenes que estaban interesados en el universo detrás del circo, que Bienestar Familiar había prometido apoyar la experiencia de Benposta en Colombia y que una finca que estaba abandonada en Sesquilé iba a servir de territorio para formar una comunidad de niños. Sin más, les propuso que se convirtieran en los impulsores de ese sueño.

¡A quién le proponían algo así! Cuando la oferta de Bienestar se diluyó y pareció que por ahora ya no era posible abrir una sede en Bogotá fue él quien cejó en la idea, decidido a hallar una salida. Recordó que los padres eudistas tenían un terreno disponible en Tocancipá, recurrió a los contactos que había fortalecido a través de todas sus búsquedas religiosas y sirvió de intermediario en la negociación del alquiler de esa finca destinada a la fundación de un universo para, por y con los niños que vivían alguna suerte de abandono, enfrentados a situaciones de riesgo.

Tres meses después se fue a vivir en esa comunidad en la que todo estaba por ser creado, con la completa claridad de que ésa era su manera de responderse a sí mismo y de asumir el rostro que Dios tenía para él. Fue un 17 de abril de 1974 el día en que salieron con un grupo de gente a la finca de Tocancipá, dispuestos a crear un espacio distinto de todas las experiencias del país para apostar que esos niños que vivían en la intemperie del sistema podían ser formados como jóvenes líderes dispuestos a meterle el hombro al futuro del país.

Hubo quien en su familia vio en esa decisión un arrebato juvenil. "Eso se le pasa" pronosticaron. Pero esa "fiebre" no se le pasaría ni siquiera en aquellos momentos en que comenzara a sentir que

se repetía y buscara nuevas formas de construir la vida propia entrelazándola con otras puntadas a la común.

Carlos Eduardo entendió, desde el principio, que la vida exige rituales, y que no hay cultura comunitaria sin ellos. Así iniciaron el juego inviolable del autogobierno —esa posibilidad de un mundo de niños de la mano de adultos, pero bajo su mando autónomo— con toda la ceremonialidad, con la gravedad de una organización depositada en muchachos y muchachas menores que a veces no llegaba a los 10 años y que afianzaron su identidad en el descubrimiento de que el papel que cumplían tenía sentido: les permitía ordenar a ellos mismos la vida que compartían.

“Carlos Eduardo —dice una de sus compañeras de Benposta— se sostuvo firme cada vez que creíamos que todo se iba ir a pique. Él era uno de los bastiones inconmovibles”. En ese tiempo sobrevivieron gracias a la caridad del almacén “San Germán”, de una familia de apellido Chingaté, que les fiaba sin esperar retorno inmediato; administraron el peaje de la vía a Tocancipá, sin dejar de enfrentar “las duras y las maduras”, hasta cuando fue necesario marcharse de la finca y trasladar Benposta al terreno que les ofreció, ahora sí sin retractarse, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Recomenzaron cinco años después, repitiéndose que su mundo no se derrumbaría y aceptaron el desafío que implicaba usar la construcción como salón de clase por la mañana, comedor al medio día y dormitorio en las noches.

Carlos Eduardo se consagró a los niños y las niñas sin que por ello se negara nunca la posibilidad de que se quedaría allí hasta cuando su propia alma “le pidiera cuerda para irse”. 28 años más tarde permanece en el mismo territorio y no ha sentido la necesidad de desandar los pasos ni se le ha colado el arrepentimiento frente a su modo de habitar los días. Desde la mañana en que rompió el recibo que lo iba a convertir un día en ingeniero, soltó la imposición de pretender ir hacia arriba, y caminó simplemente hacia adelante. A partir de ahí, esa cierta insatisfacción que es parte de sí, uno de sus elementos vitales, le ha dado profundidad a la alegría de haber vivido como lo ha hecho.

A los 48 años sonríe cuando alguien le pregunta por qué no ha hecho vida de familia. ¡Si la ha vivido con toda plenitud en Benposta! Sólo que no se inscribió en los caminos habituales que ordenan casarse y reproducirse a determinada edad. Cómo iba a sentir el vacío de los hijos cuando ha estado allí, cerca a tantos niños y niñas, para abrazarlos, para preguntarles ¿cómo te sientes?, para oírlos y confortarlos, para hacerlos sensibles al arte y a la realidad social, para sentarse a hacer tareas con ellos, para inventar mundos posibles... Esa cabaña que ellos le ayudaron a levantar tabla a tabla es apenas una metáfora del universo interior que le han hecho descubrir y sostener.

Si no hubiera recibido siempre el abrazo de quienes lo rodean tal vez habría sentido ansiedad de una relación de pareja estable. En parte no ha encontrado una compañera de camino por la vida que ha llevado, porque cuando alguien lo amó mucho en algún lugar siempre tenía que irse y el futuro no era posible, o sencillamente no hacía parte de lo que imaginaba para sí. Tal vez también es tan capaz de los compromisos con las grandes causas, como reticente ante el que puede imponer el amor exclusivo, así haya quienes, a partir de éste se disponen aun más al que no tiene nombre propio. Igual ha sido, como dice una amiga suya: “El eje de gravitación de muchos de nosotros, el polo afectivo que nos devolvía calidez cada vez que el frío arreciaba”.

“Me he sentido solo algunas veces —dice él— pero eso me ha servido para aprender que la soledad y la muerte son las dos únicas realidades de los seres humanos”. Lo vivió de un modo hondo, cuando murió su sobrino, un joven a quien siempre recordará con esa imagen suya rebosante de vida. Mientras lo enterraban, él estaba de viaje en otras tierras, lejos de sus parientes de sangre, y no tuvo con quién llorarlo, no como habría podido hacerlo con ellos, y se descubrió solo, de un modo profundísimo, en su dolor.

Cuando la vida se le angostara, cuando se le volviera borroso su sentido, no correría a buscar los brazos de una mujer, sino a buscar cómo expandir el horizonte de sus pasos. Así sería cuando saliera de Colombia para Nicaragua o en aquella otra época de una tristeza honda que se le iría calmando a medida que profundizara en su soledad, en ese aprendizaje que hizo leyendo un libro de Anthony de Mello que le ayudó a recordar que nadie nos hace daño si no lo permitimos y a reconquistar el sentido de la gratuidad frente a lo que se da sencillamente porque uno disfruta haciéndolo.

Ese tiempo duro le ayudó a sentirse más cerca de sí como sembrador — "Eso somos los educadores", dice— y a olvidarse de esperar la respuesta buscada, de exigirla en una determinada forma. "A veces —admite— uno recibe un estímulo a los 14 años y no responde a éste hasta los 25; así que no tiene sentido vivir atado a ver en qué momento brota lo que se sembró. Y además, cuando florece ya es virtud de la semilla y de la tierra, no de lo que uno hizo". Esa mirada le dio una sensación de libertad inmensa, hizo leve no sólo su camino de educador, sino su modo de tejer los vínculos.

Si permanece, si está tranquilo solo, si puede pasarse las siguientes tres décadas en el mismo terreno de Benposta, es porque igual, algo en su interior carece de amarras. "Carlos Eduardo —dice una de sus compañeras— crea hilos profundos de unión con las personas y a un tiempo, defiende, como algo inviolable, su libertad". No alimenta dependencias, pero sabe ser incondicional, a tal punto que alguna vez, en medio de la crisis de una pareja de amigos, hizo un viaje de cinco horas sólo para oírlos hablar una noche y devolverse a la madrugada.

Cualquier día podría tomar de nuevo la decisión de dejarlo todo, si llegara el punto en que el alma lo llamara a otro destino. "Yo no pongo mi estilo de vida de ejemplo, ni digo que sea la forma de vivir —afirma—. Simplemente ha sido mi opción y ha estado llena de libertad. Muchas personas dirían: ¿Cuál libertad si lleva 17 años en esta misma cabaña, enclavado en una comunidad? Pues la libertad de poder decir: 'Quiero seguir aquí´ y de continuar sencillamente porque ni la intensidad ni el crecimiento han cesado en todo este tiempo".

"No me mires", le dijo Dios

Cinco meses después de haber empezado a construir la vida con y para decenas de niños se unió con otros jóvenes adultos de Benposta para irse a España con el deseo de emprender la Gran Aventura. No tenían dinero, pero imaginaban que a cambio de trabajo los recibirían en un barco que al llegar a Barranquilla, el 8 de septiembre de 1974, debía estar esperándolos. Era irrisorio, con sus brazos inexpertos, con sus figuras de muchachos del interior que jamás habían lidiado con el mar, pretender servir de ayuda para los fornidos marineros. Esperaron días la benevolencia de un capitán, pero ninguno estaba dispuesto a encartarse con ellos. Se habrían tenido que devolver, a no ser por esa generosidad de la vida que incontables veces, Carlos Eduardo ha visto llegar del modo más inesperado.

Esta vez apareció gracias a la fortuita visita que hizo Cecilia Caballero, la esposa del entonces presidente Alfonso López a la sede de Benposta en Bogotá. Cuando ella oyó la historia de los muchachos de la comunicad, apostados en el puerto en espera de un navío que los llevara a su destino espiritual, se encargó de que la Flota Mercante Gran Colombiana los aceptara en un barco de carga de banano que partía para Europa. Entre todos, no llevaban más de cien dólares y era la primera vez que salían de las fronteras de Colombia. El barco atracó en Rotterdam y ahí los recogieron los benposteños para llevarlos por tierra a Orense.

Fue en las ciudades europeas donde por primera vez comprendió lo inconcebible que resultaba el hecho de que en países como el nuestro hubiera niños habitantes de las calles, algo que a fuerza de verlos, cuadra a cuadra en las grandes ciudades de América, llega a hacer parte de lo normal. “Aceptar su presencia con la naturalidad que lo hacemos es de por sí un escándalo —afirma—. Viendo sociedades sin miseria comprendí de qué manera aquí nos acostumbramos a asumir la injusticia como si estuviéramos condenados a un destino funesto”.

Cumplió veintiún años cuando estaba sumido en los tres meses de vida en silencio en el monasterio de Rocas. Hablaban media hora al desayuno y media hora en la noche, y sólo acerca del conocimiento del yo, de las relaciones con los demás y de Dios. Para él fue como un sicoanálisis colectivo porque reconstruían su historia familiar con detalles y descubrían juntos que en las vidas de todos había dolores, pero al tiempo, los veían con una dimensión diferente, y en ese proceso de compartir las tragedias y las angustias resultaba más fácil aligerar el alma.

No tenían ninguna imagen de Dios. A él, acostumbrado a ese contacto con lo divino centrado en la alabanza de los grupos carismáticos a los que había pertenecido de adolescente, le sorprendió el descubrimiento de un Dios desnudo, o más que eso, de un “Dios espejo” que no demandaba que lo contemplaran sin fin, sino que lo vieran de un modo concreto y bien palpable, en los demás. “Me parecía oírlo decir: ‘No me mires a mí, mira a tu alrededor”. Y no era fácil. Hubo horas de una crisis de fe profunda, nostalgia por los rituales del Dios que en su infancia se encontraba a través de las procesiones, que era entrañable y “calientito”. Este Dios que halló en las larguísimas horas de meditación exigía volcarse en la realidad exterior con un presencia total.

Los tres años que pasó en España fueron muy intensos y muy lentos: un tiempo de una soledad interior aun más fuerte por las diferencias culturales, porque hablar español no era suficiente para comunicarse, porque de Colombia le hacía falta todo. No es, no ha sido nunca un buen extranjero y la crisis fue tan honda que él, acostumbrado a dormir a pierna suelta, pasó noches y noches de insomnio. Puro desierto, no obstante el hallazgo de nuevos amigos y amigas muy bellos —que todavía conserva— porque nadie podía llegar hasta esa parte donde él cumplía uno de los viajes interiores más profundos de su relación con Dios, con el alma despojada de todos los referentes anteriores.

Se metió muy hondo, dentro de sí. Vio sus lados flacos, sus tristezas familiares —enfrentado a sí se reconcilió con su padre, al que se había atrevido a enjuiciar—, sus propios caballitos de batalla, y desde entonces pudo sentir la ligereza que llena el pecho cuando uno es capaz de descubrirse equivocado e incapaz y aun así, en paz. En Rocas miró también los hechos de quienes le habían causado daño, sin moralismo, sin emitir juicios acusatorios y a partir de ahí ha intentado cumplir el “no condenarás” con todas sus fuerzas.

Lo vive hoy, como decano de los estudiantes de la Universidad Minuto de Dios mitigando el rigor que no admite equivocaciones. Sufrió la expulsión de un muchacho que en el último semestre se hizo suplantar en un examen de inglés. “No era un error leve —sostiene—, pero jamás bastante para truncar la vida profesional de alguien que se había pagado su carrera trabajando primero como empacador, luego como empleado en un banco, con enorme esfuerzo y dedicación y que al final se dejó vencer por el miedo de no rendir en esa materia”.

“¿Basta un sólo acto —le preguntaba a los demás decanos— para olvidar la dimensión humana de alguien que además es hijo único y ha cuidado a su madre enferma año tras año?”. No se resigna a que el reglamento se cumpla y la expulsión se aplique porque la ley es la ley... “Cómo decirle a alguien —insiste— que nada de lo positivo que ha hecho en la vida vale porque se equivocó gravemente?”.

Ese moralismo que borra toda la lucha de alguien por un solo acto es una de las dificultades que más le oprimen el pecho. No aboga por la permisividad sin tasa, sino por el deber —ahí sí, moral— de dar siempre una oportunidad, de hallar el modo de que las consecuencias impuestas a un error, no anulen el futuro de alguien que simplemente se equivocó. No quiere bajar la defensa frente a esa manía vieja que nos hacer ejercer de implacables jueces.

Fue al finalizar esos años en España, a los 24 años, cuando la necesidad de continuar estudiando una carrera se le volvió inaplazable, pero ahora que no obedecía a la conveniencia, sino a su historia personal, sería sociólogo. En Orense se planteó la posibilidad de marcharse a Madrid, entre otras cosas, porque no lograba reunir el dinero para los pasajes de vuelta a Colombia, donde quería seguir viviendo y estudiando. Pero justo pocos meses después, cuando la opción de regresar a Bogotá se hizo inmediata, la nostalgia por la propia tierra se impuso frente a la conveniencia de no interrumpir más su formación académica.

Volvió a vivir con los muchachos en los distritos de Benposta en Bogotá y repartía su tiempo entre la carrera de Ciencias Políticas en los Andes y ellos. De todos los aprendizajes que guió quizá el más importante fue el que le permitía recorrer de nuevo el trayecto interior de sus años pasados. “Los preparaba un año para que contaran su vida, para que en los otros encontraran el valor de desnudar la dureza que había en la historia de cada uno y llegaran a ese punto en que las fantasías que contaban sobre sus familias, esa distorsión de la realidad que a menudo los llevaba a inventar hogares perfectos donde había mucho dolor, ausencias, y rencores sedimentados, cedía paso a algo más cierto, y sobre todo, más sano”, recuerda.

Con Carlos Eduardo aprendían a escribir el pasado, a hacer ejercicios preparatorios y al final realizaban una ceremonia: salían a una finca y en las noches, a la luz de las velas, en un silencio que reflejaba el respeto que sentían, oían al que leía, por turnos. En ese espacio ritual en que a lo largo de un año iban aprendiendo a recontar la historia de su vida exorcizaban su dureza, se rehacían.

“Lo hermoso —afirma— no sólo era que las mentiras se desvanecían, sino que al descubrir que todas las vidas estaban llenas de angustia, de momentos amargos, como también de gozo, de instantes felices, se reconciliaban con su propia historia, con los suyos y veían que a fin de cuentas su vida era como la de todos”. Así, durante casi cuatro años seguidos estuvo ahí enseñándoles a no temer el curso de las propias lágrimas, a viajar por ellas y regresar a la orilla de los días con el alma lavada y tranquila.

Las heridas de la guerra

En 1982, ocho años después de la fundación de Benposta, sintió uno de esos momentos de fractura interna, en los que el espacio que se habita parece agotarse. Los años anteriores habían sido fuertísimos porque fue cuando debieron abandonar la finca de Toncancipá y trasladarse a Bogotá, a un terreno que al principio les parecía muy poco acogedor y en medio de una circunstancia económica que los hacía sentir en la cuerda floja. Además, fue un tiempo de inundaciones violentas, de apagones y goteras colándose en los cuartos. Debía estudiar a la luz de la vela, con la presión de la escasez que vivían en Benposta, y con la angustia de la incertidumbre frente a su futuro. “No tenía cabeza para estudiar y pensar y me retiré de los Andes temporalmente”, recuerda.

Meses después, cuando milagrosamente habían comenzado a recibir el apoyo alimenticio de “Novib” y las necesidades inmediatas ya no apremiaban tanto, descubrió que el problema no era solamente exterior, sino que algo en él se estaba agotando. Esa ansiedad que suele anteceder sus rupturas vitales lo fustigaba a buscar nuevos caminos. Miraba, inquieto, las realidades del continente, y fue

justo cuando apareció un sacerdote jesuita, Peter Musto, que lo hizo pensar en el momento que atravesaba Nicaragua. Entonces, ese país se encontraba en pleno fragor de la defensa de una opción revolucionaria conquistada, enfrentado a los “Contras” que apoyaba el gobierno norteamericano, más preocupado por el supuesto avance del comunismo que por la extensión del narcotráfico.

Al fin, el tiempo de cambio que dentro de él se precipitaba se concretó a raíz del viaje a Nicaragua que hizo en la Semana Santa de 1983 con Freddy Castillo, un muchacho que había llegado a Benposta a los trece años y que ahora, a los 19, estaba ansioso de trabajar por los niños que atravesaban situaciones tan difíciles como las que él había dejado atrás.

Al llegar a Managua los invitaron a una misa campesina que celebraba un padre en el Riguero, un barrio managüense. Después de ver oficiar a Uriel Molina con toda la fuerza se acercaron a hablarle de su experiencia en Benposta y él se entusiasmó con la idea de reproducirla en Nicaragua. A fines de ese mismo año los invitó a pasar una temporada allá y a mirar si era posible hacer un trabajo pedagógico con los niños más golpeados por la contienda y por las circunstancias que atravesaba el país centroamericano.

Entonces Carlos Eduardo todavía creía en la guerra justa y se marchó —llevando su guitarra, sus artesanías, y a Canasta y Gitano, sus dos perros— con la intención de apoyar a los sandinistas haciendo lo que más amaba: enseñando a los niños y niñas a crecer en comunidad. En diciembre llegó a vivir en la parroquia del Riguero con Freddy. Ambos apoyaban al padre en el trabajo parroquial con los muchachos, cantaban en las misas, recorrían la vecindad, escuchaban las historias que contaban los jóvenes sandinistas de la época, en pleno fervor revolucionario, y aunque todavía no se concretaba la posibilidad de crear una Benposta decidieron quedarse. Entró a estudiar sociología en la Universidad de Managua.

En medio de la exaltación de esos días hizo un intento fallido de irse a recoger algodón con las brigadas de voluntarios que se presentaban para las cosechas; pero durante toda esa semana cayó un “palo de agua” que frustró su esfuerzo porque cuando el algodón se moja no se puede recoger. Tampoco era en el fondo su tarea; todo lo que por ahora debía hacer era afianzar las redes de vínculos con el país, escuchar a sus gentes y contar quiénes eran y para qué habían ido a Nicaragua.

Fue a partir de las redes del trabajo parroquial como se conectaron con la gente del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social y Bienestar, INSSBI, que tenía a su cargo un lugar para niñas de 14 a 16 años con problemas tan difíciles como el inicio en la prostitución. No tenían una idea clara de cómo orientarlas y cuando Carlos Eduardo les habló del proyecto de Benposta abrió la posibilidad de hacerse cargo de lo que entonces era una especie de albergue de paso pues las niñas solían ir un par de días, en los momentos más difíciles, sólo para tomar un baño, dormir y cambiarse de ropa, y volvían a la calle. No contaban con el soporte de una orientación pedagógica ni escuchaban nada que les propusiera crear un proyecto de vida distinto para ellas. Cuando la gente del INSSBI les ofreció la experiencia habían llegado al punto de reconocer que no sabían qué hacer para construir una posibilidad real de apoyo a esas niñas.

El día en que se fueron a vivir a la sede las reunió y les planteó la propuesta de formar una comunidad haciendo tratos creados por todos para la vida en común. Algunas no se adaptaron a la metodología educativa de Benposta y se fueron cuando vieron que a partir de ese momento “la cosa sería distinta”; otras se quedaron y se abrieron a una cotidianidad tan distinta de la pasada que la sintieron realmente nueva. Ahora, además, no estaban solas: una de las condiciones que Carlos Eduardo y Freddy habían puesto para hacerse cargo de la experiencia era que se diversificaran los

sexos y las edades y por eso empezaron a llegar niños huérfanos de la guerra muchos más pequeños, chicos con problemas de comportamiento, o que sufrían un abandono parcial o total por parte de sus familias.

Para Carlos Eduardo era algo vital que niños y niñas no fueran identificados con una sola problemática, como hasta ese momento había sucedido con la prostitución infantil, y eso tenía una razón pedagógica: al estar allí unidos por diversas razones no se les ponía una etiqueta común que los estigmatizara y solo una cosa era importante: que entre todos recuperaran su infancia.

A Celina, una muchacha colombiana a la que conoció en la parroquia cuando ella hacía un mes de práctica social, la hizo cambiar de rumbo con su entusiasmo: la convenció de que en lugar de hacerse misionera e irse a una selva a predicar, permaneciera en Managua cuidando en la sede a cargo de Benposta a esos niños y niñas pequeños que andaban a la deriva en las urbes mientras la guerra civil dividía el país.

“No hubo —dice ella, que se enamoró de Benposta al punto de que aun hoy, casada y con hijos, permanece como profesora del colegio en la sede de Bogotá— amor más pleno, más volcado, más desatado que el de aquellos días...”. Riendo confiesa que no siempre era fácil lidiar con Carlos Eduardo porque podía descomponerse en un instante con cualquiera de sus tres compañeros adultos en Nicaragua porque unas llaves no aparecían o una vuelta administrativa se había hecho a medias —luego, su actitud con ellos ya era una disculpa—, pero sostiene que en cambio su paciencia con los niños carecía de límite. Cada mañana, sin cansancio, ayudaba a vestir uno a uno a toda la caterva de los más chiquitos con una ternura inmensa.

“Cuando lo conocí —dice— me impresionó ver cómo su fortaleza frente a las problemáticas de los niños estaba en la debilidad que sentía por ellos, y en esa capacidad de convicción tan grande. Lo vi desenrollar las situaciones más difíciles con una lucidez enorme y contagiar su entusiasmo”. Por las noches, sacaba la guitarra y cantaba, rodeado de niños. A veces se tendía en su hamaca, en el ejercicio de alzar los pies de la tierra y dejarse mecer por la vida, ahí presente, y quería que todos sus amigos tuvieran hamacas. Las regalaba, cada vez que podía.

Llevaba a los niños a sentarse debajo de los árboles o frente al mar, y compartía con ellos su asombro por todo: por las flores moraditas que no había visto antes, o por la inteligencia de “Canasta” y “Gitano”, los dos perros que se llevó con él a Nicaragua y que amaba como a entrañables cómplices. Una tarde, cuando todavía estaba en Bogotá, Canasta se le había perdido, y los niños lo vieron permanecer inmóvil, sentado en un montecito de Benposta, llorando inconsolable. No descansaron hasta cuando la encontraron en el barrio y se la llevaron, felices.

En Nicaragua conocía a cada uno por su nombre, con su historia. Veinte años después todavía conserva, en la pared de su cabaña, la foto de un pequeño de intensos ojos negros, y aquella otra que es la imagen total de la felicidad: ese niño aferrado a su cuello de árbol inmenso, con las dos manos pequeñas volcadas sobre sus mejillas, mientras la risa los abraza a ambos en uno de esos instantes milagrosos en que la plenitud carece de tiempo y límite. Ambos sonríen en un instante de una unidad gozosa que así, de esa forma, como en ese tiempo, jamás volvió a sentir, quizá porque nunca fue tan estrecho su contacto con los niños y niñas como entonces, cuando Celina, Feddy, José Ramón, un sicólogo nicaragüense que vivía allí para apoyarlos, y María Esther, una chica que despertó al festejo del amor fraterno en esa experiencia común, y que los acompañaba, debían levantarse dos veces en la noche para llevar a los más pequeños al baño, madrugar a ayudarlos a hacer de cada día una celebración, y ocuparse de ellos hasta el ocaso.

Fue un tiempo de generosidad desbordante por la respuesta de las muchachas que permanecieron ahí, apostando a lo que construían, de los niños y niñas que respondían al afecto de un modo que excedía lo esperado, al punto en que llegó a ser extraño verlos agarrados a puños porque aceptaban las normas construidas con la participación de todos, y por los vínculos que iban creando con las gentes de la localidad.

Cerca a la foto del niño abrazado a su cuello hay otra de un joven de cejas indomables, de grandes ojos, pómulos recios y dientes anchos, dispuestos a hincarse en el mundo a plenitud. Es el rostro de Pedro Mayorga, un muchacho sandinista al que Carlos Eduardo conoció cuando bajó de la montaña porque se había enfermado y se quedó semanas en el barrio. La gente lo quería de un modo entrañable porque siempre traía alegría. A él le impresionó el testimonio de fe que dio en la parroquia.

Meses después regresó... metido en un ataúd. "¡No lo íbamos a ver volver reír!" —dice Carlos Eduardo—. Y en su entierro se sentía un dolor tan grande como la suma del cariño que se había ganado a lo largo de sus días. Viendo llorar a la madre, a los hermanos y amigos, a viejos y niños, a vecinos y conocidos, a Carlos Eduardo lo fue anegando la angustia. Mientras echaban tierra sobre su cuerpo joven, él pensaba en todos los muertos de esa guerra civil, y sentía que si la pena que producía la suma de cada despedida tuviera volumen ¡se habría escapado de la tierra por el agujero de la capa de ozono!.

Esa tarde lo anegó la certeza de que ninguna guerra podía ser justa, de que ninguna muerte podía ser cobrada por ninguna causa: desde esa sensación de desamparo que produce el dolor, y desde esa fuerza que trae la claridad, se dijo que lo único que valía todas las penas era la lucha por la vida y la defensa de la construcción de su dignidad. "No hay una sola razón — descubrió— que justifique la violencia y es falso, de un modo absoluto, suponer que hay muertos malos y muertos buenos". Pensaba, con inmensa tristeza, que en el primer aniversario de la muerte de Pedro Mayorga, habría misa, y en el segundo quizá ya nadie se acordaría de él. Por eso se aferró, con redoblado ahínco a esa apuesta suya de cambiar el mundo por medio de los niños y las niñas desposeídos de todo y se prometió que a partir de ahí no defendería batalla alguna que se cumpliera cegando la vida de un solo ser humano, ni sueño que prometiera el paraíso por los senderos de la sangre.

"En Nicaragua me hice pacifista —dice— y le di la espalda a todo trabajo político que no empezara y terminara en el amor". A lo largo del año que siguió descubrió, con renovada fuerza, que a los niños no sólo había que quererlos, "sino dejarlos querer, dejarse querer por ellos" con la inmensa intensidad de sus corazones desprovistos de razones.

Pero justo entonces, el l6 de diciembre de 1987, "saltó la bomba" en Colombia de que en Managua se había celebrado una misa en conmemoración a los guerrilleros caídos en el Palacio de Justicia en Bogotá y de que el gobierno Sandinista podría estar implicado en ese asalto, según colegía el Departamento de Estado norteamericano. Cuando recuerda el modo en que se encadenaron los hechos lo recorre el estupor de ver cómo se puede construir una noticia y de un modo inevitable cierta sombra de duda se cruza cuando las escucha. A raíz de eso tiene claro algo que la gente olvida: que la noticia no es ni mucho menos el hecho mismo, sino una interpretación de éste.

El suceso escueto fue que durante una celebración eucarística con motivo de la conmemoración de la muerte de un líder sandinista, un muchacho colombiano que tenía vínculos con la experiencia de Benposta enarboló una bandera del M-19, en un gesto personal, no consentido por Carlos Eduardo, ni mucho menos compartido o autorizado por el gobierno nicaragüense. Pero lo que los medios de comunicación reconstruyeron en Colombia a partir de informaciones de terceros fue una versión manipulada y absurda que prácticamente acusaba a los sandinistas de haber apoyado la masacre

del Palacio de Justicia, puesto que el mismo Tomás Borge, comandante de la Revolución, estaba en la Iglesia.

“Lo que ocurrió —explica Carlos Eduardo— fue como si en medio de una corrida de toros salta un espontáneo y grita un viva a alguien y los medios que la están cubriendo concluyen que la corrida se hizo por esa razón, que todo el mundo estaba allí para respaldar a ese espontáneo”.

La presencia de esa bandera en la iglesia, lejos de ser una prueba contundente de que los Sandinistas habían ayudado al M-19 en la toma del palacio, era la muestra del gesto desatinado de un muchacho simpatizante de ese grupo. Desde una cadena radial en Bogotá, el periodista Juan Gossaín entrevistó al cura de la parroquia y le preguntó si se trataba de un guerrillero del M-19. El párroco declaró que simplemente era un muchacho de Benposta.

En todo caso, la información levantó en el país la sospecha de que la comunidad fuera un lugar de formación subversiva y El Tiempo publicó un editorial acusándola de estar preparando a los muchachos para la guerra, y retractándose de la actitud de defensa que había tenido frente a la institución en una oportunidad anterior. En Bogotá, consternado, José Luis Campo[87], el representante legal en Colombia, solicitó sin dilación una investigación a todos los organismos invitándolos a que miraran los procesos pedagógicos que ellos adelantaban, pero la duda suscitada por esa acusación quedó en el aire y durante un tiempo fue una sombra que obstaculizó su gestión.

Lo peor es que coincidió con un momento político en que el gobierno de Nicaragua no deseaba tener ningún roce con Colombia y la sola sospecha de que hubiera tenido algo que ver en la muerte de un centenar de los hombres públicos más respetados en el país —los magistrados de la Corte Suprema— era delicadísima. Además, justo en ese momento un pedagogo jesuita fue encargado de evaluar el trabajo de Benposta en Nicaragua y por un lamentable azar la referencia previa que había tenido de la comunidad era la de dos estudiantes suyas que habían ido a hacer prácticas en la sede de Benposta en Bogotá y que habían tenido una pésima adaptación. La cuestión fue que el sacerdote llegó a hacer la evaluación prevenido por las declaraciones de las muchachas y después de una observación de dos días escribió un informe de cien páginas acerca de cómo Benposta no era lo que pretendía ser. Sobre el papel, desbarató los 365 días y noches en que Carlos Eduardo y sus compañeros habían sostenido el cuidado de la vida de casi cien niños y niñas pequeños y adolescentes.

Ese lunes en que Carlos Eduardo se presentó para escuchar el resultado de la evaluación —que él mismo había pedido— iba confiado en el trabajo que habían hecho pues sentía algo que aun hoy sostiene: que nunca amó tanto como en esos días. Por esa razón, lo que menos esperaba era encontrarse con el veredicto de que el gobierno nicaragüense había decidido ¡cerrar la experiencia!. Y se lo dijeron así no más, como si una determinación de ese calibre no implicara el derrumbamiento de un mundo.

No lograba articular ni siquiera una palabra en su defensa. Salió, aturdido, con el alma tambaleando, apenas aferrada al único pensamiento que en ese instante le servía de tabla de salvación: que la justicia iba a actuar. Pensaba en los muchos amigos que tenían, que los habían visto formar una verdadera comunidad de niños, niñas y adolescentes, y que habían estado en esas horas en que ellos cantaban acompañando su guitarra hasta cuando comenzaban a cabecear. Esa noche, mientras oía el sonido de las cigarras que se confundía con ese cansancio feliz de los cuerpos exhaustos de haber hecho tanto en el día, pensaba que esa pesadilla se aclararía a tiempo.

[87] La historia de José Luis, Pequeno, se encuentra también en este libro.

El martes, reunido con los demás adultos, les dijo que confiaba en que el malentendido se despejaría y que no debían inquietar a los niños advirtiéndoles nada. Se acostó esperando un milagro. El miércoles aparecieron unos representantes y les anunciaron que tenían hasta el próximo viernes para marcharse. Llevarían a los niños de paseo para que ellos salieran tranquilos. ¡Tranquilos! ¿Cómo iban a decirles que se iban, cómo explicarles que la coyuntura geopolítica, que un malentendido, que alguien los había juzgado mal, que por cualquier motivo esa certidumbre de hacerles sentir que estarían allí para acompañarlos, para hacer con ellos el camino cotidiano, ya no iba a ser más, que se irían de un día para otro? "Deambulábamos —recuerda Carlos Eduardo— por la sede con la angustia más horrible y llorábamos en las esquinas sin tener ni idea de qué podíamos hacer".

Entonces se corrió la voz de que ellos se iban a ir, de que otra gente que no conocían vendría a llevarlos a un paseo, y algunos niños se escondieron para quedarse ahí, hasta el final con ellos. Los ayudaron a empacar con una tristeza inmensa y esperaron el regreso de los otros. "Cuando llegó la noche —cuenta Carlos Eduardo— y no nos encontraron, armaron una trifulca". Una verdadera rebelión infantil con las personas que habían llegado a reemplazarlos explotó en el comedor cuando tiraron la comida que les habían servido. La reacción de los adultos fue brutal aunque no recurrieran a la violencia física: al día siguiente, cuando los niños se despertaron, los montaron en carros y los repartieron en distintas instituciones rompiendo los vínculos de amistad que habían construido unos con otros. "No los dejaron coger ni la ropa, se los llevaron sin más".

Entonces Carlos Eduardo le pidió a un investigador de la Universidad Centroamericana que revisara la evaluación que les habían hecho y éste afirmó que las conclusiones eran absolutamente tendenciosas; pero no hubo poder humano que echara marcha atrás la decisión gubernamental, pese a que un par de personas de la Juventud Sandinista que habían conocido el proceso escribieron en su defensa al Ministerio del Interior y a la Presidencia, en un movimiento de rescate que él alentaba con desesperación.

La suposición de que tantos otros amigos, muchos de ellos sandinistas, no se podían quedar quietos, darían su testimonio y hablarían por ellos, no se cumplió. Cuando más los necesitaba simplemente inclinaron la cabeza y no dijeron nada, o no aparecieron, y Carlos Eduardo vio sobre ellos cómo gravitaba la sombra del miedo frente al poder establecido, cómo también en la atmósfera que alguna vez había creído era una respuesta al orden injusto del mundo, se guardaba silencio cuando había que hablar. La tristeza más profunda se le vino encima porque la sentía por cada uno de esos niños que eran como sus propios hijos.

Aprendió entonces que la mentira contada desde el poder adquiere visos de verdad: "El poder —sostiene— es igual en todos los sitios: se cree dueño de la verdad y por eso no necesita investigar sino simplemente confirmar su percepción de lo que dictamina". Descubrió que cuarenta años de dictadura dejan huella: la gente interioriza el miedo al poder y por eso, muchas de las personas que conocían la experiencia, que creían en ella y que podían haber hablado con autoridad se quedaron calladas porque temían la confrontación. Nadie le preguntó tampoco a los niños y niñas o a las muchachas su opinión.

Cuando habla de ese tiempo todavía llora. Y Celina confiesa hoy que a lo largo de su vida, cuando siente deseos de llorar piensa que no debe hacerlo por algo que no valga la pena. "Entonces —dice— me acuerdo del dolor que sentimos cuando repartieron nuestros niños por toda la ciudad, cuando los perdimos, y lloro como si acabara de pasar".

"No nos quedó más opción que irnos con el alma desecha. Esa separación —dice Carlos Eduardo— fue de los dolores más terribles que he sentido en mi vida. Fue como si se nos hubieran

muerto 80 niños, en un solo día, juntos". Los buscaron, lugar por lugar, para saludarlos, para explicarles que ellos no habían querido abandonarlos, para hacerlos sentir que el amor no se acababa de un día para otro y para darles la fuerza de continuar.

Esa historia quedó en el fondo de sí como una de esas preguntas que permanecerán sin respuesta, que ni siquiera permiten adivinar cuál fue el aprendizaje que supusieron y que hacen sentir la mordedura de la impotencia frente a la injusticia. Las explicaciones concretas, el hecho de haber suscitado una sospecha en un momento en que el apoyo de Colombia desde el grupo de Contadora era vital para el gobierno sandinista, o el de la incomodidad que había podido sentir éste frente al rumor de que esos niños nicaragüenses estaban en manos de extranjeros, son insuficientes en la dimensión espiritual y nada puede cobijar la desesperación de haber escuchado afirmaciones como la de que los habían sacado de ahí porque eran torturadores de los pequeños o porque se emborrachaban. Fue una distorsión cruda que los arrojó en el límite del desaliento frente al mundo.

Al constatar que para suprimir una experiencia que por la razón que fuera se había convertido en una incomodidad, los revolucionarios pasaron por encima del bienestar de los niños y que no les había importado invalidar un trabajo hecho con la más impecable entrega o callarse ante el injusto desprestigio, Carlos Eduardo vivió en carne propia el hecho claro de que "para cualquier proceso político las personas simplemente resultan útiles o no frente a sus causas ideológicas. Y se suprime, sin más, la intención más hermosa, cuando la conveniencia cesa".

De Nicaragua partió a Costa Rica invitado a tomar un curso de teología y ese mismo fin de año regresó a Nicaragua porque allí se iban a cumplir las prácticas. Volvió con la urgencia de volver a ver a los niños, de visitarlos donde estuvieran y descubrió que muchos de ellos habían asumido su salida como una traición al afecto. "Había una niña —cuenta con una rabia que vuelve a sentir presente— que cuando llegó a nosotros era como una cabrita, indócil, salvajita, y a través del afecto se volvió muy bella, llena de alegría. Cuando yo volví supe que se había escapado de la institución a donde la habían llevado y que estaba trabajando de prostituta en una zona de Managua...".

Si todavía quedaba algo en él que antepusiera las causas políticas al peso de la vida de una sola persona, la historia de esa niña lo marcó como hierro candente, y le hizo sentir que cada ser tenía un valor más inmenso que los estandartes de cualquier movimiento. Esa certidumbre que lo había anegado el día del entierro de Pedro se unió a la herida de la tarde en que supo a dónde había ido a parar esa muchachita que a fuerza de amor se había hecho dócil en los días compartidos en Benposta. La volvió a sentir aquella otra vez en que visitó en Washington el monumento a los caídos en Vietnam. Frente a esa piedra negra que tiene inscritos los nombres de los miles de soldados que murieron en esa guerra absurda hizo una multiplicación demoledora: "Multipliqué por sesenta mil el dolor sentido cuando murió Pedro y entonces yo no lloraba: se me salían las lágrimas al ver a la gente veinticinco años después de acabada esa guerra, poniendo un papelito encima del altorrelieve en que estaba el nombre del padre, del hermano, del hijo, para llevárselo a su casa..."

Luego, cuando estuvo en México, llevaba con él un libro sobre la revolución mexicana y se le mezclaban los miles de muertos que plagaban las páginas con la visión de los pobres de antes de la revolución, más pobres aún, y era demoledora la pregunta inevitable que se hacía: "Dios mío: ¿qué es lo que ha logrado la muerte de nadie a nombre de las luchas por una justicia que desemboca en incontables años de dictaduras?, ¿ha cambiado algo en el mundo a partir de la violencia y de la muerte de la gente?".

La imagen de los guerreros terminó de desmoronarse en su interior y comprendió la dimensión poderosa de esos otros hombres que escribieron con sus vidas la lección de la no violencia. Vio la estatura de Luther King — "Cuando uno ve *Mississipi en Llamas* no puede sino llorar", dice—, de

Gandhi, la empecinada tozudez de Thoreau abriendo un espacio invisible, pero inmenso, mientras levantaba su pequeña cabaña a orillas del Walden. Se desprendió del culto a los mártires que aspiran al cielo de los guerreros, no del gesto de quienes defienden desde la vida y con la vida el sentido sagrado que ella tiene. Entendió que no hay que morir por los que se ama, sino dedicar cada día a la defensa de lo más digno, y por eso afirma con toda la contundencia: “Esa idea de que la sangre de los mártires se convierte en semilla de liberación, sólo conduce a la violencia: ninguna sangre sirve para nada, lo que sirve es la dedicación en la vida”. Y en la defensa de ella, ninguna fortaleza tan importante como la que permite abrirse a las razones del enemigo y desmontarlas desde la lógica de la ternura.

Él tiene la de aquellos que quisieran dar su corazón por alimento a las desalentadas amapolas, pero también la firmeza necesaria para confrontar: a las gentes de cualquier bando que hoy sólo ven posible la salida de la guerra les pregunta: “¿Están dispuestos a engrosar las filas de los ejércitos con su presencia y la de sus hijos?, porque pedir guerra total con las vidas de otros sigue siendo muy fácil. Así cualquiera...”. Y suele decir: “Hay gentes para quienes la guerra es como una película en la que siempre ganan los buenos (todos sin excepción nos consideramos de ese lado) y que ven con un paquete de crispetas y gaseosa en la mano, sin creer que su propia seguridad se verá amenazada”.

Ahora que hace un doctorado de Paz con una universidad de Granada escribe con la urgencia de “de-construir” la idealización del martirio, porque detrás de ella viene la suposición de que siempre valdrá la pena un mártir muerto por una causa. Cree con el alma que los pactos con Dios y con la humanidad no pueden hacerse con la sangre.

El poder del arte

Cuando terminó ese tiempo fuerte por fuera de Colombia, regresó decidido a terminar al fin una carrera y volvió a los Andes a continuar estudiando Ciencias Políticas, con la urgencia de entender mejor al país. Validó todos los cursos de sociología que había hecho y se encontró con que sólo necesitaba completar tres semestres más para graduarse. De un modo paralelo, se dedicó, con todo el ahínco, al trabajo artístico con los muchachos y muchachas de Benposta, a despertar en ellos la formidable fuerza que surge cuando se tocan fibras que están en la cultura y que abren, como un dique, todo el potencial de la expresión.

“El reto era construir un espectáculo que conectase el alma del espectador con el alma del país, con su alma india, mestiza, negra... No queríamos repetir ese tipo de presentaciones folklóricas en que antes de cada baile se explicaba su origen. Nos parecía que hacerlo rompía la magia, que lo que teníamos que contar debíamos decirlo con el cuerpo, con el lenguaje puro de la danza”, recuerda.

En la pared del fondo de su cabaña se imponen las imágenes de la danza liberadora de fuerzas. Detenida en ellas, la tensión del cuerpo en ese punto en que de él brota un torrente de fuerza casi brutal —la yugular tensa, los músculos duros, los tendones exigidos hasta el máximo— y al tiempo esa levedad que lo aproxima al vuelo. Hizo las fotos en las noches de las funciones que daban sus amigos y amigas del Ballet de Cali, sin usar trípode, con un asa 1600, para que el flash no aplanara el volumen, ni la textura de la piel y los velos, ni la vibración de esa danza del Valle que está empujada desde dentro por la cultura negra.

Negras eran también en el Viejo Caldas y en Risaralda las nanas, las muchachas que trabajaban en las casas, las viejas que ayudaban a planchar y que al tiempo eran las alcahuetas de los niños, como esa que él corría a buscar en cada vacación al lado de la casa de la abuela en Pereira para sentarse alrededor suyo con todos los niños a oírla contar cuentos en las noches, a sentir la brisa caliente y oscura que salía de su boca llena de historias. Pensando en ella se preguntó después

muchas veces cómo, después de la tragedia de la raza negra, sus gentes pudieron sacar fuerzas para sostener la esperanza.

“Después de tanto esfuerzo por amansar los negros con azotes, con el cuerpo encadenado, con las manos amarradas, no pudieron amansarles el alma, ni a ellos ni a los indígenas —dice—, y en su conocimiento, en su memoria, en su cuerpo, está, todavía vivo, el lenguaje de una sabiduría que hace imposible agregar o quitar nada”.

Con esa mujer vieja de ancha risa, con los niños negros que cuidaban las construcciones del barrio caleño y que se convirtieron en unos de sus mejores camaradas durante las largas temporadas que pasó con la abuela, cuando sus padres atravesaban momentos difíciles, y con las inmensas familias de la gente negra de esa tierra aprendió otra manera de sentir la vida: la emotividad a borbotones, la transparente alegría que se derrama en el cuerpo. Algo de la silueta de la anciana cuentera se mezcla con la de su abuelo que bajó desde Antioquia construyendo el ferrocarril del Norte del Valle y que le contaba fragmentos de la historia prodigiosa de los colonos. Ambos le aposentaron en el alma el placer de contar, a tal punto que tiene ya, por anticipado, la imagen del hombre viejo que quiere ser: se ve sentado en una mecedora, en algún lugar del campo, rodeado de niños, contando relatos de lo vivido. No va a necesitar mucho para cumplir su sueño: un pedazo de tierra prestada, una finca que pueda cuidar y una memoria larga. Tal cual, con la barba encanecida, desgranando historias, ya está en una cerámica que unos amigos suyos le hicieron por encargo. Y por tanto, ese futuro se acomoda bien al presente.

A esos niños que aún no han nacido va a decirles, como a los que ha visto crecer durante décadas, que la vida es como el pasto que brota entre las rendijas de las piedras, y que así como basta una lluviecita para que las débiles hojas venzan el cemento, hay que aferrarse, con obstinación, a la existencia, para poder florecer siempre de nuevo. Eso mismo ha visto en los muchachos que llegaron a Benposta, con una historia tan dura a sus espaldas que nadie hubiera creído que se repondrían.

“Pero la capacidad de la vida para restituirse —asegura— tiene raíces más hondas que el dolor. De no ser por eso, la esperanza no resistiría y entonces nada valdría la pena ser contado”. Después de haber contado todas las historias de su vida, cuando llegue la hora de descansar, entonces tal vez le gustaría que dijeran de él lo que Arturo Camacho escribió en un poema: “No pervivió en banderas ni pendones/ Y sirvió para nada entre las cosas/ Como un pequeño domador de abejas”. O, como contador de historias, y maestro de números, o de danzas a punto de ser olvidadas.

Si no creyera en los milagros su propia vida no habría sido nunca hermosa. Si aceptara sin más las teorías europeas de que una profunda carencia alimentaria en la primera infancia es definitiva para el desarrollo de una persona, ni siquiera habría valido la pena cada día de la apuesta de Benposta por los niños. “Una suposición así —dice— se puede sostener allá porque quizá condena a un mínimo porcentaje de personas; pero acá, considerarla sin apelación posible, estigmatiza a la mayoría de la población: equivale a condenar al país y a decretar que es inútil toda pedagogía... Con esos niños y niñas a los que les había tocado vivir las más duras infancias empezamos a demostrar cómo el arte y la convivencia podían reconstruir el amor por y en ellos mismos”. Lo que vio una y mil veces fue que en la medida en que ellos empezaban “a creerse capaces” todo pasado podía ser sanado.

Durante esa época comprendió el poder de sanación del encuentro con el arte. “Había entre los muchachos del grupo de danza —relata— un chico al que el mismo padre describía como incapaz para el estudio que a través de la música logró conectar algo dentro de sí, y al ponerse en contacto con esa fe esencial en sí mismo que le hacía falta, llegó a graduarse y hoy no sólo es alguien

autodidacta en la música, sino un verdadero maestro que enseña a otros niños a tocar tambores con un arte impresionante".

De esos milagros vio muchos. Sabe, por pura experiencia pedagógica, que un niño que se declara incapaz para las matemáticas, en el fondo de sí mismo tiene clavada la noción de sus propias imposibilidades, y que cuando recupera la confianza en el poder de su expresión artística, luego, en una transición suave empieza a sentirse capaz de cualquier otro aprendizaje.

En la danza folclórica encontró también la mejor pedagogía política para los jóvenes, mucho más certera y menos sujeta a las oscuridades del poder, que cualquier otra propuesta: "A través de ella logramos la recuperación de la autoestima frente a la propia cultura y con ello de la posibilidad de que los muchachos y muchachas interpretaran la realidad desde sí mismos, afianzaran sus referentes, el sentido de pertenencia al país, y recordaran todo lo que sabían de la vida en él sin darse cuenta".

En 1988, después de tiempos de esplendor del grupo de danza y de otros de quietud, hicieron un montaje espectacular sobre el mestizaje que les ayudó a demostrar cómo es posible construir una identidad no como un discurso que se repite, que se recibe como las retahílas escolares de siempre —el deber ser, la urbanidad, algo monótono y ajeno que no mueve nada adentro— sino desde algo bien distinto que armaron entre todos: el precipitarse de los ritmos más antiguos para cada uno desde la música oída muy atrás, en las tierras diversas de donde venían. En medio del sudor y del cansancio, sobrevenían el aprendizaje, la risa de la rueda, la música desenredaba hilos invisibles y descubrían en sus cuerpos un país que eran capaces de traducir en danzas y que muchos habían perdido en el traslado del campo a la urbe.

Carlos Eduardo sabe, también desde el cuerpo, que el arte como proceso pedagógico equilibra las fuerzas en cada vida, y que ese folclore que suele verse casi como algo ornamental está en el centro de la historia y en el núcleo de lo que nos hace descubrirnos valiosos. Eso sentía cuando veía a esas decenas de muchachos y muchachas de la Compañía de Danzas asentando la planta de los pies, marcando todos los ritmos del país, apropiados de sus movimientos, de la música que pertenecía a su gente, y sentía que en ese orgullo concreto que se cumplía en el cuerpo ganaban firmeza y conocimiento para modular un día otros ritmos sobre la realidad, y para pisar con pasos de gente que cree en su propio camino.

Para el espectáculo "Amoríos entre Cielo y Tierra", sobre el folklore del Pacífico, él, los maestros de música y danza y los muchachos y muchachas compusieron la historia y montaron una coreografía tan fuerte que el mismo Manzur les regaló la imagen de uno de sus cuadros para hacer el cartel que lo anunciaba. Era una danza—teatro que anunciaba esa forma de la esperanza que crece en el amor por las raíces y crea la visión de lo que está por venir.

Presentaron la propuesta a Colcultura y se ganaron una beca. Montaron uno a uno cada número: la obertura comenzaba con un niño y una niña que nacían en Navidad y eran ofrecidos a la vida. Alguien le contó después que en algunos lugares del África, cuando un pequeño nace se espera al anochecer y entonces lo alzan desnudo sosteniéndolo en brazos de cara al cielo y a las estrellas y le recitan: "Contempla lo único que hay más grande que tú". La danza seguía con las fiestas del pueblo y la aparición de la "Tunda" que se roba a los niños desobedientes. En medio de la celebración, la Tunda raptaba al niño y las gentes hacían un entierro simbólico y cantaban las canciones de los funerales de los niños. El primer acto terminaba así, con las voces que entonaban el "Buen Viaje" para el alma raptada.

Luego venía el segundo acto, sobre un río de telas, con una barca en la que el padre y el padrino —el mismo Carlos Eduardo— iban cantando cómo habían pasado muchos años desde cuando se había perdido el niño, mientras bogaban y en las orillas del río las mujeres lavaban ropa. Entonces Rosalía, la niña que había nacido el mismo día y que ya era adolescente, veía al niño convertido ya en hombre, pero nadie le creía. Cuando las muchachas se marchaban para el pueblo entre danzas en el tercer acto, la Tunda se lo llevaba de nuevo con ella y Rosalía alcanzaba a retener en las manos la camisa en jirones del muchacho. Entonces corría al pueblo y buscaba al padrino para que la ayudara a rescatarlo.

En el cuarto acto, la escenografía representaba la misma entraña de la selva y en ella se cumplía el ritual de todas las "contras" para vencer a la tunda y los demás espantos: el muñeco para la llorona, la guitarra destemplada para el duende, la luz para el diablo. El padrino espantaba a todos los personajes maléficos salvo a la Tunda, que no se inmutaba con ninguna "contra", y lo vencía. Ahí era cuando llegaban todos los muchachos del pueblo y al ver el cuerpo inerte del padrino le perdían el miedo a la tunda, se le enfrentan con valor y ella veía así agotarse su poder. Entonces la obligaban a que "desentundara" al padrino y al fin todos juntos se mezclaban dichosos bajo los ritmos del currulao.

Se presentaron en el Jorge Eliécer Gaitán, en el Colón, en el Teatro Nacional, dirigidos por Humberto Canissa, un bailarín costarricense, con la ayuda de Carlos Eduardo que hacía la producción ejecutiva además de interpretar al padrino. "Al principio —recuerda— nos costaba mucho trabajo que la gente fuera a los espectáculos nuestros porque los maestros suponían que a los muchachos no les gustaba el folklore y solían llevarlos a vernos sólo para el día de la raza o el del idioma. Pero entonces, venía la sorpresa, la emoción de los aplausos que nos daban, sencillamente porque el espectáculo los conectaba con ellos mismos y con ese subfondo cultural que está en el inconsciente colectivo".

Nada como la emoción de saber que jóvenes que tiempo atrás pertenecieron a la compañía regresan para trabajar un par de horas en danzas con los niños y niñas de la comunidad. Han seguido danzando para reconectarse con imágenes y sensaciones que los unen, para sentir el contacto con el cuerpo y con el alma y encontrar canales de expresión. Esa táctica pedagógica nunca dejará de estar presente en Benposta, siempre como un antídoto contra el olvido, contra la pérdida de una memoria común. "La ventaja de todas las artes — sostiene Carlos Eduardo— es que crean almas desobedientes, almas que no se acomodan, que siempre están deseando encontrar más, construir más, hallar nuevas razones, y crear un mundo renovado desde las raíces".

Buscando el centro del mundo

En 1990, el año en que asesinaron a Carlos Pizarro ensombreciendo el horizonte de paz para el país, se sintió quebrantado. Esa muerte que arremetía contra la inserción del M-19 en un proyecto político legal, y parecía dejar en el país la lección más equívoca —la demostración de que era inútil abandonar el camino de las armas— y anunciaba la cadena de asesinatos sin cuenta contra los miembros de la UP, le produjo el dolor de la esperanza cuando se ceja de un tajo, la sensación de que bajo sus pies el suelo se deslizaba, y de que un derrumbamiento iba a conmover el territorio entero de Colombia. Como la inmensa mayoría de hombres y mujeres desarmados no podía hacer nada más que observar el presente con el alma reducida a la impotencia.

Fue en esos días, movido por la urgencia de asentar sus cimientos, en medio de ese deslizadero que sentía a su alrededor, cuando decidió que levantaría una cabaña en el terreno de la comunidad de Benposta en Bogotá, para sentir en ella ese pedacito de seguridad que da la sensación de un espacio propio. Nunca lo había tenido y nunca lo había necesitado. Antes de terminar el año, fue cuando levantó con los muchachos esas cuatro paredes de madera que son su cueva de oso, su

refugio de guerrero, guarida para curarse en soledad, donde halla fuerza para responder a los cimbronazos que conmueven el mundo común, pero también donde la puerta está abierta para los niños de la comunidad, para los amigos que llegan a buscar un poema en la pared, una canción en una noche fría, o un lugar donde encontrar un don extraviado.

Sentado a solas en el espacio de esa cabaña de madera levantada con todo el material de los sueños construidos, un día comprendió que se empezaba a repetir en su forma de trabajo en Benposta, en su manera de vivir encerrado en la comunidad, que ya había cumplido con lo que debía proyectar en el grupo de danzas, y que no sabía cómo canalizar esa urgencia de volcarse hacia afuera por la que los muchachos presionaban. Fue entonces cuando decidió hacer la maestría en Educación y Desarrollo social.

Se había dado cuenta de que sobre el largo recorrido de Benposta no había nada escrito y quería obligarse a volcar sobre el papel lo que habían hecho, los caminos que habían trazado, sin saber nada, inventando en la marcha de la vida común una pedagogía. Desde el instante en que se matriculó en el CINDE tenía claro que su tarea era escribir ese largo descubrimiento, con las herramientas de la academia, pero desbordando su marco, poniendo por delante el dictado de lo vital que los había guiado. Estudiando se encontró con que, sin un conocimiento previo, el trabajo de Benposta sobre los procesos educativos coincidía con las miradas más novedosas de la pedagogía.

Carlos Eduardo está en la academia, pero de algún modo la subvierte: “No creo en la privatización del pensamiento. Para mí es tan maligna —sostiene— como la privatización de la medicina”. Cuando hizo su tesis de la maestría ganó una batalla cuando se graduó sin hacer una sola cita. Aunque no lo nombra, cree, como Levi-Strauss, que la manía de patentar el arte o el conocimiento es parte de un culto exacerbado del individualismo, que la sabiduría es un horizonte común y que la originalidad es lo de menos en el camino cuando uno sabe que lo único que se lleva cuando se muere es la propia vida.

Ese gesto de negación frente a las exigencias es más que una obstinación trivial: es otra manera más de no plegarse al poder que intenta fundar demarcaciones exclusivas, que opera en todos los ámbitos, que extiende discursos mentirosos que ofenden no tanto por lo que cuentan como porque suponen en quienes los escuchan la ingenuidad de creerlos. A veces se anima y escribe columnas para los periódicos y se dice, para otros, desde sus aprendizajes, desde los desalientos, desde el país que le cabe sobre todo en el corazón. Frente a todo lo que no se entiende, se defiende con el acto simple de tocar las vidas de los otros. “Los que hablan mal del país —sostiene— no conocen los ojos de la gente”.

Hace un par de años Camilo Bernal, el rector de la Universidad Minuto de Dios, lo reclutó entre las filas de la academia. Se convirtió en el director del Centro de Estudios e Investigaciones Sociales, pero no obstante su larga formación teórica, algo en él se resiste a los caminos habituales de la intelectualidad. No se sintió nunca cómodo allí, y en cambio, cuando se convirtió en Decano de los Estudiantes, cuando pudo hablar con ellos y por ellos, volvió a su propio territorio: la lengua de la vida con esa torpeza que nos depara el hecho de que en ciertos momentos, a todos nos rebasa, con sus idas y vueltas, con sus errores y aciertos, pero sobre todo, atravesada por el prodigio de estar vivo. Esa sensación lo desborda.

En la universidad quienes bien lo quieren —que son muchos— recuerdan el estruendo de sus risas en la cafetería —sus ojos negrísimos se vuelven una pequeña rendija por la que escapa una luz incontenible y traviesa— con esa imposibilidad suya de pasar desapercibido, con ese modo de pararse en el centro de su propia existencia. Carlos Eduardo es vanidoso, se acicala no sólo frente al espejo: disfruta de su imagen, del modo en que ha vivido: “Cosa que me avergüenza un poquito —

confiesa—, aunque a veces también me defiende porque tras mi aparente fortaleza, soy frágil". Y ese modo de quererse le ayuda a alzar la cabeza, secarse las lágrimas y ponerle de nuevo la cara a la vida.

En el año en que terminó la maestría, en 1994, surgió la posibilidad de partir a Túnez a un curso complementario. Fue la primera vez —después de dos décadas de vida ininterrumpida en Benposta— en que se encontró en una cultura totalmente diferente de la Occidental, intercambiando puntos de vista con hombres y mujeres provenientes de distintas Organizaciones No Gubernamentales que provenían de muchos lugares del planeta. Temía y deseaba a un tiempo la sensación de ese desarraigo que produce acercarse a otras formas de ver la vida, y experimentar el papel que se cumple en el propio mundo cuando el referente inmediato ya no es el país donde se vive.

En ese par de meses descubrió, de otro modo, su idiosincrasia como colombiano —entendió, por ejemplo, que como en *El otoño del patriarca*, saltamos de un pensamiento a otro, sin necesidad de hacer punto aparte, en una experiencia de simultaneidad que desde afuera parece incoherente— y lo impresionó de un modo fuertísimo la visión de Cultura y Sociedad, una institución belga que adelanta una reflexión sobre la necesidad de poner en paréntesis los propios marcos culturales para asomarse a otros referentes, como ejercicio que tiene la virtud de extender la mirada, de revelar las frágiles fronteras de lo que nos parece o no habitual.

En Túnez se le perdieron los puntos cardinales. El norte era simplemente verde y las casas blancas no tenía otro límite que el desierto habitado sólo por piedras y chamizos y luego únicamente por el polvo infinito, por la majestuosidad del silencio. Un mundo ajeno al vértigo de la aldea global, un mundo indiferente a las redes de comunicación sin las cuales no puede pensarse Occidente. Mirando los pueblos que andaban en caravanas interminables sobre la arena reafirmaba que es posible vivir con lo básico y de algún modo sentía que lo que nos sobra ocupa un espacio que puede interponerse al contacto con lo esencial. "Para mí —sostiene— fue como darme cuenta de que todo lo que a uno le sobra no sólo está de más, sino que estorba para ser felices".

De Túnez salió para Lisboa y permaneció en esa ciudad —una de las más bellas de la tierra— conociendo a fondo el trabajo con los proyectos de desarrollo aprobados por OIKOS, una ONG dedicada al tema de la cultura. De ese viaje regresó con una mirada capaz de poner en paréntesis sus propios parámetros, y de entender ciertos hechos cotidianos de otra forma. Se acordó, por ejemplo, de aquella vez en que un consumado maestro de obra lo invitó a su casa y del desconcierto que experimentó al ver que vivía en una construcción prefabricada, y cómo luego, en el momento en que le sirvió la cena, empezó a entender que su amigo la expresión del bienestar, la medida del desarrollo, estaba en la esplendidez de la comida y no en la vivienda. En todo caso, cada vez realiza con más atención ese ejercicio difícil de entender los parámetros de los otros y observa mejor cómo es que los usamos para construir nuestra realidad como individuos, como grupos, como país...

Al regresar a Colombia tenía más clara que nunca la necesidad de explorar otros espacios de proyección. Se reunió con la comunidad y les dijo de frente que ya había dado desde el interior todo cuanto tenía que dar, y les pidió que le permitieran quedarse un poco de tiempo más en su cabaña porque al fin y al cabo jamás había ganado un peso y no tenía ningún ahorro.

"Me van a tener que aguantar un poquito aquí, mientras alzo vuelo", les dijo en medio de ese tiempo de cambio, y fue Antonio, otro de los fundadores, el que vio, con toda claridad, que simplemente se trataba de "otra forma de hacer Benposta", de llevarla de puertas para afuera, y también Pequeno y los demás respetaron sus procesos: "Cumplieron —dice— ese acto simple y maravilloso de dejar ser al otro, aunque nos cueste, aunque no se acomode a lo que deseamos de él".

A Carlos Eduardo se le alivianó el alma: “Habría sido durísimo si no hubieran entendido, si me hubiera visto obligado a irme, porque la gente de Benposta es parte de mi familia: a muchos de los hombres y las mujeres que viven aquí, yo los vi llegar de diez años; y aun cuando estoy afuera todo el día, y llego de noche y no veo a nadie, sé que ellos están ahí y para mí eso es tan importante como que sepan que yo estoy aquí, que nos podemos contar la vida, que podemos compartir las inquietudes, los temores, las alegrías, que podemos ver crecer los niños”. No se imagina a sí mismo viviendo solo en un apartamento, como cualquier hombre sin compromisos. En ese territorio se anidan los vínculos de su alma y ha sabido hacerlo tan libre como ella.

Una compañera de uno de esas decenas de cursos que hizo en los interregnos de los diez largos años que duró en terminar su carrera, recuerda cómo, mientras todos se guardaron en el hotel, él se marchó a la playa y se pasó la noche entera hablando con los pescadores y no volvió sino hasta el amanecer, rebosante —como si se le hubiera pegado en la piel la sal y el “derecho de tutearle a la mar” de esos hombres—; se bañó y siguió derecho, como si nada, a las conferencias del día. Le gusta ser como el viento que va a donde quiere, sin dar cuentas, así durante treinta años lo haya encontrado avivando el fuego enclavado en el mismo territorio de Benposta.

Tal vez, de haber salido, lo habría quebrantado esa ausencia de los afectos explícitos, porque se nutre del cariño de su gente y nunca ha entendido la fortaleza como la posibilidad de renunciar a la caricia que los otros representan para él. No le interesa ser invulnerable ni autosuficiente. Quizá, entre todas las certezas pedagógicas no hay ninguna tan clara como la de que si no dieran y recibieran afecto de los niños y niñas, proveer cama, techo o comida carecería de sentido.

En esa época comenzó a vincularse al trabajo de la Red de Iniciativas por la Paz y a la organización de la Semana por la Paz de cada septiembre. Gente como Ela Téllez, una impresionante constructora de tejido social en las comunidades, lo recuerda explicándole a los muchachos de las universidades, a los miembros de instituciones y organismos, por qué había que cambiar esa paloma blanca de la paz, tan silenciosa y ajena a nuestra naturaleza, por la algarabía de la guacamaya “que es parlante y no anida en cautiverio”, por su plumaje encendido y multicolor como el mismo país. “A través del trabajo en REDEPAZ se me oxigenó el alma, me sentí en contacto con esa Colombia que tantos buscamos”, dice.

A partir de ese momento empezó a proyectar más de dos décadas de experiencia comunitaria en los espacios de las organizaciones de trabajo por la paz y en la universidad Minuto de Dios. Salir y regresar de Benposta día a día para trabajar en la Red era toda una odisea, pero entonces, como tantas incontables veces, sintió la generosidad de la vida, cuando se le “apareció” un carro que le entregó en las condiciones de compra más amplias del mundo un amigo de infancia, compañero de la fundación de Benposta. Se lo pagó luego, con el producto de una investigación que hizo con la Universidad Nacional sobre las mujeres desplazadas y con lo que ganaba en Redepaz.

Fue en septiembre de 1996, al calor de una copa de vino y de la emoción de esos días vibrantes que antecedían a la Semana de Paz, reunido con ocho amigos y amigas de Redepaz con los que se preguntaban cómo lograr que todos los que estaban haciendo la guerra en su nombre dejaran de legitimarse con la inmensa mentira de decir que actuaban en su representación, cuando surgió la propuesta de por qué no invitar a toda la gente del país a decir si quería o no la paz a través de una votación simbólica.

Se presentaron con la idea al encuentro de Redepaz: “Llegamos, como con la joya más preciosa para mostrársela a todo el mundo —cuenta Carlos Eduardo— y todo el mundo nos cayó encima y nos dijeron:

— ¿Quien dijo que este país no está polarizado? ¿que tal que invitemos a una votación por la paz y voten 2000? Entonces lo que estaríamos haciendo sería dar la razón a los violentos, decirles que sí es legítima la guerra...

En tal caso "echaron el proyecto abajo" con argumentos. Pero él estaba convencido de lo contrario: creía en la posibilidad de "no hacerle el juego a la lógica de la guerra", confiaba en que mostrarían la mascarada de los violentos. Se fue para UNICEF con algunos compañeros de Redepaz y plantearon su idea, pero convocando niños. Carlos Eduardo sostenía que cualquier votación era ya una ganancia porque estábamos llegando a un punto insostenible. Pensaba que aunque no lograran más de 10.000 votos, ya sería buena ganancia alcanzarlos...

Ese año, en la Semana por la Paz realizaron un concierto en Turbo que no olvida: "Fue muy emocionante constatar cómo esa guerra no era de la gente que la tenía metida en la cabeza, y en el cuerpo; pero que igual se bajaba de ella para cantar o rumbear al margen de esa misma guerra. Lo cierto es que en ese momento decían que Turbo era zona paramilitar y Apartadó guerrillera, pero para oír cantar a Piero, Alejandro Martínez o Víctor Heredia llegó gente de todo el Urabá y una cantidad de personas de Apartadó se quedaron esa noche bailando, mezclados sin tener en cuenta esas divisiones hondísimas que termina imponiéndonos la guerra. ¡Y no hubo ni una pelea de borrachos!".

Volvió de Turbo con la absoluta convicción de que debían promocionar el "Mandato**s** de los Niños por la Paz" y siguió trabajando de lleno: con el apoyo de UNICEF, la Registraduría aceptó contar los votos en cien municipios y dispuso una infraestructura total para unos cien mil niños. Al final votaron más de 330 municipios y más de dos millones setecientos mil niños dijeron: "No a la guerra".

"La respuesta de la gente —no lo olvidaremos— fue maravillosa. Una maestra llamaba a decir que se había enterado de que los niños iban a participar de esa forma en la situación que vivía el país y entonces iba por los votos y luego llamaban de otra parte a decir: 'Nosotros también queremos participar ' y los municipios que no estaban en los cien iniciales se fueron sumando. La gente llevaba los votos al municipio más cercano".

No recurrieron realmente a los medios de comunicación para divulgar la idea: fue pura cultura oral. "Es que —sostiene Carlos Eduardo— si tú tienes una noticia buena que dar se va de boca en boca y el país se entera en menos de lo que canta un gallo. Esa votación era una necesidad del país, era algo que la gente tenía necesidad de escuchar. Así que cuando nos encontramos de nuevo con toda la gente de Redepaz en diciembre ya nadie tenía dudas de que debíamos hacer un mandato por la paz que convocar a los adultos".

Esa lucha fue para él uno de sus claros ejercicios de sembrador: después de haber estado al frente de la coordinación de El Mandato, cuando lo estaban lanzando públicamente, se consideró que para continuar adelante necesitaban una persona distinta, con un manejo mucho más político y avezado frente a las relaciones públicas. Con todo el entusiasmo que tenía no fue fácil renunciar a cualquier protagonismo, pero por fortuna acudieron a él las lecciones aprendidas sobre la gratuidad, tanto como la evidente comprensión de que alguien con experiencia en campañas políticas y en la parte administrativa iba a lograr más que él en ese momento. No que no doliera ese instante en que le dijeron: "Mira, la política es una cosa y la amistad otra", ni que fuera tan ingenuo como para no entender que así se mueve el mundo, pero tuvo que cobrar valor para ignorar ese escozor de la vanidad, ese cierto malestar de sentir que el poder tenía una lógica que vencía las formas espontáneas de agrupación, y permanecer firme, sabiendo que por encima de esas pequeñeces, lo que iba a pasar en el Mandato tenía un inmenso valor para el país entero.

Así que siguió ahí, trabajando con ahínco, buscando donaciones. La conversación que sostuvo con Luis Carlos Sarmiento Angulo en su oficina, le dio otra lección de vida. Para encontrarlo subió hasta el último piso de un edificio bancario donde los esperaban varios hombres armados que los acompañaron hasta otro piso con puertas semejantes a las bóvedas, aunque en su interior había mullidas alfombras, jarrones preciosos... Recuerda que Sarmiento, uno de los más ricos del país, se tomó el trabajo de escucharlos, no sin cierto escepticismo, pero dispuesto a dar su apoyo, y que cuando le preguntaron dónde iba a pasar las vacaciones les respondió: "Ah, en una casita que tengo en una isla del caribe porque allí puedo hacer lo que no puedo hacer aquí". "¿Y qué es lo que no puede hacer aquí?", le preguntó Carlos Eduardo. "Pues ponerme unas bermudas y unas chanclas e ir a comprar el pan a la esquina", fue la respuesta.

Escuchando la nostalgia frente a ese placer simple que cualquier otra persona habría podido tener, Carlos Eduardo no pudo evitar pensar que si fuera fácil darse cuenta de cuánto estorba lo que sobra sería sencillo cambiar el mundo. "Tal vez, si después de comprar todo cuanto quisieran, le apostaran a la educación de la gente, ninguno de los hombres poderosos tendría que confinarse en esas jaulas de oro", sostiene él que tiene tanto en tan poco.

Los más optimistas decían que la meta más alta a la que podían aspirar en términos de conteo era llegar a cinco millones de votos; pero se equivocaron: once millones de personas dieron su voto verde para negar su adhesión a la lógica de la violencia. "Nadie podrá negar que un día marchamos de blanco para levantarnos en contra de la guerra", declaró la escritora Laura Restrepo aunque para algunos esa caminata que se llevó a cabo a lo largo y ancho del país no cambió nada porque sus resultados no trajeron efectos mensurables, visibles, para la paz.

Pero mucha otra gente se estremeció frente al hecho insólito de que en un país con una guerra interna fuera posible hacer una manifestación de esas dimensiones surgida de la misma gente. "No es fácil —admite Carlos Eduardo— visualizar toda la paz que se ha construido. Pero aunque falta tanto, estamos en camino hacia ella, vamos haciéndola en un proceso, como un estilo de vida que va de cada quien a lo común...". Por su parte, para asumir lo que él cree que le corresponde dar, puso todo de sí en Redepaz, apoyó el trabajo de País Libre, y sigue llamando a la insurgencia civil por la paz convencido de que ésta es posible en un país donde sólo dos de cada cien hombres y mujeres están armados para agredir.

Entonces y ahora la pasión lo hace desgañitarse llevando de uno a otro lado una visión del país que se construye pacífico casa a casa, cuadra a cuadra, con el propio gesto, con la fuerza de la gente que se une. Carlos Eduardo tiene la cualidad de "llamar a entusiasmo", de devolver a otros la gana por esa Colombia diversa, cambiante, en plena ebullición de lo que todavía no es, pero que se revela posible por la suma de personas como él.

"En los últimos dos años —insiste— son crecientes las acciones de personas y grupos que desde sus propios entornos han puesto en práctica experiencias de Noviolencia y están creando una fuerza ciudadana capaz de dar salidas concretas al círculo vicioso de la guerra que nos hipnotizó". Por eso, rechaza todo cuanto quiebra la solidaridad, la confianza, los afectos, y afirma, con sus actos, que "uno nace para sentir que la vida tiene sentido, y para devolvérselo a otros, cuando éste se extravía entre tanto acecho de la muerte".

En pleno proceso de paz, en medio de la polarización que divide a la gente entre quienes se adhieren a la confrontación total, a una guerra que suponen se librará lejos de las ciudades, y cobrará muertos que no son los propios; y entre quienes defienden ese remedo de paz que es la defensa del *statu quo*, la estabilidad de un sistema construido sobre abismos de imposibilidades para

la mayoría, Carlos Eduardo corre el riesgo de disentir de ambos extremos. Se expone a que lo acusen de estar del lado de la sangre, sólo porque tiene la valentía de pedir que la negociación de las condiciones de paz no sea más un juego para ganar mejores condiciones de guerra, sino una oportunidad real de transformación en Colombia.

“El Caguán —se ha atrevido a decir— sólo sirvió para medir las fuerzas en lógica de guerra, con la clarísima idea de arrodillar al oponente. Sigo creyendo en que la salida pasa por el diálogo y la negociación, pero no de cualquier tipo. ciudadanos y ciudadanas hemos de proponer nuestros tiempos desde la angustia de quien tiene a sus hijos en medio de las balas y cada minuto puede ser el último, o en el ejército de los desempleados, con la tentación permanente de la desesperación o el suicidio; tenemos que exigir un derecho a la vida digna sin que ella pase por los heroísmos estériles y sin que se inmole a intereses de tipo ideológico de ningún color; queremos un espacio concreto para cada persona en el que se apoye la dignidad de todos y todas...”

“Un nuevo proceso de paz —afirma— pasa por poner en el centro todas nuestras angustias, necesidades y sueños rotos. Las historias excluyentes terminan por reproducir los errores que critican y combaten. Es el momento de renovar el protagonismo ciudadano sin nuevos caciques que se roben nuestra voz. Es el momento de la organización para imponer nuestra única fortaleza: ser muchos desarmados, pero dispuestos a dejar atrás la repetida historia de los pueblos condenados a otros Cien años de soledad”.

De eso habla en las universidades, en salones, “con ocasión y sin ella”, para despertar en quienes lo oyen la urgencia de empezar ya, en lo contiguo, a ganar actitudes de respeto por los otros, a ejercitarse en el día a día en la ruptura de las violencias pequeñas que reproducimos, a preguntarse dónde vamos, como país, seguro de que si cuenta mucho en muchas partes la propuesta de organizar una resistencia ciudadana irá cogiendo fuerza por sí sola, como bola de nieve que rueda.

En las noches, escribe, en medio del frío que se cuela por los intersticios entre los tablones de madera de su casa, sobre la inutilidad de los martirios. Encuentra el modo, entre sus horas, de demostrarle a los muchachos que las matemáticas son sencillas; consiente cada tarde a “Noche” su lanosa compañera que comparte con él el alborozo que despierta la algarabía de los niños al salir de la escuela de Benposta; retrata al país en una *Pietá* en la que una mujer desnuda sostiene en su regazo el cuerpo desgonzado de un hombre y tenue, a la izquierda de la desnuda muerte, la luz de una imagen sagrada rompe la dura oscuridad del fondo; y sale a escuchar sobre las experiencias ciudadanas de construcción de paz que se multiplican en el país y que demuestran que no es imposible hacer política sin caer en las redes de la rapiña electoral.

Por eso está ahí, en las marchas de las mujeres que se visten de negro para pedir en nombre de sus muertos que la guerra se detenga; está ahí con los jóvenes que regalaron huevos para declarar que eso tenían —huevo— quienes mataban en su nombre; gozó, como algo propio, el gesto simbólico de los estudiantes que lavaron las banderas hasta dejarlas blancas; y compartió la inventiva de quienes hicieron mofa de las violencias organizando un carnaval de las iras.

Igual, entre canciones y relatos de la vida compartidos con sus amigos cercanos —ellos siempre sostienen su alma cuando se desalienta— se ocupa de fortalecer el grupo de los “Apazionados”, que usa las autopistas de información de la Internet para unificar voces que resisten, y sigue, obstinado, en la tarea de hallar vías concretas que pasan por el juego, que se nutren de esperanza, y que se levantan contra los discursos que cobran miles de muertes en el país. Sabe, como Sábato afirma en *La resistencia,* que “el latido de la vida exige un mínimo intersticio, apenas el espacio que necesita un latido para seguir viviendo”, y que, a fin de cuentas “las grandes mareas —esas que él busca

levantar con la suma de tantos pequeños actos de ‘Noviolencia’ dispersos en el país— pueden filtrarse aun en las represas más fortificadas”.

Para alzar esas mareas es que ha escrito artículos para la prensa nacional y ahora moviliza un proyecto alrededor de la “Noviolencia” —que va mucho más allá de la idea de que la ausencia de guerra equivale a la paz, porque ésta no existe sin justicia— proponiendo talleres, fortaleciendo redes de organizaciones e iniciativas civiles, recogiendo todas esas experiencias a través de las cuales la gente desarmada resiste el avance de la lógica de las armas; y anda apostando por la construcción de un movimiento social de pacifismo. Ahora mismo organiza un seminario internacional de paz, une organismos, y teje memoria de esos actos anónimos de tanta gente que rehuye el imperio del miedo.

Va de aquí allá, a veces a punto de desfallecer, preguntándose si no es el momento, entendiendo que las urgencias del pan diario hacen dilatar la presencia de la gente que quisiera, pero no logra, hallar el tiempo para concretar ideas. A veces se siente solo en esta empresa, pero él, que es un sobreviviente de mil guerras, sigue haciendo votos por la esperanza. “Somos tan frágiles que por detalles se nos desmorona el alma —reconoce—, pero qué bello es sentirse quebrantado por la vida para que el alma no se ensoberbezca”.
Igual sigue insistiendo: acude a la cooperación de instituciones, golpea puertas, se empeña en no cejar, busca fondos para dar cuerpo a lo que sueña y cualquier día, cuando se ha ido de vacaciones a la casa de sus hermanos en Ibagué, encuentra al regresar, que tiene el apoyo de una ONG canadiense para seguir batallando por la defensa de la “Noviolencia” en el país.

Entonces cobra fuerzas y reanuda pasos en esa única dirección que lo hermana con todos los hombres y mujeres desarmados que en Colombia se las ingenian para reconstruir la vida. Esa inamansable resistencia es el compás de su música y no hay pesadumbre que pueda arrebatársela. A fin de cuentas, si alguna vez tuviera que hacer una cita verdaderamente importante, nombraría a Fito Paez y como él, diría sin titubear: “¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón”.